

Enrique De la Garza

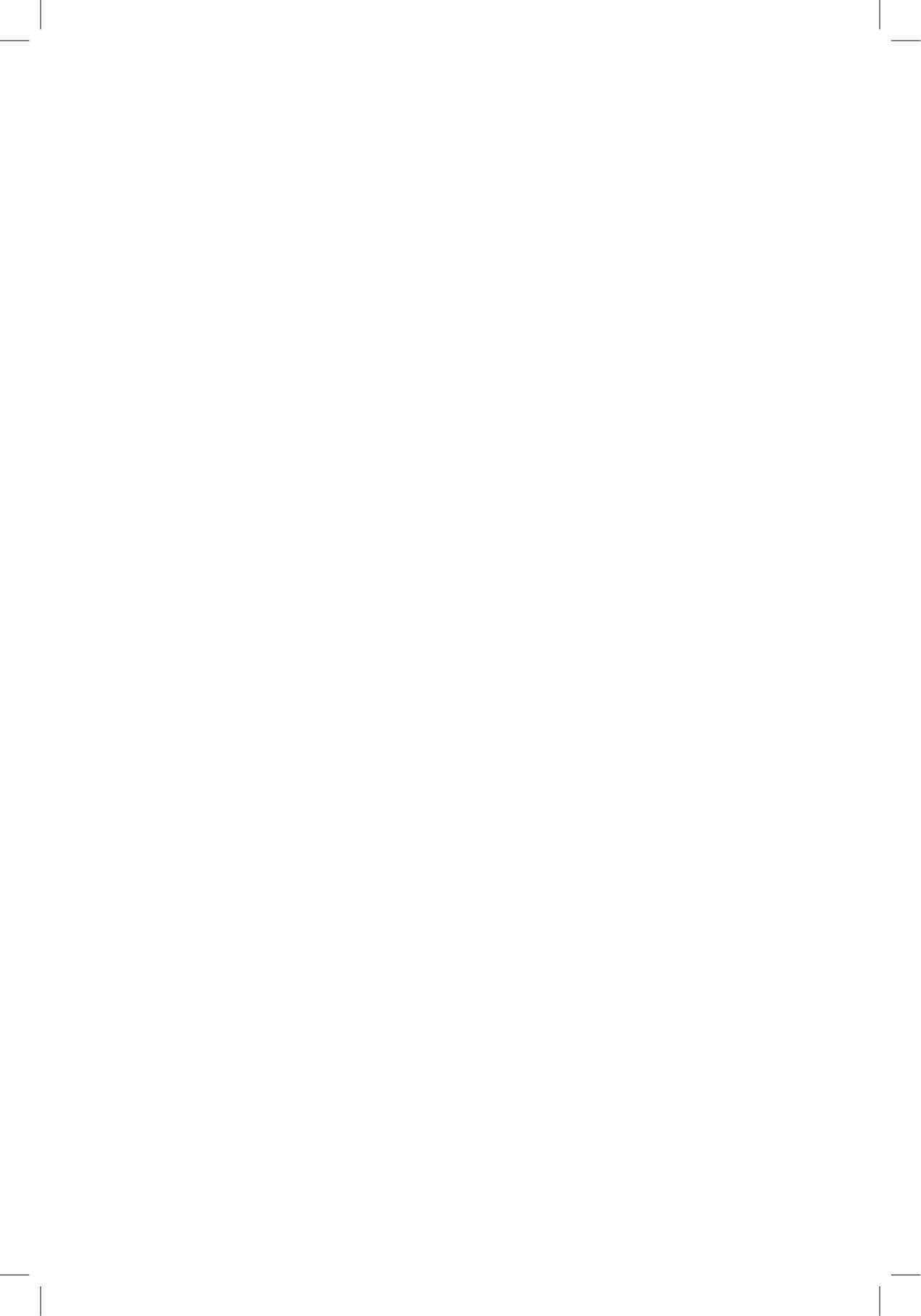


La metodología configuracionista para la investigación

gedisa


Casa abierta al tiempo
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA
Unidad Iztapalapa
Consejo Editorial de Ciencias Sociales y Humanidades





Enrique De la Garza Toledo

La metodología configuracionista
para la investigación social

Serie CLA·DE·MA
Sociología



La metodología configuracionista para la investigación social

Enrique De la Garza Toledo

La metodología configuracionista para la investigación social

© Enrique De la Garza Toledo

Diseño de cubierta: Luz Ma. Zárate Martínez

Primera edición enero de 2018, Ciudad de México, México

© Universidad Autónoma Metropolitana
Prolongación Canal de Miramontes 3855
Ex Hacienda San Juan de Dios
14387, Tlalpan
Ciudad de México, D.F., México

Unidad Iztapalapa
Consejo Editorial de la División de Ciencias Sociales
y Humanidades
San Rafael Atlixco No. 186, edificio H, Segundo piso.
Colonia Vicentina, 09340 Iztapalapa
Ciudad de México, D.F., México.

Derechos reservados para todas las ediciones en castellano

© Editorial Gedisa, S.A.
Avda. Tibidabo 12, 3º
08022 Barcelona, España
Tel. 93 253 09 04
gedisa@gedisa.com
www.gedisa.com

ISBN Gedisa 978-84-16919-91-8

ISBN UAM 978-607-28-1160-7

IBIC: JHB

Impreso en México

Printed in Mexico

Este libro ha sido dictaminado positivamente por pares académicos ciegos y externos a través del Consejo Editorial de Ciencias Sociales y Humanidades de la UAM, se privilegia con el aval de la institución coeditora.

Queda prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio de impresión, en forma idéntica, extractada o modificada, en castellano o cualquier otro idioma.



Rector General

Eduardo Abel Peñalosa Castro

Secretario General

José Antonio De Los Reyes Heredia

Coordinador General de Difusión

Francisco Mata Rosas

Director de Publicaciones y Promoción Editorial

Bernardo Javier Ruiz López

UNIDAD IZTAPALAPA

Rector

José Octavio Nateras Domínguez

Secretario

Miguel Ángel Gómez Fonseca

Directora

de la División de Ciencias Sociales y Humanidades

Juana Juárez Romero

Coordinadora General

del Consejo Editorial de Ciencias Sociales y Humanidades

Alicia Lindón Villoria

El manuscrito de este libro ingresó al Comité Editorial de Libros del Consejo Editorial de Ciencias Sociales y Humanidades, para iniciar el proceso de evaluación por sistema doble ciego, en la tercera sesión trimestral de otoño de 2016, celebrada el 28 de noviembre de ese año y quedó aprobado para su publicación el 15 de noviembre de 2017.

Índice

Introducción	13
Capítulo I	
El positivismo, polémica y crisis	27
Capítulo II	
Relativismo y antifundacionismo	49
Capítulo III	
El método del concreto abstracto concreto	75
Apéndice 1	
La dialéctica y el método en el primer capítulo de <i>El Capital</i> (la configuración como articulación de conceptos de lo abstracto a lo concreto)	95

Apéndice 2	
El método en El 18 Brumario de Marx (la configuración como articulación de hechos históricos) y en dos tácticas de la socialdemocracia de Lenin (la configuración como articulación entre conceptos teóricos de diversas virtualidades)	115
Capítulo IV	
La descripción articulada	139
Apéndice 3	
El método en la construcción del concepto de trabajo no clásico (la configuración como articulación entre áreas de relaciones sociales, conceptos ordenadores, dimensiones e indicadores)	159
Capítulo V	
Estructura, subjetividad y acción	173
Apéndice 4	
El método en la formación de la clase obrera en Inglaterra (la configuración entre niveles de la realidad social)	201
Capítulo VI	
El concepto de configuración	211
Apéndice 5	
Las configuraciones subjetivas y culturales y en la toma de decisiones empresariales	247
Apéndice 6	
La construcción de configuraciones subjetivas en un movimiento obrero	269
Capítulo VII	
Empiria y dato	283

Capítulo VIII	
Medición, cuantificación y reconstrucción de la realidad	295
Capítulo IX	
La coinvestigación	325
Apéndice 7	
La investigación sobre reestructuración productiva, representatividad, legitimidad y democracia en el Sindicato de Telefonistas de la República Mexicana (configuración de configuraciones)	335
Capítulo X	
La metodología configuracionista en su conjunto	351



Introducción

En los años setenta, en las universidades mexicanas, en términos de teoría y de epistemología, existía un ambiente muy proclive al marxismo. Sin embargo, era frecuente que la investigación social concreta siguiera los cánones positivistas. Esta disonancia entre una toma de posición marxista y el trabajo empírico de producción de conocimiento, nos llevó a interesarnos en la posibilidad de construir una metodología marxista y no solo una epistemología. En esa época se contaba con las reflexiones sobre *El método de la economía política*, que sin duda alcanzó niveles brillantes. En el decenio marxista de los años setenta del siglo XX, en todas las latitudes y continentes, los intelectuales reflexionaban acerca de *El método de la economía política* contenido en la *Introducción del 57*, que era —prácticamente— el único pasaje sistemático de Marx acerca de este. Ese fue nuestro punto de partida. Leímos extensamente lo que se escribía acerca del tema mencionado, y encontramos varias interpretaciones, especialmente la controversia entre la escuela italiana de Della Volpe y la de Althusser. Todo ello nos llevó a aventurarnos en la escritura de un primer libro acerca del método de la economía política, que denominamos

El método del concreto abstracto concreto, publicado posteriormente, en 1984, por la Universidad Autónoma Metropolitana Iztapalapa, y del que retomamos —en esta ocasión— el tercer capítulo, titulado igual que el libro, “El método del concreto abstracto concreto”. La decisión de visitar ahora aquel capítulo no se reduce a su simple reedición, entre otras cuestiones, porque en aquel momento no habíamos roto enteramente con el estructuralismo marxista, de modo que en su versión original, el método del concreto abstracto concreto prescindía del sujeto, tanto en la forma de sujetos investigados, como en la perspectiva de la doble hermenéutica para el investigador. Este aspecto lo integramos años más tarde, y nos ha permitido desarrollar un enfoque diferente del original acerca del método del concreto abstracto concreto.

Este capítulo no tiene ni tuvo inspiración en la obra de Hugo Zemelman; se hizo en forma paralela a sus reflexiones. A su vez, el actual capítulo se complementa con el Apéndice I, que busca ilustrar este método en una situación concreta: la metodología en “estado práctico” en el primer capítulo de *El Capital* de Marx.

Una preocupación central ha sido que entre las reflexiones mencionadas respecto del concreto abstracto concreto y la práctica de la investigación social, había una brecha importante; así, el estudioso marxista de los fenómenos sociales concretos tenía que recurrir a herramientas metodológicas que contrastaban en sus fundamentos con los que decía comulgar en los niveles teórico y epistemológico. Por otro lado, en la institución en la que realicé mi doctorado, al igual que en otras, la epistemología positivista predominaba. Ello me permitió estudiarla y llegar a conocerla en profundidad —a través de los autores clásicos del positivismo lógico—, tarea que nunca perdió de vista la confrontación con el marxismo. La incapacidad del marxismo de esos años para avanzar más allá de los problemas del método de la economía política¹ y confrontarse en un plano de igualdad con el poderoso método hipotético deductivo, nos hizo coincidir con las

¹ Los soviéticos identificaban la metodología marxista con las leyes de la dialéctica; resultaba claro, entonces, que solo con estas eras imposible hacer investigación concreta.

preocupaciones de Hugo Zemelman, pensador chileno exiliado en México, que iniciaba su obra epistemológica partiendo también del marxismo. Largos años discutimos en seminarios cerrados —no curriculares— con Zemelman y otros colegas, lo que nos condujo a explorar la posibilidad de llevar la metodología marxista a los límites con la discusión contemporánea sobre el método de la ciencia. En nuestras lecturas encontramos que en el marxismo había una línea desarrollada por parte del llamado marxismo occidental, la del sujeto-objeto (enriquecida con las obras de Gramsci, Korsch y la Escuela de Frankfurt, sobre todo la de Theodor Adorno), que se volvió investigación histórica de alto vuelo con E. P. Thompson. No se había hecho la síntesis de esta perspectiva del marxismo que contrastaba con la de la Segunda y Tercera Internacional, de corte más estructuralista y evolucionista, que reivindicaba la relación del sujeto con el objeto, y con ello, lo que ahora denominamos subjetividad, como mediación necesaria para que las “presiones de las estructuras se convirtieran en acciones”, como diría Gramsci. Así, las profundas críticas de Adorno al positivismo lógico, su concepción de la dialéctica, y la metodología en estado práctico contenida en obras como *La personalidad autoritaria*, no eran motivo de reflexión de los marxistas de la época.²

En ese contexto, Hugo Zemelman escribió el *Uso Crítico de la Teoría* (1987), su obra más acabada en el horizonte del desarrollo de una metodología a partir de supuestos marxistas, complementada años después con *Los Horizontes de la Razón* (1987a). En esta obra se proponía —por primera vez— un camino metodológico que no implicaba el uso de hipótesis ni de un marco teórico sistemáticamente estructurado, lo cual constituía un enorme avance con respecto a las reflexiones epistemológicas marxistas. Nuestra perspectiva ha retomado de esta etapa de la obra de Zemelman las nociones de concepto ordenador, de desarticulación de conceptos de sus *corpus* teóricos originales y de búsqueda de nuevas articulaciones a partir de la confrontación con lo empírico. Sin embargo, faltaba en su obra la intro-

² Esta reflexión acerca del marxismo occidental fue realizada al margen de los seminarios de Zemelman, porque nuestro maestro no acostumbraba revisar autores, sino exponer su pensamiento y discutirlo con sus alumnos.

ducción del sujeto en dos sentidos: el del objeto como sujeto-objeto, y el del sujeto-investigador que conoce. Al no quedar resueltos estos dos momentos de intervención del sujeto, no se podía dar respuesta al círculo vicioso en que se había convertido el planteamiento sobre la doble hermenéutica y las propuestas de método. A pesar de seguir un camino diferente del hipotético deductivo, este podía ser interpretado en forma estructuralista. Estas limitaciones también derivaban de lo que siguió a la descripción articulada en la obra posterior de Zemelman, que en realidad estaba poco interesada en la investigación concreta, al grado de derivar —en años posteriores— en una ética de la liberación presa de ecos postcoloniales.

En este libro hemos introducido un capítulo acerca de la descripción articulada de Hugo Zemelman, como capítulo IV, pero lo hacemos junto con críticas como las mencionadas, de las cuales no estábamos conscientes en el momento en el que conocimos su obra. A este capítulo se ha añadido el apéndice 3, escrito para el presente texto, que muestra cómo se construyó en otra investigación nuestra el concepto de trabajo no clásico (De la Garza, 2011).

Gradualmente, desde los años setenta desarrollamos nuestra propia reflexión metodológica —tributaria de la propuesta de Zemelman— de “Uso crítico y no deductivo de la teoría”, acerca de la estructura de dicha teoría. De igual modo, hemos revisado la forma en que la estructura podría ser diferente de la idea positivista de teoría estándar, entendida como sistema de proposiciones vinculadas entre sí, en forma deductiva. Desde nuestro primer texto, el C-A-C, intuíamos que podría haber estructuras teóricas —como en *El Capital* de Marx— que no fueran sistémicas, aunque todavía no las nombrábamos en aquel documento inicial, ni mucho menos le otorgábamos profundidad a sus características. Para llegar a ello tuvimos que profundizar en el concepto de *estructura*, evitando las reducciones de tipo económico. El siglo XX fue rico en la producción de conceptos de este tipo, pero a fin de introducir cierta agencia de los sujetos y evitar el estructuralismo, era necesario vincular estos conceptos con el de subjetividad, como proceso de construcción de significados concretos para la situación concreta y articular este, a su vez, con las acciones. La puerta de entrada la hallamos en el pensamiento de Gramsci

(1972), sobre todo cuando afirmaba que las presiones (no determinaciones) de las estructuras deben considerar de la visión del mundo para llegar a convertirse en acciones. Por otra parte, E. P. Thompson (1976) había observado que las estructuras no determinan, sino que inducen, presionan y canalizan a los sujetos. Sin embargo, no era suficiente el pensamiento de estos autores para continuar con nuestro propio desarrollo. En este sentido, nos dimos a la tarea de repensar no solo el concepto de estructura frente a la oleada relativista que tendía a reducirla a la subjetividad del actor, sino también, y de manera especial, la relación entre la subjetividad y la cultura. En este rumbo fueron decisivas las teorías interpretativas de la cultura, no obstante, aún restaba diferenciar cultura y subjetividad, de tal manera que no se disolviera la estructura cultural en la subjetividad. A su vez, tratamos de profundizar en el contenido de la subjetividad, que nos llevó a una teoría de códigos de la cultura reconstruidos en ella. Para no caer en una idea de culturas sistémicas, establecimos la analogía con la estructura de las teorías, como no sistémicas, añadiendo formas de relación que venían de las epistemologías del sentido común o de las formas de razonamiento cotidianas. Este es el caso de la analogía, la metáfora, la retórica, la indexicalidad, etcétera. Esta reflexión, actualizada a través del concepto de *configuración*, que acuñamos tardíamente, ha dado origen al capítulo V: “Estructura, subjetividad y acción”. Este capítulo es el resultado de una larga reflexión que aquí se presenta en forma decantada. Para ilustrar estas relaciones entre las estructuras, las subjetividades y las acciones, incluimos el apéndice 4, titulado “El método en la formación de la clase obrera en Inglaterra” de E. P. Thompson, que habla acerca de la intervención de diversos niveles estructurales, junto a las culturas populares y en relación con las prácticas.

En el capítulo VI, titulado “El concepto de configuración”,³ presentamos la actual versión de un concepto que hemos trabajado durante largo tiempo, y que por lo mismo, ha sido reformulado de manera gradual. Hemos explorado nuestras propias líneas de fuerza

³ Una versión previa de este texto se ha publicado como De la Garza, 2011.

sobre este concepto, confirmando que no estamos retomando bases de Norbert Elias, Jean Piaget, ni de la teoría de sistemas. En cambio, una nueva revisión sistemática —para este fin específico— de la obra de Adorno, y otra que no habíamos realizado anteriormente de Walter Benjamin, nos llevó a reconocer, profundizar y matizar el concepto, sin negar que en la primera formulación que habíamos hecho, como alternativa al concepto de teoría estándar, había originalidad. Para ilustrar el uso del concepto de configuración en el espinoso tema de la cultura y la subjetividad, nos hemos valido de un texto de Marcela Hernández (2011), aporte que se integra en el apéndice 5, en el que se explicitan los aspectos metodológicos vinculados con la reconstrucción de configuraciones culturales y subjetivas a partir de una investigación de campo, y de otro texto, que juega un papel semejante, elaborado por Inés Montarcé (2015), referido a la construcción social de configuraciones subjetivas en un movimiento obrero (apéndice 6). Estos dos apéndices no habían sido publicados anteriormente, ni como parte de los libros referidos.

Los capítulos VII y VIII se refieren al problema del dato empírico. En particular nos preguntamos qué tanto depende del lenguaje o del pensamiento, o bien, si estos datos están dados en la realidad como se plantea en el positivismo. Para esto hicimos una reformulación acerca de nuestra concepción inicial de problema, así como del significado de la cuantificación. Cabe subrayar que en los inicios de este programa de investigación metodológica no habíamos profundizado en el relativismo (capítulo II: “Relativismo y antifundacionismo”), sino en la crítica al positivismo (capítulo I: “El positivismo, polémica y crisis”⁴), aunque hemos revisitado este último capítulo con la incorporación de las críticas de la hermenéutica a dicha corriente. En otras palabras, dedicamos varios años a profundizar en los dilemas del relativismo, y en cuanto a lo que de esta perspectiva encontrábamos como correcto, pero evitando caer tanto en el agnosticismo como en el antifundacionismo, que fueron frecuentes en el relativismo.

⁴ Una versión previa de este capítulo fue publicada en el libro *Hacia una Metodología de la Reconstrucción* (De la Garza, 1988).

En aquellos momentos la crítica al positivismo lógico seguía siendo intensa. Aunque sus fundamentos ya habían sido minados, continuaba estando presente en las investigaciones concretas de los científicos sociales, apuntalado por los poderes académicos y por las instituciones estatales que financiaban investigación. Sin embargo, la crítica intensa en la filosofía de la ciencia se desplazó hacia el relativismo, que empezó como postpositivismo (la verdad científica determinada por relaciones de poder en las comunidades de científicos, que relativizaba el problema de la verdad y de la objetividad), y de manera más profunda por el llamado giro lingüístico —la relación del sujeto con el supuesto mundo estaba siempre mediada por el lenguaje—, de tal forma que al cambiar el lenguaje cambiaría su idea del “mundo”. Quizás, dicha realidad no era sino la forma bajo la cual el objeto era visto por el sujeto (Austin, 1962). Esta última era la forma más profunda y radical de relativismo, combinada con el ataque a todo intento de fundar la ciencia en principios, como había proclamado mucho tiempo el positivismo —un solo método y la prueba empírica—. Para el relativismo ya no había fundamentos, por lo tanto, el conocimiento científico quedaba con un estatus semejante al del conocimiento ordinario. Este era el camino que conduciría al escepticismo postmoderno, cuyos antecedentes procedían de Berkeley y/o Kant, a los que el dominio positivista en el siglo XX había marginado. Con fuerza volvían Nietzsche, Husserl, Heidegger, y eminentes filósofos como Gadamer, Rorty o Ricoeur, que avanzaban en la senda antifundamentacionista de la ciencia. La ofensiva antipositivista de la última parte del siglo XX fue tan intensa, que no solo debilitó a esta corriente, sino a toda la ciencia, al menos en el plano epistemológico. Esto llegó al grado de que se proclamara la muerte de la epistemología. Sin embargo, las profundas objeciones sobre la capacidad de conocer la verdad objetivamente, ni siquiera en sus formas menos radicales —por ejemplo, la teoría consensualista de la verdad— satisfacían a los científicos sociales que hacían investigación empírica. Seguir el camino relativista era matar a la ciencia y al quehacer de una numerosa comunidad, de modo que un nuevo dualismo quedaba para los científicos sociales en nuestra época: ser relativistas en el nivel de la epistemología y asumir el realismo en

sus investigaciones. Sin duda alguna, el camino más usual fue el desentendimiento de la comunidad de científicos de los epistemólogos relativistas, a diferencia de la época de predominio positivista. La segunda tendencia fue la traducción del relativismo en la polémica cualitativo-cuantitativo, refinando las técnicas primeras, sin refutar al relativismo, y asumiendo que podían incorporarse positivamente sus críticas, profundizando en la construcción del dato de comprensión de los significados.

Nuestras propuestas alternativas se inician en este libro con la recuperación del método de la economía política de Marx, analizando el método en *El Capital* (capítulo III), del que se toman los fundamentos ontológicos, y en parte, epistemológicos. A través de la propuesta de Zemelman, se advierte que la metodología basada en la perspectiva de Marx requiere de un mayor desarrollo para convertirse en proceso concreto de investigación (capítulo IV).

Esta larga trayectoria reflexiva dio origen al capítulo II, “Relativismo y antifundacionismo”, aunque antes ya habíamos entrado en polémica con la postmodernidad. Dicha reflexión, profundizada en el siglo XXI, nos llevó a mirar atrás para reconsiderar nuestras ideas sobre el dato empírico contenido en el capítulo VII, así como sobre la cuantificación en el capítulo VIII. Y así fue posible refutar al positivismo, que concibe el dato como algo dado en la realidad, o al menos, como un supuesto.

No quisimos dejar pasar la oportunidad de desarrollar el capítulo IX, “La coinvestigación”, en el que se aborda el problema que habíamos criticado en Zemelman: la exclusión del sujeto investigado con agencia, en relación con el investigador dotado también de agencia, de tal manera que la premisa de hacer conocimiento para la acción y no para la contemplación —como planteara Ernest Bloch (1980)— pudiera concretarse como parte del proceso de investigación. Para ello, retomamos nuestras antiguas lecturas acerca del obrerismo italiano, pero poniéndolas ahora en el contexto de nuestras actuales reflexiones. Este capítulo va acompañado de un último apéndice 7: La investigación sobre reestructuración productiva, representatividad, legitimidad y democracia en el Sindicato de Telefonistas de la República Mexicana (STRM). No existe publicación anterior o an-

tecedente de este apéndice. En él se hace una reflexión metodológica acerca de una investigación de campo de nuestra investigación sobre “La democracia de los telefonistas” (De la Garza, 2002).

Finalmente, en el capítulo X se hace un cierre de nuestras concepciones, no resultado de nuevas lecturas, sino del texto actual.

En síntesis, en este texto continuamos la discusión con el positivismo (capítulo I) que habíamos iniciado desde la década de los ochenta del siglo XX, que continúa vivo, a pesar de que sus fundamentos han sido minados desde hace tiempo. También integramos la crítica al relativismo que en ocasiones proclama la muerte de la epistemología, la ciencia sin fundamentos (sostenida en la tradición o el poder), sin que sea posible hablar siquiera de elementos de método fundamentados. Sin embargo, los científicos sociales siguen haciendo teorías, verificando a su manera (sea con datos cuantitativos o cualitativos), y enfrascados en grandes polémicas acerca de quién tiene la razón.

Son en estos años de desconcierto en los que proliferan las corrientes relativistas, exitosas en las academias, a pesar de la popularidad de las ciencias naturales. Las soluciones que en este texto se ponen en discusión no asumen la vuelta a fundamentos duros e inefables para la ciencia como creía el positivismo, tampoco a un método universal, lógica y seguramente estructurado para ir del problema a la verificación empírica. Se trata ahora de vincular ontología con epistemología —el nuevo giro ontológico—, una ontología de las relaciones entre estructuras, subjetividades y acciones (esto último puede ser considerado como una versión del problema filosófico de la relación entre sujeto y objeto). Tampoco se trata aquí de regresar a la concepción del todo estructurado, sino de concebir al objeto como parcialmente estructurado, fuertemente a través de deducciones, causalidades o funcionalidades, o débilmente a través de formas del razonamiento cotidiano, sin descartar la presencia de las discontinuidades que los sujetos con sus prácticas pueden llegar a soldar. En otras palabras, se aspira a una alternativa que tenga detrás la concepción de sujetos no sujetados, aunque sí acotados por estructuras, que no anulen el papel de la voluntad en las transformaciones del objeto, pero tampoco reduzcan la realidad a la subjetividad.

Se trataría así de reconocer la agencia a los sujetos, sin pensarlos simplemente como voluntarios. También se trata de la negación del subjetivismo, lo cual no implicaría negar la mediación del lenguaje, aunque este no es la única mediación entre el sujeto y el objeto. A través del concepto de objetivación podemos pensar en estructuras de diversos niveles, de las cuales el sujeto no tiene por qué estar siempre consciente —el punto de vista del sujeto es parte de la realidad, pero esta no se reduce a aquella—. En este giro metodológico la hermenéutica no debe ser ignorada, aunque tampoco debe ser, simplemente, una forma de ser en el mundo, sino que pueden llegar a definirse elementos de método para la comprensión de significados, que no deben ser tratados en sí mismos, sino en la articulación de las estructuras y las acciones. Nuestra propuesta se sintetiza en el concepto de “configuración”, que es algo así como la traducción metodológica y actualizada del concepto de “totalidad concreta”. Así, la configuración de conceptos viene a sustituir a la teoría estándar como sistema hipotético deductivo. Planteamos la configuración de relaciones sociales, la configuración de estructuras, la configuración de códigos subjetivos para dar significados, que conducen a ver las relaciones entre estructuras-subjetividades y acciones, como configuración de configuraciones. Nuestro concepto de configuración parte de una interpretación de Marx, luego se sustenta en Gramsci, en Adorno, Benjamin y en Thompson, aunque también es el resultado de nuestra polémica con los postestructuralistas y postmodernos, con las teorías de fragmentación de sujetos de Bauman y Sennet, con el interaccionismo simbólico y la fenomenología sociológica, así como con la psicología social de las representaciones, Vygotsky y Bajtín, y las teorías de la agencia de Bourdieu, Giddens y Habermas. En particular, hemos retomado nuestra experiencia en la investigación concreta.

Nuestra conclusión es que existen fundamentos para una nueva ciencia social; estos son ontológicos: realidad en constante transformación, existencia de diferentes niveles de realidad, realidad como relación sujeto-objeto, donde los ámbitos de sentido son parte de dicha realidad, y también son teóricos: el movimiento de lo social resulta de la articulación entre las estructuras (de diferentes niveles

de abstracción, a descubrir en su eficiencia metodológica), las subjetividades (como procesos de construcción de significados para la situación concreta, en donde interviene la cultura, pero en contextos estructurados y de acciones) y las acciones e interacciones con significado. La posibilidad del conocimiento de estos procesos no ignora la noción de mediación: del lenguaje, del poder, de la teoría, de la subjetividad del investigador y de los investigados. Y a pesar de todo, el conocimiento tiene un pie en realidades objetivadas que van más allá de los sujetos, a las cuales, los que hacen ciencia, no pueden sino aproximarse sin alcanzarlas totalmente. Sin embargo, no se reduce a una ciencia contemplativa que simplemente de cuenta de los procesos por la observación. Se trata de buscar una ciencia de la transformación de esa realidad por parte de los sujetos investigados. Para esto, dichos sujetos no deben simplemente aprender, sino ser parte del proceso de conocerse y transformarse a sí mismos. En esta medida no habría criterio de demarcación tajante entre ciencia y no ciencia, lo cual no equivale a plantear que sean indistintos. Más que un método para toda ocasión, podríamos hablar de principios epistemo-metodológicos y teóricos, más cercanos a la ontología y a la epistemología que a la ciencia positiva, y tendría que descubrirse la forma que pueden adoptar para cada objeto concreto.

Este es un libro de metodología, y está lejos de ser un recetario de cómo investigar o de técnicas para hacerlo. En el texto se establecen fundamentos ontológicos, epistemológicos y teóricos, bajo la idea de que la metodología está conectada con todos estos ámbitos: la metodología depende de la concepción de la realidad que se asuma, de la perspectiva acerca de la forma de construir conocimiento y de las formas bajo las cuales se relacionan las estructuras, subjetividades, acciones, y el objeto mismo.

En este contexto, se polemiza con el positivismo, con el relativismo, con el estructuralismo y el subjetivismo, para plantear un método que siga la línea genética del Concreto-Abstracto-Concreto (método de la economía política), la descripción articulada (Zemelman, 1987), hasta arribar a un concepto de configuración, entendido como red, no solo social, sino de códigos subjetivos, de estructuras (con continuidades y discontinuidades), funcionalidades y contradicciones.

El texto avanza metodológicamente hacia conceptos alternativos de teoría, de dato empírico, de medición y cuantificación, así como de proceso de coinvestigación con los sujetos investigados.

Cada capítulo se cierra con un apéndice en el que se analizan investigaciones ya realizadas, donde aparece el uso de configuraciones como eje de la metodología. Aunque diversos clásicos no hayan explicitado todos los fundamentos que en este libro se exponen, consideramos que algunos de estos elementos se encontraban —en “estado práctico”— en esos planteamientos clásicos. Nuestro interés es el de explicitar esos fundamentos y continuar en la línea genética de pensamiento esbozada.

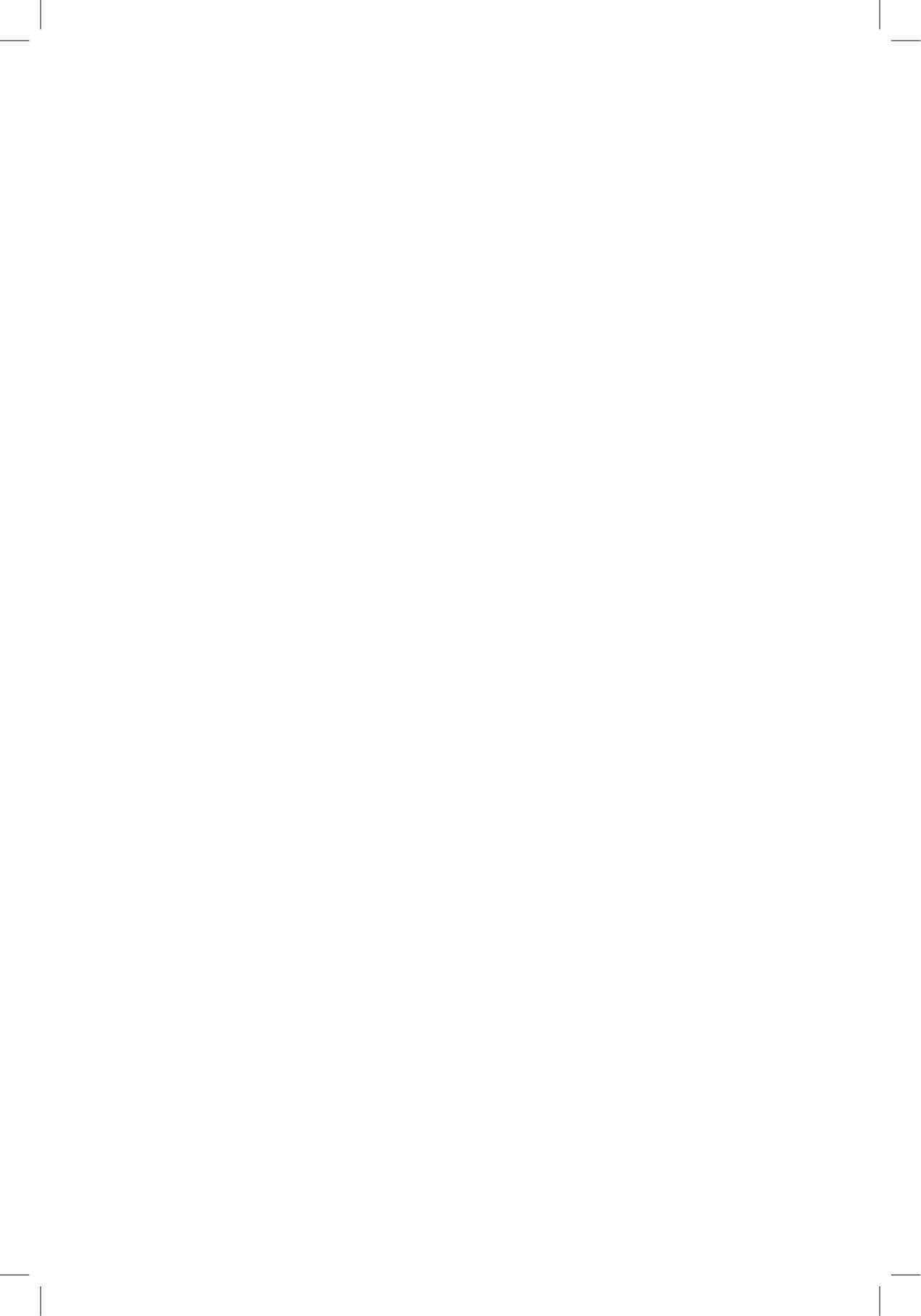
Bibliografía

- Austin, John, L. (1962) *How to Do Things with Words*. Oxford, Oxford University Press.
- Bloch, Ernest (1985) *El principio esperanza*. Madrid, Editorial Tecnos.
- De la Garza, Enrique (coord.) (2011) *Trabajo no Clásico, Organización y Acción Colectiva*. México, Universidad Autónoma Metropolitana-Plaza y Valdés Editores.
- _____(2001) “La Epistemología Crítica y el Concepto de Configuración”. *Revista Mexicana de Sociología*, año LXIII, No. 1, enero-marzo, Universidad Nacional Autónoma de México.
- _____(1988) *Hacia una Metodología de la Reconstrucción*. México, Universidad Nacional Autónoma de México-Editorial Porrúa.
- _____(1985) *El Método del Concreto-Abstracto-Concreto*. México, Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa.
- Gramsci, Antonio (1972) *El Materialismo Histórico y la Filosofía de Benedetto Croce*. México, Plaza y Valdés Editores.
- Hernández, Marcela (2003) *Subjetividad y Cultura en la Toma de Decisiones Empresariales*. Aguascalientes, Universidad Autónoma de Aguas Calientes.
- Montarcé, Inés (2015) *Trabajo y Acción Colectiva*. México, Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa.

Thompson, Edward, P. (1978) *La Formación Histórica de la Clase Obrera*. Barcelona, Laia Ediciones.

Zemelman, Hugo (1987a) *Horizontes de la Razón*. Barcelona, Anthropos Editorial.

_____ (1987) *Uso Crítico de la Teoría*. México, Instituto Politécnico Nacional.



Capítulo I

El positivismo, polémica y crisis

En este capítulo pretendemos sintetizar los principales problemas a los que se enfrentó el neopositivismo, las críticas de Popper a este, así como el empantanamiento al que llegó el primero, ante la incapacidad de dar una respuesta estrictamente lógica a sus propios problemas.

En lo que llamaremos la metodología tradicional en ciencias sociales “aquella que ha encontrado sus fundamentos implícitos o explícitos en el positivismo”, la verificación se convirtió en la problemática central del método de la ciencia, de la cual se desprendieron una serie de subproblemas tales como: la distinción entre conocimiento científico y ordinario, la estructura de una teoría científica, la relación entre concepto teórico e indicador y con los datos, el significado de haber verificado y el sentido de una explicación científica, entre otros.

En la perspectiva positivista, la estrategia fundamental de verificación puede ser resumida en el método hipotético deductivo. Al respecto, dice Kaplan (1964) que el método hipotético deductivo es la reconstrucción más ampliamente aceptada de la ciencia, reconstrucción entendida, en términos de este autor, como “lógica reconstruida”,

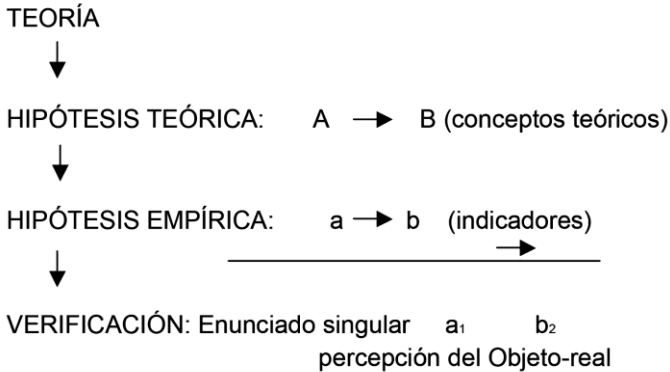
es decir, como reflexión sobre el quehacer de la ciencia sustantiva (principalmente de la ciencia natural). En este mismo sentido Nagel (1961) señala que el ideal de la ciencia es llegar a un sistema deductivo, es decir, un sistema de proposiciones cuyo núcleo central sean los enunciados universales a partir de los cuales poder hacer deducciones hipotéticas —sobre fenómenos singulares— como explicaciones tentativas que tendrán que ser sometidas a verificación. Por su parte, Popper (1970) indica que el camino de la ciencia no va de lo empírico a lo abstracto, sino de la hipótesis a la experiencia.

Ciertamente entre positivistas y popperianos hay diferencias importantes, aunque para Adorno (1970) se trataría de una misma forma de razonamiento, en cuanto a la consideración —o no— de la inducción como método de la ciencia, lo cual repercute sobre el significado que se confiere a la verificación, sea como probabilidad, o bien, como compás de espera de una falsación (corroboración). No obstante, la diferencia anterior, en la perspectiva positivista, es el camino de la verificación, el camino lógico riguroso, en tanto que el proceso de creación de teoría no rebasa la consideración acerca de la axiomatización de las teorías y los intentos menos sistemáticos de crear proposiciones a partir de correlaciones empíricas, propuestas que no alcanzan a conformar un método riguroso, al menos como lo quisiera la ortodoxia positivista. En suma, como dice Bunge (1970), por qué en la creación de la teoría influyen tanto operaciones racionales como no racionales, con lo cual es difícil pensar que desde esta perspectiva pueda hablarse de un método riguroso de creación de teoría, quedando reducida la parte estricta del método al camino de la verificación de las hipótesis, y por tanto, a lo que Popper considera el único camino de la ciencia.

El hipotético deductivo ha sido presentado como el método de la ciencia, aparentemente desligado de toda consideración ontológica acerca de la realidad y de la forma de hacer conocimiento. Su nivel de sistematización y de rigor lógico lo convirtió, junto a otros aspectos de orden extralógico que no trataremos en este momento, en el paradigma dominante de la metodología de la ciencia en casi todo el siglo XX. A su vez, el hipotético deductivo constituye una gran estrategia de conocimiento que ha logrado influenciar a paradigmas alterna-

tivos, como el marxista y el hermenéutico, sobre todo en el plano de la investigación concreta. No es raro encontrar investigaciones marxistas que utilizando conceptos de la economía política de Marx, proceden en forma hipotética deductiva buscando la verificación de hipótesis.¹

ESQUEMA DEL MÉTODO HIPOTÉTICO-DEDUCTIVO



La estrategia hipotética deductiva define en su interior una serie de problemas, negando —a la vez— la pertinencia de otros provenientes de otras perspectivas. De esta forma, si el método se inicia en la teoría, la pregunta inmediata que surge es la de la forma que debe adquirir la teoría científica. Sin embargo, en la respuesta a este problema, como a todos los otros que el método origina, no hay una simple inducción acerca de cómo son las teorías científicas *de facto*, sino también, una supuesta necesidad lógica que se vuelve ideal no realizado cabalmente por la ciencia sustantiva. De esta manera, la definición de la teoría ideal como la teoría axiomatizada no es simple resultado de la observación de cómo son las teorías científicas, sino de las características que un corpus teórico debiera tener para que el proceso de verificación procediese en forma lógica rigurosa. El

¹ Véase por ejemplo la investigación Perzabal (1978).

problema del rigor científico en esta perspectiva es tarea de la lógica, y las inferencias se convierten de hecho, *a pesar de la discusión inducción-deducción de Popper*” en el mecanismo de razonamiento que garantiza la no intromisión de elementos extralógicos que podrían traducirse en cierto sentido como ideológicos.²

La teoría axiomatizada es el ideal positivista, porque es la que permite deducciones rigurosas de hipótesis como segundo momento del método hipotético deductivo. Como un tercer momento metodológico aparece el problema de cómo traducir conceptos teóricos en conceptos observacionales. Después del fracaso del Círculo de Viena en su intento por fiscalizar los conceptos de la ciencia, el positivismo moderno ha tenido que aceptar que no todos los conceptos científicos son directamente observacionales (Stengmuller, 1979), apareciendo como problema legítimo el de la determinación de indicadores y datos, a partir de conceptos teóricos. La solución, para ser rigurosa en el sentido que hemos señalado, salta a la vista: *la relación entre concepto teórico e indicador debe ser una relación de deducción*, sin la cual aparecería la incertidumbre de si el indicador indica; sin embargo, *en las ciencias sociales se han experimentado soluciones menos ortodoxas, siendo la de Lazarsfeld una de las más socorridas*. El proceso de verificación del hipotético deductivo no termina en la definición de indicadores, sino que ahora estos indicadores deben permitir construir un *enunciado singular*, que es el que se somete a observación. Para ser rigurosa, la relación entre indicador y enunciado singular debe ser deducida —nuevamente— del primero. Finalmente, en la observación aparece el problema de si es posible *comparar enunciados con realidades*. En este punto el positivismo no fue capaz de elaborar una respuesta lógica rigurosa a partir de sus propios presupuestos, desde el momento en que es prácticamente imposible desligar el proceso de observación del contexto histórico-cultural, del lenguaje como producto social y no simplemente científico, conformándose con respuestas como la de Carnap, que considera lo observable como lo

² De hecho, el método hipotético deductivo, en su versión positivista, es un hipotético deductivo-inductivo, porque el último momento de la verificación presupone a la inducción.

dado, como si la relación entre un pensamiento (enunciado singular en este caso) y una percepción, fuese un acto inmediato.

1. La larga tradición del logicismo metodológico³

La tradición de lo que llamaremos el “logicismo metodológico” se remonta —posiblemente— al Renacimiento. Anteriormente, en la tradición grecolatina, había una línea claramente definida entre verdad y falsedad; en Platón, por ejemplo, el *topos uranos* es el reino de la verdad absoluta. En la escolástica medieval hay también, como en la tradición grecolatina, un privilegio de las formas de razonamiento sobre el mundo sensible como criterio de verdad. Es el “Renacimiento el que inaugura un nuevo concepto de verdad y de criterio de verdad”.

Este cambio va aparejado con la aparición de *un nuevo concepto de naturaleza* como algo independiente del pensamiento, y por tanto, aparece la necesidad de verificar la terrenidad del pensamiento,

³ Llamaremos “logicismo metodológico” a la tradición que considerando la prueba empírica como criterio de verificación, toma al método hipotético deductivo como la parte sistemática del método de la ciencia, o bien, como el único método científico. Posiblemente nuestro concepto de logicismo metodológico tenga semejanza con la connotación que la escuela de Frankfurt da al positivismo: filosofía de la ciencia de lo dado, de la contemplación.

En el plano de la lógica como forma de razonamiento se distingue a Popper de los positivistas, en cuanto al problema de la inducción: la pertinencia de la inducción como lógica, es criticada desde diversos puntos de vista (véase J. Nicol, 1961). Sin embargo, no nos interesa tanto destacar la discusión sobre la inducción, sino llevarla al plano metodológico, nivel donde no existe —propriadamente— un método hipotético-inductivo diferente al hipotético-deductivo, puesto que es hipotético-deductivo-inductivo; no obstante lo anterior, las interpretaciones del hipotético deductivo, pueden variar, sobre todo en cuanto al significado de la corroboración. A pesar de todo, Popper y los positivistas comparten el ideal de convertir el método de la ciencia en algo puramente lógico. Y en la discusión interna, posiblemente Popper sea el más riguroso (desde los propios supuestos logicistas), con lo que lleva a una forma de racionalidad científica hasta sus últimas consecuencias.

reivindicándose la *experiencia sensible como criterio de verdad*. Es probablemente Leonardo da Vinci uno de los primeros en exponer las bases de la filosofía moderna de la ciencia. Sin embargo, la filosofía renacentista de la ciencia, en su lucha contra la escolástica, *buscando independizar el mundo externo del sujeto*, marcó todo un rumbo a la epistemología moderna y fijó un *concepto de objetividad* en donde el *objeto aparece independiente del sujeto*. Se fija así uno de los futuros dogmas positivistas, el de la *neutralidad de la ciencia* y el de lo objetivo *como lo descontaminado del sujeto*.

Muy pronto Galileo fijará otro de los dogmas actuales positivistas. Para este gran pensador el ideal de la ciencia es llegar a establecer abstracciones y leyes universales. Esta consideración se enfrenta inmediatamente —en Galileo— a dos problemas que continúan siendo actuales: primero, la definición del método de una ciencia que trabaja con abstracciones universales, y segundo, la forma de establecer leyes universales. Muy tempranamente, este pensador proporciona respuestas todavía actuales. En cuanto al *método de la ciencia* este es definido como aquel que *partiendo del discurso* (teoría, podríamos decir ahora) termina en el experimento. En cambio, se rechaza la inducción como método para establecer leyes universales porque, como dirá Popper varios siglos después, la inducción no salva lógicamente de la posibilidad de un caso negativo que obligue a desechar la ley universal.

Después de los primeros renacentistas, que tienen como materia prima de análisis la nueva ciencia natural, la reflexión sobre la ciencia sufrirá un salto importante al afrontar —principalmente— los problemas de la percepción, a través de los empiristas ingleses. Para Locke (1985) todas las ideas provienen de sensaciones o de la reflexión, en donde la sensación aparece como simple transmisión de lo externo, a través de los sentidos, y la reflexión, como operaciones internas del pensamiento. Sin embargo, las ideas que pueden ser simples o complejas implican necesariamente un ejercicio reflexivo. Así, las ideas simples no serían sino la combinación de sensación y reflexión, en tanto que las ideas complejas se originarían de ideas simples. En síntesis, las ideas simples serían la base de todo conocimiento; entonces, como las sensaciones siempre se encuentran con-

taminadas de reflexión, el pensamiento que verifica solo puede hacer comparaciones entre pensamientos, aunque la base de la idea simple sea la sensación. Para Locke la consecuencia lógica sería que la verdad (o falsedad) solo tiene sentido como comparación entre ideas, y no entre ideas y realidades. Las percepciones no pueden ser por tanto falsas o verdaderas; solo lo serán las ideas acerca de dichas percepciones. La consecuencia para la ciencia resulta bastante dramática; el empirismo extremo, al no poder resolver el problema de la percepción, prácticamente abandona el mundo externo, e incluso, el problema de la correspondencia entre pensamiento y realidad, convirtiendo el campo de la filosofía de la ciencia en el de la lógica, es decir, al problema de “como las ideas pueden ser combinadas y comparadas rigurosamente”, dirá Locke.

Desde Locke, el empirismo se desenvuelve en la paradoja de una reivindicación del mundo sensible, que conduce a un callejón sin salida al problema epistemológico fundamental, y a una reducción virtual de la filosofía de la ciencia a una nueva silogística.

Sin embargo, todavía hay en Locke un concepto de realidad que, aunque reducida al mundo sensible, no lo conduce al solipsismo explícito. Berkeley (1985) se encargará de llevar el pensamiento empirista hasta su última consecuencia. Dentro de la concepción de que no puede haber sensación simple, puesto que toda percepción implica inmediatamente reflexión, Berkeley llegará a la conclusión de que, por tanto, el mundo externo y el de la percepción no pueden coincidir. Asimismo, para este pensador la realidad ya no es lo externo al sujeto, de la que se buscaría descubrir sus leyes, sino “un conjunto de percepciones”.

Ya en Berkeley se encuentra enunciada una crítica a la noción clásica de causalidad, entendida como contigüidad, sucesión y necesidad entre “causa” y “efecto”. Pero es Hume (1985) quien lleva la crítica a la causalidad hasta su máxima coherencia lógica con los presupuestos empiristas. Para este autor no es posible que la ciencia demuestre la conexión necesaria entre causa y efecto, y a lo sumo, se puede aspirar a establecer asociaciones entre fenómenos, en el sentido de mostrar su contigüidad y sucesión. Semejante a Locke, Hume considera que las percepciones o son impresiones-reflexiones

(las ideas simples de Locke), o ideas (imágenes de las impresiones). Como toda idea se deriva de algo sensible, la necesaria idea de conexión debería derivarse de algo sensible también, lo cual no puede ser demostrado, por lo que debe desecharse.

Los empiristas clásicos, como antecesores del positivismo, llevaron al pantano de la percepción la corriente que hemos llamado del logicismo metodológico, a la incapacidad de explicarla solo como un problema lógico, y además, a la negación de la capacidad del pensamiento de corresponderse —en alguna medida— con la realidad, y por tanto, a un privilegio en el futuro de la lógica como espacio específico de reflexión de la filosofía positivista de la ciencia. La negación de la causalidad no constituye sino un corolario de esta perspectiva que niega a la ciencia su capacidad de dar cuenta de determinantes internas de la realidad.

2. El positivismo

Augusto Comte es considerado como el padre del positivismo, aunque algunos encuentran su origen también en Saint Simón. Dentro de la tradición que arranca en el Renacimiento y que tuvo como enemiga a la escolástica, Comte emprende una cruzada en contra de lo que llamará metafísica, como aquello contrario a la ciencia (no reducida a la escolástica en plena decadencia). Por tanto, él es el primero en definir no la solución, pero sí el problema riguroso del positivismo: la “demarcación y sus criterios entre ciencia y metafísica”. Asimismo, en Comte empieza a presentarse —dentro de una aparente unidad— la dualidad positivista de la demarcación: por un lado se define la aplicación del método científico como criterio de demarcación, y por el otro, el dato empírico aparece también como criterio de demarcación. La síntesis pareciera decir que una proposición será científica si el dato empírico la verifica a través de un método, el método científico.

Con Comte se sintetiza y renueva, precisándola, toda una tradición. Por una parte, la lucha renacentista en contra del idealismo medieval que modernizada lo conduce a la lucha contra la metafísica y a la preocupación por definir un criterio de demarcación. Además,

la demarcación ya no es solo la ambigua reivindicación de la experiencia como criterio de verdad, sino —específicamente— la necesaria reducción de la proposición que pretende ser científica a los hechos. Hay también una especificación del significado del *hecho empírico como aquello accesible a la observación*. Por otra parte, se reafirma en Comte (1983) lo que el denominará “el dogma de la invariabilidad de las leyes naturales” (estas ciencias naturales aparecen en su quehacer como paradigmáticas para las ciencias sociales). Así, Comte buscará hacer de la sociología una *física social*, no solo en el sentido de atenerla a las mismas consideraciones epistemológicas y metodológicas de aquella, sino adelantándose a Carnap —en forma intuitiva— con la adaptación de conceptos de la física a la sociología. No obstante, hay efectivamente en Comte una tensión entre su concepción epistemológica naturalista de la ciencia y un humanismo reflejado en su ley de los tres estados. La ley de los tres estados implica una idea de progreso y construcción de una ciencia al servicio del hombre. Sin embargo, el naturalismo comtiano lo lleva a concebir una ley social que se impone sobre los hombres, en donde la tarea de la ciencia consiste en enseñarle a actuar de acuerdo a legalidades que es incapaz de modificar.

El positivismo tuvo que esperar unos cuantos decenios más para convertirse en el paradigma dominante de la ciencia. Su hegemonía tiene detrás dos consideraciones importantes: una de carácter lógico y otra de carácter sociológico. En cuanto a la primera, el positivismo es la corriente que logra reflexionar —a su manera— con mayor precisión acerca del significado de los grandes avances de las ciencias naturales desde finales del siglo XVIII. Con esta reflexión gana terreno a las perspectivas que no logran generar una *concepción específica sobre la ciencia* y permanecen en una *gnoseología general*, como si nada hubiera cambiado. En cuanto a la consideración sociológica, el avance de la ciencia natural lleva aparejada lo que algunos autores (Braverman, 1978) llamarán la primera *revolución científica-técnica*, consistente, fundamentalmente, en la estrecha imbricación entre ciencia y producción. De esta manera, *la producción impone formas de hacer primero a la ciencia natural, y luego, a la ciencia social*. Específicamente, la producción convierte

—cada vez más— la *ciencia natural* en la ciencia del experimento, relativamente despreocupada de lo natural espontáneo, desde el momento en que las condiciones artificiales del experimento pueden reproducirse a escala industrial, siempre y cuando el proceso sea rentable. Además, la conversión de los procesos productivos en procesos científicos supone una nueva condición a la ciencia natural: la de poseer una *capacidad predictiva cuantitativa*. Por supuesto, la necesidad de la cuantificación no nace en el siglo XIX, pero con la *conversión de la ciencia natural en tecnología*, se convierte en un criterio más de científicidad.

Será el empiriocriticismo quien retome, a finales del siglo antepasado, la tradición de la corriente positivista, enfrentándola a los retos que imponía la revolución científica. Se trata de una coyuntura en la que antiguas y “sólidas” teorías científico-naturales parecen derrumbarse. Reaparecen así viejas polémicas. Una de ellas, la de la relación entre conceptos teóricos y realidades. La respuesta empiriocriticista estaba presente y en embrión en los empiristas clásicos: *los conceptos teóricos no son reales, sino convenciones*. Además, reconociendo la diferencia entre concepto y dato empírico, la única forma de relación con el mundo empírico será a través de la observación. La ciencia, evidentemente, no se reduce a reunir datos: ella elabora teorías con capacidad predictiva. No obstante, las teorías no expresan relaciones internas “no observacionales” del objeto, pues constituyen modelos con capacidad predictiva empírica (para Berkeley la realidad es una caja negra en cuanto a su estructura interna, y la única forma de relación con dicha realidad es a través de la percepción). De esta manera, las teorías no son falsas o verdaderas sino útiles para predecir comportamientos empíricos.

Como bien demostró Lenin (1970), el empiriocriticismo resulta continuador del solipsismo empirista clásico. Sin embargo, el marxismo de la época era incapaz de ofrecer una nueva reflexión sobre la ciencia de la época, fuera de las consideraciones de fe materialista. De la misma forma, el historicismo ofrece resistencia al positivismo de la época, pero a lo sumo, hace tímidas críticas con respecto a la ciencia natural, dejando todo este inmenso y rico campo de reflexión también al positivismo.

La idea de la ley científica como ley universal, y de un proceso hipotético deductivo de la ciencia como sinónimo de método científico, se va imponiendo desde finales del siglo pasado. El positivismo va precisando problemas y esbozando soluciones, sin que las otras corrientes tengan mucho que ofrecer en el mismo nivel de la reflexión sobre el método. Todo esto va conformando al “positivismo como corriente hegemónica en la epistemología de la ciencia de la época”.

El marxismo sufre la influencia de la racionalidad positivista en este periodo, el que históricamente corresponde al predominio de la Segunda Internacional. Desde los últimos trabajos de Engels, como en *Dialéctica de la Naturaleza*, pareciera estar presente el ideal de ciencia dialéctica como ciencia de lo universal. ¿Hasta qué punto la concepción de la dialéctica como ciencia del objeto —en general— resulta compatible con la idea de Marx de abstracción históricamente determinada? De cualquier forma, resulta claro que en Engels no podemos encontrar ninguna profundización acerca de los problemas de la ciencia moderna, fuera de consideraciones gnoseológicas muy generales. El marxismo de la Segunda Internacional, por su parte, sufre la influencia del positivismo en dos formas principales. Primero, al concebir la *doctrina marxista* como *un sistema hipotético deductivo*, constituido por un sistema de leyes, si no universales, de observancia necesaria en el modo de producción capitalista. A partir de este sistema teórico, el marxista de la Segunda Internacional creía posible hacer predicciones sobre el futuro de la humanidad. En esta forma, las leyes marxistas eran pensadas a la manera positivista, como leyes que de una manera u otra tendrían que cumplirse, independientemente de la voluntad de los sujetos. De esta forma el marxismo, como el positivismo de Comte, debería enseñar a los hombres (obreros en este caso) a actuar de acuerdo a leyes que en última instancia escapan a su voluntad. El reformismo de Bernstein, aunque fue estigmatizado en la Segunda Internacional en un primer momento, no era sino una consecuencia lógica de esta forma positivizante de concebir las leyes marxistas del cambio social. El problema que estaba presente era si la *voluntad de las clases sociales organizadas* es solo un instrumento de leyes que escapan a dicha voluntad, o si en la *concepción marxista de ley social* está implícita una idea diferente de la positivista, que

permitiría conciliar la contradicción entre ley y voluntad, entre sujeto y objeto.

El *Círculo de Viena nació en 1922*, siendo su principal inspirador Schlick. A él pertenecieron personajes tan influyentes como Carnap, Neurath, Waisman, Hempel y Godel. Afines a sus posiciones estuvieron Wittgenstein y Russell. Los miembros del *Círculo de Viena reivindicaron al positivismo y al empirismo, especialmente a Hume y Mach*.

Con el *Círculo de Viena se intentó dar cuerpo definitivo a un solo lenguaje para la ciencia*, dentro de la tradicional lucha del positivismo con la metafísica. En esta medida, solo se reconocieron dos tipos de proposiciones para la ciencia: las formales (que serían tautológicas y no dirían nada acerca del mundo) y las fácticas, o empíricamente verificables. Fuera de estas proposiciones, todas las otras serían metafísicas o sin significado.

Sin embargo, el foco del análisis del neopositivismo será ahora la estructura lógica del lenguaje científico, y por tanto, su proyecto buscará establecer las reglas para formular enunciados *significativos*, y en última instancia, un mismo lenguaje para toda la ciencia. De esta manera, el problema del dualismo entre pensamiento y realidad se afronta en la forma de los antiguos empiristas, pero con herramientas lógicas sofisticadas, y con la definición de problemas específicos que aquellos no imaginaron. El criterio de demarcación se desglosó —como era tradicional en la corriente— en otros dos: el de la lógica de los enunciados significativos, y el de su verificación. En cuanto al primer aspecto, la solución transcurrió por el camino del establecimiento de una lógica del lenguaje científico. La solución más rigurosa proponía que todos los enunciados de la ciencia deberían ser contruidos a partir de *enunciados elementales*. Los otros enunciados deberían formarse a partir de uniones e intersecciones de estos enunciados elementales, combinatorias que pueden ser descritas rigurosamente a través de la lógica simbólica.

Sin embargo, el problema inmediato que surgía era cómo se originan los enunciados elementales. Para este problema se esbozaron dos soluciones. En la primera, los enunciados elementales estarían basados directamente en la experiencia, y en la segunda, sería a tra-

vés del *fisicalismo* de Carnap por el cual se pretendería formular un solo lenguaje para la ciencia, derivado de los conceptos de la física.

Como se ve, la validez de los enunciados elementales era adjudicada, en última instancia, a la verificación en las dos versiones de la respuesta. En este momento surgía el *segundo aspecto del criterio de demarcación*, el de la verificación de enunciados elementales. La duda del obispo Berkeley aparecía entonces insalvable para los neopositivistas. Si cada percepción es subjetiva, contaminada inevitablemente de reflexiones, ¿Cómo establecer la objetividad de aquellos enunciados elementales basados directamente en la observación? Una posible solución fue en el sentido que los “contenidos de lo sensorial son incomunicables”, subjetivos, pero *las sensaciones de objetos iguales deben poseer estructuras iguales*. Por ejemplo, si dos personas llaman azul a la misma sensación, no hay manera de verificar que están percibiendo al objeto de la misma manera, pero sí que se refieren al mismo tipo de sensación. Dentro del hiperlogicismo positivista, la objeción que se antojó fue que la *hipótesis de estructuras iguales de las percepciones era a su vez inverificable*, por lo que carecería de sentido.

Asociado al problema general de la verificación aparecía otro no menos importante, el de la posibilidad de *verificar enunciados universales*. Desde hacía siglos, lo que parecía ideal de este tipo de ciencias era el establecer enunciados universales. Sin embargo, el neopositivismo se enfrentó al problema de si era lógicamente justificable esta búsqueda. En primer lugar, parecía imposible la verificación de lo universal, puesto que toda verificación es siempre singular. Luego, ¿cuál debería ser el verdadero significado de verificar? La solución se dio en el sentido de *desechar lo concluyente en verificación*, considerando la verificación solo como *confirmación*, en tanto apoyo empírico al enunciado a verificar. Sin embargo, este significado de verificación presentó —como problema insalvable— el no ser ni preciso ni formalizado. Popper se encargaría de refutar el intento de considerar la *verificación como probabilidad*, ya que no era posible el cálculo de probabilidades en este sentido, lo que convertía la propuesta carente de significado. En otras palabras, *el principio de verificación como confirmación probable no era verificable*, y el

positivismo no pudo dar una respuesta satisfactoria a la objeción anterior, tomándose —finalmente— como una convención. Es decir, el viejo ideal de la corriente del “empirismo deductivo” era imposible de justificar lógicamente. De esta manera, la ley ya no podía ser considerada como una proposición universal, y por tanto, como falsa o verdadera, sino como *un enunciado que poseyendo la forma de enunciado universal solo proporciona las reglas para construir proposiciones singulares verificables*.

Sobre el problema de la verificación, como proceso lógico metodológico, el positivismo creyó hacer progresos inusitados. En primer término, el rigor lógico de una verificación requería que la relación entre lo que Carnap llamó *el lenguaje teórico* y el *lenguaje observacional* tuviera una traducción precisa, siendo la deducción, “como diría Popper”, la *única operación lógica rigurosa para establecer esta relación*. Así, la *regla de correspondencia* entre lenguaje teórico y observacional debería ser dada a partir de la deducción. Sin embargo, la realidad mostraba que esta regla rigurosa de traducción no se practicaba cabalmente en la ciencia, y se cambió *por* una condición menos fuerte: *un enunciado tendrá sentido empírico solo si es traducible a un lenguaje empírico*, reconociendo *con ello que la ciencia trabaja con conceptos solo indirecta y parcialmente interpretados*. Pero si el ideal de la relación rigurosa seguía siendo la deducción, este rigor encontraba un nuevo obstáculo cuando en una verificación se había traducido la proposición teórica en otra observacional; para lograr la verificación restaba la confrontación entre la proposición observacional con la realidad. *¿Cómo confrontar proposiciones con realidades, si la lógica solo funciona entre enunciados?* Carnap llegaría a la conclusión de que *no podía haber una teoría aceptable de la percepción*, pues la observación debería considerarse como un concepto básico no definido, no unívoco; y lo observable debería considerarse como lo dado, ante lo cual se detenía la reflexión de la lógica de la ciencia. En otras palabras, el campo de la verificación “como reflexión de la filosofía de la ciencia”, quedaba reducido al de la lógica del lenguaje, y a las transiciones entre lo teórico y lo observacional. De esta manera, el problema de la verdad tendía a adjudicarse a la lógica.

Profundizando sobre el problema de la traducción de lo teórico a lo empírico (u observacional), donde el positivismo parecía haber logrado una respuesta satisfactoria, la imposibilidad de fijar un criterio lógico riguroso de traducción, en el sentido de deducción, abría la incertidumbre acerca de la correspondencia entre concepto teórico e indicador. La propuesta fue la de pedir que la correspondencia fuese —a su vez— verificada, pero Scheffler se apresuró a señalar que como toda verificación es sobre singularidades, nunca se podría diferenciar si lo que se verifica es la correspondencia entre conceptos teóricos e indicadores, o la hipótesis sustantiva. Bridgman ofreció su solución, el operacionalismo, exigiendo que cada concepto científico debiera definirse en forma operacional. Esta no era sino que la vieja propuesta neopositivista temprana de reducir toda la ciencia a lo observable, cuestión que anteriormente había fracasado.

Hempel reconoció la imposibilidad de un criterio tan fuerte como el de Bridgman, y señaló que «hay que resignarse a no poder encontrar una distinción tajante entre ciencia y metafísica», porque, además, añadirá este famoso positivista, las reglas de correspondencia entre concepto teórico e indicador, solo se cumplen bajo determinadas condiciones de observación: el experimento fija las condiciones de existencia de la verdad.

Con toda su agudeza, Hempel estaba señalando el meollo del problema: la ciencia de la naturaleza era ya —por excelencia— la ciencia del experimento; el experimento fijaba condiciones no espontáneas a los fenómenos, e incluso generaba sustancias inexistentes en lo natural. Pero esto era indiferente para una ciencia cada vez más ligada a la producción capitalista.

3. El fracaso histórico del positivismo

El fracaso del positivismo queda sintetizado en la incapacidad de reducir la investigación científica a una simple lógica. Esta fue la camisa de fuerza que condujo —sistemáticamente— a callejones sin salida a las soluciones de los grandes problemas de la lógica de la ciencia positivista.

Por un lado, como señalaba Hempel, el criterio de demarcación entre ciencia y metafísica, gran intento de volver neutral el método y el desconocimiento de sus determinantes histórico-culturales, fracasó en las dos formas que adoptó: la del criterio empirista y la de la lógica de la verificación. Primero, porque la proposición con forma de universal no podía ser definitivamente verificada, y segundo, porque el criterio de verificación parcial no fue ni preciso, ni formalizado, al grado de no constituir una solución lógica rigurosa como se encargará Popper de recalcar.

Además, al ser incapaces los positivistas de reducir la observación a una lógica y despojarla con ello de lo subjetivo del observador, dejaban sin fundamento lógico a una parte esencial del proceso de verificación que cuestionaba la objetividad del mismo, al menos como ellos lo entendieron: como independencia del sujeto y su reducción a una lógica abstracta.

Pero no solo el criterio de demarcación fracasó al ser incapaz de deducir a una lógica la correspondencia entre pensamiento y realidad en el momento de la observación, sino también, en cuanto a la propia lógica del proceso interno de la verificación. Este proceso de verificación, en su parte lógica, antes de su confrontación con lo observable, implicaba un proceso de traducción de lo teórico a los conceptos observacionales cuya solución deductiva parecía rigurosa. Sin embargo, la realidad de la ciencia natural —o social— se resistió, primero a aceptar teorías totalmente axiomatizadas, y luego, a una traducibilidad de lo teórico a lo observacional riguroso. En esta medida hacía agua también la parte sistematizada de la ciencia positivista, y unos tras otros los criterios de correspondencia tenían que ser sustituidos por otros menos fuertes, y por tanto, menos rigurosos lógicamente, e incluso, francamente ambiguos. Esto echaba al traste el proyecto de reducir a una lógica, ni tan siquiera en una de sus partes importantes, el proceso de investigación científica.

Pero si el criterio de demarcación fallaba en querer ser riguroso y el propio proceso de verificación era inseguro y laxo, esto no podía sino repercutir sobre la seguridad y univocidad de su propuesta de método. El hipotético deductivo ya no aparecía tan seguro, porque era imposible convertir cada uno de sus pasos en pasos seguros, ló-

gicamente neutrales y desubjetivados; con ello sufría este método al intentar presentarse como el único camino de la ciencia. Es decir, si el camino de la ciencia no es un camino lógico riguroso, sino permanentemente contaminado de valores, ideología, cultura, historia, la propuesta de un método neutral y único resultaba poco convincente.

A despecho del positivismo, este también arrastraba, en su gran proyecto, una concepción de la realidad que determinó —en gran medida— la definición de sus problemas y las soluciones de los mismos. Por un lado, el ideal del logicismo metodológico de establecer leyes universales, al que finalmente se renuncia en el neopositivismo ante la imposibilidad lógica de lograrlo, refleja el intento de concebir la realidad como eminentemente estática. No se explica de otra manera cómo *la lógica del hipotético deductivo propone un punto de partida en la teoría*, teoría, por lo demás, constituida fundamentalmente por leyes universales o con forma legaliforme, sin serlo realmente, como se dirá después, que para el caso es lo mismo. En tanto leyes universales, deberían tener la capacidad de explicar lo singular, y el proceso de verificación debiera ser el de *subsunción del caso singular dentro de la ley universal*. La verificación se presenta así, como una ilustración de *lo universal que explica lo singular*. Este es el fundamento de la *función principal* que el hipotético deductivo confiere a la *teoría: una función deductiva*, la de tener la capacidad de deducir hipótesis para ser sometidas a verificación.

Pero eso no es todo; el positivismo llegó a convertir en algo más preciso el viejo concepto renacentista de “experiencia”: la verificación. Esta, además de las componentes lógicas a las que nos hemos referido anteriormente, implica el momento preciso del enfrentamiento entre pensamientos y realidades. En este punto la realidad pertinente a la verificación queda reducida a la realidad empírica, a la observable a través de los sentidos. De esta forma, el concepto de realidad presente en esta perspectiva, al menos la realidad que es relevante a la ciencia, es la realidad empírica, *realidad de un solo plano*, empírica que por otro lado, no es problematizada como forma de relación entre el sujeto y el objeto, sino que aparece como algo dado e irreductible a la lógica. Este concepto de *realidad homogénea* repercute sobre el propio carácter de la teoría que pretende dar cuenta

de la misma. *La teoría* por excelencia es la teoría axiomatizada, y decir esto significa, entre otras cosas, que los conceptos y proposiciones en la teoría tienen —entre ellos— una relación deductiva. Es decir, no hay la posibilidad de niveles diversos de abstracción, puesto que la simple deducción entre proposiciones no permitiría los saltos entre dichos niveles. En esta medida, a una *concepción homogénea de la realidad y reducida al mundo empírico, corresponde una concepción homogénea de la teoría*, cerrada semánticamente, como diría Bunge.

Por ello el dualismo entre pensamiento y realidad no puede ser resuelto por el positivista. Primero, porque esta relación siempre será más compleja que los dictados de cualquier lógica, y segundo, porque las transiciones no podrán ser establecidas con propiedad, sin reconocer que las teorías no necesariamente son homogéneas, o que la única relación entre sus proposiciones es la deductiva. Más bien, como establece Bachelard, las teorías poseen un perfil epistemológico, es decir, niveles diversos de maduración de los conceptos en sus contenidos y relaciones con otros conceptos en la teoría. Además, diríamos nosotros, *las teorías pueden reconocer relaciones entre sus conceptos no solo de deducción, sino de niveles diferentes de abstracción* entre otros.

El positivismo —con su método hipotético deductivo— fracasó en querer reducir el proceso de investigación científica a una lógica abstracta, ahistórica, desubjetivada. Fracasó en el momento de la percepción, y no pudo negar que es imposible purificar la historia y la cultura; pero fracasó también en el proceso lógico de la verificación, puesto que este nunca puede ser reducido exclusivamente a la lógica.⁴

Reconocer la presencia de lo subjetivo en el proceso de investigación científica implica diversos niveles. Por un lado, todo el campo de los valores del investigador, los que consciente o inconscientemente influyen en la toma de decisiones cuando la lógica se muestra incapaz de guiarlas por ella sola. Por otro, el reconocimiento de que estos valores no solo son individuales, sino sociales, y que históricamente cambian y determinan no solo los problemas a investigar,

⁴ Las reflexiones que siguen serán profundizadas en los capítulos subsiguientes.

sino ópticas de análisis, preferencias paradigmáticas y soluciones del sentido común, que siempre se entremezclan con la lógica de la investigación. Pero fundamentalmente, el reconocimiento de lo subjetivo en los procesos sociales implica que dichos procesos no están unívocamente determinados por lo objetivo que escapa a la voluntad de los sujetos, sino que el movimiento histórico resulta de la articulación entre objetividad y voluntad. Lo anterior debe conducir a una *reformulación del concepto de ley social*, y al abandono del determinismo objetivista, incluso en su forma probabilística.

Si una concepción de la realidad estática, desubjetivada y homogénea ha conducido a una propuesta de método incapaz de resolver los propios problemas que planteó desde su perspectiva, habría que preguntarse si en una perspectiva como la marxista conservan su vigencia los problemas, soluciones y método positivistas.

Una concepción de la *realidad en movimiento*, en constante transformación, aunada a la idea de una estructuración de dicha realidad por niveles de realidad y en donde el *cambio social* resulta de la articulación entre objetividad y subjetividad, debería conducir a un replanteamiento de los problemas positivistas con respecto al método, propiciando el surgimiento de nuevos problemas epistemológicos.

En primer término, el ideal de una ciencia social que descubre leyes universales debe ser replanteado en términos de lo que Marx llamó la abstracción y la ley históricamente determinada. Pero, al mismo tiempo, la necesaria inclusión del sujeto en la determinación del proceso histórico, en interacción recíproca con los elementos objetivos de la realidad, y ambos en permanente reestructuración, no necesariamente conduce al abandono del concepto de ley, pero sí a transformarla en una *legalidad potencial*, sobre todo si se piensa que la realidad se estructura y reestructura por niveles de realidad, y en esta medida la *teoría* que da cuenta de esa realidad no puede sino estructurarse por niveles de abstracción, dando cuenta de las estructuras en una coyuntura determinada, así como su proceso de cambio y potencialidades de transformación. Lo anterior conduce a replantear el carácter de la teoría como sistema de proposiciones relacionadas en forma deductiva, para considerarla como un complejo conceptual en una relación por niveles de abstracción, en donde el cambio de

nivel de abstracción resulta de operaciones lógicas, pero también de la ubicación histórica del concepto.

En otras palabras, si la *teoría resulta un complejo conceptual estructurado por niveles de abstracción*, sus legalidades no podrán expresar el movimiento de lo real sin la consideración de lo subjetivo; en esta medida, *la ley resulta ser siempre una ley de tendencia* sujeta a otras determinaciones en cuanto a su operación en el mundo empírico, entre ellas, por supuesto, la acción y voluntad de los sujetos involucrados en el proceso.

La idea de realidad por niveles y teoría por niveles de abstracción debe conducir a replantear la relación entre concepto-indicador y dato; esta no puede ser solo una relación deductiva, sino representar el cambio en niveles de abstracción, desde el concepto teórico hasta el dato. Estamos entendiendo los niveles de abstracción de los más abstractos a los más concretos, como lo hace Marx; es decir, un concepto será más concreto si depende de más determinaciones que el más abstracto. Por ejemplo, el concepto de valor resulta más abstracto que el de precio en *El Capital*. Así, la determinación de un indicador para un concepto teórico no puede ser simplemente deducido de la teoría, puesto que la operacionalización del indicador en la realidad concreta, necesariamente dependerá de más determinantes que las del concepto teórico; en este sentido, el indicador será también un concepto más concreto que el concepto teórico, y sujeto a determinantes suplementarias, determinantes que hay que descubrir no en lo general, sino en lo específico, para el contexto en donde se quiere realizar la “verificación”. En general, la relación entre concepto teórico e indicador debe estar sujeta a las mismas consideraciones que la relación entre un concepto abstracto y otro más concreto (De la Garza, 1983).

El replanteo del carácter de la teoría debería ser completada con una reformulación de la función de la misma en la investigación, de una *función deductiva aplicada a otra reconstructiva*. La necesidad de reconstruir la teoría acumulada surge de la concepción de una realidad en movimiento, de su reestructuración por niveles de realidad, y de la necesidad de captar no solo lo general al objeto, sino también, lo específico al mismo. En este sentido, no habrá teoría

general capaz de dar cuenta —por sí sola— de lo específico y de su transformación.

En otras palabras, lo que se *replantea* en términos generales es la *estrategia general de construcción de conocimiento*; de una estrategia verificacionista, como en el hipotético deductivo, a una de reconstrucción-construcción de teoría, como eje fundamental del proceso de investigación.⁵

Finalmente, el problema de la verificación no puede permanecer en los mismos términos que en el positivismo. Asimismo, la importancia y función de las hipótesis en el proceso de investigación tienen que cambiar. En un proceso reconstructivo es posible hablar de una “verificación interna” y otra externa. “Verificación interna” en cuanto formas diversas de articular lo histórico y lo lógico en el proceso de reconstrucción, y externa, ligada a la praxis histórica transformadora.

Así, el problema de la correspondencia entre conceptos teóricos, indicadores y datos no solo puede concebirse como relación de *deducción*, sino también, como de saltos en niveles de abstracción, *del concepto más abstracto a los más concretos*, interviniendo en dichos saltos —por supuesto— lo lógico, y también, lo que Marx denominaría lo histórico (De la Garza, 1983).

La inevitable introducción de lo histórico en este proceso de conocimiento científico no solo implica *la no universalidad de los conceptos y leyes, sino específicamente, el reconocimiento de la influencia del sujeto en dicho proceso*.

A pesar de que en estos momentos ya no es convincente la identificación entre positivismo y método de la ciencia, el desarrollo de otras alternativas, como la marxista, es todavía más un campo por explorar que una realidad.

⁵ La consideración anterior debe ser explicada con mayor amplitud, primero, distinguiendo entre ciencia natural y social; segundo, entre ciencia social convertida en tecnología y ciencia social crítica; y finalmente, en función del tipo de objeto a investigar (De la Garza, 1983).

Bibliografía

- Adorno, Theodor (*et al.*) (1970) *La Disputa del Positivismo en la Sociología Alemana*. México, Editorial Grijalbo.
- Berkeley, George (falta año) *Principios del Conocimiento Humano*. Buenos Aires, Losada.
- Braverman Harry (1978) *Trabajo y Capital Monopolista*. México, Editorial Nuestro Tiempo.
- Bunge, Mario (1970) *La Investigación Científica*. Madrid, Editorial Ariel.
- Comte, Auguste (1983) *Discurso sobre el Espíritu Positivo*. México, Editorial. Aguilar.
- De la Garza, Enrique (1983) *El método del concreto-abstracto-concreto*. México, Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa.
- Hume, David (1985) *Del Conocimiento*, México, Editorial Sarpe.
- Kaplan, Abraham (1964) *The Conduct of the Inquiry*. New York, Chandler Publishing.
- Lenin, Vladimir, I. (1970) *Materialismo y Empiriocriticismo*. México, Editorial Grijalbo.
- Locke, John (1985) *Ensayo sobre el Entendimiento Humano*. México, Editorial Sarpe.
- Nagel, Ernest (1961) *The Structure of Science*. New York, Chandler Publishing.
- Popper, Karl (1970) *La lógica de la investigación científica*. Madrid, Editorial Tecnos.
- Stegmüller, Wolfgang (1979) *Teoría y Experiencia*. Barcelona, Editorial Ariel.

Capítulo II

Relativismo y antifundacionismo

Desde los años ochenta del *siglo* XX, dos esferas de las formas académicas de pensar se han escindido, la de la investigación social y la de la filosofía de la ciencia (Apel, 1992). Las teorías sociales cambiaron mucho a partir de la gran transformación que supuso la década de los setenta-ochenta del *siglo* pasado; hay nuevas teorías, algunas de las que ya existían antes de esas décadas se han fortalecido, otras han decaído, y algunas —prácticamente— han desaparecido de la discusión de los académicos. A pesar del planteamiento postmoderno del fin de los grandes discursos (Larey y Potter, 2001), muchas teorías actuales han tenido esta pretensión, tales como las teorías de la agencia, de sistemas, la revitalización de las interaccionistas simbólicas y de la fenomenología sociológica, las teorías interpretativas del discurso, la del sistema mundo, de la acción racional, el neoinstitucionalismo, etcétera (Barbalet, 1983). Sin embargo, a diferencia del período de la postguerra que termina en los años setenta, no se puede hablar de grandes teorías hegemónicas, o en todo caso, sus hegemonías pudieran ser en algunos países, en unas disciplinas, o en ciertos departamentos de universidades (Berstein, 1983). Otra diferencia sería que

en general, estas teorías grandes, emergentes a partir de la década de los ochenta, han repudiado a los estructuralismos tan aceptados en el período anterior, introdujeron los temas del lenguaje, la subjetividad o la textualidad (Wodak, 2008) en la teorización (Betti, 1984). Lo anterior no significa que no haya teorías estructuralistas o intentos de actualización de antiguos paradigmas, como es el caso del funcionalismo de Parsons en los Estados Unidos. Parte de estas teorías han sido influenciadas por la filosofía hermenéutica, por el postestructuralismo, por el postempirismo o por el pragmatismo (Bhaumbro, et al., 2014). Sin embargo, la asimilación de estas filosofías por los científicos sociales no ha sido hasta sus últimas consecuencias o en sus aspectos más íntimos, porque muchas de aquellas resultan muy relativistas, e incluso hay propuestas que rayan con el agnosticismo (Blaavw, 2008; Harrington, 2000). Es decir, se da la paradoja de científicos sociales que siguen haciendo ciencia, mientras simpatizan con teorías relativistas, sin asumir que no habría forma de jerarquizar las diferentes construcciones de conocimiento, y a la vez, se involucran en fuertes pugnas en torno de la validez de un enfoque y no del otro (Boudon, 1980). Otro tanto sucede con los filósofos relativistas que compiten en la disputa por la mejor interpretación de los grandes filósofos (Campbell, 1988). Es cierto que la gran oleada de relativismo en filosofía de la ciencia ha llevado a algunos autores a proclamar la muerte de la epistemología, y a científicos sociales a abandonar la investigación social por la filosofía; este último caso, no obstante, se trata de minorías, pues la mayoría sigue generando conocimiento y las publicaciones de artículos en revistas científicas no ha menguado; por el contrario, se ha acrecentado en el mundo (Cruicshanks, 2003).

Es decir, la escisión entre epistemología y práctica de la investigación científica se da, a pesar de recuperaciones parciales de las doctrinas relativistas —por científicos sociales— que las desubican de su marco antiepistemológico. En esta medida, como no es interés de los diversos relativismos proponer un método de investigación alternativo al positivista, sino que al criticarlo, rechazar toda idea de método, han dejado huérfanos de opciones a los científicos sociales que siguen haciendo ciencia (Feather, 2000). En estas condiciones aparecen alternativas de método no relativistas, comúnmente superficiales en su

fundamentación epistemológica, como la *grounded theory*, o bien, hay un renacimiento del positivismo en estado práctico en muchas investigaciones empíricas en ciencias sociales, que no se cuestionan el problema epistemológico de si puede haber correspondencia entre teoría y realidad, como tampoco, si los datos empíricos están dados o son siempre construidos por los sujetos, así como la influencia de las relaciones de poder cuando están construyendo conocimiento (Flores, 2013). Es decir, investigan con métodos que supuestamente había quedado desprestigiados a partir del giro lingüístico y sus fundamentos deconstruidos para no volver a reconstituirse. Para el científico normal —en el sentido de T. Khun— el problema es que la aceptación relativista hasta su última consecuencia, llevaría posiblemente al agnosticismo y a rechazar el quehacer de la ciencia como diferente del conocimiento cotidiano, como simple juego del lenguaje (Freeman, 2011). Entonces, para no paralizarse ni reducir la profundidad del debate en la metodología de la ciencia y técnicas cuantitativas versus cualitativas, prefieren ignorar la nueva epistemología, mejor dicho, la antiepistemología, y acogerse a formas de hacer ciencia que gozaron de gran legitimidad en el pasado, definidas como una lógica de cómo hacer ciencia: el método hipotético deductivo, minado desde hace varios decenios en sus fundamentos (para estos científicos de investigación concreta no se trata de justificarlos, sino de ignorarlos, así como a sus críticas). El primero sería el camino de la parálisis, y lo cierto es que —intuitivamente— la mayoría de estos científicos son realistas, y siguen creyendo en que la ciencia puede dar cuenta de realidades sociales (Ginev, 1995).

Aunque cuestionamientos a la objetividad del conocimiento científico se habían dado muchos siglos atrás, pasando por Kant, en el siglo XX se iniciaron —por la vía hermenéutica— en torno de la interpretación de los significados y de la sociología del conocimiento (Ricoeur, 2003). Desde el momento en que no hubo consenso de si había método para interpretar significados, estas perspectivas suponían relativismo, además de que el poder y la cultura serían inseparables de la “verdad” de la ciencia (Ginev, 2013). A pesar de la “disputa europea por los métodos”, iniciada por Dilthey y Mach y continuada con Husserl, Heidegger y el positivismo lógico, este

último se impuso en el mundo por varios decenios y la lógica de la investigación científica se presentó como la reflexión más poderosa acerca de la objetividad del conocimiento a través de un método (el hipotético deductivo) y la prueba empírica (Ferreris, 2002). Este positivismo pretendía proporcionar guías aparentemente seguras a los investigadores, puesto que decía apoyarse en la forma de hacer ciencia de la impactante ciencia natural (por sus descubrimientos). Así, la epistemología positivista dominó el panorama epistemológico y de metodología de la ciencia de los años treinta a los sesenta del siglo XX (Hall, 1990).

Aparentemente, este positivismo se presentaba sin ontología, basado en cómo investigaba la ciencia natural en forma estilizada. Sin embargo, sí contenía una ontología implícita, pues suponer que la ciencia buscaba leyes universales, implicaba pensar la realidad como dada en términos de sus leyes, creer que había un solo método y una sola ciencia (a diferencia de Dilthey), que era el de las ciencias naturales, considerar que el dato empírico, captable a través de los sentidos, estaba dado en la realidad, ignorando las objeciones hermenéuticas acerca de la objetividad de la observación sensible (Jame-son, 1969).

Aunque el significado de la objetividad en la ciencia había sido cuestionado siglos atrás, y en el siglo XX por las corrientes hermenéuticas o de sociología del conocimiento, la unificación de las críticas y un verdadero *turning point* se dio en los sesentas con el giro lingüístico (Kaufman, 1943); es decir, la aseveración —sencilla pero potente, difícil de rebatir— de que el conocimiento depende de los conceptos utilizados, del lenguaje (Austin, 1962) (Lakoff y Johnsons, 1982). En esta medida, diferentes lenguajes llegarían a resultados contrastantes, y no habría manera de discernir en su contenido de verdad, o sea, de deslindar entre lo que la realidad es y lo que añade el concepto (Lamola, 2013). Se cuestionaba así, el concepto clásico de correspondencia entre pensamiento y realidad que ha conducido al relativismo. En esos mismos años, sin estar dentro del giro lingüístico, Thomas Khun siguió la tradición de pensar que sobre la ciencia y el conocimiento en general influyen las relaciones de poder e intereses de los miembros de su propia comunidad, o con Foucault, pensar

que toda relación social implica relaciones de poder —en un sentido más amplio que en Khun—, que determinarían los órdenes epistémicos (Laet, 2012). Ambas perspectivas, giro lingüístico y saber y poder, minaron el consenso positivista, aunque la segunda era una crítica externalista, no tanto a la lógica del método positivista, sino a la influencia del contexto, mientras la primera tocaba el corazón del método, por lo que se convirtió en la más influyente para criticar al positivismo. Como el positivismo dominaba a lo largo y ancho de la epistemología, y sobre todo, en la metodología de la ciencia, las que se iniciaron como críticas a esta gran perspectiva, se volvieron en contra de todo realismo, atribuyendo a unas y otras corrientes realistas los mismos supuestos de realidad o de cómo conocer, cuestión que como que veremos, resultó en un abuso de la crítica hermenéutica en contra de toda idea de método. No todas las perspectivas realistas antiguas o modernas son positivistas. Las críticas relativistas al positivismo se extendieron a toda corriente que considerara que el mundo tiene alguna estructura que pudiera captarse a través del pensamiento. Según la crítica, esto no sería posible, porque la mediación del lenguaje impediría garantizar la captación de esa supuesta estructura; por el otro lado, el poder, que derivaría en paradigmas diferentes, tampoco garantizaría correspondencia o la posibilidad de captar estructuras. El relativismo se extendió a la prueba empírica: el dato empírico es captado por el sujeto a través de los sentidos, pero la percepción está también en función del lenguaje, por tanto, no habría percepción de datos tal cuales, sino dependientes de la subjetividad, del lenguaje o del poder, y esta mediación —que relativiza al dato y a la fuerza de la prueba empírica— no podría ser salvada. En fin, que no habría métodos seguros de llegar a la verdad, ni estos podrían tener fundamentos en una epistemología que lo garantizara, de tal forma que el relativismo es, a su vez, un antifundamentacionismo. No habría fundamentos de método o de conocimiento verdadero (Luft y Shields, 2014).

Habría que anotar que aunque el relativismo en sus diferentes formas puso el acento en la crítica al positivismo, puesto que era la corriente dominante en epistemología y metodología hasta los sesenta del siglo XX, sus críticas se extendían a toda teoría realista, aunque

no fueran positivistas (McLennan, ed., 2014); a toda posición realista en el sentido de que algún nivel de comprensión o explicación podía ser validado (O'Hear, ed., 2012). Es decir, en contra de toda idea de ciencia, salvo que eufemísticamente se aceptara que existe la ciencia, pero como un discurso más, sin jerarquía de verdad. Es decir, el relativismo tendría que ser visto como antiepistemología —de hecho, los relativistas más consecuentes han proclamado la muerte de la epistemología, o bien, su sustitución por la psicología cognitiva, como en el pragmatismo—, en tanto no podría haber una doctrina que proporcionara guías seguras de cómo alcanzar la verdad. No obstante, los relativistas se mueven en el plano de la discusión, en parte ontológica en parte epistemológica; en este último, se convierten en una antiepistemología con fuerte argumentación acerca de cómo no se puede llegar a la verdad (Pietersman, 200). Asimismo, cuando se mencionan las críticas actuales a la ciencia como relativistas y no como agnósticas, se incurre en un eufemismo. No es lo mismo construcción de conocimiento que no puede pretender corresponderse con alguna realidad, a decir que a pesar de los efectos en el poder y la dominación o la cultura, pudiéramos construir conocimiento verdadero, porque el punto no es si se construyen ideologías y a estas se les llama conocimientos relativos, pues puede haber muchos y ninguno puede reclamar ser más objetivo que el otro, sino si se puede hacer conocimiento verdadero, reconociendo la mediación del lenguaje o del poder (Rankin, 1966). El primer caso es el reconocimiento de que ninguno de los llamados conocimientos científicos puede pretender constituirse de manera externa al sujeto. Si fuera así, entonces habría que llamarle agnosticismo y no simplemente relativismo.

La primera forma de crítica relativista fue reductiva al lenguaje o al poder, y ciertamente rebate todo realismo ingenuo de expresión de la realidad en el pensamiento, y no puede ser refutado el hecho de que entre pensamiento y posible exterioridad, siempre está la mediación del lenguaje, o que el poder forma parte de todas las construcciones sociales (Reckman, 1991). Sin embargo, esta crítica —con todo y su impacto— resulta reductiva, porque se refiere sobre todo al positivismo, y luego, se le adjudica a todo realismo. Tampoco resume

todas las objeciones que se han acuñado con el tiempo a este gran paradigma. Habría que empezar con su pretensión de encontrar leyes universales y recordar las críticas de Popper al verificacionismo, en cuanto a que toda verificación implica inducción, y la imposibilidad de inducir proposiciones universales, puesto que un solo caso futuro que negara aquella proposición, sería suficiente para negar su universalidad, *ergo*, no es posible verificar proposiciones universales. También habría que recordar las críticas al concepto estándar de teoría, como sistema de proposiciones vinculadas entre sí en forma deductiva. Las críticas empezaron con el propio Hempel, en cuanto a que las teorías no podrían verificarse proposición por proposición, sino a través de nodos por bloques; o la crítica de Bachelard en cuanto a que en lugar de sistema hipotético deductivo sería mejor pensar en un perfil epistemológico con relaciones entre conceptos y conceptos por niveles de claridad, desde los más claros hasta los francamente oscuros; o bien, en la epistemología postestructuralista, para los que la teoría es una red, en una concepción conjuntista y no proposicional. En nuestra perspectiva, una configuración con relaciones claras, oscuras, proposicionales, analógicas, metafóricas, por reglas prácticas, con indexicalidad, con conceptos infiltrados de términos del lenguaje común, lógica formal junto a formas de razonamiento cotidiano (De la Garza, 1988).

Asimismo, en el método hipotético deductivo es criticable el concebirlo como un proceso de deducciones sucesivas, desde la teoría estándar, pasando por hipótesis deducidas de la primera, indicadores deducidos de los conceptos teóricos y verificación con datos percibidos a través de los sentidos, sin problematización de que lo que es percibir. Las hipótesis no siempre se pueden deducir de configuraciones complejas como las mencionadas —que serían las teorías—; a veces, estas son imaginadas o intuitas. De igual modo, los indicadores no pueden deducirse de los conceptos teóricos, porque son síntesis de más determinaciones que los conceptos abstractos, y el dato, gran aporte hermenéutico, depende del concepto (metodológicamente del indicador que es un concepto más concreto que el concepto abstracto), la mediación lingüística, pero también de los sujetos que las ciencias sociales investigan, pues siempre están presentes en

el dato empírico. Esta doble hermenéutica entre la percepción como significado construida por el investigador, y la interacción simbólica con el investigado, que presupone otra construcción a partir de preguntas o diálogo, implica la doble determinación de la construcción del dato a partir del lenguaje teórico del investigador (que vimos que no es puramente teórico), y el común del investigado con sus respectivas negociaciones o imposiciones de significados (Rennie, 2007). Es decir, el positivismo fue ingenuo al pensar en datos dados en la realidad sin esta doble hermenéutica (Ricarez, 1990). Por el lado del contenido subjetivo del conocimiento, el ingenuo era Popper, que pensó en un proceso ideal de justificación de las hipótesis, regido por una racionalidad instantánea que llevaría a reconocer inmediatamente cuando algo quedaba refutado: “El conocimiento en el sentido objetivo es conocimiento sin sujeto”. En cambio, estos sujetos que hacen conocimiento tienen intereses, usan ciertos lenguajes, están en relaciones de poder que los lleva a sostener sus paradigmas, aunque no se verifiquen, por ejemplo, a través de cinturones de protección. Es inevitable situar el proceso de construcción de conocimiento científico en su contexto cultural, social, político, así como en su momento histórico y espacial. Lo último se justifica más cuando se parte de la concepción de que el objeto, o sí se quiere, la relación sujeto-objeto, se transforma, no está sujeta a leyes universales, y el conocimiento puede profundizarse.

1. Las corrientes antifundacionistas

Desde los años sesenta del siglo XX, arrancó una gran oleada relativista. Al principio fue de mayor impacto el antipositivismo, a la manera de Khun, que no remite a los significados; posteriormente, ganó gran ventaja la crítica hermenéutica. Este rescate hermenéutico no solo tiene que ver con el giro lingüístico, pues en todo caso, este es una síntesis que se venía acuñado desde Dilthey, pero sobre todo con Husserl, al establecer posiciones extremas subjetivistas, tales como que la esencia es el sentido que el ser tiene para el ego, o bien, que el objeto es la propia conciencia, o la identificación sujeto-objeto. No

obstante, Husserl puede ser tachado de subjetivista, pero no de individualista, sino trascendental, y en esta medida, no relativista. Es decir, al idealismo husserliano se añadió el relativismo, despojando a la primera de su trascendentalismo fenomenológico y de su propuesta de que sí puede haber un método, el fenomenológico, que sí llevaría a la verdad, entendida como el conocimiento del estado trascendental de la conciencia (Ricoeur, 2007).

La oleada relativista iniciada en los sesenta del siglo XX, tenía al positivismo como centro de su ataque, pero también, a todo estructuralismo (reivindicaba la centralidad de la conciencia y de la construcción de los significados), y a las teorías que en dicho siglo se habían atrevido a hacer predicciones o señalar rumbos de cambio de la sociedad. Es decir, era un relativismo, en cuanto a la capacidad de la ciencia para conocer la realidad, bajo el supuesto ontológico de que no había manera de desbrozar entre lo que el ser es y la conciencia del mismo. El resultado eran dos relativismos: en el extremo, la incapacidad de conocer; y en lo menos extremo, lograr solo conocimientos relativos al lenguaje (para los postempiristas, también al poder y el interés).

Se aceptaba en forma cada vez más amplia la doble hermenéutica, y se le declaraba insalvable: la investigación científica implicaba una interpretación del investigado (a las preguntas del investigador) desde su lenguaje y cultura, y otra del investigador, desde su lenguaje teórico y su cultura también. Estas consideraciones no podrían explicarse sin añadir la importancia que la ciencia social daba al tema de la interpretación de significados por parte de los actores de las relaciones sociales, es decir, el haberse conjugado con otra oleada de otro nivel antiestructuralista. Las teorías que surgieron o se reactivaron a partir de los setenta del siglo XX, ya no podían formularse legítimamente sin incluir al lenguaje, la conciencia o la subjetividad, en unas junto a estructuras e interacciones, en otras, los actos de conciencia mediados por el lenguaje se convertían en la única realidad de la que era posible hablar, que como vimos, tenía en Husserl su formulación más estricta. Por supuesto que había posiciones intermedias (Ricoeur, 1998).

Por eso la postmodernidad no surgió en los ochenta del siglo XX como rayo en día sereno. A su manera sintetizó el relativismo de los

últimos veinte años: su crítica a los grandes discursos, a toda idea de sistema, de estructura, de totalidad; su idea de conocimiento científico como simples juegos del lenguaje mediados por el poder; el fin de los grandes sujetos, proyectos e ideas de futuro. Otra perspectiva relativista de esta última época fue el constructivismo; decía Gadamer que el lenguaje construye el mundo, no lo representa. Fue también el renacimiento del interaccionismo simbólico, para el cual la realidad es construida en interacción, con desprecio de estructuras objetivadas, e introduce la idea, ahora muy socorrida entre los relativistas consensualistas, de que los significados que importan no existen en la conciencia, sino en la interacción, pues en esta son negociados, y de la aceptación compartida surge el significado.

Hay también una reacción en contra del subjetivismo a cargo del textualismo, cuando se plantea la objetividad del texto frente a la subjetividad del significado, y se llega a proponer el abandono de la idea de significado. Dice Quine que el significado no puede ser observado a diferencia del texto, que pareciera retraer a un positivismo del Círculo de Viena.

Sin embargo, el textualismo no logró resolver el problema clásico (hermenéutico) de la interpretación del texto, es decir, aunque se aislara el texto del sujeto que lo generó, de la interacción con otros sujetos, y en general, del contexto de su producción, no puede ser interpretado sino a través de la comprensión que no resulta de la simple observación de lo que dice el texto a través de los sentidos. En términos de técnicas de análisis de lenguaje, pareciera retraerse a la propuesta del desprestigiado análisis de contenido, por la cual el texto vale en sí mismo, por el contenido de las palabras o las frases, y no por su interpretación, lo que llevaría nuevamente al tema del significado y la intervención de sujetos, a la doble hermenéutica y a la indexicalidad del significado en el *corpus* del texto, pero también en el contexto extradiscursivo económico, político, social

El pragmatismo, por su parte, no es relativista, puesto que sería más verdadero lo más exitoso; en cambio sí es antifundacionista, ya que no habría fundamentos teóricos, epistemológicos, ni de método, para tener conocimientos exitosos; la verdad no sería explicativa ni comprensiva; la única correspondencia sería con el éxito. Esta co-

riente ha planteado insistentemente el fin de la epistemología, o como dice Quine, su sustitución por la psicología cognitiva. Sin embargo, el pragmatismo no logra resolver los problemas hermenéuticos principales:

- 1) Cómo interpretar que el resultado de una acción fue exitoso o no. Lo anterior requiere interpretación, hermenéuticamente; aún los resultados en términos de datos empíricos necesitarían de la comprensión de significados, y estos significados podrían ser compartidos colectivamente.
- 2) No es cierto lo que afirma Heidegger, que el ser en el mundo es prereflexivo. Por el contrario, las prácticas rutinarias tuvieron que aprenderse, e intervenir la reflexión. Estas son guiadas por reglas conscientes o no conscientes; sin embargo, esas reglas solo son guías esquemáticas acerca de los cursos de acción, de tal manera que la complejidad de la realidad cotidiana puede obligar a los sujetos a ejercer un monitorio permanente y hacer las correcciones necesarias. Habría que agregar las prácticas extraordinarias que requieren necesariamente de reflexión para actuar.
- 3) Para James la acción exitosa requiere de consenso en una comunidad. Pero esto remite a una dimensión hermenéutica colectiva, es decir, comunitariamente se negocia el significado de qué es ser exitoso. La prueba práctica sería decidida en su éxito, intersubjetivamente. Además, a este autor le faltó considerar que en los grupos sociales no solo hay comunidad sino también poderes que se imponen sin consenso.

Es decir, más allá de la influencia geopolítica del pragmatismo, son la Hermenéutica y la fenomenología las corrientes más profundas de crítica a los fundamentos de la ciencia, por encima del postempirismo que remite a mediaciones externas de lo que los positivistas llamaban la lógica de la investigación. Las cuales son pertinentes en la discusión, pero no dejan de ser un sentido común del que hacer de la ciencia. En cambio, los hermeneutas engarzan con lo más sofisticado de la filosofía clásica y contemporánea (Ricoeur, 2008).

2. Alternativas

Concordamos parcialmente con una parte de la hermenéutica que plantea volver a la ontología, el “ser en el mundo”, pero no para desecharla a la epistemología, sino para fundarla mejor, operación inversa de la que pretendieron los positivistas que creyeron fundar una epistemología sin ontología —esta sería metafísica, al no estar sujeta a la verificación—; sin embargo, vimos al principio si había una ontología implícita (Sainsbury, 1980).

Algunos principios ontológicos podrían ser:

- 1) La construcción de significados no es solo una manera de ser en el mundo, sino una dimensión de lo real.
- 2) La construcción de una ontología de la práctica, diferente de la pragmatista, que implicara que esta es resultado de las relaciones entre sujeto y objeto, de tal forma que habría estructuras objetivadas, resultado sedimentado de prácticas sociales, de las cuales los sujetos podrían tener conciencia o no (Sfcinmetz, ed., 2012). Lo anterior significa la posibilidad de existencia de estructuras extralingüísticas que no determinan la acción ni la conciencia, pero sí las presionan. No obstante, en la acción los sujetos ponen en juego significados que son parte de lo real que se conjuga junto a las interacciones y acciones, en relaciones recíprocas para explicar la acción. En otras palabras, la acción no solo se mide por el éxito —no deja de ser una versión burda de la elección racional sin introducir la racionalidad del sujeto—, sino que es posible descubrir con cuáles significados, con cuáles presiones estructurales e interacciones, en cuál contexto de multiniveles se produjo la acción colectiva (Shlazqui, 1986). El tema de la reflexión conectada con la acción no lleva a pensar que cada acción implica pleno conocimiento de la situación, pero sí, algún nivel de reflexividad, que no es fundamentalmente epistemológico, sino ontológico. Además, el tema de reflexividad lleva al de subjetividad social, entendida como construcción social de significados en la coyuntura (Siigaard, 2011). Este problema conduce, a su vez, al de las rela-

ciones entre cultura y subjetividad, que tratando de escapar del automatismo funcionalista, podría significar su distinción. La cultura como acumulación de códigos sociales para dar significados, y la subjetividad como la construcción concreta a partir de la cultura, que en la coyuntura supondrían —para el actor— no la construcción de sistemas, sino de configuraciones a partir de dichos códigos, más posibles asimilaciones o fusiones para el caso. La configuración subjetiva, que sería la red concreta de códigos para dar significado a una situación concreta y decidir la acción, no podría ser sistémica, sino red que acepta la contradicción, la discontinuidad y la obscuridad (Tolman y Bydon-Miller, 2001). Códigos de campos como el cognitivo, el emocional, el moral, el estético, armados en configuración a partir de la lógica formal o bien de formas de razonamiento cotidiano como la metáfora, la analogía, el principio etcétera, la hipergeneralización o los recursos retóricos. La acción puede incluir, propiamente, interacciones con significados negociados, pero también impuestos y aceptados por el interés, el miedo o la fuerza. Asimismo, las relaciones con la naturaleza no serían propiamente interactivas, aunque sí interpretadas por el sujeto en su comunidad.

De manera más específica, una ontología postpositivista incluiría:

- 1) El postulado de que no hay leyes universales, sino que estas son históricas, sea porque la realidad social está en constante transformación —incluyendo sus legalidades—, sea porque cambian las interpretaciones con el tiempo
- 2) Las leyes no serían propiamente causales, sino de tendencia, lo que significaría estar sujetas a más determinaciones que las implicadas en la Ley. Estas tendencias presionan a los sujetos, pero no los determinan. En las ciencias naturales la causalidad es —sobre todo— pertinente en condiciones experimentales, cuando se aísla el objeto de otras determinaciones.
- 3) La acción no solo interesa en sus resultados, sino que puede ser explicada-comprendida a partir de las estructuras, de sub-

jetividades e interacciones —en contextos multiniveles— que presionan a los actores. En lo social, estas estructuras resultan de prácticas anteriores objetivadas, de las cuales los actores pueden tener o no conciencia; pueden ser también estructuras discursivas, pero la realidad no se reduce al discurso, ni tampoco al sentido que el ser tiene para el ego. Como dice Bhaskar, lo real depende de conceptos, pero no exhaustivamente.

- 4) La verdad en lo social es explicación-comprensión de estructura-subjetividades-acciones, no buscando correspondencia, sino la definición del espacio de lo posible para la acción de sujetos sociales en la coyuntura.

De una ontología realista, pero no positivista, podría desprenderse una metodología no positivista que no reprodujera aquella corriente, y que retomara las críticas relativistas en un objetivismo relativo:

- 1) Pasar del concepto de método como proceso de verificación hipotético deductivo, al de reconstrucción de la totalidad concreta a la situación concreta, que implicaría la explicación-comprensión de las relaciones concretas en la coyuntura entre estructuras-subjetividades y acciones, proceso de indagatoria no deductivo a partir de un marco teórico, sino heurístico, por el cual habría que descubrir cuáles son las estructuras que presionan en la situación concreta, conformando una configuración estructural; cuales códigos subjetivos conforman la configuración para dar significado, y cómo se arman las relaciones sociales también en configuración.
- 2) Del concepto de teoría estándar como sistema de hipótesis vinculadas entre sí en forma deductiva, al de configuración como red flexible entre conceptos teóricos y términos del lenguaje común, vinculados por la deducción o la inducción, pero también por formas del razonamiento cotidiano
- 3) La impertinencia del camino de prueba de las hipótesis frente a una epistemología y metodología abiertas, que buscan el descubrimiento y no la justificación de teorías o hipótesis.

- 4) El dato empírico no sería algo dado; depende del lenguaje del investigador (conceptos teóricos), pero también de sus intereses y en cuáles relaciones de poder se ubica. En ciencias sociales, como los datos más relevantes provienen de los sujetos investigados, sus respuestas, que son materia prima para construir los datos en la investigación, estarán mediadas por la comprensión entre el lenguaje del investigador y el investigado, por la cultura del mismo, por sus experiencias y por cuáles estructuras los presionan, además de intereses y poderes en juego. Tampoco se trata de un proceso tipo comunidad ideal del diálogo de puro consenso acerca de los datos generados y sus significados, porque entre investigador e investigado también hay una relación de poder, además de la posible intervención indirecta de otros sujetos por ambos lados.

Recapitulando: la realidad no se reduce al discurso, al texto, ni a la conciencia. Estos son parte de la realidad y pueden tener estructuras. Lo que permite apelar a lo extralingüístico es el concepto de objetivación (Skinner, 1969). Hay aspectos de la realidad que no son objeto de conciencia, de textos o de discursos, que influyen en nuestras vidas; estas dimensiones pueden ser sociales o naturales. Las dimensiones objetivadas de la realidad social provienen de objetivaciones de las propias prácticas de los sujetos, son productos de la acción humana que adquieren vida propia y que existen como realidades de segundo orden con respecto de aquellas cara a cara. Por ejemplo, el concepto de mercancía no es solo un pensamiento o una palabra, sino que designa lo común que tienen todas las mercancías en particular: tener un valor de uso y un valor; en esta medida, la mercancía existe en todas las mercancías como su objetivación. Pero la mercancía, producto del trabajo humano, se puede volver sobre sus creadores y dominarlos, por ejemplo, en las crisis económicas (fetichismo). Estas realidades extralingüísticas pueden tener estructuras (partes relacionadas entre sí de acuerdo con ciertas legalidades). Lo anterior forma parte de la noción de objetivación, aunque ciertamente, la realidad no se reduce a las estructuras (estructuralismo), ni estas determinan a los sujetos, sino que los presionan. La totalidad de relaciones no

es sino las relaciones entre sujeto y objeto. La totalidad en el pensamiento son las relaciones descubiertas como centrales para explicar-comprender la acción. Las objetivaciones no solo pueden ser de objetos materiales, por ejemplo, del trabajo humano objetivado en edificios, sino también culturales, subjetivas, discursivas, textuales y hasta formas de razonamiento. Por ejemplo, Lucien Febvre habla de estructuras de pensamiento de una época; Bourdieu, del *habitus* de una clase; Schütz, del significado objetivo.

El otro gran tema que no agota al de la metodología, puesto que la realidad no se capta solo por comprensión de significados, es el de si puede haber método hermenéutico para comprender los significados de los actores sociales (Chandler, 2013) (Cooke, 2011). En este punto el relativismo se siente más cómodo que con las ciencias naturales, las que han hecho grandes descubrimientos difíciles de reducir al lenguaje en sus consecuencias prácticas y teóricas; es donde operaría más cabalmente la doble hermenéutica. Si por método entendiéramos lo que los positivistas proponen, una lógica universal y neutral, no sería posible tener algo así para comprender los significados. Pero si entendiéramos por método guías heurísticas para construir conocimiento, en especial para comprender significados de los actores, no universalizables, sino en función de la situación concreta, habría que empezar aceptando que los significados son importantes para entender la acción social, y que no pueden ser sustituidos completamente por los textos. Son importantes porque entre estructuras que presionan y acciones, los actores dan —en parte— sentidos a través de significados y deciden la acción (Ginev, 1995). Esta generación de significados por los actores sociales está en relación con los contextos lingüísticos y no lingüísticos (indexalidad), y con las estructuras e interacciones que los presionan. De manera parcial, la idea puede retomarse de Gadamer: “se validan por razones y argumentos en la comunidad, de acuerdo con una tradición”. Ciertamente, la capacidad de argumentación es decisiva, pero podríamos quitarle el restante relativismo de que cada comunidad, al tener sus propias tradiciones, cuenta con argumentos relativamente válidos, para continuar con la falta de objetividad —entre comunidades— en la argumentación, cuando de lo que se trata es de captar las razones y argumentos vá-

lidos para los sujetos que realizan la acción, que también puedan ser convincentes para otros. En todo caso, no se trata de ver si estos argumentos son válidos con respecto de otra realidad, sino si guiaron la acción (Kyung-Man, 2002). Por supuesto que dichos argumentos no los puede simplemente deducir el investigador de una teoría, aunque puede haber teorías (que no habría que despreciar en el sentido heurístico) que guiaran el camino hacia el encuentro con los argumentos de esa comunidad. De cualquier manera, necesitaremos del concurso y diálogo con sujetos de la comunidad, no solo para imaginar, sino para reconstruir las razones que los llevaron a la acción, y a la vez, preguntarnos si estas tenían que ver con estructuras extrasubjetivas. Es decir, a Gadamer le falta otro concepto de objetividad diferente del antipositivista (no correspondencia entre pensamiento y realidad externa al sujeto). Cuando vamos por un camino no positivista, no basta con decir que hemos formulado las razones de la acción de otros, sino si estas fueron objetivas (voluntad objetiva, diría Gramsci). Objetivas —teórica y argumentativamente— conforme a datos, y sobre todo, a la reconstrucción de la totalidad, la verdad como articulación, en donde lo empírico tendría un papel subordinado a la reconstrucción. Aunque finalmente, no se pueda sino aproximarse a dicha realidad.

Es decir, a Gadamer, que nunca fue un científico social, le falta el tema específico del dato que valida una interpretación; si este problema no se resuelve, solo queda el relativismo extremo. El dato para la interpretación de significados ciertamente tiene que ser intersubjetivo —entre investigador e investigado—, pero no en relación arbitraria o antojadiza, puesto que se trata de una confrontación interpretativa entre la comprensión que viene de la teoría del investigador, el contexto y los sentidos comunes de los investigados. Aquí es donde entra el tema del consenso, que nuevamente queda muy simplificado en los hermeneutas (O’Hear, ed., 2012). Se puede llegar a acuerdo, e incluso a desacuerdos, e interpretar. La primera opción no necesariamente refiere a un diálogo de comunidad ideal, en el sentido de Habermas (Cooke, 2011), pero también, una de las partes puede ser disuadida por una mayor capacidad argumentativa, por autoridad o por fuerza, de tal forma que aceptación no es igual a consenso, aunque es igual-

mente una de las posibilidades del diálogo. Intersubjetivo solo querrá decir intercambio y discusión de significados, pero no necesariamente el consenso ideal. El dato de significado es intersubjetivo; sin embargo, falta añadir que los datos, aunque también implican interpretaciones, hacen intervenir los sentidos en una percepción. Sobre la captación de realidades a través de los sentidos, cabe la misma observación general sobre los pensamientos: que la observación depende del lenguaje; mas, no se trata de observaciones arbitrariamente interpretadas, sino que trascurren por la vía de consensos sociales acerca de los significados de lo observado (por ejemplo, la edad es entendible de manera homogénea en el mundo occidental, porque se ha institucionalizado a través del registro civil). Lo anterior no significa simple convencionalismo desde el momento en que el dato tiene un componente subjetivo, y al mismo tiempo, una realidad externa al sujeto (Tudor, 1982). Es decir, la convención lingüística para observar no le quita necesariamente objetividad al dato; se trata de un recorte de ese nivel de realidad —que es lo observable, que depende del concepto—, pero también de la realidad externa al sujeto. En esta medida hay recortes de lo real empírico (lo real siempre en lo social es sujeto-objeto), peores o mejores, para explicar y comprender; en el caso del significado, para comprender. El dato, entonces, nunca puede ser absoluto o estar simplemente dado en la realidad, pero si puede ser aproximado, en tanto permite explicar o comprender mejor. Asimismo, mucho se puede decir de todo el edificio de reconstrucción de la totalidad de las relaciones entre estructuras-subjetividades y acciones. Es decir, el concepto de objetividad no puede reducirse al consenso en la comunidad (Watcherhauser, 1994), primero, porque no hay comunidades ideales de diálogo, y las comunidades académicas de investigación se parecen mucho más a la imagen de Khun (en eterna competencia y en relaciones de poder) que a la de Habermas (de interacción comunicativa en el mundo de la vida, o a la del interaccionismo simbólico generalmente reacio a incorporar al poder).

El último Ricoeur pareciera alejarse un poco del intenso relativismo (Ricoeur, 2007) de sus primeras épocas, cuando dice que a la comprensión de los significados se llega como probabilidad (validación); esta validación es argumentativa, pero implica también “indi-

cios” (signos): se buscan en los significados “razones para”. A todo esto se le podría llamar una metódica, o sea, la comprensión implica a la explicación (Ricoeur, 1996).

La objetividad del conocimiento incluye a la argumentación, que no es solo argumentación; es también la intervención de datos, que aunque no existan puros (dependen de conceptos y de instrumentos de construcción), tienen la propiedad, a diferencia de la sola argumentación, de tener una cara en el concepto y otra en la realidad que se quiere investigar, aunque esa realidad fuera la subjetividad o la cultura de los que hacen la acción (Wodak, 2008). Puede haber mejores o peores explicaciones y comprensiones de acuerdo con resultados, pero el pragmatismo también debe ser superado, y puede serlo si se diferencia práctica de praxis, dejando el primer concepto para las prácticas rutinarias, reiterativas, aquellas que han hecho pensar a autores notables que son prereflexivas (Heidegger) o inconscientes (Giddens, Bourdieu). Aunque, como señalamos atrás, la práctica humana implica algún nivel de reflexión —en mayor o menor grado—, lo anterior no quiere decir dejar fuera al inconsciente (entendido como no consciente), pero se lo entiende actuando junto al consciente, y este no sería un epifenómeno del primero. El actor no siempre tiene claros los motivos de su acción.

La praxis, como práctica transformadora de la realidad del contexto del sujeto y del propio sujeto, supone en parte reflexión (en esta intervienen reglas), motivos y presiones de las estructuras llamadas por otros causas, junto a lo no consciente o a lo que no se puede expresar con palabras (Dosse, 2008). Acerca de la praxis, puede interesar su explicación-comprensión; para esto habría que reconstruir la totalidad concreta de niveles de la realidad objetivados junto a aquellos subjetivados; sin embargo, el problema más relevante es el de definir —en la coyuntura del tiempo presente— el espacio de posibilidades viable para la acción de los sujetos. Un problema así definido, no es de explicación-comprensión, ni de predicción, estrictamente (Soames, 1992).

Finalmente, no se trata de acuñar otro criterio de demarcación como en el positivismo. Entre ciencia y no ciencia hay un continuum en las teorías científicas, como dice Putnam, en donde se en-

tremezclan —en mayor o menor medida— conceptos científicos con términos del lenguaje común, e incluso imágenes (a la manera de Benjamin). Una distinción entre los dos no es que el pensamiento común sea arbitrario y la ciencia no; los dos siguen sus reglas, que no son las mismas. En particular, las afirmaciones de la ciencia no son al azar o antojadizas, y se reflexiona a partir de teorías; aunque nunca está ausente el sentido común, episteme y doxa forman parte de la ciencia. La ciencia se prueba en la praxis, y hace intervenir los datos en la prueba. Esa prueba es, a la vez, de sus fundamentos ontológicos, epistemológicos, teóricos, empíricos y técnicos, y es posible no solo porque el sujeto argumente —se puede argumentar fantasiosamente—, sino porque es capaz de conectar esos argumentos con teorías y con datos. Es decir, las ciencias sí tienen fundamentos, aunque estos no sean universales, cambien con la historia, con el objeto de estudio. Se trataría de un realismo no ingenuo, mediado, lo que Beuchot (2013) llama realismo analógico.

Hermenéutica radical, postempirismo, textualismo y pragmatismo, han apuntado a problemas razonables de la ciencia, contribuyendo a resquebrajar los fundamentos del positivismo (Sigaard, 2011). Sus anotaciones no pueden ser ignoradas, pero habría que ubicarlas en un contexto de una objetividad relativa y no de un simple relativismo que conduce al agnosticismo y a la parálisis de la investigación científica, que queda como simple juego del lenguaje. Por muchos años los relativistas con sus críticas, han tirado el agua sucia de la epistemología positivista, pero junto con el niño de la ciencia, al volverse impugnación de toda ciencia que se pretenda como tal. Sin embargo, el real efecto de este relativismo fue alejar la investigación científica concreta de la epistemología, y en general, de la filosofía, y lo que pudo ser —desde los ochenta del siglo XX— una nueva era de lo que es y cómo se debe hacer ciencia, se convirtió en divorcio y retorno (por científicos sociales) a las formas más criticadas de cómo hacer investigación: el método hipotético deductivo a través de cuantificaciones (Rockmore, 1990). En la primera situación de pérdida de fundamentos del quehacer científico, los científicos a veces llegan a recuperar algunos aspectos parciales de la crítica hermenéutica, para intentar —tímidamente— otras for-

mas de investigar, no obstante, en estos se cumple también la falta de fundamentos, pues de haber asumido cabalmente esas hermenéuticas radicales, no estarían haciendo ciencia. Es decir, la primera situación de la influencia del antifundacionismo en los científicos sociales ha sido la inconsecuencia entre esa antiepistemología y la adopción de aspectos parciales que no van al fondo de aquella crítica de la ciencia. La segunda situación de la influencia de las filosofías que plantean la ausencia de fundamentos en la ciencia, sería la adopción de versiones menos radicales de la hermenéutica (Schütz, Goffman, Geertz) o del propio Foucault, visto como metodólogo y no como impugnador del saber o su subsunción en el poder. Pero ninguna de las dos opciones sensibles al momento antiepistemológico actual conduce al establecimiento de nuevos fundamentos, sino a reforzar la hipótesis antifundacionista de que la ciencia se sigue reproduciendo como simple discurso sin fundamentos. Por supuesto que hay una tercera opción para los científicos sociales impactados por el relativismo, que es abandonar la construcción de conocimiento científico y volverse filósofos.

En América Latina, subcontinente importador neto de epistemologías, teorías y métodos, el relativismo se ha impuesto en el campo de la filosofía de la ciencia; sin embargo, la investigación científica no ha decaído, ni sus polémicas acerca de la verdad de sus afirmaciones concretas. En esta medida se dan mezclas heterogéneas, reflexiones parciales, y muchas modas que hay que superar, siendo necesario polemizar con las corrientes relativistas y liquidacionistas de la ciencia, que como dice Margaret Archer, son incapaces de dar cuenta de los grandes descubrimientos de las ciencias naturales, y que parecieran proponer a los científicos sociales seguir jugando lingüísticamente sin pretender cambiar el mundo.

Bibliografía

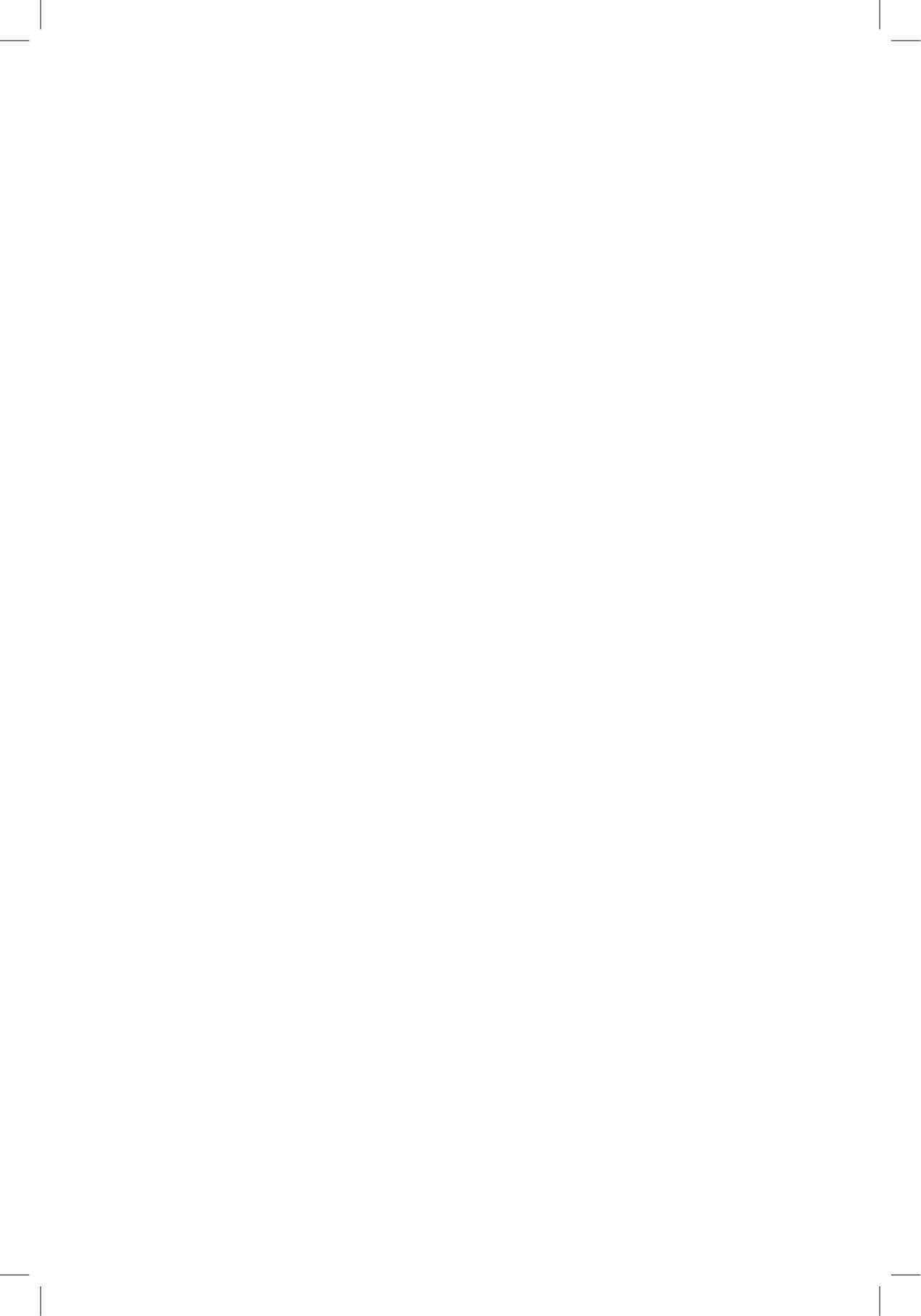
- Apel, Karl-Otto (1992) "The Hermeneutic Dimension of Social Science and its Normative Foundation". *Man and World*, Kluwer Academic Publisher, No. 25, pp. 247-270.

- Austin, John L. (1962) *How to Do Things with Words*. Oxford, Oxford University Press.
- Barbalet, Jack M. (1983) *Marx's Construction of Social Theory*. London, Routledge.
- Bernstein, Richard (1983) *Beyond Objectivism and Relativism*. Pennsylvania, University of Pennsylvania Press.
- Beuchot, Mauricio (2013) *Manifiesto del nuevo realismo analógico*. Argentina, Círculo Hermenéutico.
- Betti, Emilio (1984) "The Epistemological Problem of Understanding as an Aspect of the General Problem of Knowing". *Hermeneutics: Questions and Perspectives*, University of Massachusetts Press, pp. 25-53.
- Bhambra, Gurinder K. (et al.) (2014) "Contesting Imperial Epistemologies". *Journal of Historical Sociology*, Wiley Blackwell, vol. 27, No. 3, pp. 293-301.
- Blaauw, Martijn (2008) "Constructivism in epistemology". *Social Epistemology: A Journal of knowledge, culture and policy*, Routledge, vol. 22, No. 3, pp. 227-234.
- Boudon, Raymond (1980) *Crisis of Sociology*. London, Macmillan.
- Chandler, Bret (2013) "The Subjectivity of Habitus". *Journal of Theory of Social Behavior, John Wiley & Sons, Inc.*, vol. 43, No. 4, pp. 469-491.
- Campbell, Donald (1998) *The Methodology and Epistemology for Social Sciences*. Chicago, University of Chicago Press.
- Cooke, Maeve (2001) "Meaning and Truth in Habermas's Pragmatics". *European Journal of Philosophy*, Wiley-Blackwell, vol. 9, No. 1, pp. 1-23.
- Crucshank, Justin (2003) *Realism and Sociology: antifundamentalism*. London, Routledge.
- De la Garza, Enrique (1988) *Hacia una metodología de la reconstrucción*. México Editorial Porrúa.
- Dosse, François (2008) *Psicoanálisis v/s Fenomenología*. México, Fondo de Cultura Económica.
- Feather, Howard (2000) *Intersubjectivity and Contemporary Social Theory*. Sidney, Ashgate.
- Ferraris, Mauricio (2002) *Historia de la Hermenéutica*. Madrid, Siglo XXI Editores.

- Flores, Guillermo (2013) "Las Críticas de Apel a Facticidad y Validez". *Iztapalapa*, Universidad Autónoma Metropolitana, vol. 34, No. 74, pp. 157-188.
- Freeman, Melissa (2011) "Validity in dialogic encounters with hermeneutic truths". *Qualitative Inquiry*, Sage Publications, vol.17, No. 6, pp. 543-551.
- Ginev, Dimitre (2013) "Ethnomethodological and Hermeneutic-Phenomenological Perspectives on Scientific Practices". *Human Studies*, Springer Science+Business Media, vol. 36, No. 2, pp.277-301
- _____(1995) "Between Epistemology and Hermeneutics". *Sciences & Education*, Kluwer Academic Publishers, No. 4, pp. 147-159.
- Hall, John (1990) "Epistemology and Sociohistorical Inquiry". *Annual Review of Sociology*, Annual Reviews, vol. 16, pp. 329-351.
- Harrington, Austin (2000) "Objectivism in Hermeneutics? Gadamer, Habermas, Dilthey". *Philosophy of the Social Sciences*. Sage Publications, vol. 30, No. 4, pp. 491-507.
- Jameson, Fredric (1979) "Marxism and Historicism". *New Literary History*, The Johns Hopkins University Press, vol. 11, No. 1, pp. 41-73.
- Kaufman, Felix (1943) "Verification, Meaning and Truth". *Philosophy and Phenomenological Research*, International Phenomenological Society, vol. 4, No. 2, pp. 267-284.
- Kyung-Man, Kim (2002) "On Failure of Habermas's Hermeneutic Objectivism". *Cultural Studies <=> Critical Methodologies*, Sage Publications, vol. 2, No. 2, pp. 270-298.
- Lamola, John (2013) "Marxism as a Science of Interpretation: beyond Louis Althusser". *South African Journal of Philosophy*, Philosophical Society of Southern Africa, vol. 32, No. 2, pp. 187-196.
- Lakoff, George; Johnson, Mark (1982) *Metaphors with Live Be*. Chicago, University of Chicago Press.
- Larey, Jose; Potter, Garry (2001) *After Postmodernism*. London, The Anthon Press.
- Laet, Marianne (2012) "Anthropology as social epistemology?". *Social Epistemology: A Journal of knowledge, culture and policy*, Routledge, vol. 26, No. 3-4, pp. 419-432.

- Luft, Joan; Shields, Michael D. (2014) "Subjectivity in Developing and Validating Causal Explanation in Positivist Accounting Research". *Accounting, Organizations and Society*, Elsevier, vol. 39, No. 7, pp. 550-558.
- McLennan, Gregor (2014) *Marxism and Methodologies of History*. London, Verso.
- O'Hear, Anthony (ed.) (2012) *Verstehen and Human Understanding*. New York, Cambridge University Press.
- Pietersma, Henry (2000) *Phenomenological Epistemology*. New York, Oxford University Press.
- Rankin, K.W. (1966) "Wittgenstein on Meaning, Understanding and Intending". *American Philosophical Quarterly*, University of Illinois Press, vol. 3, No. 1, pp. 1-13.
- Reckman, Hilke D. (1990) "Science and Hermeneutics". *Philosophy of Social Sciences*, Sage Publications, vol.20, No. 3, pp. 295-316.
- Rennie, David (2007) "Methodical hermeneutics and humanistic psychology". *The Humanistic Psychology*, Routledge, vol. 35, No. 1, pp. 1-14.
- Ricarez, H. P. (1990) "Science and Hermeneutics". *Philosophy of Social Sciences*, Sage Publications, vol.20, No. 3, pp. 295-316.
- Ricoeur, Paul (2008) *Ideología y Utopía*. Barcelona, Editorial Gedisa.
- _____ (2007) *Hermenéutica y Acción*. Buenos Aires, Universidad Católica de Argentina-Prometeo Editorial.
- _____ (2003) *El Conflicto de las Interpretaciones*. México, Fondo de Cultura Económica.
- _____ (1998) *Hermeneutics and the Human Sciences: Essays on Language, Action and Interpretation*. New York, Cambridge University Press.
- _____ (1996) *Si mismo como Otro*. Madrid, Siglo XXI Editores.
- Rockmore, Tom (1990) "Epistemology and Hermeneutics". *The Monist*, Oxford University Press, vol. 23, No. 2, pp. 115-133.
- Sainsbury, R. M (1980) "Understanding and Theories of Meaning", *Proceedings of the Aristotelian Society*, Wiley, vol. 80, pp. 127-144.
- Steinmetz, George (ed.) (2012) *The Politics and Methods in Human Sciences: positivism and its Epistemological others*. Durham, Duke University.
- Shatzki, Theodore (1986) "The Rationalization of Meaning and Understanding: Davidson and Habermas". *Synthese*, Springer Science, vol.69, No. 10, pp. 51-79.

- Siggaard, Jensen (2010) "Management-decision and interpretation". *Journal of Organizational Change Management*, Emerald Group Publishing, vol. 23, No. 2, pp. 134-136.
- Skinner, Quentin (1969) "Meaning and Understanding in the Story of Ideas". *History and Theory*, Wiley, vol. 8, No. 1, pp. 3-53.
- Soames, Scott (1992) "Truth, Meaning and Understanding". *Philosophical Studies*, Springer Science, vol. 65, No. 172, pp. 17-37.
- Tolman, Deborah; Bydon-Miller, Mary (eds.) (2001) *From Subject to Subjectivity: a handbook of interpretative and participatory methods*. New York, New York University Press.
- Tudor, Andrew (1982) *Beyond Empiricism: philosophy of social science in sociology*. London, Routledge.
- Watcherhauser, Brice (1994) *Hermeneutics and Truth*. Illinois, Northwestern University.
- Wodak, Ruth (2008) "Complex Texts: analyzing understanding, explaining and interpreting meanings". *Discourses Studies*, Sage Publications, vol. 13, No. 5, pp. 623-633.



Capítulo III

El método del concreto-abstracto-concreto

1. El circuito concreto-abstracto-concreto

Uno de los problemas propios a la pertinencia de una metodología marxista es el de la sustantividad de su método, en relación a lo que llamaremos la metodología tradicional.

En la *Introducción del 57*, Marx plantea algunos lineamientos centrales de lo que considera el método de la economía política: “Parece justo empezar por la población que es la base y el sujeto del acto social y de la producción en su conjunto. Pero esto se revela falso: la población es una abstracción si se dejan de lado las clases. Si empezamos por la población tendríamos una visión caótica del conjunto: de lo concreto representado se llegaría a abstracciones cada vez más simples. Llegando a este punto habría que retornar” (Marx, 1976), y concluye diciendo que el correcto método científico es el que va de lo simple a lo concreto en el pensamiento, aunque lo concreto sea el verdadero punto de partida.

La síntesis metódica establecida por Marx en la *Introducción del 57*, ha dado origen a diversas interpretaciones, siendo las de Della Volpe, Althusser y Luporini las más conocidas.

Para Della Volpe, el método de Marx se puede esquematizar en el circuito concreto-abstracto-concreto. Al respecto dice: “El método correcto puede ser representado como un movimiento circular de lo concreto real a lo abstracto ideal y de este a aquel: o sea que con precisión lógica consiste en un continuo e inevitable ajuste histórico de las abstracciones o categorías. Ese ajustar históricamente las categorías o abstracciones es el método del concreto-abstracto-concreto” (Della Volpe, 1972).

Althusser, al entender por práctica todo proceso de transformación de una materia prima determinada en un producto determinando, transformación efectuada por un trabajo humano utilizando medios de producción determinados, considera la “práctica teórica” como una de las prácticas posibles. En ella se trataría de efectuar una “ruptura epistemológica” entre el conocimiento ideológico previo y la nueva teoría generada en la práctica teórica. Recuérdese que al hablar este autor del proceso de la práctica teórica, se está refiriendo al proceso del conocimiento científico (Althusser, 1972).

Siguiendo a Bachelard, Althusser considera la ruptura epistemológica en dos sentidos: como ruptura histórica que permite delimitar entre prehistoria de una ciencia y su historia propiamente dicha; y como ruptura entre ideología y ciencia en la investigación concreta.

La práctica teórica, como toda práctica, implica la actividad humana transformadora de una materia prima (generalidad I) con determinados medios de producción (generalidad II). La generalidad II estaría constituida por la teoría de la ciencia del momento, así como por todas las técnicas que pueden auxiliar en la transformación de la generalidad I (ideológica o de menor científicidad que la generalidad II), en una generalidad III (científica). La diferencia entre generalidad I y II no sería en cuanto a su diferente naturaleza, ambas serían ideas; sin embargo, la generalidad I sería ideológica o científica en proceso de perfeccionamiento, en tanto que la generalidad II consistiría en la teoría del momento, no específicamente objeto de perfeccionamiento (a pesar de que sería impensable la creación de la generalidad III sin la transformación de la generalidad II). Como resultado de la práctica teórica se tendría una nueva teoría sobre el objeto (generalidad III), de mayor científicidad que el punto de partida. A esta teoría específi-

ca del objeto específico, Althusser la llama “concreto del pensamiento”, para diferenciarlo de la realidad concreta.

Hay que reconocer que en *Para leer El Capital* (Althusser, 1976), el autor especifica más su esquema de investigación rescatando la importancia de la confrontación con el concreto real, evitando caer en un esquema puramente especulativo. Esta intervención del concreto real en el proceso del conocer, además de las consideraciones acerca del concreto del pensamiento, permite formular el esquema de la práctica teórica como un abstracto-concreto real-concreto pensado.

Luporini por su parte, considera que el método marxista es aquel que parte de lo concreto representado y va a lo concreto pensado. Un concreto que tanto en el punto de partida como en el de llegada, es siempre un concreto solo en la mente. Este autor añade que el círculo dellavolpiano del concreto-abstracto-concreto “describe el procedimiento de la ciencia burguesa (clásica) de la economía, ni más ni menos, y ello en un sentido enteramente preciso, que Marx explica muy claramente: la primera vía es la representada por los economistas del siglo XVII, la segunda vía (que integra a la primera y la corrige), la representada por los economistas del siglo XVIII y posteriores, hasta Marx excluido” (Luporini, 1977). Así, para Luporini, el método marxista de la economía podría definirse como una espiral que iría de lo abstracto a lo abstracto;¹ el punto de partida serían categorías elaboradas previamente, y se arribaría al “modelo abstracto de la sociedad burguesa capitalista”.

La distinción entre las diferentes interpretaciones metodológicas del marxismo estriba, fundamentalmente, en la concepción sobre los puntos nodales del método: El concreto real (o verdadero punto de partida), el abstracto y el concreto pensado. Refiriéndose al concreto real, Kosik (1967) nos dice que en el proceso del conocimiento se trata de romper —por medio de la abstracción— con la “pseudo-concreción” conformada por el mundo de los fenómenos externos, el mundo de las praxis fetichizadas, el mundo de las representaciones comunes, el mundo de los objetos fetichizados.

¹ Esta posición la hace suya Mario Dal Pra (1971) en *La Dialéctica en Marx*, Barcelona, Ediciones Martínez Roca.

El problema que se presenta con respecto al verdadero punto de partida, no es sino el de la relación entre sujeto y objeto. Evidentemente Marx no plantea un sensualismo de partida en el conocimiento, ni tampoco hace “tabula rasa” del conocimiento anterior sobre el objeto. Lo sensorial puro no existe en el hombre sino como sensación concepto. Marx dice al respecto: “transformar intuiciones y representaciones en conceptos”. Pero la incidencia del objeto sobre el sujeto nunca es considerada por Marx como contemplación (ni mucho menos como aplicación de la teoría al objeto), sino fundamentalmente, como praxis; praxis que es concebida en un sentido histórico y social, y no individual y abstracto.

Es de la praxis de donde surgen intuiciones y representaciones que tendrán que ser volcadas en conceptos. Pero la praxis no es concebible sin el conocimiento, sin la conceptualización, no obstante que este conocimiento sea, en prima instancia, un conocimiento “pseudo-concreto”. Es decir, desde nuestro punto de vista, el verdadero punto de partida es el concreto real, el objeto en relación de praxis-conocimiento con el sujeto. Este concreto real no sería sino la unidad dialéctica, no identificable, entre objeto y sujeto en relación práctica.

Tanto la concepción del concreto real como absolutamente aislado del sujeto, como la del punto de partida como generalidad I, nos parecen unilateralizaciones del problema.² Aunque la teoría en el marxismo no tiene esencialmente una función deductiva (como en el positivismo), ello no significa que se parte solo de las impresiones físicas del objeto sobre el sujeto. Si estas intervienen, es solo porque el conocimiento del sujeto puede convertirlas en intuiciones y representaciones que implican ya cierto nivel de abstracción. La concepción del punto de partida como un punto de partida teórico, lleva a una función contemplativa y deductivista del conocimiento, al mismo tiempo que no considera la cuestión en su dimensión social.

Para Marx se partiría de ese concreto real, y se avanzaría —en una primera fase del proceso del conocimiento— hacia lo abstracto

² Véase, por ejemplo, la crítica a Federico Engels de Georg Luckács (1969) en *Historia y Conciencia de Clase*, México, Editorial Grijalbo.

(la abstracción más simple). A esta primera fase le llama *fase de la investigación*. Al respecto dice Marx que “el método de exposición debe distinguirse formalmente del método de investigación. La investigación ha de tender a asimilar en detalle la materia investigada, a analizar sus diversas formas de desarrollo y a descubrir sus nexos internos. Solo después de coronada esta labor puede el investigador proceder a exponer adecuadamente el movimiento real”.³

Sin embargo, las anotaciones de Marx con respecto del método de investigación son sumamente generales. Solo hace pocas décadas investigadores como H. Zemelman han tratado de hacer una propuesta de método de investigación, como veremos en el siguiente capítulo.

2. La abstracción históricamente determinada

Entre el concreto real y el concreto pensado se extienden las dos fases del proceso del conocimiento, “la de investigación y la de exposición”, delimitadas por el punto de partida de la exposición, que en el método de la economía política, es para Marx la categoría más simple. Pero el camino de la categoría más simple al concreto pensado, se desarrolla por el establecimiento de múltiples conceptos de mediación.

Dice Marx que “el todo, tal como aparece en la mente, como todo del pensamiento, es un producto de la mente que piensa y que se apropia del mundo del único modo posible; de lo que se trata es de *transformar* a través del trabajo de elaboración, las intuiciones y representaciones en conceptos” (Marx, 1976).

La abstracción no es sino la “descomposición del todo” (del concreto real) en nuestro pensamiento, por medio de conceptos. Dicha abstracción es forzosamente producto del pensamiento. Desde este punto de vista, la abstracción es un paso inevitable en el proceso del conocimiento, independientemente de la forma que adquiera y de los presupuestos epistemológicos que subyacen a dicha abstracción.

³ Postfacio a la segunda edición de *El Capital* (1974), México, Fondo de Cultura Económica, p. 23.

Al decir de Lenin “el hombre no puede captar, reflejar la naturaleza como un todo en su integridad; en su totalidad inmediata; solo puede acercarse eternamente a ella, creando abstracciones, conceptos, leyes, etcétera, resulta imposible tener la mera noción de ninguna cosa si no se forma un concepto” (Lenin, 1974).

Respecto de la abstracción hay dos posturas epistemológicas fundamentales. Por un lado, aquella en que la imagen abstracta no se contrapone absolutamente a lo concreto. Esta posición establece que el concepto puede ser a la vez concreto, es decir, que puede expresar una realidad concreta; en el otro polo de la controversia epistemológica acerca de la relación abstracto-concreto, se encontraría la posición en la que la imagen abstracta, desprovista de todo contenido concreto, se transforma en un esquema inerte. Para esta, la abstracción es solo un cadáver, como plantearía la lógica metafísica formal, por exclusión incesante de rasgos del objeto. A dicho resultado llega la “abstracción generalizadora” de la gnoseología neokantiana de Rickert, que lo llevó a establecer que “la esencia del concepto no contiene nada real”, y a contraponer absolutamente el mundo conceptual al real (Kursanov, 1956). El positivismo lógico cae en posiciones semejantes al declarar —como lo hace Carnap— que la ciencia formal carece por completo de objeto, y se restringe a ser un sistema de oraciones auxiliares desligadas de todo objeto y de todo contenido (Kursanov, 1956).

Marx muestra cómo tanto el trabajo concreto como el trabajo abstracto expresan relaciones reales, y que la reducción del trabajo concreto —como trabajo real— al abstracto, se presenta como una abstracción que tiene lugar diariamente en el proceso social de la producción. En esta medida, lo abstracto puede ser, a la vez, concreto. En esta corriente el pensamiento es en general abstracto, en el sentido de no concreto empíricamente, aunque en su esencia puede ser concreto al expresar lo real en sus múltiples propiedades y conexiones.

Como expresa Lenin, dentro de la corriente señalada no se trata solo “de un universal abstracto, sino de un universal que abarca en sí la riqueza del particular = abstracción + totalidad” (Lenin, 1974).

El método que va de lo abstracto a lo concreto, en el que “las abstracciones conducen a la reproducción de lo concreto por la vía

del pensamiento”, es definido por Marx como “el método científico correcto”. Es un método específico que “solo es para el pensamiento la manera de apropiarse del concreto, de reproducirlo bajo la forma de pensamiento concreto”.

Para Marx, cada abstracción es el producto de la reproducción de lo concreto en la realidad, su expresión sintetizada y abstracta en la conciencia. “Reducir” la plenitud concreta de lo real a su expresión abstracta en la conciencia, es la condición *sine qua non* de toda investigación. Aquí, el aspecto contradictorio del proceso de la formación del concepto se descubre en la unidad de su aspecto analítico y sintético; mas, no se trata solo del análisis y la síntesis empírico-sensorial, sino que pretende ir a lo esencial, y en esta medida, no se equipara abstracción a generalización. La aproximación del espíritu a un objeto particular, al sacar “una copia de él” (un concepto), no es un acto simple, inmediato, un reflejo muerto en un espejo, sino un acto complejo dividido en dos, que incluye en sí la posibilidad del vuelo de la fantasía fuera de la vida, y la transformación del concepto abstracto en ficción. La posibilidad del idealismo se presenta desde la primera abstracción. Para Kant la “cosa en sí” es una abstracción vacía; en cambio para Hegel, las abstracciones deben responder a su esencia: “El concepto objetivo de las cosas constituye su esencia misma” (Hegel, 1968).

En Marx el pensamiento avanza de lo concreto a lo abstracto, lo cual no significa un alejamiento del objeto, sino un acercamiento al mismo. En esa medida, las abstracciones científicas “reflejan la naturaleza de la sociedad en forma más profunda, completa y veraz. De la percepción vivida al pensamiento abstracto y de este a la práctica. Tal es el camino dialéctico del conocimiento de la realidad” (Lenin, 1974).

La importancia que Marx da a la abstracción, queda establecida —explícitamente— en el prólogo a la primera edición de *El Capital*: “Cuando analizamos las formas económicas no podemos servirnos del microscopio ni de reactivos químicos, la facultad de abstraer debe hacer las veces del uno y del otro” (Marx, 1976). No estaría demás agregar que ni al químico le es posible renunciar a la abstracción.

Habiendo establecido lo anterior, cabe ahora preguntar por el carácter de las abstracciones propuestas por Marx, que pudiera diferenciarlo de otros autores.

En la *Miseria de la filosofía*, al hacer Marx la crítica metodológica de Proudhon y de Hegel, plantea: “Desde el momento que no se persigue el movimiento histórico de las relaciones de producción”, cuyas expresiones teóricas son las categorías. Desde el momento en que únicamente se quiere ver en estas categorías, ideas, pensamientos espontáneos, independientes de las relaciones reales, no queda más remedio que asignar como origen a estos pensamientos “el movimiento de la razón pura” (Marx, 1972). Es decir, en Marx, las abstracciones científicas están sujetas a dos restricciones: 1) expresar relaciones reales, y 2) estar históricamente determinadas.

De esta forma Marx contrapone las abstracciones reales, históricamente determinadas, a las que produciría el método absoluto hegeliano: “A fuerza de abstraer”, con el método absoluto, “de cualquier objeto todos los pretendidos accidentes, animados o inanimados, hombres o cosas, tenemos razón al decir que en última abstracción se llegan a tener como substancia las categorías lógicas y si se encuentra en las categorías lógicas la substancia de todas las cosas, puede creerse que en la forma lógica está el origen del movimiento de la cosa” (Marx, 1972).

Decíamos que las abstracciones marxistas no son simples separaciones o aislamientos de rasgos, sino que son abstracciones que se encuentran en las formas sociales analizadas, existentes en la vida real, que dependen tanto de la ciencia de la que se trate, como del estado de desarrollo de la realidad investigada: “La posibilidad de aprehender la abstracción de la categoría trabajo se da cuando en la producción no predomina una forma determinada, limitada, restringida y singular de trabajo. La indiferencia hacia un trabajo particular corresponde a una forma de sociedad en la que los individuos pueden pasar fácilmente de un trabajo a otro, y en la que el género determinado de trabajo es para ellos fortuito, y por tanto, indiferente. El trabajo se ha convertido, entonces, no solo en tanto categoría, sino también en la realidad en el medio para crear la riqueza en general, y como determinación, ha dejado de adherirse al individuo como una particularidad suya” (Marx, 1974).

La abstracción históricamente determinada no implica el historicismo, pero sí el descubrir la estructura interna del objeto “separándolo”, “purificándolo” de las formas complejas, para captar el fenómeno en “su simple forma elemental”, sin momentos perturbadores y oscurecedores.

La abstracción históricamente determinada no es una abstracción de tipo lockeano que se limita a aislar todo lo general, todo elemento común a una serie de objetos mediante una comparación o cotejo entre ellos, sino que es una generalización que se lleva a cabo sacando a la luz el elemento material, el factor individualizante y discriminante: lo general esencial (Coletti, 1972). Tampoco prescinde de la identidad específica de la especie.

Sin embargo, es necesario precisar los límites entre lo históricamente determinado y lo abstracto indeterminado. Dilucidar si habría, pues, objetos históricamente determinados y objetos indeterminados históricamente.

El problema de las abstracciones históricamente determinadas y sus límites con respecto de lo abstracto indeterminado, dentro de la línea de la totalidad concreta (Kosik, 1967), en contraposición a la línea del “sistema teórico”, a nuestro entender, estará solucionado una vez resuelto el problema del objeto. Es decir, si el objeto está históricamente determinado y su explicación no se intenta como una deducción a partir de un sistema teórico, sino por reconstrucción de su totalidad, en esta explicación podrán intervenir categorías de grados diversos de abstracción (de determinaciones históricas diversas). Las categorías pertinentes y su nivel de abstracción dependerán del objeto.

El problema del significado y carácter de la abstracción históricamente determinada, se encuentra en la base de la polémica acerca de la dialéctica.⁴ Una interpretación crítica de la dialéctica engelsiana la acusa de positivismo, al tratar de plantear leyes universales (las leyes de la dialéctica) que contradicen el carácter de la abstracción históri-

⁴ Como textos básicos en la polémica véase: Engels, 1972; Engels, 1969; Della Volpe, 1969; Colletti, 1977.

camente determinada. Para esta crítica, dicha abstracción significaría la perennidad de la validez de los conceptos.

Sin embargo, el problema no es sencillo; Marx, en la *Introducción del 57*, habla de la función explicativa de las categorías generales, como la de producción. En *El Capital*, evidentemente, intervienen categorías de muy diversos rangos de temporalidad “por ejemplo, intervienen conceptos como mercancía (de una determinación histórica superior al ámbito capitalista), y producción en general (válida para toda forma conocida de producción)”, es decir, que un objeto históricamente determinado, existente dentro de ciertos parámetros de tiempo, no solo llega a ser explicado por Marx mediante categorías de una validez restringida a esos marcos temporales; a la vez, resulta claro que sin las categorías específicas a esos marcos, la explicación no puede alcanzarse.

Es evidente que las abstracciones de Marx en *El capital*, acerca de la producción en general, caerían en lo que Coletti (1977) llama “abstracciones sobre la sociedad en general”; pero en Marx, “las leyes del movimiento de la sociedad capitalista” no debieran deducirse de ninguna ley de la sociedad en general, sino de reconstruirlas a partir de lo específico a ella, aunque no únicamente.

En esta medida, el enfoque de la totalidad concreta logra resolver la contradicción entre lo históricamente determinado y lo abstracto: una abstracción será históricamente determinada, si logra expresar relaciones reales, pertinentes a la explicación del objeto; de otra manera, una abstracción por poco generalizante e históricamente limitada que sea, podrá ser indeterminada, si no es pertinente al objeto.

Las abstracciones que pretenden una validez mayor que el objeto, como la mercancía con respecto del capitalismo, tendrán que probar su pertinencia para cada objeto concreto; lo contrario presupondría una acumulación teórica que apuntara hacia el sistema —hacia él *a priori*— y la deducción (en el marxismo intervienen tanto la inducción como la deducción, pero la construcción de la totalidad no puede reducirse ni a una ni a la otra ni a ambas).

En la fase de la investigación, el papel de las categorías no podría situarse dentro de la discusión de lo históricamente determinado o no,

puesto que estas aparecen —en primera instancia— como conceptos ordenadores relativamente vacíos, cuyo contenido solo se precisará posteriormente. En la fase expositiva, las categorías aparecerán con el contenido pertinente al objeto, y en esa medida, serán históricamente determinadas: El punto de vista de la totalidad concreta, resuelve la contradicción entre abstracción y concreción.

3. La Exposición

El problema del punto de partida de la exposición, Marx lo pone en íntima relación con el grado de desarrollo de la ciencia de que se trata. Además, dice Engels: “en este método partimos de la relación primera y más simple que encontramos históricamente” (Engels, 1955). Pero no solo es la simplicidad y la antigüedad lo que determina cuál será la célula originaria en la exposición, sino que en aquella deben aparecer en potencia las contradicciones y propiedades de las otras categorías y de todo el concreto pensado.

El método de exposición (en la fase expositiva) es considerado por Marx como el aspecto científico del método, en el sentido de ser capaz de mayor sistematización. Esta fase expositiva en el método de la economía política, iría de lo abstracto al concreto pensado, concebido este como síntesis de múltiples determinaciones, reconstrucción teórica del objeto y explicación del mismo.

La exposición debe considerarse como síntesis y encadenamiento progresivo y dialéctico de los múltiples aspectos de la realidad abstraída, proceso eminentemente lógico, pero que sufre la confrontación periódica con lo real, durante el propio proceso reconstructivo del objeto en el pensamiento.

En *El Capital*, el proceso de reconstrucción teórica implica arribar a categorías cada vez más complejas, a partir de otras que se subsumen en ellas: mercancía-plusvalía-capital, etcétera. Al interior de etapas en la reconstrucción (como las señaladas) aparecen, a su vez, categorías intermedias; de la categoría más simple, “la mercancía”, se avanza a la siguiente categoría en un proceso de génesis estructural, y en algunos casos, de génesis histórica. En este proceso de

reconstrucción (en cuanto a la génesis de las categorías) adquiere relevancia la relación dialéctica entre lo lógico y lo histórico.

En la *Introducción del 57* Marx se pregunta si las categorías más simples tienen una existencia histórica anterior a las categorías complejas, de las cuales son síntesis, y responde de la siguiente manera: 1) Las categorías más simples pueden expresar las relaciones dominantes de un todo no desarrollado, o bien, las relaciones subordinadas de un todo más desarrollado. En este caso, el camino de lo simple a lo complejo corresponde al proceso histórico real; 2) sin embargo, aunque la categoría más simple haya podido existir históricamente antes que la más concreta en su pleno desarrollo, puede pertenecer a una forma social compleja. Lo más complejo condiciona lo más simple. Como en la totalidad más desarrollada lo simple expresa todas sus determinaciones, la totalidad más desarrollada permite entender a las menos desarrolladas.

Por tanto, concluye Marx que sería impráctico y erróneo alinear las categorías en el orden en que históricamente fueron determinantes. En cambio, su orden de sucesión se encuentra determinado por las relaciones existentes entre ellas, en la sociedad burguesa moderna. Se trata de encontrar su articulación en el interior de la sociedad, de descubrir la lógica interna del desarrollo de esta.

Engels agrega que, para el método de exposición de *El Capital*, pretender seguir las categorías estrictamente en su génesis histórica, conlleva el riesgo de recoger muchos materiales de escasa importancia, y por lo tanto, el peligro de romper la ilación lógica. Es por esto que plantea que el método correcto es el lógico en lugar del histórico. Luego entonces, en el método de *El Capital*, la génesis lógica tiene preeminencia sobre la génesis histórica, como hilo conductor del proceso de reconstrucción del concreto pensado.

No obstante, el método de la economía política de Marx no es solo un método estructural, sino que se mueve simultáneamente en dos planos: en el plano del desarrollo lógico, y en el del movimiento histórico real. Lo teórico busca su confrontación con lo histórico, sobre todo, en cuatro momentos: 1) Como ejemplos que ilustran el desarrollo teórico; 2) como hechos históricos que aparecen como presupuestos empíricamente comprobables y no como ilustraciones del

desarrollo teórico; 3) como explicaciones genético-históricas de las categorías, y 4) como verificación interna de hipótesis subsidiarias a la reconstrucción.

Lo lógico y lo histórico no se excluyen en el método de la economía política, aunque lo estructural tenga el mayor peso, y la línea genética de las categorías se dé en este sentido.⁵ El tratamiento estructural presupone la introducción de aquellas relaciones que condicionan la génesis, el desarrollo y la destrucción de la estructura.

4. El Concreto Pensado

Dice Lukács que en el conocimiento marxista se “parte de las determinaciones naturales, inmediatas, puras, simples, recién caracterizadas, para avanzar desde ellas hasta el conocimiento de la totalidad concreta como reproducción intelectual de la realidad” (Lukács, 1969). Es decir, totalidad concreta y concreto pensado son equivalentes; concreto pensado hace referencia a la teoría específica que explica, junto a los sujetos, el movimiento del objeto. Aquí específico no puede significar solo lo singular, sino más bien, la articulación entre lo general y lo particular. En tal sentido, la explicación se conseguirá cuando se haya obtenido esa teoría específica, ese concreto pensado.

Explicar equivale a decir construcción de la totalidad concreta, o sea, construcción de teoría específica sobre el objeto. Solo así puede ser congruente la metodología con el supuesto epistemológico del movimiento: si movimiento significa transformación del objeto, incluso de sus leyes de funcionamiento y cambio, solo la creación teórica puede asegurar la no imposición al objeto de modelos que pudiesen resultar obsoletos.

⁵ Cabe hacer la aclaración de que las apreciaciones metodológicas de Marx y Engels acerca de lo lógico y lo histórico, se refieren a la fase expositiva. En cuanto a la fase investigativa, esta sigue una trayectoria sinuosa entre lo concreto real y lo abstracto, entre lo histórico y lo lógico: “la investigación ha de tender a asimilar en detalle la materia investigada”, que puede presuponer un énfasis mayor en lo histórico que en la fase expositiva.

La totalidad concreta no es el todo; es articulación entre aspectos de lo real que expresan articulaciones entre procesos (Luckács, 1969); articulaciones jerarquizadas en donde intervienen las categorías de determinación y pertinencia. La primera hace referencia a que los aspectos de lo real no son igualmente determinantes, y la segunda, a que la explicación no implica la inclusión de todos los aspectos del objeto. La totalidad concreta, desde el punto de vista metodológico, no es un modelo teórico, sino un conjunto de criterios epistemológicos acerca de la explicación en la perspectiva marxista. Metodológicamente, la totalidad concreta no es el objeto real, sino un enfoque sobre la realidad.

Por lo anterior, pensamos que las consideraciones de Marx en *El método de la economía política* podrían resumirse en la espiral concreto real-abstracto-concreto pensado, a reserva de considerar el concreto real como la relación social de praxis-conocimiento entre sujeto y objeto.

En el campo del marxismo, es comúnmente aceptada la presencia de una cara lógica y otra histórica en el método; a partir del comentario de Engels al primer tomo de *El Capital*, se desprende la preeminencia de lo estructural sobre lo histórico en *El método de la economía política*. Sin embargo, nos parece pertinente el planteo de dos problemas: 1) Si la preeminencia de lo lógico sobre lo histórico, en *El método de la economía política*, puede ser considerada o no como un elemento paradigmático del “método marxista”, y consecuentemente, si cabe hablar de un método marxista general contenido en *El Capital*, lugar por excelencia donde se encontraría en “estado práctico”.

2) En cuanto al segundo problema, es sabido que en el marxismo se debaten dos posiciones. Una, de origen engelsiano, en el sentido de dicotomizar el marxismo en un materialismo dialéctico y otro histórico, con sus respectivas conexiones y autonomías relativas. El materialismo dialéctico constituiría la ontología, la gnoseología y la metodología marxista. A nuestro entender, en esta primera posición se encuadra la formulación de Engels acerca de la dialéctica de la naturaleza, al concebir la dialéctica como la ciencia general de desarrollo de la materia y de la conciencia, y a las leyes de la dialéctica,

como su núcleo central. La otra posición dentro del marxismo, trata de deslindarse tajantemente con el positivismo, evitando hablar de un método general para toda ciencia. En este sentido se desaprobaba la existencia de una “lógica de la investigación científica”, “en el sentido en que lo entiende el positivismo”, y se reivindicarían —en lo metodológico— sus componentes históricos y concretos. Es decir, solo habría *criterios metodológicos* indisolublemente unidos a una concepción de la historia, del conocimiento y al objeto, sin llegar a conformar un metódico general, en el sentido tradicional de ella. Dependiendo del objeto, el “método marxista” adoptaría una u otra forma, y el contenido de esos criterios metodológicos serían diversos.

Pensamos que Marx vincula su método a la materia investigada, al grado de desarrollo de la ciencia, y al grado de desarrollo del propio objeto estudiado. Así, el método específico del método de la economía política desarrollada por Marx en *El Capital*, debe verse relacionado con dos cuestiones: 1) con el método como método específico de la economía política, y 2) con el problema de su relación con lo que hemos llamado criterios metodológicos abiertos.

Sobre el segundo aspecto pensamos que Marx funda un nuevo tipo lógico de pensamiento científico (diferente a una lógica de investigación científica), por su concepción de la explicación, de la prueba, por la función de la teoría y su relación con lo empírico, por la determinación social e histórica del conocimiento, por el papel de los sujetos, etcétera.

Es posible individualizar algunos aspectos esenciales que separan —en el plano metodológico— el marxismo de lo que llamaremos “metodología tradicional”.⁶ El aspecto que nos parece central, es el que denominaremos “estrategia del conocimiento”, consistente en la línea general que conduce a la aprehensión cognoscitiva del objeto. En la metodología tradicional, esta es una estrategia verificacionista, esto es, que tiende a la verificación de una hipótesis operativa

⁶ No pasamos por alto que en esa metodología tradicional hay diferencias. Sin embargo, solo nos referiremos a la corriente dominante de matriz positivista.

(la cual puede tomar muy diversas formas: proposición univariable, multivariable, modelo, sistema con o sin retroalimentación, etcétera) que se confronta con la realidad empírica. En esta estrategia la teoría tiene un papel fundamentalmente deductivo, es decir, debe tener la capacidad de generar hipótesis teóricas, modelos, etcétera. Las hipótesis deben ser operacionalizables y operacionalizadas, a manera de poder traducirlas en términos de indicadores e índices, los cuales deben ser “llenados” con datos (hay diversas propuestas de cómo operacionalizar; una de las más socorridas es la de Lazarsfeld; otra, la de Blalock). En esta perspectiva, la investigación culmina con la verificación de las hipótesis, las cuales son aceptadas o rechazadas. En este último caso se puede volver sobre la teoría e intentar su modificación, sin que se proporcionen criterios unívocos acerca de cómo crear teoría.⁷ En la estrategia verificacionista, la noción de causalidad resulta central; en última instancia, se trataría de aislar un efecto y ponerlo en función de determinadas causas que deberán ser traducidas en variables. Y así como central es la causalidad, también lo es la hipótesis: la propuesta *a priori* de la explicación que solo al final sufrirá la prueba práctica.

En cambio, pensamos que la estrategia marxista, es una de las estrategias reconstructivas de lo concreto en el pensamiento, entendida como creación de teoría para cada objeto (sin que con ello se niegue la existencia de categorías generales). Su estrategia del conocer se deriva de una concepción de realidad diversa del positivismo: como realidad en movimiento y en reestructuración permanente, de manera tal que impide el arribo a la teoría general explicativa de toda situación. En esta perspectiva, la línea básica de la explicación no sería la verificativa, sino la constructora de teoría, que debe entenderse en dos aspectos: 1) en términos de una apertura de contenido de la teoría preexistente, a manera de permitir su redefinición en cada investigación; 2) la construcción de teoría como proceso aco-

⁷ Algunos autores dan un listado de operaciones lógicas que pueden intervenir en la creación de la teoría, pero todos, en última instancia, coincidirán con Popper en cuanto a que este paso no es sistematizable.

tado por etapas sucesivas e individualizables, que van marcando un encadenamiento de categorías, donde una presupone a las otras. La relación entre categorías, por tanto, no es presupuesta y verificada, como en la primera estrategia, sino descubierta en un proceso lógico o teórico, y a la vez, en confrontación con lo real. A diferencia de la estrategia verificativa, esa confrontación con lo real no se da al final del proceso, sino como prueba histórica totalizante, y es durante el proceso reconstructivo donde sufre una “primera verificación”. De esta manera, el punto culminante no es la verificación, sino la reconstrucción del concreto pensado y la praxis. Es decir, se arriba a una teoría y no a una verificación (ciertamente el circuito concreto-abstracto-concreto no termina históricamente en este último, sino en la praxis, que no es simple verificación, pues implica el funcionamiento de lo concreto en su totalidad). En este enfoque, ni los aspectos relevantes de lo real, ni sus jerarquías, pueden ser presupuestos (en esa medida no se arriba a un modelo), sino que ambos deben ser descubiertos. La explicación se alcanza cuando se ha logrado generar la teoría específica del objeto específico. Al mismo tiempo, a diferencia de la estrategia positivista, la construcción del objeto no se logra sino en el momento mismo de la explicación. Arribar al concreto pensado es, en esta medida, lo mismo que reconstruir la totalidad, la cual no se identifica con el todo, puesto que implica descubrir los aspectos determinantes del proceso y sus articulaciones. Así, la noción de totalidad subsume y no niega la causalidad; esta no sería sino un aspecto parcial de aquella, no presuponible *a priori*, sino articulada en la reconstrucción.

Resumiendo, podemos decir que la apertura de la estrategia marxista implica también la apertura del método, el cual debe ser reducido solo a criterios generales epistemo-metodológicos. En otros trabajos hemos analizado esta problemática con detalle (De la Garza, 1983); aquí nos concretaremos a decir que si comparamos el método de *El Capital* con el de *El dieciocho brumario* y *Dos tácticas de la socialdemocracia en la revolución democrática*, encontraremos las diferencias que se observan en el cuadro siguiente:

Criterio Metodológico	<i>El Capital</i>	<i>El 18 brumario</i>	<i>Dos tácticas</i>
1) Punto de partida	Categoría teórica más simple (la mercancía)	Un hecho histórico	Un núcleo teórico
2) Relación entre la teoría y la historia	Predomina la teórica	Predomina la histórica	Predomina la teórica
3) Etapas reconstructivas	Etapas de construcción de conceptos	Períodos históricos	Etapas conceptuales
4) Jerarquías entre niveles	Variable, con predominio de lo económico	Variable, con predominio de lo político	Variable, con predominio de lo político
5) Explicación	La ley del movimiento del modo de producción capitalista	La categoría de Bonapartismo	La categoría de Gobierno Provisional Revolucionario
6) Totalidad	Articulación abierta de niveles y jerarquías	Articulación y jerarquías abiertas entre niveles	Articulación y jerarquías abiertas entre niveles

La diferencia entre los objetos de las tres obras salta a la vista: en la primera se trata de descubrir la “ley” de movimiento del modo de producción capitalista; en la segunda, explicar el golpe de Estado del 2 de diciembre de 1851 por Luis Napoleón; en la tercera, trazar la táctica del partido obrero en la Revolución rusa de 1905. Nivel del modo de producción en una, de coyuntura política en otra, y de espacio de posibilidades para la acción obrera en la última.

Como se desprende del esquema anterior, que no hemos entrado a detallar, la diversidad de objetos ha determinado metodologías distintas; lo único que ha permanecido son ciertos criterios genéricos básicos abiertos:

1. El criterio del conocer científico como proceso de reconstrucción multietápico.
2. El criterio de la totalidad como criterio de reconstrucción y de arribo a una explicación teórica como articulación de niveles cuya pertinencia y jerarquía deben ser descubiertas para cada caso.
3. La intervención en cada paso reconstructivo de lo lógico y lo histórico con jerarquías abiertas.

Todo lo anterior nos ha conducido a negar la posibilidad de la formalización del método marxista a la manera del método hipotético-deductivo, así como a reconocer lo erróneo del intento de extraer de *El Capital* una metodología “buena para toda ocasión”. Más que un método en el sentido positivista del mismo, tendemos a inclinarnos por la definición de criterios metodológicos abiertos, cuyo contenido será un problema que la investigación sustantiva debe resolver en cada caso.

De los criterios metodológicos enunciados, nos parece central el de la *totalidad*, el cual implica la reconstrucción, la articulación de niveles y su redefinición, la apertura de la teoría, el proceso reconstructivo, la intervención abierta de lo teórico y lo histórico, y la explicación como concreto pensado (entendida esta como teoría, como síntesis de múltiples determinaciones).

Bibliografía

- Althusser, Louis (1976) *Para Leer el Capital*. México, Siglo XXI Editores. .
- _____ (1972) *La Revolución Teórica de Marx*. México, Siglo XXI Editores.
- Coletti, Lucio (1972) *Ideología y Sociedad*. Madrid, Editorial Fontanella.
- De la Garza, Enrique (1983) *El Método del Concreto-abstracto-concreto*. México, Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, caps. II y III.
- Della Volpe, Galvano (1972) *Rousseau y Marx*. México, Ediciones Martínez Roca.

- Engels, Friedrich; Marx, Carlos (1955) “La contribución a la crítica de la economía política de Carlos Marx”. *Obras escogidas en dos tomos*, México, Editorial Progreso.
- Hegel, G. W. Friedrich (1968) *La Ciencia de la Lógica*. Argentina, Editorial Solar Hachette.
- Kosik, Karel (1967) *Dialéctica de lo Concreto*. México, Editorial Grijalbo.
- Kursanov, G (1956) *El Materialismo Dialéctico y el Concepto*. México, Editorial Grijalbo.
- Luckács, George (1969) *Historia y Conciencia de Clase*. México, Editorial Grijalbo.
- Lenin, Vladimir, I. (1974) *Cuadernos Filosóficos*. Buenos Aires, Editorial Estudio.
- Luporini, Cesare; Della Volpe, Galvano (*et al.*) (1977) *La dialéctica revolucionaria*. México, Universidad Autónoma de Puebla.
- Marx, Karl (1976) *Elementos Fundamentales para la Crítica de la Economía Política*. México, Siglo XXI Editores, tomo I.
- _____(1974) *Introducción a la crítica de la economía política, pasado y presente*. Argentina, p. 621.
- _____(1972) *Miseria de la Filosofía*. Colección Socialismo y Libertad (libro 96). México, Editorial Nacional, p. 72.

Apéndice 1

La dialéctica y el método en el primer capítulo de *El capital* (la configuración como articulación de conceptos de lo abstracto a lo concreto)

Uno de los problemas metodológicos principales del capítulo I de *El capital*, es el de la pertinencia de la dialéctica en la reconstrucción teórica. Según Coletti, el problema lógico de la dialéctica puede quedar enunciado así: “el problema fundamental de la dialéctica es el de la contradicción dialéctica entendida como la negación del principio de identidad, como la contradicción-inclusión. En la contradicción dialéctica los opuestos se presuponen, definen al objeto, no pueden existir por separado. Los opuestos se repudian” (Coletti, 1978).

Con respecto a este problema, las posiciones dentro del marxismo se pueden resumir en tres:

- 1) La que postula que la contradicción y la dialéctica no ocupan ningún papel en la reconstrucción, a pesar de reconocer que Marx utiliza un lenguaje dialéctico en *El capital*; para Raúl Olmedo, por ejemplo, las derivaciones del primer capítulo son deducciones formales, y la dialéctica se encuentra yuxtapuesta a la derivación formal. Sin profundizar sobre el tema, Olme-

- do establece —simplemente— que Marx quería “constatar” la dialéctica en *El capital* (Olmedo, 1980).
- 2) La que plantea que la dialéctica sí cumple un papel en el discurso marxista, y por tanto, en la reconstrucción. Esta posición se divide — a su vez— en dos: a) la que establece que la dialéctica cumple un papel en la reconstrucción por ser una propiedad de lo real. Tal es la posición de Rosdolsky, quien plantea, en una polémica con Poulantzas y otros autores, que “*El capital* es dialéctica de principio a fin” (Rodolsky, 1978). La misma postura, en un contexto local, sería la de Bolívar Echeverría: “en la forma mercantil de las cosas hay una contradicción entre valor y valor de uso. La mercancía debe existir socialmente en dos modos simultáneos que, sin embargo, se excluyen o repelen mutuamente. La lucha entre capacidades-necesidades sociales, y la competencia entre productores-consumidores, sería la base de la contradicción en la mercancía” (Echeverría, 1979).
 - 3) La que propone que la dialéctica tiene un papel en el discurso no por ser propiedad de lo real, sino porque el capitalismo ha fetichizado, invertido las relaciones sociales. Al respecto, Coletti distingue entre oposición real (contrariedad de opuestos incompatibles: que no viola el principio de identidad, compatible con la lógica formal) y oposición dialéctica o contradicción. En la contradicción real, cada opuesto existe por sí mismo y no necesita referirse a su opuesto. Sin embargo, dice Coletti (1978), las oposiciones del capitalismo no son oposiciones objetivas sin contradicción, sino “contradicciones dialécticas”, en el sentido pleno de la palabra. Para apoyar esta posición, Coletti analiza un pasaje de Marx acerca de la crisis, contenido en las *Teorías sobre la plusvalía*. En dicho pasaje aparece el concepto de posibilidad abstracta de la crisis, posibilidad que surge —según Marx— en la simple distinción entre mercancía y dinero. Con el dinero la compra y la venta pueden separarse en el tiempo y en el espacio; quien ha comprado no está obligado a vender de inmediato. La escisión M-D-M’ da la posibilidad abstracta de la crisis (Coletti agrega que dinero y mercancía son entes reales): si bien dinero y mercancía son “exterior-

mente independientes”, “internamente no son independientes, porque se integran recíprocamente”; tanto es así, que cuando su independencia rebasa ciertos límites, “la unidad se impone violentamente a través de la crisis”.

Coletti añade que los términos de las relaciones capitalistas son dialécticas, en cuanto son “irreales”, solo el fetichismo trata de separar lo inseparable, dar realidad a lo irrealizable. En esa medida la crisis sobreviene cuando lo inseparable trata de ser separado. El capitalismo sería contradictorio por ser una realidad invertida, y la contradicción es el rasgo específico del capitalismo.

Para Schmidt, dentro de la misma línea, “la pertinencia de categorías dialécticas la impone el propio funcionamiento de la sociedad capitalista, los individuos dominados por abstracciones”. Nagel, por su parte, concluye diciendo que no hay tal coqueteo de Marx con Hegel en *El capital*, sino dialéctica efectiva.

- 4) La última posición hablaría de un papel de la dialéctica en la reconstrucción teórica concebida *como forma de razonamiento y no como propiedad de lo real*. En esta perspectiva, la lógica del conocimiento no tendría por qué coincidir con la lógica de la realidad, y la dialéctica sería la forma de descubrir la lógica específica del objeto específico. En esta medida, la dialectización del conocer apuntará hacia una nueva racionalidad científica, hacia la superación de la antigua forma de hacer ciencia. El campo específico de la dialéctica sería el de la captación del movimiento, y específicamente, el de la integración del movimiento de lo objetivo y lo subjetivo, de determinación e indeterminación de proceso y proyecto (Zemelman, 1982).

La posición explícita de Marx acerca de su “método dialéctico” ha quedado plasmada en pasajes como los siguientes: a) en el postfacio a la segunda edición de *El capital*, dice Marx que “el método dialéctico [que utiliza] estriba en el esclarecimiento de las leyes especiales que presiden en el nacimiento, la existencia, el desarrollo y la muerte de un determinado organismo social y la sustitución por otro”. En esta

frase queda sintetizada la concepción de que el método marxista conduce a la captación de la “lógica específica del objeto específico”, es decir, no a la constitución de la teoría general sobre la marcha de la humanidad, sino a las leyes de un determinado organismo social. Nos parece capital la concepción de Marx contenida en esta definición de su método, el cual busca captar al objeto en movimiento (no estático), lo que significa captar su funcionamiento actual, y además, contemplar en las propias leyes del organismo social las potencialidades de su desarrollo futuro. La posibilidad abstracta de la que habla Coletti, como la posibilidad de que el organismo social solo reconozca, de acuerdo a su propia lógica, determinados desarrollos y no otros, será abstracta en tanto no la especifiquen otras determinaciones. La problemática resumida por Marx en el pasaje anterior, no es sino la de la captación del presente y del pasado para definir el campo futuro para la acción de los sujetos sociales, captación que no se identifica con extrapolación, sino con potencialidad; no con determinismo, sino con espacios para la acción de la voluntad; b) en el mismo texto, Marx se refiere explícitamente a su método dialéctico: “Mi método dialéctico no solo es fundamentalmente distinto del método de Hegel, sino que es, en todo y por todo, la antítesis de él”. ¿En qué consiste la diferencia entre el método dialéctico de Marx y el de Hegel? ¿Se ubica solo en la articulación entre método y concepción ontológica? Al decir de Engels, la diferencia estribaría en la inversión mistificante que hace Hegel entre materia y conciencia; pero, ¿se mantiene íntegra la forma lógica del método hegeliano en el método marxista? Al parecer, los análisis de Althusser apuntan en sentido contrario, pues al menos habría categorías en la dialéctica materialista, no contenidas en el discurso hegeliano; c) sin embargo, agrega Marx que: “Hasta llegué a coquetear de vez en cuando, por ejemplo, en el capítulo consagrado a la teoría del valor, con el lenguaje peculiar (de Hegel). El hecho de que la dialéctica sufra en manos de Hegel una mistificación, no obsta para que este filósofo fuese el primero que supo exponer de un modo amplio y consistente sus formas generales de movimiento”; d) *Grundrisse*: “Más tarde será necesario... corregir el estilo idealista de la exposición, que da la impresión de que se trata solamente de determinaciones conceptuales, y de una dialéctica de estos conceptos.

“En este punto se muestra claramente que la forma dialéctica de la exposición solo es correcta cuando se es consciente de sus límites”.

No es posible concluir mucho más de la dialéctica materialista a partir de las notas explícitas de Marx sobre el caso, excepto que: 1) Marx reconoce la especificidad de su método con respecto a otros; 2) que la pretensión de este método marxista es la captación del objeto en movimiento; 3) que su método no es el de Hegel; 4) que en este método no se trata de la dialéctica de los conceptos como sucede en Hegel, y 5) se reconoce en Hegel el intento de captación del movimiento.

La obscuridad metodológica explícita en la obra de Marx nos ha hecho intentar dilucidar algunos aspectos relacionados con su método —a partir de su “estado práctico” en *El capital*—, específicamente, el problema de la dialéctica.

1. El método de exposición de Marx en el primer capítulo de *El capital*

Dice Marx en las *Glosas marginales al tratado de economía polémica de Wagner*, que él nunca arranca de conceptos, ni por tanto, del concepto de valor; parte de la “forma social más simple en que toma cuerpo el producto del trabajo en la sociedad actual, que es la mercancía”. La mercancía como lo más abstracto, y a la vez, lo más concreto.

En *El capital*, Marx agregará que la riqueza de las naciones en que impera el régimen capitalista de producción se nos aparece como un “inmenso arsenal de mercancías”, y la mercancía, como su forma elemental. Al hablar de la riqueza de las naciones capitalistas está sintetizando así su concreto real y determinándolo históricamente. No se refiere a la riqueza general de la humanidad, sino específicamente, a la de la sociedad mercantil y la capitalista.

Al decir de Marx, lo que confiere a la mercancía el carácter de “punto de partida”, es el ser la forma elemental de la riqueza capitalista, la forma social más simple. Evidentemente Marx ha descubierto lo anterior en la fase de investigación y su construcción,

aparentemente *a priori*, aunque tiene detrás toda una fase previa investigativa. Sin embargo, sigue planteando el problema de qué hace a la mercancía la categoría más elemental o forma más simple de la riqueza capitalista.

Para Engels, en *El capital* se partió de “la relación primera y más simple que encontramos históricamente, fácticamente”, pero no existe ninguna necesidad en cuanto a la coincidencia entre lo lógico y lo histórico. Marx nunca se refiere al “punto de partida” como el correspondiente a la categoría más antigua. En la *Introducción del 57* nos dice con claridad que “aunque la categoría más simple haya podido existir históricamente antes de la más concreta en su pleno desarrollo, ella solo puede pertenecer a una forma social más compleja. Lo más complejo condiciona lo más simple. Como en la totalidad más desarrollada lo simple expresa todas sus determinaciones, la totalidad más desarrollada permite entender a la menos desarrollada...”

Para Zeleny no se trataría solo de la antigüedad o simplicidad de la mercancía, sino que por un lado, habría una línea genético-histórica de la mercancía al capitalismo. y por otro, la mercancía contendría los gérmenes del conjunto de las contradicciones del capitalismo. No es necesaria la coincidencia entre génesis lógica e histórica (aunque fuera en línea depurada), como tampoco es necesario que la categoría más simple sea la más antigua. El segundo aspecto señalado por Zeleny, apuntaría hacia lo que Coletti llamaría “posibilidad abstracta” (concretizable solo al calor de otras determinaciones) de todas las contradicciones capitalistas.

A nuestro parecer, la mercancía es el punto de partida porque constituye el presupuesto lógico —y no necesariamente histórico— de las restantes categorías del capitalismo. Es una categoría fundamento que no requeriría, a su vez, ser fundada. Esto es, la mercancía es la base de lo que podríamos llamar la articulación originaria actual respecto del resto de las categorías del capitalismo. Ahora bien, ahondemos más sobre el carácter “no fundado” de la mercancía. Es claro que del análisis de Marx surge el valor de uso y el de cambio, luego el trabajo concreto y el abstracto, el tiempo de trabajo socialmente necesario, etcétera, hasta arribar a la categoría de dinero. Posiblemente, como dice Bolívar Echeverría, no se trata propiamente de un

punto de partida, sino de toda una “figura” (¿configuración?), la de la mercancía —que implica los conceptos anteriormente señalados— antes del dinero.

A nuestro parecer, este primer capítulo de *El capital* (antes del apartado sobre el fetichismo) comprende dos estadios conceptuales básicos: el de la mercancía y el del dinero. Considerar el de la mercancía como configuración y no como punto, es involucrar otros conceptos, vaivenes en los niveles de abstracción (juego de lo lógico y lo histórico), hasta quedar esclarecida la esencia de la mercancía.

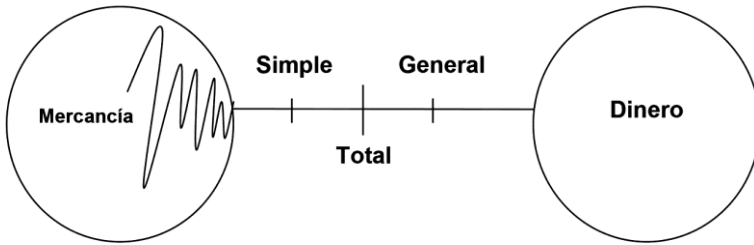
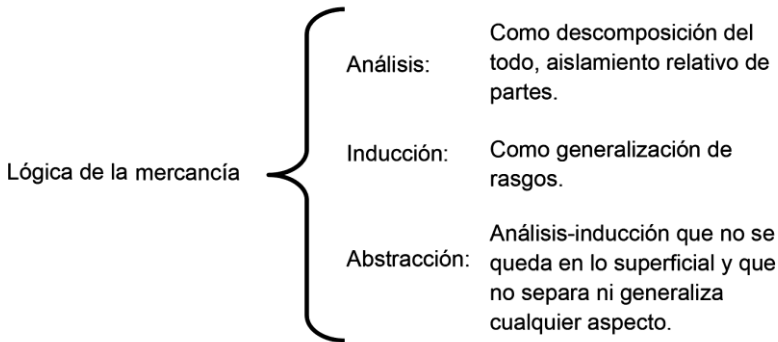


Diagrama 1. Etapas reconstructivas del concepto de dinero.

Pero el paso conceptual al dinero no se da violentamente, sino por la mediación de lo que Marx llama la génesis de la forma dinero, la cual implica, a su vez, tres subetapas mediadoras: la simple (concreta o fortuita), la forma total o desarrollada, y la forma general, para arribar finalmente a la forma dinero.

Veamos ahora en detalle cada uno de esos pasos en los aspectos centrales del método, la abstracción (el uso de niveles diversos de abstracción y el papel de lo analítico y lo sintético), la llamada génesis lógica y el papel de lo histórico (incluyendo en el problema anterior el papel de la inducción y la deducción), y el problema de la dialéctica (principalmente de la contradicción dialéctica y de la síntesis dialéctica).

Marx sintetiza su concreto real en ese “inmenso arsenal de mercancías capitalistas”, y pasa inmediatamente a postular las dos caras de la mercancía. Elevándose a un nivel superior de abstracción, analiza la mercancía. Las operaciones lógicas básicas del análisis son:



Lógicamente, la mercancía es separada en sus aspectos cualitativo y cuantitativo, aspectos indisolublemente unidos, y que en esta no pueden presentarse uno sin el otro. “Se despliega la categoría en aspectos contradictorios”, diría Engels y “se analiza cada uno por separado.”

“Todo objeto útil puede considerarse desde dos puntos de vista: atendiendo a su calidad o a su cantidad”: Pero esta aserción lógica no deja de ser histórica: “El descubrimiento de estos diversos aspectos, y por tanto, de las diferentes modalidades de uso de las cosas, constituye un hecho histórico... Otro tanto acontece con la invención de las medidas sociales para expresar la cantidad de los objetos”.

Al primer rasgo abstraído, ligado a la cualidad, Marx le pone una etiqueta: valor de uso. Luego cambia de nivel de abstracción y vuelve al concreto real: el valor de uso como la “materialidad” de la mercancía misma. A continuación, relaciona lógicamente esa materialidad del valor de uso con una calidad a la que se encuentra siempre ligado. Nuevamente a la relación cuantitativa se le etiqueta como valor de cambio; el valor de cambio —en lo fenoménico— aparece como relación cuantitativa.

¿Cómo se llega al valor?:

a) La inducción.

x betún = y seda = z oro, etcétera = 1 quarter de trigo.

Luego, los términos de las ecuaciones tienen que ser permutables.

b) Abstracción.

- Todos los términos de las mercancías intercambiadas deben expresar algo igual, común, de magnitud igual.
- El valor de cambio debe ser solo de expresión, la “forma de manifestarse” de ese algo.

c) Nuevamente la inducción.

Dos mercancías: trigo y hierro se intercambian en proporciones definidas.

1 quarter de trigo = x quintales de hierro.

d) Dialéctica lógica como auxiliar de la abstracción.

“Ambas cosas son, por tanto, iguales a una tercera, que no es de suyo ni la una ni la otra”.

e) Símil geométrico: para comparar áreas de polígonos se reducen (analogía) a triángulos.

f) Continúa la abstracción.

Ese “algo” no puede ser algo físico, puesto que ello solo interesa como valor de uso, y los valores de cambio hacen abstracción de los valores de uso (deducción). Lo común a las mercancías es ser productos del trabajo (se prescinde de los elementos materiales y de las formas que lo convierten en valor de uso). Pero con el carácter útil de los productos del trabajo desaparecerán el carácter útil de los trabajos que representan y las diversas formas concretas de esos trabajos: esto origina el concepto de trabajo humano abstracto.

g) Lo que queda con base en un proceso de abstracción es “coágulo de trabajo humano indistinto”. Luego, como cristalización de ese trabajo humano abstracto, los objetos son valores. Es decir, deduciendo del concepto de trabajo abstracto se llega al concepto de valor.

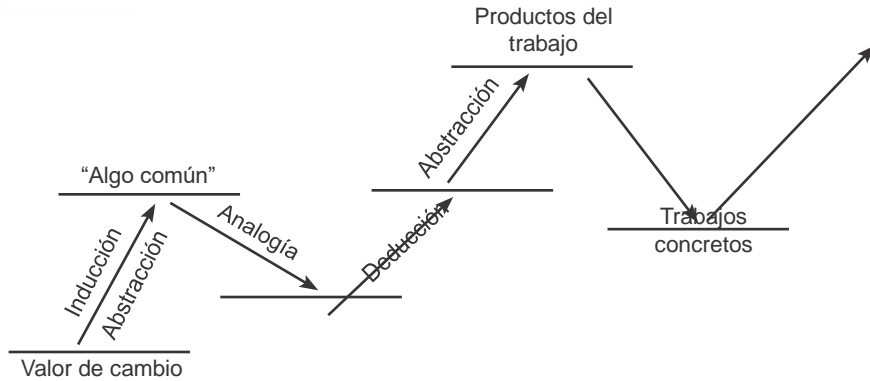


Diagrama 2. Niveles de abstracción del valor de cambio al trabajo abstracto.

Ahora Marx dice que dejará por lo pronto el valor de cambio, y se centrará en el valor.

En seguida, trata de sintetizar sus resultados anteriores:

- a) Un valor de uso encierra un valor por ser materialización del trabajo humano abstracto. ¿Cómo se mide luego la magnitud del valor? Deducción: por la cantidad de trabajo abstracto que encierra. ¿Cómo se mide esa cantidad? Generalización: por el tiempo de trabajo.
- b) Sin embargo, la realidad es diversa (baja de nivel de abstracción). ¿Cómo determinar ese tiempo? El trabajo individual es solo parte del trabajo social; por una inducción-teorización llega al concepto de tiempo de trabajo socialmente necesario.

Ilustración histórica: la introducción en Inglaterra del telar de vapor y su influencia en los precios de los productos. No se trata de verificar estrictamente las determinaciones del valor, puesto que hay otras determinaciones, sino de constatar cierta tendencia.

- c) Causalidad (o bien, determinación): lo que determina la magnitud del valor de un objeto no es más que la cantidad de trabajo

socialmente necesario (CT). Pero el tiempo de trabajo socialmente necesario cambia al cambiar la capacidad productiva del trabajo (CPT).

$$\text{Valor} = f(\text{CT}, 1/\text{CPT})$$

Lo anterior trata de basarlo históricamente por medio de: 1) un ejemplo hipotético, 2) cálculos de Eschwege (en 1823) entre costos de producción de diamantes y los del azúcar y el café.

- d) No se puede ser valor sin ser valor de uso. Para ser valor se debe producir para otros. El carácter social de la mercancía es lo que le da su determinación histórica: uso de conceptos de diversa generalidad (valor y valor de uso).

El valor de uso no es concepto universal en el tratamiento de Marx, sino que el valor de uso “como valor de uso de la mercancía adquiere por sí mismo un carácter histórico específico”. “El valor de uso en mi obra desempeña un papel muy importante... si bien solo se plantea allí donde se arranca del análisis de un régimen económico dado y no de especulaciones abstractas acerca de los conceptos y de las locuciones ‘valor de uso’”.

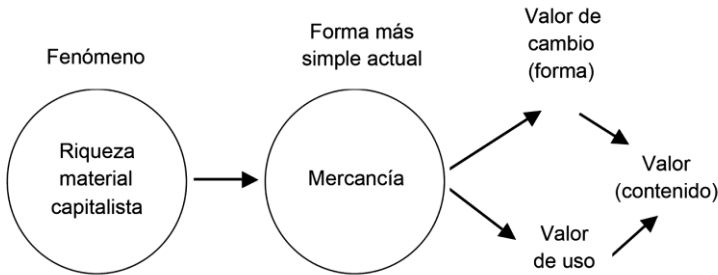


Diagrama 3. Reconstrucción de la configuración mercancía.

Las dos caras de la mercancía y su dialéctica: Marx da al descubrimiento de la dialéctica de la mercancía un carácter esencial: a) la cara del trabajo útil —o valor de uso— es indispensable, puesto que se

trata de un valor de uso para el intercambio; b) la cara del valor, en la que “no hay un átomo de materia natural... su materialidad como valores es puramente social”.

En ese carácter privado-social de la mercancía se encuentra la base de su contradicción.

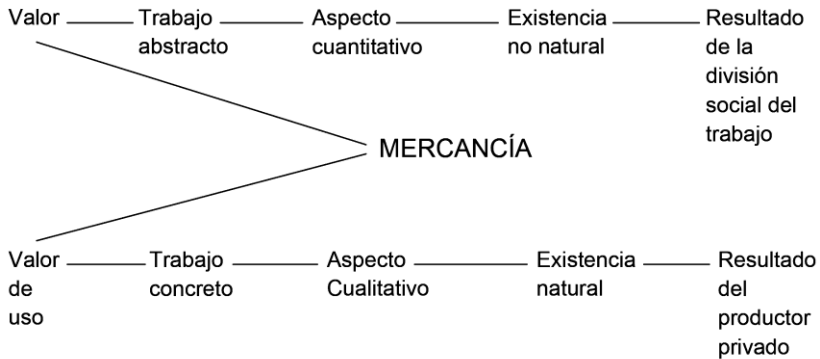


Diagrama 4. Dialéctica de la mercancía.

Son aspectos inseparables de la mercancía que se presentan subyaciendo en todas las categorías de *El capital*. Subyace en la posibilidad de la crisis, en la posibilidad de la explotación, en la de la contradicción entre clases. Dice Marx en *El capital*: “la antítesis interna de valor de uso y valor que se alberga en la mercancía, toma cuerpo en una antítesis externa, es decir, en la relación entre dos mercancías, de las cuales la una, aquella cuyo valor trata de expresarse, solo interesa como valor de uso, mientras que la otra, aquella en la que se expresa el valor, interesa solo directamente como valor de cambio”.



Diagrama 5. La posibilidad abstracta de la contradicción externa mercantil.

Desde el punto de vista de Coletti, la dialéctica de la mercancía y del trabajo que la engendra, provendría de las escisiones que el capitalismo provoca.

Según Marx, la posibilidad de abstraer categorías como trabajo abstracto “se da cuando en la producción no predomina una forma determinada, limitada, restringida y singular de trabajo. La indiferencia hacia un trabajo particular corresponde a una forma de sociedad en la que los individuos pueden pasar fácilmente de un trabajo a otro, y en la que el género determinado de trabajo es para ellos fortuito, y por lo tanto, indiferente. El trabajo se ha convertido entonces no solo en tanto categoría, sino también en la realidad, en el medio de crear la riqueza en general, y como determinación, ha dejado de adherirse al individuo como una particularidad suya”. Es decir, las abstracciones en el capitalismo adquieren realidad y existencia dominante. El capitalismo escinde lo que permanecía unido. Lo social era social o lo privado. Ahora lo privado es social y lo social es privado. La contradicción real es dialéctica en la medida en la que la escisión continúa.

Por último, Marx pone el surgimiento de su teoría en relación con el desarrollo del objeto y de la teoría sobre el mismo.

2. Génesis lógica del dinero

En el método marxista, al decir de Engels, cada categoría se despliega en sus aspectos contradictorios, cada uno se estudia separadamente, y sus contradicciones se resuelven posteriormente en una nueva categoría; si en la práctica se ha encontrado la solución, se ha creado una nueva relación.

Es claro que esta presentación de Engels, además de estar signada por la reminiscencia hegeliana (dialéctica de los conceptos), resulta demasiado mecánica. ¿Cuál sería ese despliegue para la categoría valor o valor de uso? Es evidente que el proceso que lleva de la mercancía al dinero es mucho más complejo que la síntesis entre valor de uso y valor en el dinero, en el cual ciertamente habría una identificación entre valor y valor de uso. En el dinero el valor de uso coincidiría con la manifestación del valor, el valor de cambio.

En el tratamiento de Marx de la “génesis del dinero”, se aprecia una gran concordancia entre génesis lógica e histórica. Aquí lo histórico juega principalmente el papel de génesis y no de ilustración u otra función. Además, se parte nuevamente de la expresión del valor más simple, que Marx llama la forma simple (la cual coincide históricamente en su simplicidad). La primera forma del valor es la forma simple de este, aquella en la que el intercambio es un intercambio esporádico, no generalizado, únicamente entre dos mercancías concretas. Esta forma simple del valor es desplegada en la reconstrucción en dos dimensiones contradictorias: la forma relativa y la forma equivalencial del valor.

Aquella es la que hace el papel activo, la que va a reflejar valor en la otra; la forma equivalencial es la reflectora del valor de la primera y hace un papel pasivo. Estas dos formas se condicionan mutuamente, son extremos opuestos y antagónicos de una misma categoría; la contradicción entre ellas surge desde el momento en el que la mercancía que toma la forma equivalencial hace abstracción del valor de uso, del trabajo concreto y del carácter privado del trabajo, para luego intercambiar papeles con la que toma la forma relativa. (Cada rasgo de la mercancía se convierte en su antítesis.)

La contradicción entre la forma relativa y la equivalencial, se trata de resolver lógicamente al reducirse ambas a trabajo abstracto, e históricamente, cuando el intercambio deja de ser eventual. La solución a la contradicción se trata de encontrar en la forma desarrollada del valor. El desarrollo de la producción mercantil lleva a una diversidad cada vez mayor de productos en el mercado, buscando su equivalente individual, que sin embargo, encuentra una infinidad de equivalentes. Entre mayor es el universal de equivalentes, se estrecha aún más su posibilidad particular de intercambio. La forma desarrollada del valor no hace sino generalizar la limitación de la forma simple. La forma desarrollada despliega, a su vez, las dimensiones relativa y equivalencial, y sus contradicciones aparecen desde el momento en que: 1) la ecuación de equivalencia es siempre incompleta; 2) aparece una multiplicidad de expresiones del valor dispares y distintas, y 3) las expresiones de la forma relativa del valor de cada mercancía son infinitas y distintas a las de las otras mercancías.

Las contradicciones de la forma desarrollada del valor encuentran lógica e históricamente su solución, en la forma general del valor, por la cual todas las mercancías expresan sus valores en otra que sirva de equivalente general. La forma general del valor expresa la necesidad de abstraer de la diversidad de equivalentes particulares lo común a todos ellos, es decir, la necesidad de la aparición de un equivalente general.

La transición de la forma general del valor a la forma dinero, solo está medida por la costumbre social, e históricamente, por la producción de oro. Dice Marx que el oro, como dinero, se enfrenta a todas las mercancías, porque ya anteriormente se le enfrenta como mercancía.

Mercancía-dinero: forma simple-forma desarrollada-forma general-dinero. He ahí el hilo conductor que lleva de lo simple a lo complejo, de lo abstracto a lo concreto, un camino que implica la génesis lógica e histórica (en este caso) de las categorías, con el predominio de lo primero, así como la presencia y solución de las contradicciones al nivel de las mismas categorías.

En la génesis del dinero lo histórico tiene un papel más importante que en los pasajes precedentes:

- 1) Forma simple. El producto del trabajo es objeto útil en todas las sociedades; solo en una época —históricamente determinada— se convierte en mercancía. La forma simple del valor es la forma simple de la mercancía, y por tanto, el desarrollo de la forma de la mercancía coincide con el desarrollo de la forma del valor.
- 2) Forma general. “Evidentemente, esta forma solo se presentaba con un carácter práctico en tiempos primitivos, cuando los productos del trabajo se transformaban en mercancías por medio de actos de cambio eventuales y episódicos... La forma desarrollada del valor empieza a presentarse en la realidad, a partir del momento en que un producto del trabajo, el ganado, por ejemplo, se cambia, pero no como algo extraordinario, sino habitualmente, por otras diversas mercancías.”
- 3) Forma dinero. El oro por la fuerza de la costumbre conquista su papel de equivalente general. Las categorías más simples tie-

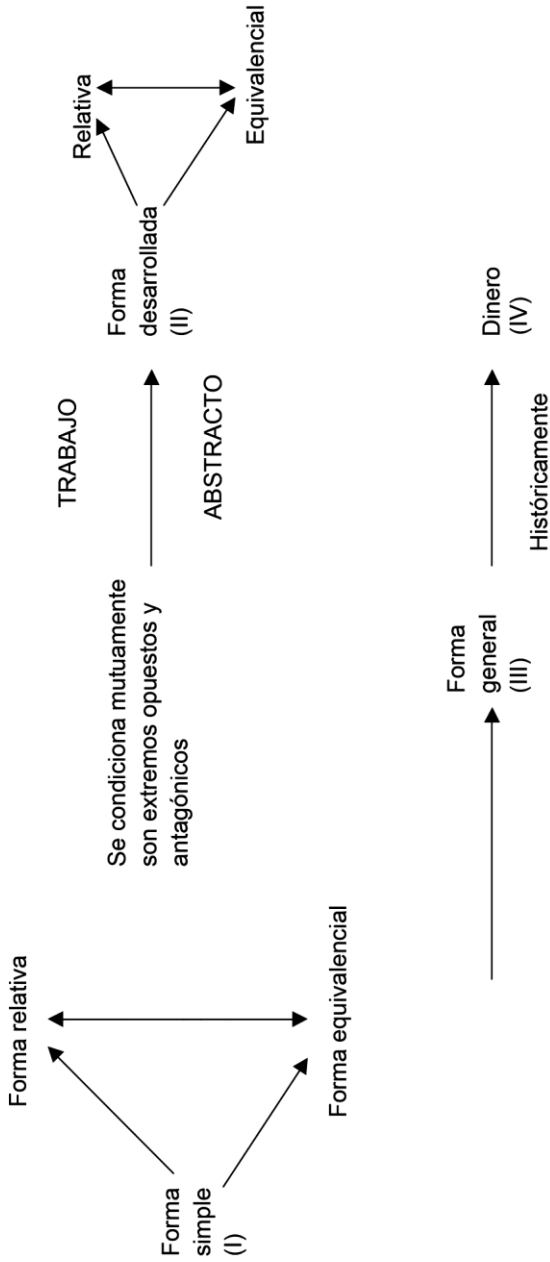
nen la posibilidad abstracta de las más complejas: el germen de la forma dinero se encierra en la forma simple. La forma IV es reducible a la forma I (ver diagrama 7). ¿Por qué ese camino de génesis histórica? Se trata de una génesis depurada, a la manera de Engels y Zeleny.

3. Dialéctica y movimiento

Evidentemente, el lenguaje dialéctico está presente en el primer capítulo de *El capital*. ¿Esto implica —como algunos han planteado— una reminiscencia hegeliana en el lenguaje de Marx? ¿Pudo este primer capítulo ser escrito de una forma distinta, como establece Olmedo? Pensamos que sigue vigente el problema de cómo en este primer capítulo el movimiento logra ser captado, y el problema de si es indiferente para esta captación la contradicción dialéctica.

El problema epistemológico de la captación del movimiento del objeto, de la descongelación del análisis, lo vemos íntimamente relacionado, desde un punto de vista metodológico, a lo que hemos llamado la “posibilidad abstracta”. La posibilidad abstracta es la definición de la posibilidad de qué situaciones más concretas se originen a partir de las propias determinaciones que expresa la categoría analizada; es abstracta porque su concreción depende de más determinaciones. La posibilidad abstracta se especifica en un campo de posibilidades abstractas, es decir, un espacio dentro del cual las determinaciones del concepto (expresión de aspectos de lo real) se pueden “mover”. Además, para la captación del movimiento no bastaría el especificar espacios, sino que los límites de estos tendrían que estar definidos por aspectos del concepto que implicasen el predominio de uno de estos aspectos (Diagrama 6).

Creemos que como forma de pensar la realidad que engarza con una concepción del mundo “más que con una teoría sobre la realidad sujeta a verificación en sentido restringido”, lo que da la posibilidad de captar espacios abstractos de posibilidades (espacios que estarían definidos precisamente por límites proporcionados por los términos de la contradicción) es lo dialéctico. Por ejemplo, en la



Históricamente cuando el intercambio deja de ser eventual.

Diagrama 5. La posibilidad abstracta de la contradicción externa mercantil.

contradicción implícita de la mercancía, el espacio de posibilidades abstractas está definido por el predominio del valor de uso o del valor, espacio que comprendería todas las infinitas combinaciones comprendidas entre estas dos situaciones límite.

En el camino de lo abstracto a lo concreto, los conceptos más abstractos delimitan espacios de posibilidades abstractas, y en el avance hacia lo concreto en el pensamiento, los espacios definidos por las categorías se articulan, y también lo hacen sus propias contradicciones, definiendo así espacios concretos de posibilidades, que siempre dejan campos a la acción de los sujetos.

En el primer capítulo de *El capital* se articulan operaciones lógicas diversas, como se ha visto en la exposición del propio capítulo, algunas de las cuales no corresponden a la lógica formal.

Pero el problema de la dialéctica no aparece fundamentalmente como problema lógico (Hegel), sino como problema sustantivo (Gramsci). Es decir, el problema de la contradicción dialéctica en *El capital* no es principalmente la negación del principio de no contradicción, sino la contradicción sustantiva. Los términos de esta contradicción no se deducen lógicamente —como ser y no ser—, sino que se descubren en la realidad concreta.

De esta manera, el valor de uso se contrapone al valor, pero no es simplemente como su contrario lógico abstracto, sino como su contrario sustantivo; el valor de uso no es el “no valor de cambio”, y asimismo, el valor no es el “no valor de uso” lógico. Ambos contrarios se presuponen en la mercancía, y dependiendo de las condiciones, puede predominar la cara del valor de uso o la cara del valor. De esta forma, los aspectos contradictorios no pueden deducirse de la lógica, sino descubrirse en la propia realidad.

A la pregunta ¿qué es la mercancía?, la contradicción puramente lógica dialéctica solo podría contestar con la incertidumbre; la mercancía sería algo y “no algo”, y nunca se podría saber si nos encontramos ante ella. En cambio, en la contradicción sustantiva, la incertidumbre desaparece, la mercancía es valor y valor de uso, no puede existir el uno sin el otro, y ambos —en tanto aspectos contradictorios sustantivos— pueden estudiarse relativamente aislados uno del otro.

Es posible un análisis del valor de uso y su articulación posterior con el valor; asimismo, el valor en el tratamiento de Marx no siempre se liga explícitamente al valor de uso en el análisis, aunque este sea siempre un presupuesto latente. De esta forma es posible medir el valor sin confundirlo con el valor de uso, y es posible también captar la calidad “valor de uso”, sin que interfiera en el análisis el “valor”.

Así, lo acientífico de la dialéctica de la que habla Coletti, al negar el principio de no contradicción, es un falso problema para la dialéctica materialista. Desde el punto de vista de la lógica del principio de no contradicción, es evidente que no puede afirmarse nada de un objeto que ahora es y no es (aunque sea principio lógico del movimiento). Sin embargo, si cambiamos de plano a uno más concreto, podemos decir que si el principio del movimiento implica la transformación del objeto, también implica la permanencia de rasgos que permiten hablar de regularidades y de leyes que presionan, por lo cual no se desemboca en lo puramente contingente. Este principio de lo regular, que no hay que identificar necesariamente con lo universal, permite que las mutaciones del objeto se produzcan en el espacio de lo posible, enmarcado por las determinaciones más abstractas, salvo que el cambio sea de tal calidad, que trastoque las determinaciones más simples del objeto. Pero, en última instancia, la destrucción de la estructura también tendría que estar contenida en el propio espacio abstracto y concreto de posibilidades. De esta forma, el objeto real se transforma, y la imagen conceptual del mismo debería cambiar; pero en la lógica del concreto-abstracto-concreto la mutación conceptual puede implicar mutación en las determinaciones a niveles diversos de abstracción, y en cambio, continuar la vigencia de categorías abstractas y sus consiguientes espacios de posibilidades de transformación del objeto, dentro de los cuales estarán comprendidos los cambios más concretos.

Pensamos que la dialéctica, en el primer capítulo de *El capital*, presenta una función primordial que especifica la captación del movimiento: la de servir de hilo conductor a las etapas reconstructivas; hilo que está íntimamente relacionado con los espacios articulados que se van definiendo en el avance del abstracto hacia el concreto.

Adicionalmente al problema de la dialéctica, en *El capital* se constata que la reconstrucción teórica procede por etapas delimitadas por conceptos. Además, lo histórico aparece como ilustración del desarrollo lógico, como ejemplo hipotético y como génesis histórica. A pesar de lo anterior, lo histórico se vuelve “difuso” en este capítulo, lo cual no niega su pertinencia.

Fórmulas de las formas del valor

Forma I: x de A = y de B

Forma II: x de A = y de B = z de C = w de D =

Forma III: x de A
y de B
z de C
w de D } = a de F

Forma IV: = 2 onzas de oro

Bibliografía

- Coletti, L (1978) *La Cuestión de Stalin y otros escritos*. Barcelona, Editorial Anagrama.
- Echeverría, Bolívar (1979) “Comentarios sobre el Punto de Partida de El Capital”. *El Capital: teoría, estructura y método, México*, Ediciones de Cultura Popular.
- Olmedo, Raúl (1980) *El Antimétodo: introducción a la filosofía marxista*. México, Editorial Joaquín Mortiz.
- Rosdolsky, Roman (1978) *Génesis y estructura de El capital de Marx*. México, Siglo XXI Editores.
- Zemelman, Hugo (1982) *Proyecto de indicadores para el desarrollo*. México, El Colegio de México-Mimeo.

Apéndice 2

El método en *El 18 Brumario* de Marx (la configuración como articulación de hechos históricos) y en dos tácticas de la socialdemocracia de Lenin (la configuración como articulación entre conceptos teóricos de diversas virtualidades)

El 18 Brumario

En *El 18 Brumario*, Marx aborda un problema muy diferente al de *El Capital*. Esta obra nos sirve, primero, para ver cómo principios epistemo-metodológicos marxistas adquieren forma diferente dependiendo del objeto de estudio (de un objeto estructural en *El Capital*, a otro propio de una coyuntura política). Sin embargo, estos principios más abstractos están presentes en ambos, sin constituir una metodología en el sentido positivista. Segundo, en *El 18 Brumario*, los sujetos que intervienen son más concretos que las clases sociales en *El Capital*; además de las clases, aparecen otros grupos sociales como el ejército, el clero, o bien, fracciones de clase de la burguesía industrial, financiera.

El objetivo del texto es explicar el golpe de Estado del 2 de diciembre de 1851 por Luis Napoleón Bonaparte. La forma como se

reconstruye la configuración de configuraciones o totalidad concreta es, primero, ubicando la coyuntura que desemboca en dicho golpe de Estado, en la articulación de dos procesos históricos: la ola descendente de la revolución burguesa a partir de la derrota de la Revolución francesa, y la imbricación de dos revoluciones, la burguesa inconclusa y la naciente ola proletaria, que se prolongará con la Comuna de París, la Revolución rusa de 1905, y que culminará con la Revolución de octubre de 1917. Lo anterior no significa que por efecto de estas oleadas en articulación se produce lo concreto como un golpe de Estado; este será síntesis de más determinantes, como veremos.

La reconstrucción de la configuración implica —en otro nivel— la articulación de otros dos procesos históricos más concretos, el proceso político, definido sobre todo por los conflictos entre clases, fracciones de clase y otras categorías sociales y los cambios en sus relaciones de fuerza y alianzas, y el ciclo económico de auge y crisis. Sin embargo, el análisis de Marx está lejano de cualquier economismo —el ciclo económico influye, como veremos, pero no es la explicación principal del proceso que llevó al golpe de Estado—.

Es decir, el proceso de reconstrucción de la configuración en *El 18 Brumario* no sigue una línea principalmente económica, sino política. El proceso de lo abstracto a lo concreto, propio de un objeto como el de *El Capital*, en este caso es de un hecho histórico que funge como punto de partida a la coyuntura, que es la revolución iniciada el 2 de febrero de 1848. Es punto de partida porque en esta revolución se manifestaron las contradicciones que estarán presentes en todo el período —hasta el 2 de diciembre de 1851—, así como las fuerzas políticas que intervinieron, en especial, la entrada del proletariado en la escena de la historia. La periodización juega un papel primordial en esa reconstrucción, pero el criterio principal para la definición del fin de un período y el inicio de otro, es el cambio en la correlación de fuerzas políticas que implica un cambio de direccionalidad de todo el proceso y la cancelación de otras potencialidades.

El análisis de las relaciones de fuerzas implica un nivel estructural que remite —finalmente— al concepto de clase social, en particular, a la burguesía y pequeña burguesía, y al proletariado, sin olvidar a los campesinos. Sin embargo, los conceptos de clases son comple-

mentados con los de otras categorías que sin ser clases representaron fuerzas políticas diferenciadas, como el ejército, la iglesia, la burocracia del Estado. Habría que anotar que las clases que intervienen, así como otras fuerzas políticas, no son deducidas de un marco teórico —por ejemplo, las del modo de producción capitalista—, sino construidas en el análisis concreto de la coyuntura. Además, los atributos de una clase, por ejemplo, el campesinado, no son solo los de un campesinado en abstracto, sino los del francés de mediados del siglo XIX. Es decir, lo abstracto de las clases en el capitalismo está presente, pero estos conceptos tienen que volverse más concretos, síntesis de más determinaciones en la sociedad francesa de mediados del siglo XIX.

Marx hace aparecer lo económico de dos maneras principales: como lo económico coyuntural, representado por un período de auge comercial e industrial hasta abril de 1851, y otra de crisis, hasta octubre de 1851. Pero estos movimientos cíclicos de la economía no permiten explicar por ellos solos el golpe de Estado; para alcanzar la explicación, Marx hace intervenir al Estado y su autonomía relativa, a la relación entre clases y representaciones políticas, al ejército, a lo ideológico, que no siempre corresponde al desarrollo material, etétera.¹ La inserción de las clases sociales dentro de determinadas relaciones económicas las potencia a ser aliadas o enemigas, sin que esto baste, tampoco, para explicar el comportamiento coyuntural de dichas clases.

Como plantea Engels en el prólogo, las luchas históricas son expresión de la lucha de clases, y están condicionadas por el grado de desarrollo de la situación económica. No obstante, el elemento fundamental de la explicación son las clases sociales y las categorías en

¹ En abril de 1851 se desata la crisis comercial general: el campo languidecía, la desocupación aumentaba, paraban las fábricas, condiciones por las que la burguesía clamaba por un gobierno fuerte. Esto, aunado a las contradicciones acumuladas desde el periodo anterior (tales como las conraindicaciones entre clases y representaciones políticas), provocaron el multifraccionamiento del partido del orden. La burguesía clamaba porque cesaran las pugnas con el presidente, pero el partido del orden seguía enfrascado en dicha pugna.

lucha. La acción de estas clases no se sustenta en el aire (a pesar de intervenir múltiples factores políticos e ideológicos), sino que Marx (1956) explica cuáles son las condiciones materiales —no solo económicas— de existencia de las clases y categorías sociales que permiten entender sus comportamientos más allá de lo coyuntural.

Lo que separaba a los legitimistas de los orleanistas, no eran solo pugnas ideológicas, sino la *contradicción entre la renta de la tierra y el capital*; asimismo, los intereses generales de orleanistas y legitimistas los hacía monárquicos, temerosos del socavamiento que significaba la República, en cuanto a su base social, al tener que enfrentarse —sin la mediación de la corona— con los dominados.

“Los campesinos parcelarios forman una masa inmensa, cuyos individuos viven en idéntica situación, pero sin que entre ellos existan muchas relaciones. Su modo de producción los aísla unos de otros, en vez de establecer relaciones mutuas entre ellos... En la medida en que millones de familias viven bajo condiciones económicas de existencia que las distinguen por su modo de vivir, sus intereses y su cultura, de otras clases, y las oponen a estas de un modo hostil, aquellas forman una clase. Por cuanto existe entre los campesinos parcelarios una articulación puramente local y la identidad de sus intereses no engendra entre ellos ninguna comunidad, ninguna unidad nacional, ninguna organización política, no forman una clase”.

Marx considera la burocracia como una de las bases de la autonomía relativa del Estado, con su numeroso personal sometido al Ejecutivo. El Estado vigila y regula a la sociedad civil, y ha generado una gran centralización; además, su entrelazamiento con el interés material y político de la burguesía lo impele a aumentar la represión que conlleva al aumento de sus recursos y poder.

El proletariado. Este se dejó guiar por la pequeña burguesía, ante el interés momentáneo (además, la derrota de junio lo imposibilitaría a tomar la iniciativa por muchos años).

La pequeña burguesía. Los pequeños burgueses vieron en peligro sus intereses después de las jornadas de junio, y puestas en tela de juicio las garantías democráticas que habían de asegurarle la posibilidad de hacer valer aquellos intereses. Pero el demócrata, como representante de la pequeña burguesía, es decir, de una clase en tran-

sición en la que confluyen los intereses de dos clases, cree estar por encima de los antagonismos de clase, en general. La pequeña burguesía cree que las condiciones especiales de su emancipación son las condiciones generales, fuera de las cuales no puede ser salvada la sociedad moderna y evitarse la lucha de clases.

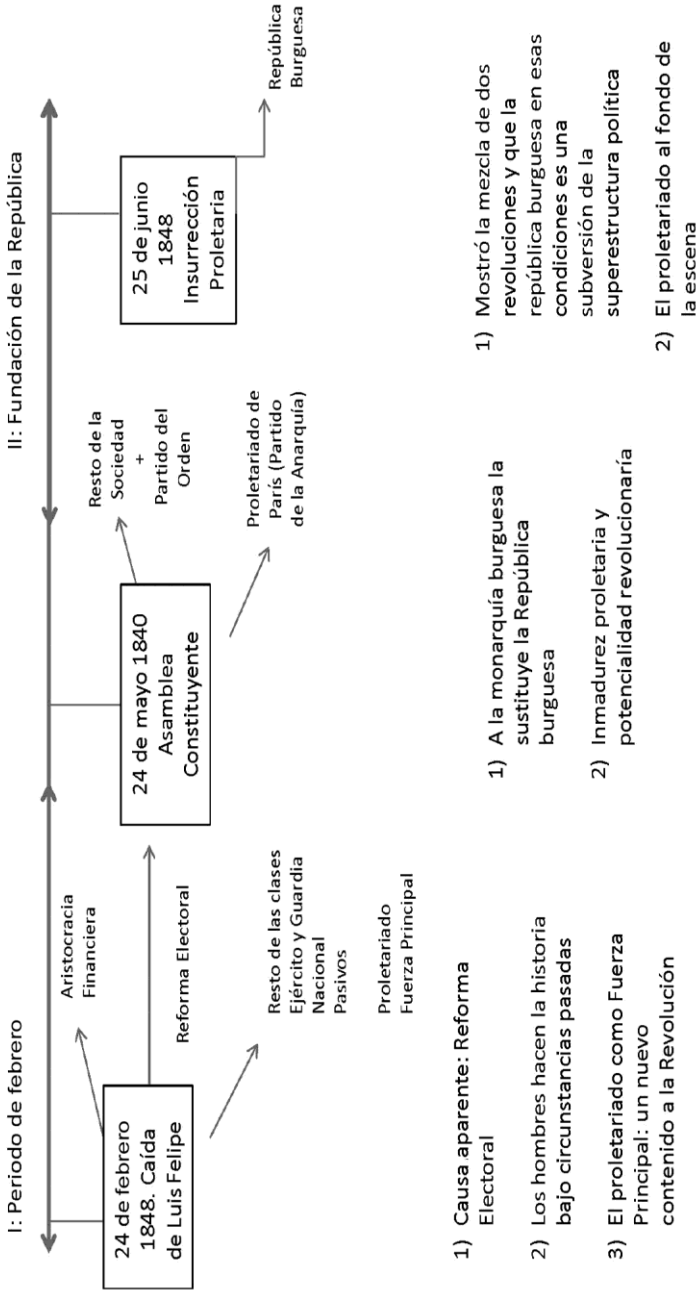
De las diversas coyunturas analizadas por Marx en *El dieciocho Brumario*, se infiere que si bien la contradicción de las clases a nivel estructural se encuentra permanentemente presente (por ejemplo, capital-trabajo, capital-renta de la tierra), y de alguna manera se manifiesta en las luchas y alianzas entre dichas clases, no basta para explicar aquellas, puesto que diversos factores superestructurales que intervienen pueden volverse sobredeterminantes. Además, estos factores superestructurales no son tan solo un reflejo mecánico de la situación material, como es el caso de la ideología campesina ligada al recuerdo napoleónico, la cual ya no correspondía a las condiciones materiales de la nueva parcela, pero sí a las de la vieja.

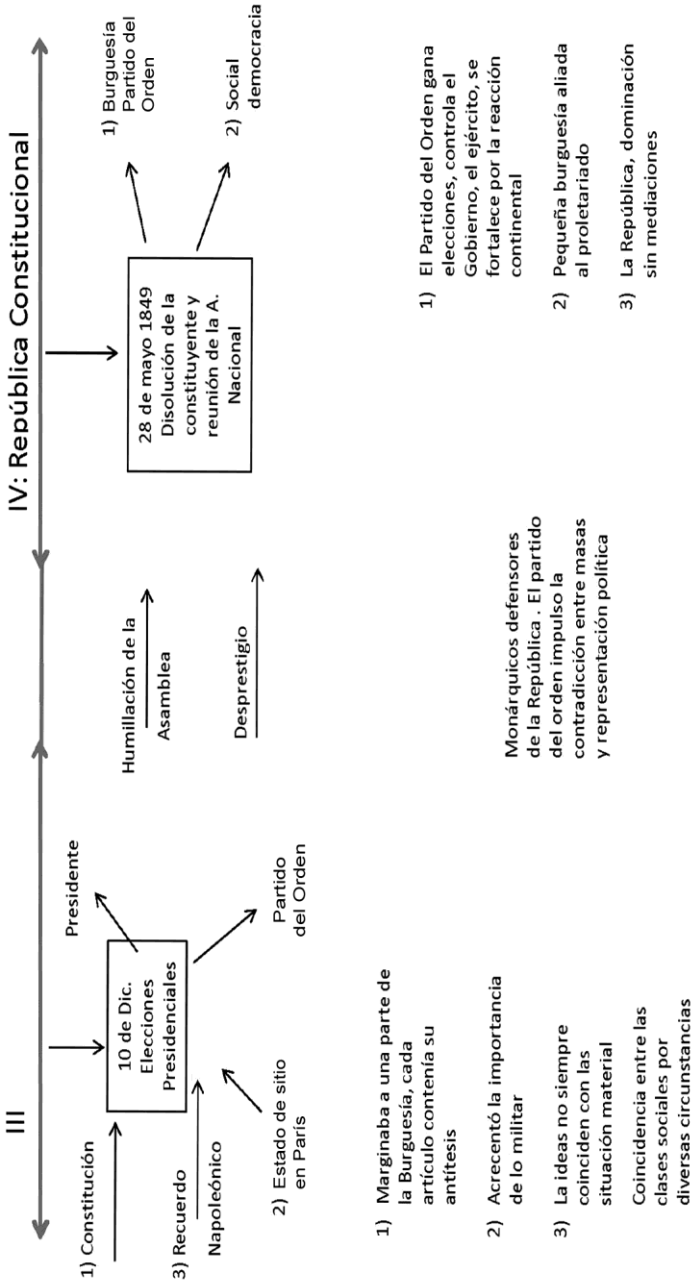
La definición de las alianzas de clases en las diversas fases del período se convierte —en *El dieciocho Brumario*— en el elemento fundamental para entender los cambios en las correlaciones de fuerzas. De esta manera Marx describe cómo en febrero de 1848, el proletariado dirige la rebelión en contra de la monarquía, aliado a la pequeña burguesía; pero a partir del 4 de mayo de 1848, el proletariado se tiene que enfrentar a todas las otras clases de la sociedad francesa. Después del 28 de mayo de 1849, el proletariado y la pequeña burguesía vuelven a ser aliados. Cuando la pequeña burguesía es derrotada, la contradicción principal se establece entre el partido del orden y el Ejecutivo; pero cuando la socialdemocracia gana terreno en las elecciones de marzo de 1850, se reconcilian el partido del orden y el presidente. Para mayo de 1850, se enfrentan con la Asamblea Bonaparte, el lumpen y el ejército. El 11 de abril de 1851, al revisarse la constitución para permitir la reelección de Bonaparte, se enfrentan el presidente y los republicanos puros, en tanto que el partido del orden se mantiene en el centro de la disputa.

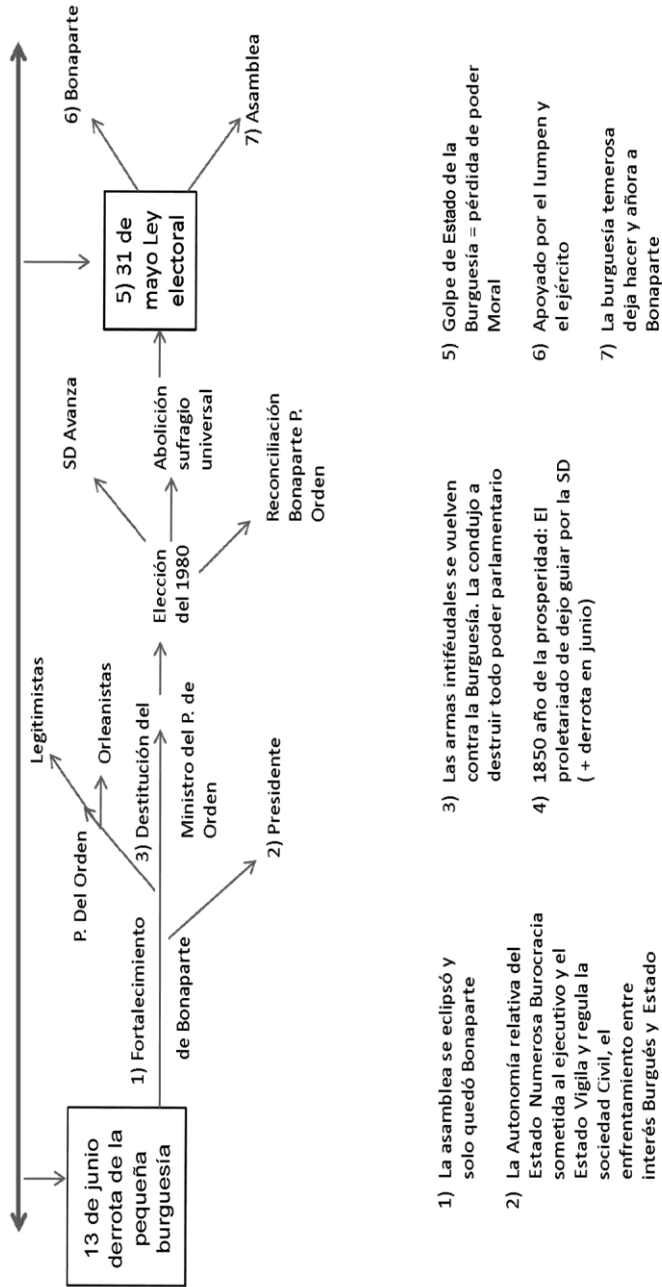
Decíamos que la línea de reconstrucción principal es la histórica, enmarcada en períodos, definidos por los cambios en correlaciones de fuerzas. Sin embargo, en sentido vertical, la exposición de aconte-

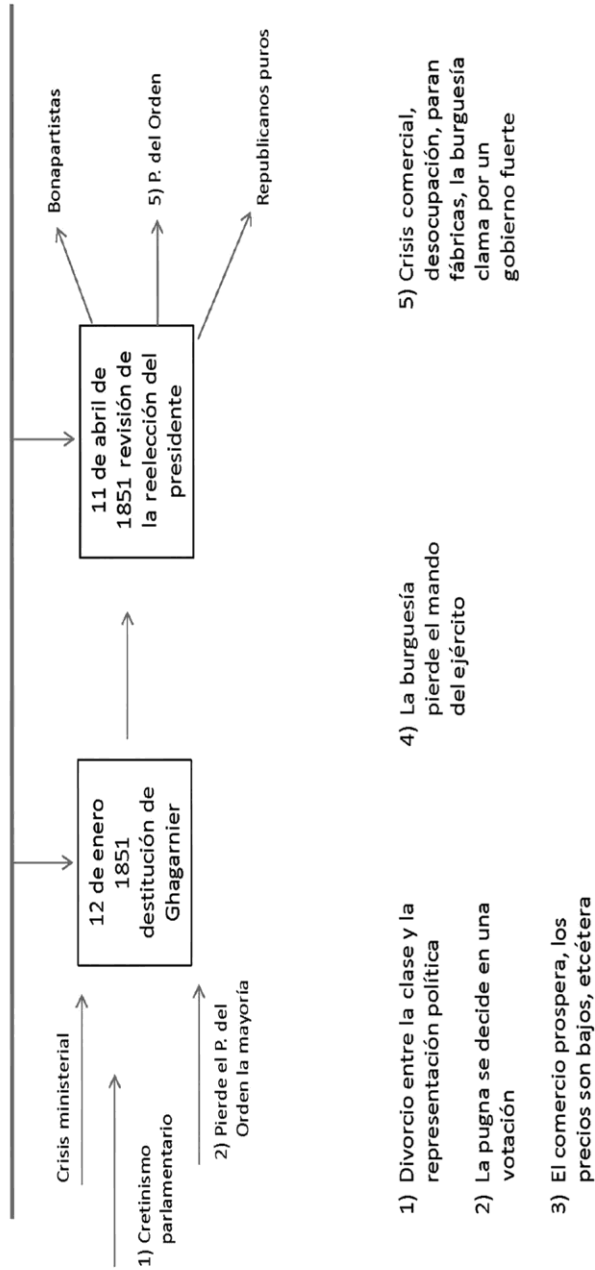
cimientos históricos articulados en una descripción articulada de hechos, se apuntala por la relación con conceptos teóricos, en la medida en que estos son necesarios, aunque no siguen, como en *El Capital*, una línea teórica equiparable a la histórica. Así, muy diversos conceptos son puestos en juego no a partir de un marco teórico como los de dominación, legitimidad, campesino, burocracia, Estado, capital industrial, financiero, iglesia, ejército, pequeña burguesía. Insistimos en que no hay un marco teórico, a diferencia de supuestos metateóricos como el que los hombres hacen la historia, en condiciones que no escogieron. Metodológicamente no se sigue el hipotético deductivo, no solo porque la realidad puede cambiar sus legalidades, sino porque el arribo a lo concreto implica la introducción de aspectos cada vez más específicos al objeto, imposibles de contemplar en cualquier marco teórico general. La reconstrucción histórica culmina con otro hecho, el golpe del 2 de diciembre de 1851, y a la vez, con la construcción de un nuevo concepto, el de bonapartismo.

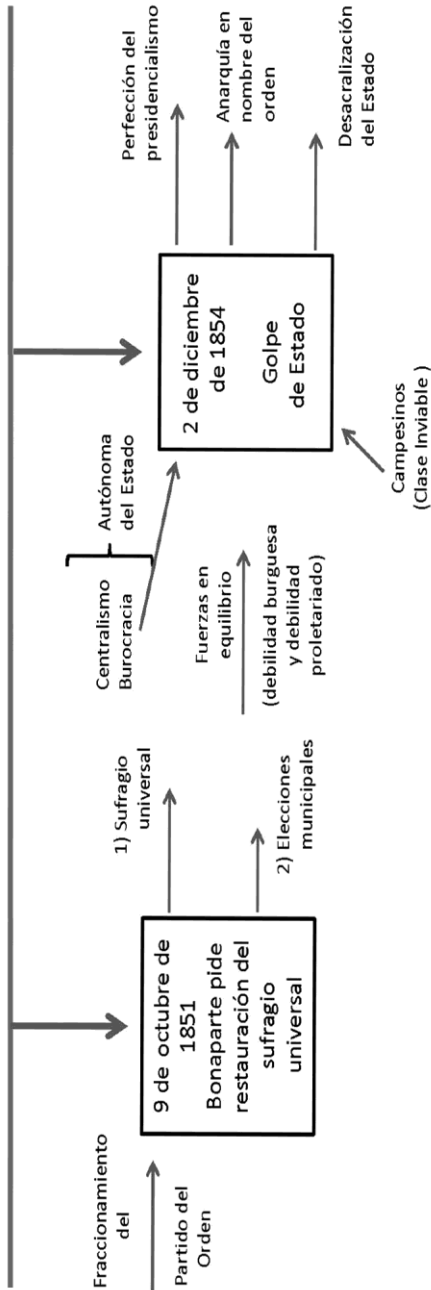
Entrando en detalle, como puede en el esquema I, el 24 de febrero del 1848 la revolución depuso como rey de Francia a Luis Felipe de la casa de Orleans, que había llegado al poder al caer el último de los Borbones —Luis XVIII— en 1832. Esta revolución triunfante contrapuso a dos fuerzas políticas principales; por un lado, la aristocracia financiera, y por el otro, el resto de las clases sociales, con la pasividad del ejército y la Guardia Nacional. Por primera vez en la historia el proletariado, dicha revolución apareció como fuerza principal, lo cual le dará un nuevo contenido respecto a las de 1789 y de 1832. El período de febrero termina el 24 de mayo de 1840 con la conformación de la Asamblea Constituyente, con la que se inicia un nuevo período, el de la fundación de la República, en el que el proletariado (partido de la anarquía) se enfrenta ahora a todas las otras fuerzas políticas de la sociedad, dirigidas por el Partido del Orden; este período y el asilamiento proletario, muestran la inmadurez del proletariado para dirigir a la sociedad, y al mismo tiempo, sus potencialidades futuras. El 25 de junio de 1848 el proletariado de París se insurrecciona y es derrotado, suceso que al, decir de Marx, muestra la mezcla de dos revoluciones: la burguesa y la naciente proletaria. La derrota conduce al proletariado “al fondo de la escena de la historia” duran-











1) 355 vs 348 votos

2) Empate, se mostró que nadie tenía la mayoría

1) Bonaparte representaba al campesino conservador e indirectamente a la burguesía, influyó la tradición napoleónica. El Estado por encima de las clases. Equilibrio entre estas

te el resto del período. En estas condiciones se promulgó la nueva Constitución, plagada de contradicciones; cada artículo contenía su antítesis, acentuaba la importancia de lo militar, pero marginaba a una parte de la burguesía.; prueba, dice Marx, de que las ideas no siempre coinciden con la situación material, y las coincidencias entre las clases pueden darse por circunstancias diversas y particulares. Lo anterior enmarca un nuevo subperíodo, caracterizado por la humillación de la Asamblea y su desprestigio; la contradicción principal es ahora entre el Partido del Orden y el flamante presidente de la República, Luis Napoleón Bonaparte. En su nombramiento, dice Marx, contó mucho el campesinado, y en este, el recuerdo (la memoria histórica) de que fue Napoleón I, tío de Luis Napoleón, el creador del campesino parcelario francés, a partir del reparto de los latifundios feudales. En esta lucha entre el presidente y el Partido del Orden, se dan paradojas tales como monárquicos defensores de la República y un partido conservador del orden atizando las contradicciones entre la masa del pueblo y las representaciones políticas. El 28 de mayo de 1849 se disuelve la Asamblea Constituyente y se reúne la Asamblea Nacional. El proceso nuevamente da un giro, y ahora la contradicción principal es entre la burguesía —dirigida por el Partido del Orden— y la socialdemocracia de la pequeña burguesía, apoyada por el proletariado. El Partido del Orden gana las elecciones, controla al gobierno y al ejército, en consonancia con el fortalecimiento de la reacción en Europa, luego de la derrota continental de la revolución de 1848. El 13 de junio es derrotada la pequeña burguesía, que se traduce en el fortalecimiento de Bonaparte, la Asamblea se eclipsa, lo que muestra, para Marx, la autonomía relativa del Estado con respecto a las clases económicamente dominantes. En esta autonomía participa la numerosa burocracia del Estado —sometida a la voluntad de Bonaparte—, que permitió que el Estado se erigiera en vigilante y regulador de la sociedad civil. Así, se agudizaban las contradicciones entre los intereses burgueses y los de dicho Estado. El resultado, decíamos, es el fortalecimiento de Bonaparte, reflejado en la destitución del ministro proveniente del Partido del Orden, expresión de la fragmentación de dicho partido en orleanistas (apoyaban el retorno de la casa de Orleans) y legitimistas (apoyaban a los Borbones). En la elección de

1850 avanza la socialdemocracia, aunque queda abolido el sufragio universal, y se produce una reconciliación entre Napoleón y el Partido del Orden, frente a la amenaza de los primeros. Se trata de un año de prosperidad, hay auge económico, el proletariado se dejó guiar por la socialdemocracia, y no ofreció mayor resistencia a la disminución de sus derechos políticos. El 31 de mayo de ese año se emite una nueva ley electoral que enfrenta a Napoleón con la Asamblea. Se da un golpe de Estado parlamentario de la burguesía, que mina su poder moral frente al pueblo. Este golpe es apoyado por el ejército y el lumpenproletariado, pero la burguesía —temerosa del proletariado— deja hacer a Bonaparte. Lo anterior se traduce en una crisis ministerial, a raíz de la cual el Partido del Orden pierde la mayoría en la Asamblea, en la que se da el cretinismo parlamentario: enfrascarse los diputados en grandes polémicas por cuestiones nimias. Se produce, dice Marx, un divorcio entre clases y representaciones políticas, y la burguesía pierde el mando del ejército; todo esto en condiciones de prosperidad económica. El 11 de abril se da en el parlamento la revisión de la reelección del presidente, que lo divide entre bonapartistas, Partido del Orden y republicanos puros, que coincide con una crisis comercial: aumenta la desocupación, paran las fábricas, la burguesía clama por un gobierno fuerte frente al temor al proletariado. El 9 de octubre se restablece el sufragio universal y hay elecciones municipales. En la votación en el congreso, las fuerzas estaban prácticamente empatadas, nadie tenía la mayoría. Es decir, las fuerzas políticas estaban en equilibrio, con debilidad tanto de la burguesía como del proletariado, con el control de Bonaparte sobre la numerosa burocracia, y un Estado que mostraba cada vez más su autonomía relativa con respecto de las clases económicamente más poderosas. En esas condiciones, el 2 de diciembre de 1854 Napoleón da un golpe de Estado, y se erige en nuevo emperador como Napoleón III; además de la burocracia, lo apoyaron el campesinado conservador y el lumpenproletariado —corrompido por el gobierno, e indirectamente, por la burguesía—. Nuevamente, desde el punto de vista cultural e ideológico, influyó el recuerdo napoleónico de las glorias de Francia. Este golpe perfeccionó el presidencialismo, desacralizó al Estado y estableció la anarquía en nombre del orden; es decir, inauguró un régimen político de nuevo

cuño, el bonapartismo, resultado del equilibrio entre las clases fundamentales que permitieron que una figura como Napoleón se erigiera, aparentemente, por encima de ellas.

Entre la configuración con énfasis teórica, pero también histórica, de *El Capital*, y la eminentemente histórica, con implicaciones teóricas, de *El 18 Brumario*, hay principios epistemo-metodológicos en común:

- 1) En ambas se trata de una reconstrucción de configuraciones, y no la prueba de hipótesis del hipotético deductivo.
- 2) En las dos se articulan lo histórico y lo teórico, aunque con mayor énfasis de lo histórico en *El 18 Brumario*. En este, además, se articulan procesos de diversas temporalidades: lo político, lo económico y lo cultural.
- 3) En ambos se da el proceso de reconstrucción por etapas; en *El Capital*, estas están enmarcadas por conceptos (de los más abstractos a los más concretos); en *El 18 Brumario*, por hechos históricos que implican cambios en relaciones de fuerzas políticas.
- 4) En los dos tiene un papel importante la contradicción; en *El Capital*, al interior de los propios conceptos; en *El 18 Brumario*, entre clases sociales y fuerzas políticas.
- 5) En estos dos casos, la reconstrucción teórica e histórica —en *El Capital*, de la mercancía a las clases sociales (en el tercer volumen), y en *El 18 Brumario*, de la coyuntura histórica con reflexiones teóricas de febrero de 1848 al 2 de diciembre de 1851— es una reconstrucción de la totalidad como configuración de configuraciones, con contenidos diferenciados, dependiendo del objeto.
- 6) En ambas reconstrucciones de la totalidad juegan los datos, sean empíricos o históricos, siempre subordinados a la propia reconstrucción, de tal forma que al no seguir el camino de las hipótesis, no hay —propriadamente— el dato que verifica, sino múltiples “verificaciones parciales” —o apoyos empíricos— de lo que es más importante, la reconstrucción, sea de teoría o de una coyuntura política.

2. Aspectos Metodológicos en *Dos tácticas de la socialdemocracia en la revolución democrática*

Este trabajo de Lenin presenta algunas particularidades que es necesario señalar:

- a) Se trata de un análisis de coyuntura (para la situación revolucionaria de Rusia en 1905), aunque los elementos estructurales están siempre presentes, y por tanto, aspectos de la táctica desarrollados en este trabajo rebasan su marco coyuntural.
- b) Más que referirse Lenin al estudio de un concreto real con cierto grado de desarrollo, se trata de un problema de potencialidades de transformación del mismo, en la que el papel activo del elemento subjetivo juega un papel muy importante en cuanto a las posibilidades de su realización.

En este análisis no se trata de llegar a la reconstrucción teórica de un concreto real que exprese la lógica específica de dicho concreto, sino que esa reconstrucción teórica corresponde a la táctica concreta que el partido proletario debería seguir —en Rusia de 1905— para contribuir con su acción a la reconstrucción del concreto real.

Para este trabajo, Lenin parte de los resultados de sus investigaciones anteriores acerca de la realidad rusa, de conclusiones como la del predominio de las relaciones capitalistas de producción en el Imperio zarista (análisis desarrollado por Lenin en su polémica con los populistas, principalmente en *¿Quiénes son los amigos del pueblo y cómo luchan contra los socialdemócratas?*, *La crítica del populismo en el libro del señor Struve* y *El desarrollo del capitalismo en Rusia*).

Así como en *El capital* la reconstrucción implica conceptos teóricos y arribar a categorías cada vez más concretas, y en *El dieciocho Brumario* a hechos históricos que marcan virajes en el rumbo de la revolución, en *Dos tácticas...*, Lenin maneja diversos núcleos potenciadores articulados, en los que avanza de uno a otro para culminar con la definición de un espacio de acción para la voluntad política organizada.

Algunos de dichos núcleos son los siguientes:

Las contradicciones en la base económica

“La marcha del desarrollo social” en Rusia, analizada por Lenin desde sus obras de juventud, muestra el predominio de las relaciones capitalistas de producción en el Imperio zarista. Sin embargo, la contradicción capital-trabajo no ha alcanzado todavía un grado de extensión que ponga a la orden del día la aplicación del programa máximo leninista. Dice Lenin que “las transformaciones socioeconómicas que se han convertido en una necesidad para Rusia, lejos de implicar el socavamiento del capitalismo, desbrozarán el terreno para el desarrollo vasto y rápido de este”. En otras palabras, la limitada extensión de la contradicción capital-trabajo no puede cumplir, en las condiciones de Rusia de 1905, el papel del núcleo explicativo originario, aunque contribuye a fijar los límites de la acción transformadora de los trabajadores al visualizar, a partir de ella, el carácter de la contradicción principal en el futuro posterior a la revolución democrática. El partido no puede, por un lado, plantearse tareas que no pueda cumplir, ni por otro, hipotecar —en aras de la táctica inmediata— el futuro de la revolución socialista.

Las contradicciones entre la base y la superestructura

De las explicaciones de Lenin puede inferirse que el desarrollo de la base económica en Rusia se veía frenado por una superestructura atrasada, con importantes restos feudales; que la contradicción entre base y superestructura había llegado a niveles tales de tensión, que las transformaciones que se avecinaban eran altamente probables, aunque el curso final de esta dependería de las fuerzas políticas.

A esta contradicción (núcleo explicativo originario) le corresponden dos soluciones abstractas posibles (“toda la infinita gama de soluciones intermedias se puede reducir a estas dos”): continuación de la autocracia con una transacción entre la burguesía y el zarismo, o bien, la victoria sobre el zarismo.

A esta conclusión arriba Lenin, a partir del análisis de las fuerzas sociales en pugna, y no simplemente de las contradicciones entre base y superestructura: 1) lógicamente, aunque la burguesía se

encuentra interesada en la revolución, la cual desbrozará el camino del capitalismo de trabas feudales, su temor al proletariado la vuelve inconsecuente con las tareas de la revolución democrática. La burguesía requiere de “cierta dosis” de zarismo para continuar imponiendo su dominación. Por lo anterior, la burguesía buscará la transacción con el zarismo; 2) históricamente, en ocasiones semejantes a la rusa, la burguesía ha traicionado la revolución democrática, por ejemplo, en Alemania en 1848. En este último punto cabe hacer una anotación importante, *en este trabajo de Lenin, el papel de la génesis histórica en la reconstrucción del concreto en el pensamiento lo ocupa, en cierta medida, la comparación histórica.*

Por otra parte, aunque Lenin subordina los alcances de la revolución democrática a los marcos burgueses de la misma, concede una gran importancia al elemento subjetivo, en cuanto al desenlace específico de los acontecimientos. En la dialéctica de la necesidad de la revolución burguesa, hay para Lenin las dos posibles soluciones que se anotan más arriba: “El desenlace de los acontecimientos dependerá del papel que juegue el proletariado en cuanto a dirigir o no el proceso.” En esta dialéctica de la necesidad y la posibilidad, el Partido Proletario juega un papel: “...la cuestión es si sabremos enseñar algo a la revolución, si sabremos imprimirle un sello proletario... El conseguirlo depende, por una parte, del acierto con que valoremos la situación política, de que sean justas nuestras consignas tácticas, y por otro lado, que dichas consignas estén respaldadas por las fuerzas combativas reales de las masas obreras”. En este sentido, Lenin recalca la necesidad de las consignas concretas que mueven a la acción y critica lo abstracto de las consignas mencheviques, que solo conducen a la contemplación pasiva: “Esto divide a la socialdemocracia ahora en un ala racionalizadora y otra combativa.”

El escoger el Partido Proletario la vía de la victoria sobre el zarismo, no significa que dicha vía sea la más probable, sino que siendo ella posible “puesto que las tendencias para la victoria existen”, es la más directa hacia la revolución socialista, la menos dolorosa, y donde el proletariado más aprende. Por esto, el camino de la victoria sobre el zarismo debe ser el centro de la educación y la organización del proletariado.

La insurrección

La solución proletaria de la contradicción principal requiere del derrocamiento del zarismo por medio de la insurrección, porque: 1) lógicamente, todas las cuestiones importantes del poder político se resuelven por la fuerza, puesto que las clases dominantes no se dejan arrebatar el poder pacíficamente; 2) históricamente, no se puede esperar que el zarismo sea neutral; es de esperarse una fuerte oposición por parte de este.

Las fuerzas motrices y las alianzas

Las fuerzas sociales que pueden participar en el derrocamiento del zarismo son: 1) el proletariado, porque —lógicamente— se verá beneficiado en sus capacidades organizativas por la libertad política que se establezca; porque desde el punto de vista de los principios debe buscar la libertad, y porque la revolución democrática puede ser el primer escalón de la revolución socialista; 2) los campesinos, por estar sinceramente interesados en que se elimine la gran propiedad territorial; además, al constituir la mayor parte de la población, se verán beneficiados por la democracia; 3) la burguesía, a la que le conviene la revolución democrática, aunque de una manera inconsecuente. Sin embargo, es de esperarse que su mayoría se pase al zarismo, por lo que las fuerzas motrices quedan reducidas al “pueblo”: obreros y campesinos (Diagrama 1).

La fuerza contraria estará constituida por la burocracia, la corte, la policía, los funcionarios, el ejército y la aristocracia.

Las posibles alianzas presentan las siguientes contradicciones (pretender que no se presenten tales contradicciones sería propio del pensamiento metafísico): 1) la revolución democrática, no obstante ser una revolución burguesa, servirá al proletariado; 2) la marcha del proletariado aliado a la burguesía, no significa eliminar las contradicciones entre ellos: la futura revolución socialista impone la independencia del Partido Proletario respecto a la burguesía; 3) contradicción entre las fuerzas sociales interesadas en la revolución y el zarismo; 4) contradicciones entre la burguesa republicana y los

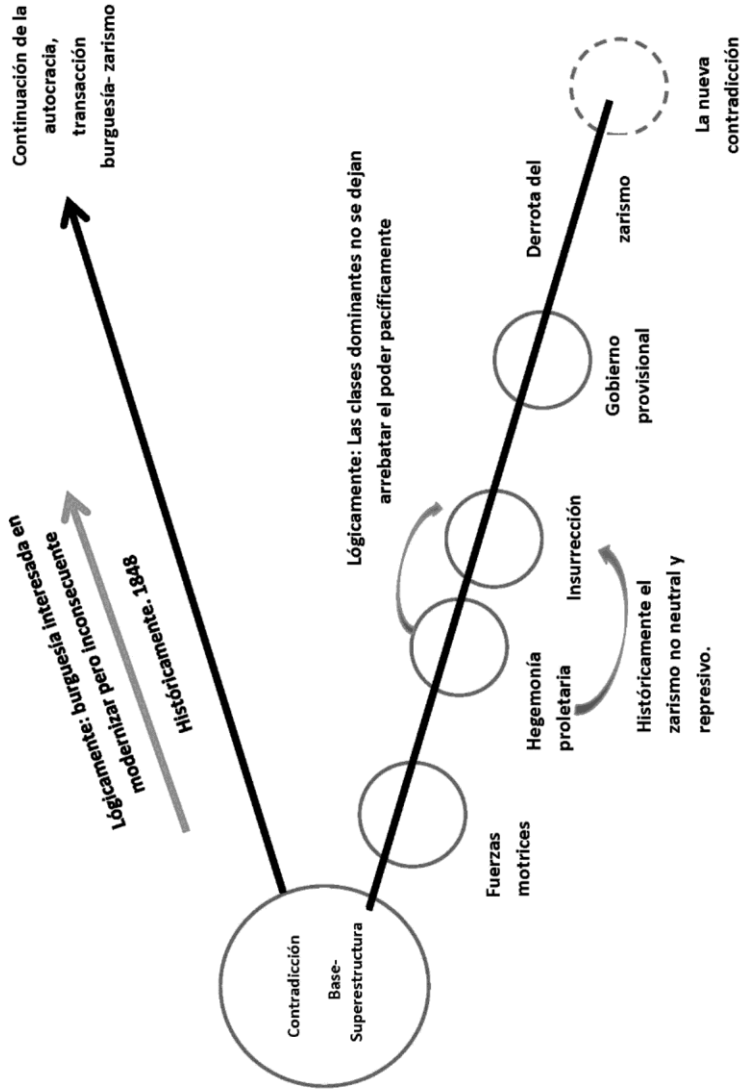


Diagrama 1. Soluciones polares en la coyuntura.

obreros y campesinos; 5) contradicciones entre los obreros y los campesinos.

La dirección de la revolución: la hegemonía proletaria

No obstante ser una revolución burguesa, la dirección de la misma no corresponde necesariamente a la burguesía. Por la inconsecuencia de esta burguesía, solo bajo la dirección proletaria la revolución burguesa será llevada hasta sus últimas consecuencias: “Los diversos elementos de las revoluciones se superponen muchas veces, la revolución socialista tendrá que resolver también tareas democráticas”.

El gobierno provisional revolucionario

Constituye la solución proletaria a la contradicción principal en la coyuntura: lógicamente, Lenin arriba a la necesidad del gobierno provisional como paso siguiente al triunfo de la insurrección, puesto que se requiere de un poder que preserve las conquistas de la revolución, aplastando los intentos contrarrevolucionarios, que favorezca los intereses de los obreros y campesinos. En este gobierno provisional se presentan también aspectos contradictorios: por una parte, servirá a la burguesía al eliminar las trabas feudales, pero a la vez, servirá al proletariado al implantar la libertad política, que facilitará la propaganda y organización del mismo; eliminará las trabas feudales, repartirá la tierra y elevará el nivel de vida; será una “dictadura democrática”.

El proletariado deberá participar en ese gobierno porque 1) solo con su participación se podrán preservar las conquistas de la revolución; 2) históricamente, desde la derrota de la Comuna de París, la socialdemocracia se ha acostumbrado a la defensa y no al ataque. Al cambiar las condiciones, se hace posible la acción desde arriba (desde el gobierno). Históricamente, la socialdemocracia internacional se ha planteado ser el partido de la oposición extrema, pero cuando cambiaron las condiciones, esa táctica general dejó de ser válida, resultando legítimo plantearse actuar desde arriba. Seguir siendo el partido de

la oposición extrema es una fórmula general correcta, positiva para las condiciones de la democracia burguesa y la lucha defensiva: en periodos revolucionarios, los contrarios se convierten en su antítesis.

La táctica de luchar por un gobierno provisional revolucionario sintetiza todas las otras determinaciones, y hace las veces del concreto pensado (“esta consigna del gobierno provisional revolucionario define las alianzas, el carácter de la dictadura democrática y el método de construir”).

La nueva contradicción principal: transformación de la revolución democrática en socialista.

La constitución del gobierno provisional revolucionario dejará aflorar a plenitud la contradicción burguesía-proletariado, la cual solo será solucionada con la revolución socialista. El escaso desarrollo del objeto revolución socialista, impide que se puedan precisar las condiciones de dicha revolución.¹

Por tratarse en *Dos tácticas...* la reconstrucción de un *objeto virtual*, sería imposible pensar en la génesis histórica estricta del mismo, de modo que el papel de lo histórico se ve disminuido y reducido a dos dimensiones principales: 1) lo histórico como analogía histórica de procesos que se dieron en condiciones semejantes, y 2) lo histórico como las potencialidades históricas del objeto insuficientemente maduro, pero que en su pasado contiene aspectos que abren espacios a las soluciones objetivas.

Por otro lado, como en los estudios anteriores, en *Dos tácticas...* se da la reconstrucción en un avance marcado por estadios, que aquí están delimitados por categorías teóricas, y por lo que hemos llamado núcleos potenciadores, como por ejemplo, las contradicciones base superestructura, etcétera. De cualquier forma, la táctica llega a definirse cuando se arriba a la consigna de gobierno provisional revolucionario, la cual sintetiza toda la construcción.

¹ V. I. Lenin, *Dos tácticas...* “Resulta superfluo especular acerca de las tareas cuando se llegue al socialismo, puesto que de esto no se pueden decir sino generalidades.”

Creemos haber demostrado que en objetos de estudios diversos, como fueron los de *El capital* (“las leyes de movimiento del modo de producción capitalista”), *El dieciocho Brumario* (“el proceso que culmina en el golpe de Estado del 2 de diciembre”) y *Dos tácticas de lo socialdemocracia...* (“la táctica partidaria en la revolución de 1905”), lo estructural (lo lógico o teórico) y lo histórico ocupan un lugar importante e imprescindible en el método marxista.

Sin embargo, a pesar de haberse arribado en los tres estudios a la construcción de una categoría (clase social, bonapartismo y gobierno provisional revolucionario, respectivamente) el peso de lo estructural y de lo histórico es diverso, dependiendo del objeto de estudio.

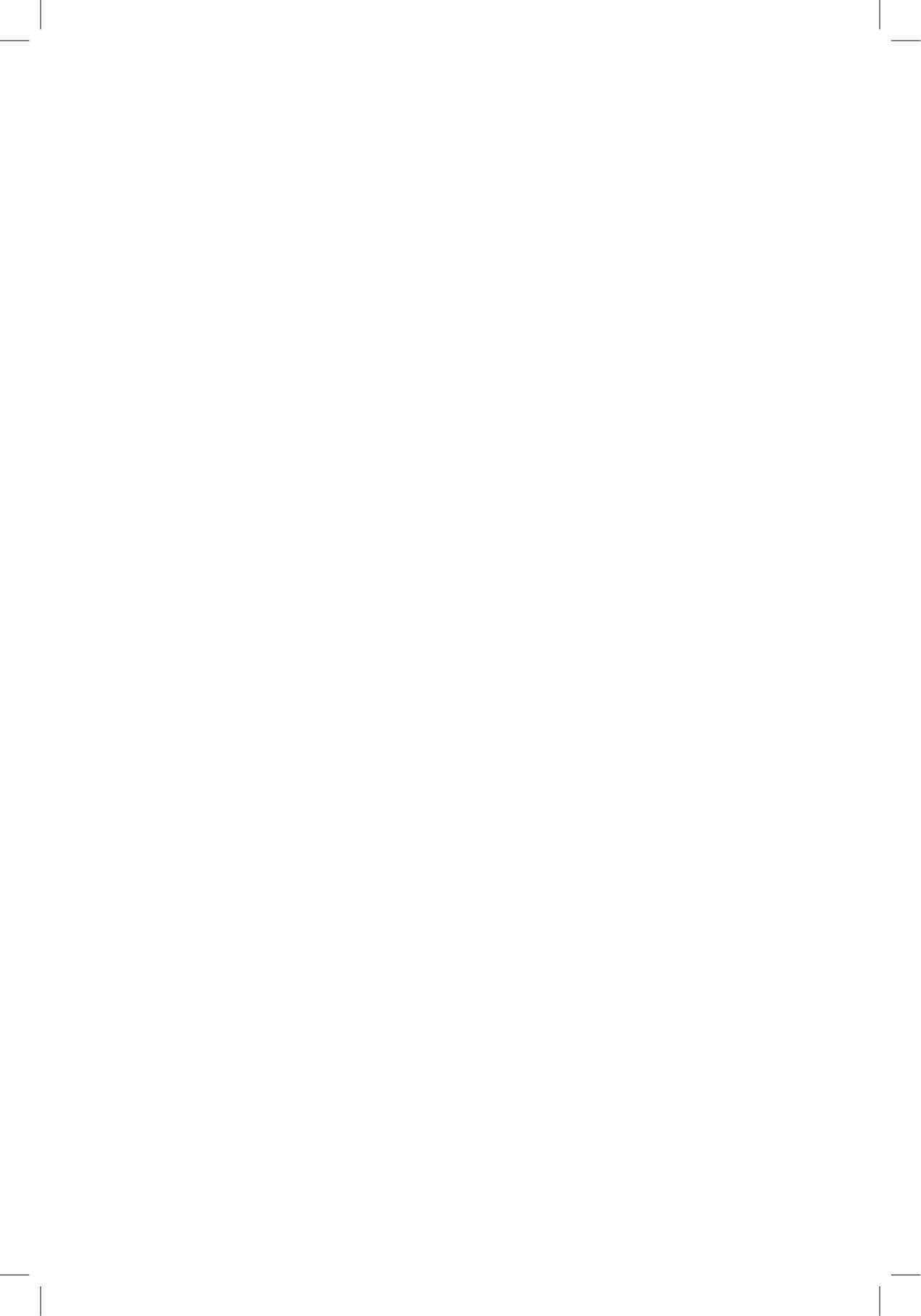
En el primer y tercer caso, el peso de lo teórico fue mucho mayor que en el segundo; en el primero, por tratarse de un estudio al nivel de abstracción del modo de producción capitalista, que aunque incluye la superestructura, pone el énfasis en los elementos más constantes de dicho modo de producción; en el tercero, por tratarse de un estudio de potencialidades históricas donde el objeto estaba por construirse en la realidad. En el segundo caso era de esperarse el mayor *énfasis* en lo histórico, dadas las características de un estudio de corto tiempo con acento especial en la superestructura.

La diferencia en peso de lo estructural en las reconstrucciones, sigue dos líneas principales:

- 1) El paso de lo abstracto a lo concreto, que en *El método de la economía política* implica estadios reconstructivos estructurales, en otros casos se ve radicalmente modificado. En el segundo, los estadios son hechos históricos, y en el tercero, no se puede hablar de estadios categoriales como en *El Capital*, sino de núcleos potenciadores generales.
- 2) Respecto al peso de lo histórico o de lo estructural en el establecimiento de dichos estadios, en el caso de *El Capital* es evidente la preferencia por la génesis estructural. En *El 18 Brumario* ese peso disminuye notablemente. Aunque las categorías teóricas siguen cumpliendo el papel general ordenador, ya no es con base en ellas como se establece el hilo conductor para ir arribando —en la reconstrucción— de un período a otro. En el

tercer caso, como habíamos anotado, lo histórico, por las particularidades del objeto, se ve disminuido al máximo, al grado de no poder hablar propiamente de la génesis histórica de categorías virtuales, sino solo de su probable existencia objetiva potencial, a partir de procesos anteriores. De cualquier forma, resulta notable el hecho de que por caminos diversos, siempre se arriba a una categoría, síntesis de múltiples determinaciones, con cuya reconstrucción se alcanza la explicación o la predicción. Lo anterior nos lleva a plantear la conjetura de que en el marxismo, el elemento metodológico central y constante es la noción de totalidad, como también, que explicar (o las potencialidades) es reconstruir (o construir) la totalidad como síntesis de múltiples determinaciones, y que en dicha reconstrucción, “dependiendo del objeto”, lo estructural o lo histórico tendrán pesos diversos; sin embargo, de cualquier forma, explicar es descubrir la lógica específica del objeto específico, y no la subsunción del caso particular en alguna ley general.

Pensamos que las ideas anteriores nos obligan a negar la posibilidad de un método marxista en general, con posibilidades de formalizarse a la manera del método hipotético-deductivo, así como también, a considerar erróneo el tratar de extraer de *El Capital* un método general ya listo para aplicarse en cualquier situación. Posiblemente más que un método, en el sentido en que el positivismo lo entiende, debería hablarse de criterios epistemo-metodológico-ontológicos y de grados diversos de generalidad; probablemente, entre los más generales se encontrarían el de la totalidad y el de la estadización (entendido como el establecimiento de estadios —en la reconstrucción— que marcan avances en la concretización), ya como periodos históricos, ya como etapas reconstructivas teóricas.



Capítulo IV

La descripción articulada

I. Positivismo y marxismo

En el pasado, mucho se escribió respecto al método de Marx (en el capítulo anterior, hemos visto que más que de un método habría que hablar de criterios metodológicos); sin embargo, en pocas ocasiones estas disquisiciones han rebasado el nivel epistemológico. Dicha circunstancia se torna grave para el que se inscribe en la perspectiva marxista, pues este atraso relativo de la metodología marxista con respecto a la metodología tradicional, representa muchos decenios de investigación social que se ha desarrollado desde puntos de vista alternativos al de Marx. Esta situación no es gratuita, ni depende únicamente de la falta de reflexión de los marxistas acerca de problemas actuales del método, sino que se inscribió —probablemente— en un período histórico de predominio positivista, que tiene detrás necesidades materiales en el nivel de la producción material. Dicho predominio del positivismo y la imbricación estrecha que a finales del siglo pasado se dio entre ciencia y producción, conformó un modelo de ciencia que se volvió dominante, del que no escaparon, posteriormente, las economías de los socialismos reales .

La ciencia se vuelve tecnología y se subordina a las necesidades de la producción capitalista, como necesidad de previsión de la rentabilidad del capital; esta necesidad solo puede llevarse a su última expresión racionalizando “todos” los aspectos del proceso de producción, desde los relacionados con los principios fisicoquímicos del proceso de trabajo, hasta los que conciernen a los hombres como productores. De aquí se deriva un imperativo para la ciencia: el de tener la capacidad de cuantificar y formalizar sus proposiciones, con miras a la predicción de la ganancia.

Por otra parte, desde la constitución de la Segunda Internacional, el movimiento obrero se debatió entre la disyuntiva de la espontaneidad y la de la dirección consciente; sin embargo, la versión de dirección consciente que predominó fue la del partido o del Estado, que suplantaba la creatividad de las masas. Esta expropiación habría tratado de fundarse en la constitución del marxismo en una doctrina sistemática depositada en los aparatos (partidos o Estado), capaz de predecir el futuro comportamiento de los sujetos, así como en una teoría de la acción en la que la conciencia antecede a la práctica.

En esta larga coyuntura no fueron pocos los casos de aproximación entre teoría marxista y metodología positivista, especialmente cuando el problema fue definido como el de la correspondencia entre teoría y realidad empírica. El complejo problema de la praxis en el marxismo, se vio reducido al de la verificación positivista; el problema del conocimiento, como problema práctico, ha sido reducido a otro de corte académico. El surgimiento del marxismo de universidad y del profesor marxista, no fue mera coincidencia.

Lo que muchas veces se olvida es que los diversos paradigmas presuponen cierta coherencia entre supuestos *metateóricos* sobre el conocimiento, la realidad y metodología. En este sentido, la concepción que se tenga de la realidad influye sobre la propuesta de conocimiento.

En sus orígenes, el positivismo se presentó como una reacción ante el viejo idealismo y la metafísica. Sin embargo, el de Comte derivó en una nueva religión, pues las condiciones materiales no estaban maduras para su conformación en filosofía de la ciencia dominante. Se tendría que esperar a finales del siglo antepasado, cuando

la realidad material (la producción que exige a la ciencia una forma de proceder y el propio desarrollo de las ciencias naturales) permitió una forma de reflexión menos especulativa que la de Comte. Así, el *empiriocriticismo* representó un gran salto adelante en el positivismo; en ese momento, la batalla contra la metafísica estaba ya ganada, y la potencia de las ciencias naturales permitió un terreno seguro de reflexión.

A principios del siglo XX se da la discusión entre el positivismo y el historicismo-fenomenología, llamada la “disputa de los métodos”, que en parte trata el papel del sujeto en el conocimiento científico. El marxismo permanece al margen de esta polémica, hasta los años veinte, cuando surge el marxismo occidental con la obra de Lukács. La anterior era la época del predominio del pensamiento de Kautsky —en la socialdemocracia internacional— y de su concepción positivizante del marxismo, que empieza a echar raíz, continuando con el estalinismo en la U.R.S.S.

Finalmente, el resultado de esa polémica fue favorable al positivismo, no obstante que siempre subsistieron corrientes marginales no marxistas que lo combatieron (fenomenología, existencialismo, etnometodología, interaccionismo simbólico, etcétera). La pregunta que está en el centro de este debate es cómo la presencia —en los procesos sociales— de sujetos dotados de voluntad impone variaciones al resultado de los procesos sociales.

En el marxismo, el problema del sujeto no se abordó con propiedad en su corriente dominante —a diferencia del marxismo occidental iniciado por Lukács, Korsch, la Escuela de Frankfurt y Gramsci—, ni se reflexionó si detrás de la potencia positivista de pensar la ciencia había una concepción estática y desubjetivada de la realidad, y si esta era compatible con un marxismo cuya preocupación original había sido la revolución. Lo que pensamos es que el marxismo de Marx, su concepción de la realidad, implica tres aspectos que lo distancian del positivismo:

- a) La concepción de la realidad como *realidad en movimiento*, en donde movimiento significa transformación de la realidad y de sus propias legalidades; si se quiere, transformación de la

realidad no solo en lo empírico, sino en niveles diversos. Esta idea no niega la posibilidad de la ley, sino que la desabsolutiza, la *historiza*, al negarle validez universal. Además, la vuelve en ley de tendencia que supone el concurso de los sujetos.

- b) La idea de Marx de la realidad en movimiento se articula con la concepción acerca del viejo problema de la relación entre esencia y apariencia. En este sentido la apariencia, lo superficial, deja de ser estricta apariencia y se transforma en un nivel más de realidad. Asimismo, la esencia deja de ser homogénea y se transforma en la noción de “niveles de realidad”, lo cual abre la posibilidad de conocimiento de estos niveles, a través de formas legaliformes, cuya historicidad no será homogénea, sin dejar fuera la intervención de los sujetos voluntarios. En otras palabras, la realidad se transforma siempre, aunque en diferentes niveles de realidad; y al cambiar un nivel, si se quisiera dar cuenta del mismo, tendrían que transformarse los conocimientos que pretenden dar cuenta de dicha realidad.¹
- c) Finalmente, hay una concepción de la realidad en Marx que lo distancia del positivismo, en cuanto a asignar un papel activo a los sujetos sociales. En este contexto, papel activo significa que los sujetos no aparecen como marionetas en manos de las leyes objetivas, sino como participantes efectivos en el desenlace de los procesos. Aquí tampoco cabe el voluntarismo (es decir, la ausencia de leyes objetivas, aunque estas son simples tendencias); los sujetos sociales pueden proponerse objetivos viables o no, y ser subjetivamente capaces de lograrlos o no. Así, la realidad histórica aparece como articulación entre esa subjetividad y lo objetivo que marca límites a los proyectos viables de los sujetos. En esta medida, el futuro no aparece predeterminado unívocamente, ni el papel de la ciencia sería el de la predicción, como lo entiende el positivismo, sino el de

¹ El cambio de la realidad puede implicar la transformación de la teoría, en cuanto al contenido conceptual, al de las relaciones entre conceptos, sus jerarquías, así como la necesaria inclusión de niveles conceptuales cada vez más específicos al objeto.

la acotación de los cauces dentro de los cuáles los sujetos pueden accionar con viabilidad. De este modo, la historia aparece como secuencia de coyunturas, en articulaciones sujeto-objeto redefiniendo rumbos. También podríamos agregar que el campo de lo objetivo es el de lo potencial, que no habría que identificar con lo “probable” de la visión positivista.²

Si la totalidad metodológica implica articulación, pensamos que la noción de articulación debe ser aclarada. En una primera instancia, podemos pensar en articulación reconstructiva —o de la totalidad—, en el sentido del método de la economía política de Marx, es decir, *como articulación de niveles conceptuales de abstracción*, “es el famoso camino de lo abstracto a lo concreto en el pensamiento” en donde el paso de lo abstracto a lo concreto, conceptualmente hablando, significaría pasar de una menor a una mayor complejidad del concepto, en cuanto a las determinantes del mismo.³ Pero realmente, la distinción entre abstracto y concreto es más sustantiva, pues hace referencia a niveles de especificidad y determinación histórica diversa; un concepto, por ejemplo, puede hacer referencia a cuestiones más fundamentales que otro, o tener más o menos vigencia histórica, e implicar una mayor o menor complejidad en cuanto a su contenido.

En Marx, el camino de lo abstracto a lo concreto —en el pensamiento— resulta un camino de inclusividades sucesivas, en donde los conceptos más concretos implican a los más abstractos, y solo cobran sentido en función de estos, resultando más complejos que los segundos.

² Lo probable positivista aparece como lo no determinístico, por desconocerse sus leyes determinísticas. Por ejemplo, el resultado de lanzar una moneda es probabilístico, porque las leyes de fricción, velocidad inicial que le imprime el dedo a la moneda, fuerza del lanzamiento, no son conocidas; si lo fuesen, sería un proceso determinístico

³ Por aspectos determinantes no solo habría que entender las relaciones causales, sino también aquellas que en forma mediada y blanda (metáfora, analogía, etcétera) especifican al concepto.

Pero articulación o totalidad en el tratamiento de Marx también puede ser entendida de otra manera: como articulación entre lo lógico y lo histórico. Por lógico creemos que es posible entender dos cuestiones principales: las funciones del pensamiento (deducción, inducción, las formas del razonamiento cotidiano), y lo lógico como el uso reconstructivo de la teoría acumulada. En términos generales, decíamos que la perspectiva reconstructiva, en oposición a la deductiva, implica el cuestionamiento de la teoría acumulada. Si pensamos en la teoría como un cuerpo articulado de leyes y de conceptos, las transformaciones de la teoría pueden provenir del cambio de leyes y conceptos de diversos niveles de abstracción. Estos cambios podrán ser el de la relación entre los conceptos en una ley, el del contenido conceptual, o bien, el de la jerarquía del concepto o la ley en la nueva totalidad (cuando aquí utilizamos la categoría de reconstrucción, hemos querido incluir también la posibilidad de la reafirmación de antiguas legalidades y conceptos, al pasar la prueba de la nueva reconstrucción), pero también, la transformación de relaciones blandas —de tipo conceptual— en duras, y a la inversa, o la asimilación de conceptos de otras teorías o términos del lenguaje común.

La nueva introducción de lo histórico en la totalidad marxista, puede tener las siguientes implicaciones: 1) Lo histórico entendido como hechos históricos no teorizados, sino reconocidos en la reconstrucción, que impiden que esta se extienda infinitamente en todas direcciones; 2) lo histórico como ejemplo histórico de aspectos teóricos; 3) lo histórico como origen histórico —en la realidad— de las situaciones que se refieren a los conceptos construidos (hay que aclarar que no siempre la secuencia histórica corresponde a la aparición lógica de los conceptos en la reconstrucción), y 4) lo histórico como empírico.⁴ Este último punto amerita una explicación más amplia.

El concepto de empiria y su importancia en el conocimiento científico, han sido ampliamente reflexionados en las perspectivas no marxistas. La visión contemplativa del conocimiento permitió poner en el centro del problema la correspondencia entre teoría y realidad (o lo

⁴ La metodología tradicional entiende por empírico lo observable.

empírico). En perspectivas como el positivismo, desde el momento en que se ve la realidad como sujeta a leyes universales, sin haber un papel para el sujeto, el problema del conocimiento de esa realidad no es función de la práctica transformadora de dicha realidad, sino de la contemplación verificativa del funcionamiento de la misma, a través de los sentidos. En esta versión, lo empírico es lo captable a través de los sentidos, y el dato empírico es —en última instancia— un “dato sensorial”, aunque siempre vinculado con el concepto. En una concepción activa de la realidad y del conocimiento, el problema de lo empírico queda subordinado al de la práctica, práctica que implica, ciertamente, la intervención de lo empírico —aunque no se reduce a ello— desde el momento en que los sujetos forman parte de la misma práctica, no como simples receptores, sino como modificantes de su entorno, incluyendo lo empírico. Sin embargo, el mundo de lo empírico representa un nivel de realidad, o mejor dicho, diversos niveles de realidad (que no corresponde al concepto marxista de lo concreto, aunque lo concreto implique lo empírico), que se transforma con la propia historia; al cambiar lo concreto, cambiará lo concreto empírico. El problema de lo empírico puede complicarse si consideramos que la propia sensación nunca es “pura”, pues siempre está “contaminada” de conceptos (giro lingüístico), y de esta manera, las formas de “ver” el mundo a través de los sentidos, también adquieren un sentido histórico, despojándose del sentido absoluto que el empirismo les ha querido imbuir.

Bajo estas consideraciones, lo empírico aparece —necesariamente— como un nivel (es) de realidad que siempre es construido por el sujeto de manera consciente o no, bajo consideraciones culturales implícitas o consideraciones teóricas explícitas. Además, el problema que se plantea en esta articulación entre teoría y empiria, es el de sus posibles conexiones, considerando que entre concepto teórico y empírico hay una distinción entre niveles de abstracción, y que normalmente sus articulaciones no pueden ser resueltas sino que por vía de una reconstrucción particular, bajo los supuestos generales que hemos esbozado.

Una tercera versión de *totalidades* es la articulación entre *procesos de temporalidades diferentes* (por temporalidades debe entender-

se ritmos de cambios diversos por niveles de la realidad), lo cual abre la posibilidad de la aparición coyuntural de nuevas determinaciones en el proceso global, cuyas jerarquías no se avizoraban al inicio de la reconstrucción. Por ejemplo, hablando del ámbito económico, este puede aceptar tratamiento a diferentes niveles de abstracción (estructural-coyuntural), aunque los ritmos de cambio de cada nivel pueden ser muy diferentes.

Lo anterior nos lleva a una *cuarta acepción de totalidad*, como articulación entre espacios de lo social, economía, política, cultura, etcétera, donde cada uno de ellos puede implicar conceptos de diversos niveles de abstracción, relaciones particulares entre el concepto y la historia, y procesos con ritmos de cambio diferentes. Finalmente, totalidad aparece como articulación que rebasa el solo nivel del pensamiento, e implica articulación *entre construcción de conocimiento y praxis de los sujetos sociales*. En esta medida, las leyes marxistas y los propios conceptos son “leyes de tendencia” o virtuales, que no solo expresan niveles de abstracción y la posibilidad de contratendencias, sino, específicamente, la necesaria intervención de los sujetos en el funcionamiento y cambio de las legalidades, que por otro lado tendrían que reflejar los espacios para la acción, y no el determinismo unívoco de los procesos. Solo desde esta perspectiva puede pensarse que metodología y sociología del conocimiento pueden formar parte de un todo, sin caer en el relativismo cognoscitivo. El conocimiento no solo depende del entorno social, con lo que pierde carácter absoluto, sino que el entorno social depende también de la compleja relación sujeto-acción-objeto. Con ello, el marxismo se aleja del positivismo, pero también del subjetivismo. Una parte de esta subjetividad es evidentemente el conocimiento, pero el eje articulador no es el pensamiento, sino la acción.

En suma, la totalidad aparece como articulación compleja dependiente del objeto abordado, objeto en reconstrucción conceptual y real. Pueden señalarse como ejemplos de objetos diversos los siguientes: en *El Capital* predomina el contenido de *la articulación* como niveles conceptuales de abstracción, aunque por supuesto, aparecen otras formas de articulación. En *El 18 Brumario* la totalidad toma la forma de articulación, principalmente entre procesos po-

líticos; en el *Desarrollo del capitalismo en Rusia*, se presenta como ámbitos articulados de la realidad, explorando sus potencialidades para la acción de los sujetos. Es decir, dependiendo del objeto, la *totalidad* podrá tomar formas diversas, conservándose los principios con respecto a la realidad y al conocimiento que lo distinguen del positivismo.

2. El problema del tiempo presente

Panzieri decía que el marxismo es, en primer lugar, una sociología, y decir esto es poner énfasis en las relaciones sociales, que aunque cosificadas, tienen detrás hombres actuantes; sin embargo, además de una sociología, el marxismo sería —para este autor— una ciencia política, específicamente, una *ciencia de la revolución*, y el campo de la revolución no puede ser sino el del *tiempo presente*, aunque sea como simple potencialidad abstracta. Los problemas del tiempo presente imponen retos metodológicos al marxismo que no pueden ser abordados como simples problemas de predicción, en el sentido tradicional.

El problema de la revolución en el tiempo presente⁵ podría ser abordado como la definición del espacio en donde los sujetos sociales (actuantes o potenciales) podrían moverse en el sentido de llegar a conformar una *voluntad* y una *acción colectiva autónomas*. En esta versión la táctica no es la simple operacionalización de la estrategia, puesto que su definición implica la problematización de ella, y la respuesta a la pregunta de si una clase puede emprender el camino de su autonomía —o no— en la coyuntura, sin presuponer que algún día tendría que cumplir con una misión histórica determinada. Así, en una visión totalizante de los sujetos sociales, las *potencialidades abstractas* tienen que ser especificadas en *potencialidades concretas* que implican una reconstrucción de la relación sujeto-objeto en la coyuntura.

⁵ Como articulación entre coyuntura, estructura y sujeto.

En un problema del tiempo presente la reconstrucción se complica, porque se trataría —más que de reconstruir teoría— de construir *potencialidades* en la realidad, y esto no puede ser un problema puramente teórico. A diferencia de un problema clásico de explicación, en el tiempo presente el objeto no existe sino embrionariamente, y por tanto, su construcción será *virtual*, o sea, más en el sentido potencial que como existencia en el presente. Desde el punto de vista lógico, la reconstrucción puede ser emprendida como articulación entre categorías virtuales o de *niveles diversos de virtualidad*, desde las más actuales a las más virtuales, tratando de definir un espacio de acción: es la *posibilidad objetiva de Lenin*.

En cuanto al problema de la potencialidad de la coyuntura, en el marxismo podemos encontrar dos categorías metodológicas que dan cuenta de niveles de abstracción diversos. Primero, la de *posibilidad abstracta*, por ejemplo, las potencialidades que en el modo de producción capitalista abren la contradicción capital trabajo. Segundo, la potencialidad concreta (la realidad puede ser pensada por *niveles de potencialidad* que irían desde una potencialidad abstracta a lo que podríamos llamar una *potencialidad concreta*), semejante a lo que Lenin llamaría una posibilidad objetiva. Pero posibilidad objetiva y potencialidad concreta se diferencian en que la segunda no solo implica la consideración de los elementos estructurales de la coyuntura, sino también de los subjetivos, y los parámetros para la acción dependen de ambos.

Una construcción virtual del sujeto en el tiempo presente presupone un asentamiento firme en el movimiento de la estructura y de la subjetividad de la clase. En este basamento —si bien es punto de partida— no culmina la construcción, sino que esta se continúa en la misma práctica. Si se quiere partir en la construcción virtual de realidades que expresen su movimiento, es indispensable introducir, desde el principio, dos criterios metodológicos que poseen trascendencia teórica:

- 1) La importancia de definición del *ángulo del problema* desde las primeras consideraciones. En el caso señalado, el *ángulo político de la conformación de un sujeto alternativo* “como ob-

jeto virtual”, no puede ser sino, básicamente, el del *poder* y la dominación. Es decir, tanto las categorías como las relaciones conceptuales deben estar normadas por el problema del poder, y por cómo llegar a constituir un poder *autónomo* al dominante.

Si la respuesta al problema del poder viniese solo del lado de la concientización de los sujetos se caería en dos mistificaciones: la asignación de un futuro a los sujetos, basándose únicamente en la teoría, y un determinismo estructural, en cuanto a que el ser del sujeto se expresará subjetivamente —tarde o temprano—, y en concordancia con su situación estructural.

Como problema de la totalidad, el problema del poder tendrá que implicar —de alguna manera— categorías abstractas acerca de la lucha de clases, y categorías concretas para el caso específico; en cuanto a los ámbitos de la realidad, todos ellos pueden ser analizados desde el ángulo del poder, desde el momento en que la misma división disciplinaria es relativamente arbitraria, o al menos, no excluyente en cuanto a remitir cada relación social a la totalidad social.

- 2) Si bien el problema de la angulación conceptual es indispensable para apuntar al problema que interesa, no con ello se resuelve el de la *captación del movimiento* en la coyuntura. Captación del movimiento en estas circunstancias significa captación del *espacio objetivo--subjetivo para la acción*, aunque en su punto de partida sea en niveles todavía abstractos. Ante esto se pueden intentar *tres tipos de soluciones* dentro del marxismo. La *primera solución* iría en el sentido de los análisis de Lenin de la coyuntura.

Esta primera solución implica la reconstrucción virtual a que nos hemos referido, donde la delimitación del espacio de lo posible se logra a través de la definición de las alternativas reales polares en la coyuntura. Aquí las alternativas implican soluciones extremas, dentro de las cuales el proceso real puede transcurrir. Cada una de las alternativas reales implica una construcción virtual con sus respecti-

vas mediaciones, en un proceso de lo más concreto a lo más virtual, en donde cada mediación está enmarcada por conceptos de grado diverso de virtualidad. En este proceso, la relación entre lo lógico y lo histórico se invierte con respecto a otros objetos, como el de *El Capital*. La línea de construcción conceptual es básicamente lógica, y la intervención de lo histórico se va “enrareciendo”, a medida que se avanza de lo concreto a lo virtual.

En esta primera solución el punto de partida es lo concreto de la coyuntura en el pensamiento, entendiendo que se trata de un concreto normado por el ángulo del poder capaz de contener —en su expresión— potencialidades de desarrollo.

Esto nos lleva a la *segunda solución*, al problema de la captación del movimiento en la coyuntura. Esta solución se relaciona con el papel de la *dialéctica* en el discurso marxista. Este problema ha sido discutido, sobre todo, en los planos ontológico (¿es la realidad dialéctica?) y epistemológico-lógico (¿puede haber una lógica dialéctica?). Al nivel en que quedó la polémica hace años, el resultado fue desfavorable para la dialéctica, y sus sostenedores fueron incapaces de pasar del nivel de la *Dialéctica de la Naturaleza* de Engels. Sin embargo, el problema de fondo de la dialéctica en Marx sigue presente, es decir, la de la realidad en transformación, “una realidad dada dándose”, o en nuestros términos, cómo captar lo potencial. Detrás de esta problemática está la misma concepción de la realidad que nos permitía distinguir entre positivismo y marxismo, realidad en movimiento y en rearticulación permanente por niveles.

Ciertamente, un primer nivel de solución ante una realidad en cambio es el planteamiento de la *totalidad* abierta, pero la sola reconstrucción permanente en el pensamiento no asegura capacidad de captar el movimiento, si es que no concebimos esta capacidad como secuencia de puntos en el tiempo. La propia estructura categorial de la reconstrucción de la totalidad, debe tener la capacidad de expresar no solo presentes, sino futuros posibles. Pensamos que esta capacidad la cumple Marx con su uso de la dialéctica. Pero hay dos maneras de concebir la *dialéctica* categorial: como *lógica*, “una lógica abstracta e independiente del objeto”, y como *contradicción sustantiva*, a la manera de Gramsci, contradicción en la que no habría que presu-

poner o deducir lógicamente sus elementos, sino que descubrirla en cada relación real, y por lo tanto, en los conceptos como expresiones conceptuales de aquellas. En este sentido, la contradicción dialéctica no puede reducirse a que un *objeto es y no es al mismo tiempo*, sino que en el concepto el objeto expresa aspectos contradictorios a ser descubiertos y no deducidos, cuya presencia simultánea no se contrapone a su verificación por separado. La articulación entre conceptos contradictorios permite ir conformando *espacios de predominio polar* de los aspectos de la contradicción, desde los espacios abstractos hasta los más concretos, y la reconstrucción puede ahora ser pensada como articulación entre espacios. Es decir, el camino de lo abstracto a lo concreto en el pensamiento, se convierte también en la articulación de los espacios más abstractos a los más concretos; Los límites de estos espacios de posibilidades están dados por los “extremos” de las contradicciones que se van articulando en la reconstrucción. Solo en esta medida *El Capital* de Marx no es reflejo muerto del pasado del capitalismo, sino previsión de su futuro, siempre entendido como potencialidad de desarrollo a cierto nivel de abstracción.

La tercera solución al problema de la captación del movimiento está relacionada con la idea de la historia como síntesis entre base y superestructura, relación recíproca mediada por la lucha de clases, donde los sujetos también determinan a la estructura en su acción. Aquí la introducción de lo subjetivo no adopta solo la forma de lo *subjetivo estructuralizado*, sino también, de lo subjetivo que rebasa a la teorización, que sin embargo se ve influido e influye a dicha teorización.

Detrás de esto subyace la idea de lo potencial como lo permanentemente rearticulado y en redefinición. Es decir, lo potencial como problema político de conocimiento, toma principalmente la forma del proyecto impulsado por los sujetos.⁶

⁶ Por ejemplo, en el problema de la constitución de sujetos sociales, pensado como problema de construcción de un objeto virtual, el punto de partida tendría que ser el análisis de la situación concreta de la clase o el grupo social (en su aspecto objetivo y subjetivo) que potencia o inhibe la formación de esta voluntad colectiva. Es decir, el punto de partida tiene que ser el análisis concreto de la coyuntura, en

3. La descripción articulada de H. Zemelman⁷

La reflexión marxista acerca del método de investigación ha sido enriquecida por las reflexiones de Hugo Zemelman (1987) (1987a), sobre todo en cuanto al problema del tiempo presente.

Abordar metodológicamente el problema del tiempo presente implica explicitar el concepto de realidad que se maneja. El definir un concepto de realidad permite aclarar cuál es el tipo de recorte del tiempo presente que se tendrá que realizar.

Uno de los *primeros supuestos* de realidad a considerar es el de movimiento; movimiento en el tiempo y en el espacio significa, en primer lugar, la no constancia de dichos procesos, y además, la posibilidad de que esta realidad sea analizada como articulación de procesos de ritmo de cambio temporales y especiales diversos. Si atendemos al tiempo, podemos reconocer procesos que se desenvuelven en el largo tiempo (estructurales, por ejemplo), o en el corto tiempo (coyunturales). Desde el punto de vista de su variación espacial, podemos hablar de procesos microsociales o macrosociales.

Por otra parte, desde el punto de vista del supuesto de movimiento y de exigencia de captación de tendencias, los conceptos que hacen referencia a los diferentes niveles de transformación pueden ser conceptos de resultado (conceptos que simplemente expresan situaciones dadas) o conceptos de proceso (conceptos que expresan lo dado y lo dándose).

Además, el supuesto movimiento permite plantear una metodología que implique un uso no deductivo de la teoría. La necesidad de captar el movimiento específico impone el cuestionamiento conceptual permanente, su rearticulación en búsqueda de lo específico, y la determinación de jerarquías y relaciones no necesariamente contempladas por la teoría general.

cuanto a la condición material y subjetiva de la clase o grupo social, así como de las relaciones entre estas dos caras.

⁷ Este apartado está basado en el ensayo de Hugo Zemelman y Alicia Martínez (1984).

Esto lleva al *segundo supuesto* de realidad a considerar, el de la realidad como articulación. La categoría epistemológica que da cuenta de esta segunda exigencia es la de la totalidad concreta. En un nivel más metodológico, *totalidad concreta* implica la idea de que los procesos en la realidad no se dan aislados, sino que entre ellos hay relaciones que hay que descubrir. La historia del conocimiento ha clasificado los procesos sociales en grandes *áreas temáticas* (económicas, políticas, etcétera), a las que habrá que encontrar sus puntos de articulación. Cada *área temática* pertinente al problema, quedará definida a partir de los conceptos que en búsqueda de angulación con el problema, permitan describir el área, en un primer momento, y a la vez, abran la posibilidad de establecer las relaciones posibles entre conceptos del área respectiva y entre áreas. A estos conceptos de mediación entre áreas les llamaremos *conceptos de articulación*. El supuesto de la articulación implica, metodológicamente, la búsqueda de las áreas de la realidad pertinentes al problema, y de los conceptos ordenadores de cada una de las áreas, para luego buscar las relaciones posibles y articulaciones conceptuales. Articulación compleja presupone también, que los conceptos pertinentes serán de niveles muy diversos.

Un *tercer supuesto* de realidad es el de *direccionalidad*, es decir, que el tiempo presente implica la definición del espacio donde —con viabilidad— los sujetos pueden accionar; sin embargo, siendo el proceso la resultante de la articulación entre lo objetivo y lo subjetivo, la dirección del mismo no es unívoca, aunque sí con tendencia a una determinada dirección en la coyuntura, definible en el tiempo presente, pero variable en el futuro, desde el momento en que la historia puede verse como articulación de coyunturas, y estas, como espacios relativamente abiertos a la acción de los sujetos.

El reconocer la direccionalidad de un proceso es definir las opciones para los sujetos. Este concepto del tiempo presente impone peculiaridades al mismo, como problema de conocimiento que lo distingue de otro de carácter explicativo. En el tiempo presente no se trata de explicar el hecho acaecido, sino de definir posibles desarrollos.

Si se parte de que la realidad está en movimiento, es articulada y tiene direccionalidad relativamente abierta, la forma del razonamien-

to que permita crear conocimiento a partir de estos supuestos tendrá que ser coherente con ellos. El razonamiento que busque captar lo dado-dándose tendrá, en primer lugar, que garantizar la apertura del pensamiento a lo real objetivo. Esto implica abrir la teoría a la realidad, poner en suspenso sus proposiciones, y hacer un *uso de los conceptos teóricos en forma no propositiva*. Todo esto significa privilegiar la función de reconstrucción con respecto a la aplicación de los modelos teóricos.

Una segunda función del razonamiento dialéctico tendría que tener el papel de limitar los condicionamientos de las teorías y las ideologías, problematizándolas. Desde el punto de vista de la teoría, esta función del razonamiento implica hacer un *uso crítico de ella*, lo que implica suspender las relaciones y jerarquías entre conceptos. Evidentemente no se trata de un *camino hipotético* de relación con la realidad, sino de un proceso que problematizando y especificando, reconstruye las relaciones conceptuales y sus jerarquías.

La tercera función del razonamiento dialéctico es la *reconstrucción articulada*. Esta consiste en la construcción del *conocimiento específico*. Lo específico implica tanto la función de apertura como de problematización.

Las exigencias de razonamiento basadas en el concepto de realidad enunciado permiten hacer una propuesta de método de *reconstrucción del espacio de lo posible en el tiempo presente*.

Los grandes momentos de este método, que llamaremos de la descripción articulada serían:

- 1) La definición del problema y del ángulo del mismo.
- 2) La selección de grandes áreas de relaciones sociales referidas al problema.
- 3) La selección de conceptos ordenadores a cada área.
- 4) La búsqueda de puntos de articulación y relaciones posibles entre los conceptos a través de una descripción desarticulada.
- 5) La descripción articulada.
- 6) La definición de las opciones teóricas, el espacio de lo posible.

1) El problema y la problematización

El *problema eje* norma todos los pasos de la reconstrucción articulada. Inicialmente, ese problema puede responder —en su definición— a demandas sociales, fenómenos empíricos o formulaciones teóricas. La función del problema eje, es la de ser el núcleo alrededor del cual transcurre la reconstrucción articulada. Por una parte, debe vincular los aspectos teóricos con los intereses de los sujetos sociales, en el sentido práctico. Por otra, el problema cumple la función de criterio inicial para la selección de dichas áreas. Pero no basta con definir el problema, si no se destaca cuál es el *ángulo* del mismo que interesa privilegiar en toda la reconstrucción y los aspectos prácticos de la resultante.

Dentro del razonamiento de apertura ante la realidad, lo anterior repercute sobre el problema mismo, haciéndolo cambiante, y privilegiando *su problematización* sobre la *definición del mismo*. Problematizar es cuestionar y reformular, y a la vez, búsqueda permanente de relaciones posibles, no obstante que el proceso reconstructivo sea también de especificación creciente de dichas relaciones.

2) Definición de áreas de la realidad social relacionadas con el problema

El problema eje permite pensar, en un primer momento, cuáles áreas de lo real podrían ser pertinentes al problema y al ángulo que interesa. Por área tendríamos que entender un espacio de relaciones sociales abarcadas por alguna disciplina. Las áreas en general no tendrían por qué ser disciplinarias, pero como se parte de conceptos acuñados por las disciplinas, tendremos que pensar en partir de cierto nivel de acumulación de conceptos, aunque estos no vayan a ser utilizados teóricamente. Al interior de las áreas problemáticas habría que distinguir niveles, en el sentido de niveles de abstracción, pero también desde el punto de vista de diferencias temporales y espaciales, macrosociales y microsociales.

3) La selección de conceptos ordenadores

Los conceptos ordenadores tienen una función de búsqueda de relaciones posibles, lo cual implica su *desarticulación a partir de los corpus teóricos* de donde provienen. Este *uso no teórico del concepto* tendrá un primer papel descriptivo en la siguiente etapa: la *descripción desarticulada*, pero principalmente será una función heurística, desde el momento en que se buscan relaciones posibles desde la desarticulación conceptual.

En la selección de los conceptos ordenadores del nivel de cada área es necesario hacer una lectura problematizadora del concepto, tanto en su contenido como en sus relaciones y jerarquías con otros conceptos. En el proceso de búsqueda de relaciones posibles, los conceptos ordenadores tendrán como primera función el permitir *describir el universo empírico del área y el nivel respectivo*, siempre en un doble juego entre problematización y búsqueda de relaciones. Es decir, se trata de privilegiar la búsqueda de relaciones posibles entre conceptos, con respecto a su función explicativa vía hipótesis. La desarticulación inicial de los conceptos implica el reconocimiento de que entre los diferentes niveles conceptuales pueden darse *relaciones de inclusividad* que no son únicamente relaciones deductivas entre los conceptos.

El criterio de *inclusividad* puede ser un primer criterio de selección de conceptos ordenadores, si se piensa que entre niveles hay una diferencia en cuanto a especificación, diferencia que podrá existir entre conceptos ordenadores. Si se piensa que entre niveles hay una diferencia en cuanto a especificación, entre conceptos de niveles diferentes hay una especificación creciente, sin que entre estos conceptos se establezcan relaciones hipotéticas. Un segundo criterio de selección es la *lectura articulada*, consistente en la búsqueda de una doble lectura de la misma realidad, a través de conceptos de diversos niveles.

4) La búsqueda de relaciones posibles y puntos de articulación

La definición de conceptos ordenadores en cada área y nivel, llevará a una primera *descripción desarticulada*, momento de traducción de

los conceptos ordenadores en *indicadores empíricos*, cuya función *no es la verificación* del concepto, sino la reafirmación o el descubrimiento de nuevas relaciones entre los conceptos. Esta descripción desarticulada permite definir el *concepto base* del área respectiva que mejor da cuenta del universo de observación de dicha área. El concepto base permite dar sentido a los otros conceptos ordenadores del área. Por otra parte, el *concepto base permitirá definir relaciones con conceptos de otras áreas* para convertirse así en un concepto de articulación.

Un problema que está presente en la descripción articulada es el de la *traducción* de los conceptos teóricos en *observables*, o sea, en *indicadores empíricos*. En la construcción de datos empíricos deben tenerse en cuenta las siguientes consideraciones: a) se trata de una relación de inclusividad que presupone la función de *mediación* a través de otros conceptos; b) el *dato* empírico siempre es *construido* y *nunca tiene* significado unívoco, sino que solo adquiere sentido de acuerdo al problema, ángulo, etcétera; c) la definición del significado concreto del dato pasa por la determinación del *contexto de su construcción* en la realidad.

La descripción desarticulada debe llevar a definir puntos de articulación entre las áreas y a especificar relaciones posibles entre los conceptos.

5) La descripción articulada

La definición de relaciones entre los conceptos y las áreas se da a través de *conceptos de articulación* o de mediación entre las áreas y niveles, comenzando a aparecer así, relaciones conceptuales propiamente dichas. Este proceso lleva a la posibilidad de redefinir conceptos y relaciones posibles, lo cual se reafirma a través de un nuevo acercamiento al mundo empírico por una *descripción articulada*.

En un problema del tiempo presente, la descripción articulada no puede ser sino una descripción del dado dándose, y punto de partida de la *construcción del objeto virtual* que configura la delimitación del espacio de posibilidades para los sujetos. Es decir, la *función de la descripción articulada*, en tanto definición de relaciones conceptua-

les, es la de ser el basamento de conocimiento de la realidad como realidad dada, pero que a la vez tiene direccionalidad. Sin embargo, la sola definición de lo dado y su potencialidad inmediata, no agota la definición del espacio de lo posible, sino que este se recupera cuando se ha reconstruido el objeto virtual que permite definir un proyecto de transformación, proyecto que si no se da en consonancia con los sujetos, puede volverse una perspectiva teórica sin la necesaria conexión con la práctica. Es decir, objeto virtual que contendrá ya un componente de voluntad.

6) La construcción del objeto virtual

La construcción tendrá que ser producto de la articulación por niveles de la realidad (potencialidades de lo concreto a lo abstracto), de categorías que expresen relaciones probables. Las relaciones entre dichas categorías, partiendo de las presentes en la realidad, son principalmente en un sentido lógico, pero derivadas de las potencialidades de las más abstractas a las más concretas. La contradicción principal, en un sentido concreto, permite definir las grandes líneas de posibles desarrollos del proceso; a partir de esta delimitación inicial del espacio de lo posible, se tendrían que generar nuevas categorías que irían perdiendo en concreción y ganando en voluntad. El punto culminante de la construcción del espacio de lo posible se alcanza cuando en la última categoría se sintetizan las contradicciones de las anteriores, abriéndose la posibilidad de un viraje en la dirección del proceso.

Bibliografía

Zemelman, Hugo (1987a) *Uso Crítico de la Teoría*. México, Instituto Politécnico Nacional.

_____ (1987) *Horizontes de la Razón*. Barcelona, Anthropos Editorial.

Apéndice 3

El método en la construcción del concepto de trabajo no clásico (la configuración como articulación entre áreas de relaciones sociales, conceptos ordenadores, dimensiones e indicadores)¹

En los últimos años, una de las temáticas que hemos abordado ha sido el “trabajo no clásico”, distinción que usamos para referirnos al trabajo interactivo (cara a cara o en forma virtual), con participación del cliente en la generación del servicio, e intercambios simbólicos entre este y el empleado, o bien, la eminente producción de símbolos objetivados. En torno a estos tipos de trabajo otros han acuñado los conceptos de trabajo inmaterial, emocional, estético, que rondan en configuración al de trabajo no clásico, pero no son idénticos a este.

Para abordar esta apasionante problemática, nuestro punto de partida fue teórica y empírica: los planteamientos del fin del trabajo que venían —primero— de los postmodernos, en tanto la nueva heterogeneidad de ocupaciones impediría la constitución de identidades

¹ Este apéndice se basa en un estudio previo: De la Garza (2012).

amplias, y posteriormente, los de Bauman y Sennet, en tanto estas identidades no podrían conformarse, por la fluidez, la corta duración de las ocupaciones con trayectorias laborales discontinuas, fragmentarias, que impedirían la constitución de comunidades de trabajo estables. Nuestra primera impresión de estas afirmaciones es que resultaban muy reductivas y limitadas, aunque en todo caso pretendían dar cuenta del retroceso que mundialmente ha tenido el movimiento obrero. Pero la respuesta no debería ser puramente ideológica, sino que debería darse investigando empíricamente y reflexionando teóricamente acerca de los trabajos fluidos. Para esto escogimos como campo de investigación, pequeños negocios en los que los propietarios trabajaban con algunos miembros de su familia, comúnmente no asalariados, y uno que otro asalariado (vendedores ambulantes, en el Metro, taxistas, choferes de microbuses, etcétera); posteriormente incluimos trabajadores formales en servicios fugaces como los de supermercados o de los call centers.

Se trataba de investigar las formas de trabajar de estos, y sí lograban crear identidades colectivas, pregunta que nos llevó a revisar teorías acerca de la identidad. Así, encontramos que este concepto no había sido importante en la teoría social sino hasta la década de los setenta del siglo XX, al calor de los movimientos estudiantiles, y posteriormente, feministas, gays, ecologistas, etcétera (nuevos movimientos sociales), que solo hasta entonces solidificaron dos grandes perspectivas iniciales sobre la identidad, que se han ido complejizando a partir de la década del ochenta de dicho siglo: el paradigma de la identidad y las teorías de movilización de recursos. La primera resultaba muy subjetivista, puesto que planteaba que si se entraba en el movimiento social, sería para generar identidad; la segunda era una variante de las teorías de elección racional, es decir, la identidad no era sino un recurso que se movilizaba para tener mejor posición en el juego y maximizar las ganancias. Ninguna nos satisfacía por motivos teóricos; la primera, porque las teorías hermenéuticas que despreciaban las estructuras nos parecían limitadas, y la segunda, porque una racionalidad dada de maximización, ignoraba que la subjetividad podría incluir emociones, sentidos estéticos y morales interiorizados en los actores, y no simplemente actuados, o usados como recursos para

mejorar el juego. Es decir, el conocimiento de algunas de las disputas centrales de la teoría social, en la época de crisis del positivismo, de los estructuralismos, con la emergencia de la hermenéutica, nos sirvieron para hacernos preguntas, más que para tener respuestas concretas respecto a si en los informales que analizaríamos se generaban procesos identitarios relacionados con su trabajo.

Además de las discusiones teóricas, estaba en nuestra problematización el hecho de que el movimiento obrero —en general— no había podido resistir la ofensiva neoliberal, además de que se habían derrumbado sus dos grandes utopías, la del comunismo y la del socialismo.

La problematización implicó darnos cuenta de que, a pesar de la tesis de la fragmentación por trabajos no estables, en los países desarrollados la mayoría seguía siendo asalariado y estable, y que en el pasado fue la clase obrera una gran fuerza política que cambió gobiernos, leyes e hizo revoluciones, no obstante ser heterogénea; además, se abrió la pregunta sobre qué se quería significar con identidad colectiva, porque esta podía darse con el propio trabajo o su producto —como el artesano—, pero también en una comunidad de trabajadores, a pesar de rechazar el trabajo, o bien en su organización, llámese sindicato u otra forma. Por otro lado, las tesis de Bauman resultaban una suerte de visión estructuralista: las posiciones en estructuras ocupacionales semejantes permitirían la identidad de trabajadores contiguos, lo cual podía ser criticado como cualquier teoría que planteara que las posiciones en las estructuras, en este caso ocupacionales semejantes, darían identidad. Como la identidad podría ser considerada como una forma de subjetividad, de creación de sentido colectivo de pertenencia, luego resultaba poco aceptable —en los noventa del siglo XX— que la posición estructural explicara por ella misma la identidad o su ausencia. Adicionalmente, de teorías recientes de movimientos sociales, se tendría que considerar que la identidad podría surgir cuando estos se dieran, sin que aquello implicara de antemano una sólida identidad.

Acerca de la identidad podría haber una perspectiva intimista, que la entiende como un proceso personal autorreflexivo de coincidencias con otros, y en el otro extremo, la estructuralista, donde las

posiciones en estructuras semejantes darían identidad. Sin caer en el subjetivismo ni el estructuralismo, se podría plantear —a la manera de Gramsci— que las presiones de las estructuras para convertirse en acciones tienen que pasar por una visión del mundo que ahora podríamos llamar subjetividad social, es decir, la identidad no es una situación, sino una construcción en la que intervienen estructuras que habría que descubrir, junto a subjetividades que habría que desentrañar, e interacciones, especificando entre quienes se da. Respecto a la identidad, nos inclinamos por la visión de Gramsci, que la entiende como heterogénea y no sistémica, conformada —a nuestro entender— como una red de códigos cognitivos, emocionales, estéticos y morales, provenientes de la cultura, pero para distanciarnos del funcionalismo de Parsons, el sujeto tendría cierta capacidad de agencia en su construcción, a partir de estas configuraciones de significados de pertenencia, en una situación concreta de presiones estructurales e interacciones.

Las anteriores consideraciones no nos daban la respuesta en hipótesis para saber si nuestros sujetos creaban o no identidades; entonces, era necesario investigarlo.

Al haber escogido trabajadores informales de servicios presumiblemente precarios, tratamos de decidir a través de cual concepto ordenador sería más pertinente empezar el proceso de reconstrucción. Empezamos por el de trabajo atípico, popular en Europa en esos años; sin embargo, la insistencia en las falencias en derechos no cumplidos para los trabajadores nos parecía insuficiente, porque —probablemente— nuestros sujetos ni siquiera estaban enterados de sus posibles derechos, si es que los tenían (la ley laboral mexicana no contempla derechos laborales para no asalariados). De la misma forma fuimos descartando el concepto de trabajo informal, el de no estructurado, el precario, etcétera, e inicialmente llamamos a estos trabajos “los otros trabajos”, a falta de un concepto más analítico. En este camino decidimos acerca del ángulo de análisis del trabajo. No consideramos central el enfoque sociodemográfico ni el de la regulación, sino el del proceso de trabajo. Ver el trabajo en el proceso de trabajo, es verlo como actividad, esto es, en interacción e intercambio de significados en dicha interacción. Cuando lo vemos en concreto

como en la venta callejera, concluimos que la interacción es entre trabajadores (si participa en el pequeño negocio la familia o algún asalariado), pero también con el cliente. Como se trata del espacio público, pueden intervenir otros agentes que no tienen relación con la compra-venta directa de una mercancía, como diversos inspectores de las autoridades, vecinos, transeúntes y otros vendedores. Entonces, se trataba de estudiar empíricamente y reflexionar teóricamente respecto a cómo se daban las relaciones entre todos estos, y si estas relaciones —con sus significados— contribuían a la identidad o a la fragmentación. Es decir, había que estudiar en cuales estructuras se encontraban realizando su trabajo, la presión de estas a favor o en contra de la posibilidad de la identidad, el análisis del proceso de trabajo y sus relaciones sociales con diferentes agentes, y los intercambios de significado generados.

Sin embargo, en una perspectiva metodológica abierta a la propia realidad, no podíamos partir de la hipótesis de que la identidad nace necesariamente del trabajo, pues podía haber otros espacios de la vida de estos trabajadores que tuvieran más eficiencia en la iden-



* La trayectoria laboral y de vida; * las interfases trabajo y no trabajo

Esquema 1. Áreas de relaciones sociales.

tificación o la fragmentación. Los espacios tentativos de relaciones sociales a considerar, que pudieran influir positiva o negativamente sobre la identidad, pueden verse en el Esquema 1, en donde el espacio del trabajo fue solo uno de los posibles. Lo anterior era tentativo, sujeto a resultados preliminares de un primer acercamiento al campo empírico; en función de este, los campos podrían especificarse, eliminarse o ampliarse.

De acuerdo con esta metodología, cada espacio requeriría de conceptos ordenadores, retomados de teorías que en ese nivel de análisis no fueran incompatibles,¹ y que serían tomados, desgajados de las hipótesis en las que aparecen —comúnmente— en sus teorías de origen, para no presuponer hipótesis, sino “experimentarlos” como conceptos ordenadores.

Tomemos el ejemplo del espacio del trabajo, esto tendría que repetirse para los otros espacios del esquema anterior, buscando sus propios conceptos ordenadores. Hay que recordar que el ángulo de análisis es la constitución de identidades, de tal forma que los conceptos seleccionados podrían tener potencialidades de relación con aquella, seguramente a través de mediaciones todavía no descubiertas por nosotros en esta fase de la investigación. En el proceso de trabajo de la venta callejera, la identidad podría relacionarse con satisfacción en el trabajo, para lo cual tendríamos que tener conceptos que desglosaran cómo se trabaja en este tipo de servicio, y cómo sería posible sentirse orgulloso de realizar ventas aparentemente tan simples; pero en estos sectores informales poco regulados, la identidad también podría surgir por medio del conflicto con clientes, con otros vendedores, con ciudadanos o con la autoridad. Del repertorio de

¹ La no incompatibilidad entre conceptos ordenadores de diversas teorías es posible cuando partimos del hecho de que las teorías realmente existentes no son estrictamente sistemas hipotético deductivos, sino configuraciones con grados diversos de dureza; las partes blandas, menos claramente vinculadas mediante la deducción, serían más susceptibles de desgajar. No sería pertinente usar conceptos de otras teorías que formarían parte del núcleo duro de supuestos fundamentales. Por ejemplo, en una teoría de la agencia, difícilmente podría caber el concepto de homeóstasis del sistema.

conceptos de la sociología del trabajo, el concepto de control sobre el trabajo, y también el de resistencia, podrían sintetizar las posibilidades de conflicto, negociación o solidaridad en este tipo de trabajos. Este podría ser el concepto base central en esta área, siempre sujeto a los resultados empíricos y su posible sustitución por otros.

3. Trabajo.

3.1. Control identidad y acción colectiva: control y rebelión.

3.1.1. Estructura del trabajo: Distribución espacial.

Control del tiempo.

Control de la actividad.

Control de la entrada y la salida.

Distribución de los beneficios.

La calificación.

¿A quiénes identifica? ¿Cuáles son sus contradicciones?

3.1.2. Subjetividad: (Significado del trabajo realización v.s. modo de vida).

Significado de colectivo del trabajo.

Significado de control (control o me controlan).

Papel de lo cognitivo en el control.

Estética del control.

Control y moral.

Emociones y control.

3.1.3. Interacciones: Relación con proveedores, clientes, compañeros, agentes diversos (cooperación o conflicto), control y organización.

3.1.4. Constelaciones del control: control burocrático, control por costumbres, control carismático, control clientelar.

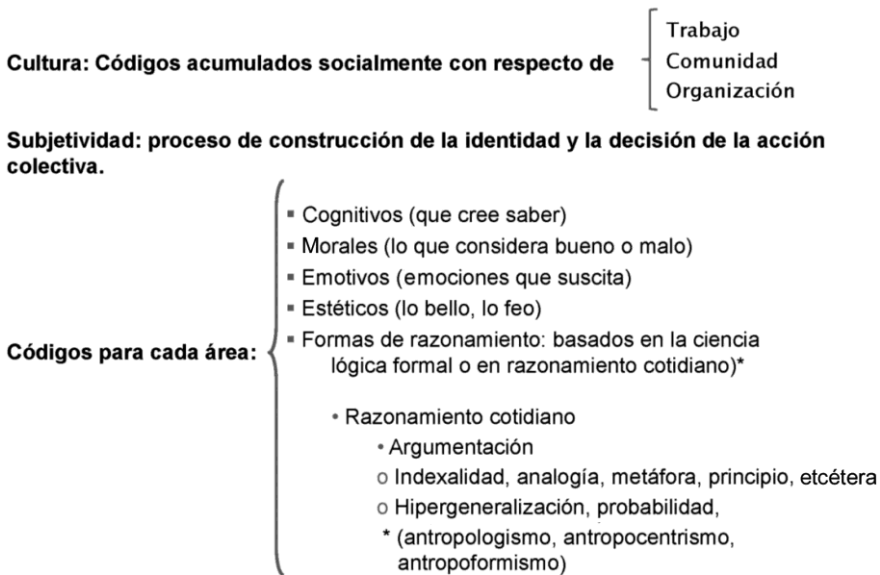
Esquema 2.

Como se ve del Esquema 2, el concepto de control —para ser captado empíricamente— tendría que especificarse con conceptos más concretos. Como se parte del hecho de que en cada espacio están presentes estructuras, subjetividades y acciones, requerimos de conceptos para cada dimensión; luego se podrían dimensionalizar aún más estos conceptos de mediación y asignarles indicadores. La tarea posterior es decidir a través de cual técnica de generación de datos con vendría abordar cada indicador. La polémica cuantitativo-cualitativo puede ser estéril, sin desconocer sus diferencias, como se verá en el capítulo respectivo, porque ambas permiten, evidentemente, captar

datos empíricos. Todo depende del nivel de generalidad adecuado al indicador, o de especificidad requerida. Un problema adicional es con los conceptos en los que no hay consenso —entre investigadores y entrevistados— respecto a su significado. En este caso, los instrumentos cerrados, útiles cuando hay consenso en significados, podrían no ser los más adecuados.

Pongamos especial atención en la dimensión subjetiva de un concepto en un espacio, como es el caso del control en términos subjetivos. Como se ve del Esquema 3, y de acuerdo con nuestra concepción de subjetividad, sería conveniente desglosarlo en posibles códigos (cognitivos, emocionales, estéticos, morales) relacionados con el control, como proceso de construcción de significados para la situación concreta; esto para cada agente involucrado, y también con respecto a presiones estructurales sobre los lugares de trabajo, así como las interacciones, en tanto significados atribuidos por los actores

EJE DE LA SUBJETIVIDAD Y LA CULTURA



Esquema 3.

Ejemplo de configuración laboral en servicios

MacDonald's:

- 1) Venta en masa de un número definido y estándar de productos a bajo costo.**
- 2) Venta al menudeo de poco volumen a cada consumidor: interacciones cara a cara con el cliente.**
- 3) Proveedores estandarizados, con justo a tiempo y control informático.**
- 4) Segmentación entre una minoría informatizada y una mayoría descalificada que trata con el público comprador y trabaja en forma taylorizada, introducción de la comunicación informatizada en el proceso de trabajo.**
- 5) Operaciones rutinarias y standarizadas, una parte del servicio es el buen trato al cliente (emociones y estética), comunicación con el cliente superficial y estereotipada: flexibilidad rutinaria.**
- 6) El cliente es controlador-controlado (taylorización del cliente).**
- 7) Relaciones laborales precarias, bajos salarios y seguridad en el empleo.**
- 8) En MacDonaldis perfil de estudiante trabajador.**
- 9) Estilo de mando entre patriarcal y despótico, control por la gerencia, el cliente y los compañeros.**
- 10) Se induce la ideología de identificación con la empresa.**
- 11) Alta insatisfacción en el trabajo y rotación.**
- 12) Identidad como trabajadores, no con el trabajo ni con la empresa.**

Esquema 4.

En el Esquema 4, podemos ver resultados de investigación en el trabajo en McDonald's, semejante a lo que Zemelman llamó la descripción desarticulada; esta es una configuración que no muestra todavía suficientes articulaciones.

El paso de la descripción desarticulada a otra articulada, es función de una nueva reflexión teórica asentada en la información empírica concreta, y de la incorporación de nuevos insumos teóricos a esta reflexión. Empezamos por hacernos preguntas adicionales a aquellas con las que empezamos la investigación: ¿Qué se produce en el McDonald's? Hamburguesas, pero se incluye el trato al cliente (algo no físico). ¿En qué consiste el trabajo? Por una parte, en la

preparación de la hamburguesa a través de operaciones muy estandarizadas, fragmentadas y simplificadas, que implican poca calificación entre los que atienden a los clientes, y también, operaciones muy simples pero complejizadas en el trato con el cliente. En los vendedores ambulantes, las operaciones no están estandarizadas, pero el servicio que se ofrece está centrado en la capacidad de convencer al cliente, y aquí entra el trato adecuado dependiendo de a quién se vende. Pudiera ser necesario otro concepto de calificación en contraste con los clásicos reflexionados, a partir de la industria en donde en el centro esté la interacción con el cliente, que es diferente a la acción sobre materias primas inertes. En el primer caso, el resultado de la interacción, y por lo tanto, del trabajo, depende de otro, el cliente, que no es un empleado del establecimiento. ¿Cómo se produce en casa caso? En el McDonald's, la preparación de la hamburguesa puede considerarse altamente taylorizada, con pseudopolivalencia (la falacia de la polivalencia es que un mismo trabajador hace varias operaciones sencillas para preparar completamente una hamburguesa). En el caso de la venta, su trabajo no depende de la habilidad manual, sino de aquella simbólica interactiva, aunque sujeto a reglas de la organización. En esa medida, hay buenos y malos vendedores. Decir taylorismo en McDonalds, es decir trabajo enajenado, rutinario, poco interesante, de baja calificación, muy controlado, a diferencia del de la venta callejera, que admite grados importantes de libertad (a pesar de su precariedad) respecto a la hora de entrada al trabajo y en cómo desempeñarlo, pues no está sujeto a tiempos ni movimientos, con posibilidades de extender la interacción comunicativa con el cliente, pero también con otros vendedores, además de combinar trabajo con ciertas diversiones. Efectivamente, la investigación empírica demostró lo anterior, y también, que el trabajador de McDonald's es un empleado insatisfecho con su trabajo, no solo por la paga escasa, sino por ser poco creativo y muy controlado. En cambio, el vendedor callejero, siendo tan precario como el primero, valora su margen de libertad y de interacción comunicativa.

En relación al tema del control, se tuvo que especificar qué significa controlar, y quién controla estas actividades. La investigación mostró que en el McDonald's el control sobre el trabajador se ejerce

directamente por los supervisores y gerentes, o a través de cliente misterioso (empleados que se hacen pasar por clientes para valorar el servicio); sin embargo, también controlan los clientes, que pueden manifestar su descontento con el tiempo de espera antes de ser servidos, o con el trato, todo lo cual implica consecuencias para el trabajador. En la venta callejera, el tema del control se vuelve más complejo, porque hasta cierto punto, es el cliente el que controla, aunque con menos consecuencia para el trabajador, y también pueden controlar los otros vendedores —por ejemplo en el uso del espacio de venta—, la organización de vendedores —lo que abría una nueva veta para el análisis de la identidad—, así como los vecinos que se podían quejar por la basura, y varios tipos de inspectores de la vía pública, que formalmente no son agentes laboristas. Teórica y empíricamente, en McDonald's las contradicciones surgían de estas articulaciones con supervisores y gerentes, con los clientes, pero también, a partir de la resistencia y la solidaridad entre los jóvenes trabajadores que, comúnmente en México, son estudiantes. Su condición de estudiantes y la resistencia en el proceso de trabajo —que generaba una firme solidaridad—, eran las fuentes principales de identidad. En cambio, para los vendedores ambulantes, debido a su condición de trabajadores informales, poco regulados, pero muy vigilados por agentes diversos, la precariedad de la estabilidad en un espacio público de trabajo —podían ser desalojados en cualquier momento— los impulsaba a identificarse como trabajadores pobres, a identificar el gobierno como su principal enemigo, a aceptar organizaciones que podían ser despóticas o poco democráticas, pero necesarias para mantenerse en la disputa por los espacios de trabajo. Es decir, era la identidad por su condición de precariedad con libertad, y a la vez, frente a tantos enemigos poderosos. Es decir, las fuentes de la identidad, de la solidaridad, de considerarse subjetivamente homogéneas, pueden ser muy diversas. Para nada resultaba válida la analogía con el artesano, orgulloso de haber moldeado la pieza con sus manos. En estos servicios precarios, las fuentes de la identificación pueden ser muy diferentes e inusitadas antes de realizar la investigación concreta, como puede verse en el cuadro que sigue, en el que resumimos la cuestión de la identidad en nuestra investigación completa.

Fuentes de la Identidad

		Limitantes
McDonald's	Apoyos micro entre compañeros (estudiante-trabajador)	Trabajo de tránsito, sindicatos de protección
Wal-Mart	Apoyos micro entre compañeros	Panóptico, sindicatos de protección
Diseño de software	Orgullo de resolución de problemas Comunidad virtual	Visión de futuro de independencia
Extras de TV	Imaginario de convertirse en actores Estigma	Sindicato corporativo, agencias, falta de legislación
Vagoneros, vendedores ambulantes, franeleros	Capacidad de sobrevivencia "Trabajador libre" Estigma, solidaridad	Competencia entre organizaciones
Taxistas, microbuseros	Capacidad de sobrevivencia "Trabajador libre, aventurero" Estigma, solidaridad	Individualismo del pequeño propietario, control de concesionarios
Call centers	La identidad que surge al calor del movimiento (Teckmarketing)	Sindicatos de protección, trabajo de tránsito
Metrobús	Del micro al metro: movimiento social	Dependencia de concesionarios

Cuadro 1.

En torno del problema, las consideraciones anteriores muestran el camino de la descripción desarticulada a la articulación configuracional. Pero una investigación no solo vale por lo que encuentra —que siempre será provisional, en tanto no se muestre algo diferente o más profundo—, sino también por las nuevas temáticas de reflexión que suscita. En nuestro caso, la intervención del cliente en el proceso de trabajo, nos llevó a reflexionar teóricamente sobre el concepto de relación laboral. Este concepto acuñado en la época en la que el trabajo industrial era el paradigma del trabajo capitalis-

ta, implicaba al trabajador salariado en la fábrica (segmentación del tiempo de trabajo y su espacio); o sea, la relación laboral era entre capital y trabajo. En cambio, en servicios como los reseñados, hay no solo un tercero en dicha relación, el cliente, sino que en los trabajos en espacios públicos, existe una multiplicidad de agentes que favorecen u obstaculizan esos trabajos. Si por relación laboral entendiéramos la relación social que se da en el proceso de trabajo, entonces deberíamos de incluir a todos los agentes que intervienen, cuestión que llevó al concepto ampliado de relación laboral, correlato del concepto ampliado de control sobre el trabajo. Una discusión teórica adicional sería si estos trabajos producen mercancías y valor añadido. En la perspectiva de Marx, encontramos en varios pasajes la referencia a la producción inmaterial. ¿Sería esta la respuesta? En McDonald's hay trabajo material de preparación de la hamburguesa, junto al trabajo simbólico en el trato con el cliente, que pone en juego emociones, estética, conocimientos y ética. Es decir, es mejor hablar de trabajo subjetivo que inmaterial, dejando este último cuando, al decir de Marx, producción, circulación y consumo se dan en un solo acto. El caso del vendedor ambulante es más complejo; Marx pone a la compra-venta de mercancía como trabajo que no genera valor; sin embargo, con su agudeza, acota que aquellos trabajos que posibilitan la venta —transporte, mercadotecnia, publicidad, acondicionamiento de locales para la venta—, sí añaden valor. Es posible entender esto porque el valor no es algo físico, y la actividad de generar símbolos de inducción implica trabajo: cuestan y se incorporan simbólicamente al valor de la mercancía antes de su venta. De esta manera, una parte de las actividades de compra-venta pueden implicar incorporación de valores.

El tema adicional que se investigó fue el papel de las organizaciones, cuando las había. En McDonald's no se encontraron; en cambio, en la venta ambulante son varias. ¿Influyen ellas en la identidad? Se encontró que la mayoría eran despóticas y poco democráticas; sin embargo, no necesariamente un grupo social genera identidad con una organización por ser democrática. Un añadido de las organizaciones era el caudillismo y paternalismo, que probablemente encajaba con ancestrales culturas mexicanas arraigadas popu-

larmente. No podía quedar fuera la relación de estas organizaciones con el gobierno, considerando que es la contraparte permanente para el uso laboral del suelo público por parte de estos trabajadores. Sin entrar en detalle, se analizaron estas relaciones a través del concepto base de corporativismo. Pero sus atributos no podían ser los de la industria: en México, los vendedores ambulantes no tienen sindicatos, sino organizaciones civiles; estos trabajadores no son sujetos de la ley del trabajo, ni sus problemas se dirimen en las juntas de conciliación; tampoco la disputa por salarios es central, sino el espacio público para trabajar. Se trata de un corporativismo de la informalidad, en el que la parte del gobierno buscaba la paz en el espacio urbano, a cambio de disfrutes endebles de este espacio para trabajar, que no era el caso del corporativismo obrero de fábrica. Pero esta es otra historia que surgió junto a muchos otros temas de un enfoque metodológico abierto. Ninguna hipótesis nos hubiera enriquecido el panorama teórico o empírico

Bibliografía

De la Garza, Enrique, (2012) *Trabajo no clásico, organización y acción colectiva*. México, Universidad Autónoma Metropolitana-Plaza y Valdés Editores.

Capítulo V

Estructura, subjetividad y acción

Casi todo el *siglo* XX fue el siglo del estructuralismo; las estructuras —social, cultural, económica— se imponían al individuo por la socialización, por la coerción social o por el consenso, pues en última instancia, se pensaba que la posición de los individuos en las estructuras, determinaría sus formas de conciencia y de acción. Estas concepciones parecieron dominar lo más importante de las ciencias sociales del *siglo* XX (Alexander, 1989). Es cierto que siempre existieron corrientes divergentes del estructuralismo, en particular las hermenéuticas, que antes de los años ochenta estaban relegadas frente al estructuralismo, en la teoría, y al positivismo lógico, en la epistemología (Ritzer, 1992). Sin embargo, desde los años sesenta, particularmente en los setenta, y con toda claridad en los ochenta, las grandes teorías sociales dominantes y en disputa durante el siglo pasado, entraron en clara crisis (Alexander, 1995). Esta crisis se desarrolló en varios niveles; el primero fue el de las teorías disciplinarias más importantes: en economía, el keynesianismo; en sociología, el estructural funcionalismo; en psicología, el conductismo y el estructuralismo antropológico; en administración, el taylorismo-fordismo,

etcétera; y en otro nivel, en el de los grandes marcos teórico-epistemo-metodológicos, como los del neopositivismo y del marxismo, y en niveles intermedios, teorías como la de la dependencia. De esta hecatombe, que ha marcado un cambio *epocal*, al inicio parecía que solamente quedaría la pedacería de discursos inconexos sobre los que reflexionaría la postmodernidad (Lyotard, 1989). Pero, a pesar de las predicciones entre libertarias y pesimistas de los postmodernos, esta perspectiva no se ha convertido en dominante, y su punto máximo ya pasó en la década de los ochenta (Rose, 1984). A la fragmentación y a los pequeños discursos le han seguido nuevos grandes discursos, en especial el neoliberal, aunque ahora con un solo gran sujeto, el empresariado (Alexander, 1995). No sería la primera vez en la historia moderna del pensamiento social, que se producían estas hecatombes y difíciles recomposiciones. De hecho la última, había sucedido en la crisis de entreguerras, cuando la visión dominante — en el siglo anterior — del individualismo metodológico y del actor racional fue substituida por las perspectivas holistas y estructuralistas (Husserl, 1984). Estas grandes crisis no suceden simplemente en las concepciones, ni tampoco son resultado mecánico de las no verificaciones de las teorías; se trata de derrumbes de proyectos de sociedad, más que de hipótesis no verificadas a través de algún supuesto mecanismo de racionalidad instantánea, de grandes cambios de visiones del mundo y de ideas de futuro, que como maneras de ver y sentir se vuelven sobre las teorías y epistemologías para empujar el cuestionamiento de sus fundamentos. La anterior gran crisis de concepciones teóricas y epistemológicas, de la que surgieron con toda su fuerza el estructuralismo y el neopositivismo como dominantes, no pudo desentenderse del fracaso del *laissez faire* del siglo XIX, de lo impropio de sus concepciones individualistas y de actor racional frente al pujante movimiento obrero y las revoluciones sociales de principios del siglo pasado, de la misma manera en que en la crisis actual han influido las transformaciones de las grandes concepciones, la caída del Estado interventor capitalista, del socialismo real, la parálisis del movimiento obrero, la reestructuración productiva y la globalización. Toda crisis *epocal* ha sido terreno fértil para las perspectivas derrumbistas y liquidacionistas de la capacidad transforma-

dora del hombre y de la razón. A la postmodernidad le ha tocado ser una de las primeras síntesis del intento de liquidación de la ciencia, de las ideas de progreso, de los grandes discursos, de la Modernidad. Pero este estado de ánimo de los ochenta se ha transformado —en los noventa—, ante la evidencia de las limitaciones y polarizaciones generadas por el neoliberalismo. En esta medida, el desánimo con respecto de la razón ya no es el mismo que cuando se produjo el gran derrumbe de los ochenta, y las nuevas grandes teorías se disputan la hegemonía en diferentes niveles, como ocurría antes: en el de las teorías especializadas, es claro el predominio de las teorías económicas neoclásicas, a las que ahora disputan las neoinstitucionalistas; en las grandes perspectivas sobre la sociedad, disputan las de la *agency* con las nuevas de la elección racional, y con las de sistemas, junto a una suerte de gran perspectiva, aunque pareciera una contradicción, la postmodernidad (Dennet, 1991).

Estas grandes concepciones actuales sobre la sociedad, como grandes *relatos*, tienen un aspecto común: incorporar las actuales teorías sobre el discurso. Sin embargo, y de manera más general, la incorporación o confrontación con las teorías del discurso, ha llevado a la nueva teoría social a tratar de dar respuestas en un campo que en el período anterior quedó relegado frente al peso de los estructuralismos y del positivismo: el complejo campo de la *subjetividad*. De esta manera se recuperan —en términos nuevos— las corrientes hermenéuticas que en el otro período habían quedado relegadas, tales como el historicismo (Bizberg, 1989), la fenomenología, la etnometodología, y el interaccionismo simbólico, ahora leídas, principalmente, a través de las teorías del discurso (Delgado, coord., 1995). A estas perspectivas preferimos darles el nombre de hermenéuticas, en sentido amplio (Gadamer, 1993), a diferencia de otros autores que solo la atribuyen a una de sus corrientes, remitiendo a su sentido medieval original de interpretación de textos. Es decir, para nosotros la hermenéutica es una concepción genérica acerca de la realidad y el conocimiento —como lo fueron el marxismo, el estructuralismo o el positivismo, en otros sentidos—, que tiene su eje en el problema de la comprensión del significado, en particular, entender la experiencia como significativa; junto a

este eje aparecen los problemas propiamente sociológicos de cómo se generan socialmente y se acumulan los significados (Geertz y Clifford, 1991). En esta medida, la perspectiva hermenéutica se vincula con el de la subjetividad, entendida como proceso de producción de significados, que puede analizarse en el nivel individual o en el social (Bourdieu, 1987). Sin embargo, los significados no solo se generan por los individuos en interacción, sino que dentro de ciertos límites espaciales y temporales, se vinculan con significados acumulados socialmente, que los actores no escogieron (Habermas, 1988). Estos significados no son simplemente compartidos por consenso, sino que implican jerarquías sociales y de poder; es decir, la posibilidad de la imposición (Foucault, 1976).

1. Subjetividad y cultura

La importancia actual de la subjetividad en la teoría social del siglo XXI, nace del rechazo a los determinismos estructuralistas y funcionalistas del período anterior, y a la vez, aparece en muchas teorías actuales como recuperación parcial de las corrientes hermenéuticas (Cucho, 1996).

En su versión moderna, dejando como antecedente el Romanticismo del siglo XVIII, la hermenéutica aparece más rigurosamente formulada por el historicismo filosófico, con Dilthey y Rickert, que plantearon las diferencias entre ciencias del espíritu y de la naturaleza, confrontaron al positivismo de la época que trataba de adjudicar el método de las ciencias naturales a las sociales, y definieron la especificidad de las ciencias del espíritu en la existencia de un mundo interno de los sujetos que no puede ser directamente observado; también definieron el problema central de las ciencias del espíritu como el conocer los motivos internos de la acción, con lo que se justificaba la particularidad de su método, el de la *comprensión*, es decir, la interpretación de esos motivos internos, que en términos actuales se puede traducir como interpretación del significado, dejando atrás el concepto de mundo interno (Habermas, 1985). Pero el vuelco fundamental lo daría la fenomenología de

Husserl, que precisa y generaliza las intuiciones del historicismo, las distinciones entre ciencia de la naturaleza y del espíritu —campo este último de la hermenéutica— desaparecen, y el problema de la relación del yo y el mundo se generaliza a toda forma de conciencia (Schutz, 1966). De esta manera, para Husserl, la esencia es el sentido que el ser tiene para el ego, puesto que para la fenomenología es la vivencia la que define lo real, y no hay algo detrás de las apariencias, la cosa es lo que aparece; los hechos no son realidades sino objetos ideales definidos por conceptos. A partir de la fenomenología, el centro de la hermenéutica actual no será un supuesto mundo interno, sino el mundo de los significados. Con Schutz (1966), la hermenéutica tiene uno de sus momentos más sublimes; sus reflexiones acerca de la comprensión del significado de la acción basados en parte en Husserl y en parte en Weber, le permiten precisiones que acercan la fenomenología a la sociología. Así, aunque sin nombre, aparece la doble hermenéutica, en tanto que la comprensión del significado subjetivo de la conducta de otro no tiene por qué coincidir con el significado que tiene para mí como observador, porque solo captamos los datos externos del otro, y a partir de ahí (antiguo precepto historicista) postulamos acerca de su interioridad (Habermas, 1979). Al ser el cuerpo un campo de expresión de lo subjetivo, no significa que esta sea expresión voluntaria o que el individuo esté siempre expresando una intención, lo que incorpora implícitamente el problema de las significaciones expresadas no conscientemente. Esto lo reafirma con las categorías de motivos manifiestos —los que el actor puede expresar conscientemente— y latentes, que pueden no coincidir. Asimismo, critica a Weber el planteamiento (propio del historicismo) de que existen dos formas de captar la acción significativa, la observacional y la motivacional, pues fenomenológicamente no habría diferencia, en tanto la observación como la motivación son procesos interpretativos. Sin embargo, Schutz no deja de retomar la propuesta historicista acerca del mundo interno, ahora entendido como vivencia. Es decir, las vivencias se expresarían a través de signos, y están organizadas en un sistema de signos (función significativa del signo y expresiva, en un contexto de discurso);

pero rechaza que la significación corresponda a la vivencia; el significado es reflexión sobre la vivencia, pero no la vivencia misma (Habermas, 1980). Con esto marca Schutz una corriente dentro de la hermenéutica que no reduce el antiguo mundo interno a la significación, pues en todo caso, ese mundo se expresaría a través de signos. Por otro lado, marca otra línea que será posteriormente muy fructífera, la distinción entre significado objetivo, acumulación social de significados diríamos hoy, y significado subjetivo del signo. Sin duda que Schutz es un personaje central para la hermenéutica moderna, por su conexión entre filosofía y ciencias sociales; de él vienen los conceptos de intersubjetividad, el problema de cómo se produce la comprensión del sentido entre sujetos en interacción, el de mundo de vida y la exploración de toda una serie de formas de razonamiento del sentido común, por las cuales es posible la intersubjetividad como el uso de tipificaciones, de recetas y del principio etcétera (Gurwitsch, 1979).

La hermenéutica influyó en las ciencias disciplinarias de este siglo, sin ser dominante; está presente en el psicoanálisis, en tanto considerar un mundo interno escindido en un consciente y un inconsciente que se interpreta a través de la entrevista psicoanalítica, que aparece como técnica para penetrar indirectamente en el mundo interno; en la antropología en la corriente de *cultura y personalidad*, cuando introduce la idea de valores culturales actuados inconscientemente, y al plantear como técnicas de investigación la observación o las de corte psicoanalítico (Goff, 1980); el interaccionismo simbólico en sociología, cuando criticando al estructuralismo llega a la conclusión de que no existen los fenómenos transubjetivos, y plantea como tarea de la ciencia social captar las percepciones de la realidad del propio actor y cómo se relacionan con sus actos, en particular, la interacción entre símbolos y lenguaje. Si los hombres definen una situación como real, es real en sus consecuencias, lo que sería una traducción teórica del planteamiento fenomenológico de identidad entre fenómeno y esencia (Goffman, 1981). El interaccionismo simbólico, sobre todo, ha aportado a la moderna hermenéutica la idea central de que toda interacción social es una interacción simbólica, significativa, y que

por tanto, en oposición a la corriente propiamente fenomenológica emprendida por Schutz, el significado no es psíquico, sino que está ya en el acto social. Berger y Luckman (1968) por su parte, tratan de vincular lo individual y lo social al considerar que hay sedimentación (acumulación) de símbolos compartidos, y con esto se convierten en sociales. También hay un interés por profundizar los mecanismos de la intersubjetividad como en Cicourel (1974), que trata de resolverlo a través de la negociación de normas y el uso de la memoria, la selección, el reconocimiento de cursos de acción, las hipótesis del sentido común y las analogías.

La etnometodología en sociología y antropología (Garfinkel, 1967), que en lugar de intersubjetividad utiliza el concepto de reflexividad, como capacidad de comprender, anticipar y corregir, dentro de la preocupación de cómo comprenderse en el diálogo intersubjetivo, acuña los conceptos de indexicalidad (entendida como resemantización del significado en función del contexto) y el principio etcétera (recuperado de Schutz), en cuanto a la capacidad de decisión del sujeto, a pesar de no contar con todas las premisas para deducirla formalmente, a pesar de las ambigüedades e incertidumbres.

Evidentemente que las perspectivas hermenéuticas, a pesar de sus diferencias internas, se alejan de las visiones holistas y puramente normativas de la cultura (Archer, 1997). Por ejemplo, la de Parsons, quien creyó acuñar una teoría voluntarista de la acción y escapar de la cárcel del actor racional instrumental, del determinismo utilitarista e individualista, cayó en otro determinismo, el de tipo cultural. La jaula de hierro parsoniana (Giddens, 1987) se daba a través de la interiorización de normas y valores —la socialización—, porque el sistema cultural, analíticamente, era diferente del de la personalidad, y jerárquicamente, superior al mismo. La tradición que venía de Durkheim, de la conciencia colectiva como imposición social, siguió la línea del funcionalismo (Goldman, 1975). Pero, además de la visión holista, el propio concepto de cultura como sistema de normas y valores, contrasta con las teorías sociales actuales y las teorías del discurso, influenciadas por la hermenéutica, al verla no como normas y valores, sino como sig-

nos o bien significados, formando o no un sistema, problema que posteriormente abordaremos (De la Garza, 1992). La diferencia entre cultura y subjetividad, considerando la primera como sistema de normas y valores, o como acumulación de significados, estriba por un lado, en que normas y valores no agotan el amplio campo de los significados, no todos los significados tienen que ser necesariamente normativos, los significados pueden ser efectivamente morales, pero también estéticos, los puede haber de tipo cognitivo (la cognición y el conocimiento, en general, sujetos a interpretación no necesariamente en el sentido evaluativo) y las formas de razonamiento cotidiano (Moscovici, 1984). Por otro lado, aceptar que hay campos subjetivos como los mencionados, sin reducción de unos a los otros, por ejemplo, al de las normas morales, abre la posibilidad de distinguir subjetividad de cultura, y a la vez, de establecer sus conexiones. Subjetividad, en tanto proceso de producción de significados a partir de campos subjetivos como los mencionados, y con formas de razonamiento como las reseñadas por los hermeneutas y las teorías del discurso, y la cultura, vista no como sistema donde la heterogeneidad, discontinuidad y contradicción forman parte de la misma, sino como acumulación social de significados formando configuraciones. Es decir, la producción y la acumulación implican procesos de selección de significados socialmente aceptados, y por niveles de abstracción diversos, en los que las jerarquías de poder de los grupos sociales están presentes (Foucault, 1968), así como la presión de estructuras que si bien están embebidas de simbolismo no se reducen a lo simbólico, ni los interactuantes tienen por qué estar conscientes de su eficacia para delimitar sus espacios de acción (Fromm, 1972).

Las teorías del discurso han dado un gran impulso a la ciencia social actual, en particular, la conjunción entre teorías hermenéuticas y las del discurso, las que con perspectivas renovadas de ecos postmarxistas, han contribuido a conformar un panorama de gran riqueza y complejidad (Dubet, 1989). Desde los trabajos de Saussure (1985) en su *Curso de Lingüística General*, el acento es puesto en la lengua como sistema de signos convencionales que expresan ideas, es decir, los signos son vistos como abstracciones ratificadas

por el consenso colectivo, muy en la línea de conciencia colectiva de Durkheim; la lengua es como un diccionario depositado en el cerebro de los hablantes, e independiente de su voluntad, el signo es visto —de manera más precisa— como asociación entre significado (concepto) y significante (sonido). Sin embargo, como muchas ciencias sociales del siglo anterior, el camino que siguió el análisis del discurso fue el estructuralista (Greimas, 1973); por ejemplo, con Chomsky y sus concepto de estructura profunda, que determina la interpretación semántica de la frase y de estructura superficial que remite a la interpretación fonética, o bien, con la idea de que hay un estructura mental que subyace a la proposiciones. Posiblemente es con Austin y su teoría de los actos del habla que se da la conjunción entre ciencias sociales y del lenguaje, al pensar que producir un enunciado implica una interacción social (decir es hacer), de donde se derivará el concepto de práctica discursiva, destacándose la dimensión pragmática de los enunciados. Para la corriente de Kristeva que ve la lengua como productividad, la práctica social como significante, y el objeto literario como texto o producción de significados, o para las preocupaciones de Barthes (1985) acerca de cómo se construyen los significados y la posibilidad de la polisemia de los sentidos en un texto, o para las de Pecheaux y Robin con su concepto de formación discursiva por la cual no todo puede ser dicho a partir de una posición en una coyuntura, el análisis del discurso es a través de los factores que lo producen, como serían el cuadro institucional, los aparatos ideológicos, las representaciones, las coyunturas políticas, las relaciones de fuerzas. Sin embargo, aunque las analogías con las corrientes hermenéuticas podrían ser sugerentes en cuanto al problema de los significados, en esta línea la práctica discursiva tiende a verse como un nivel de realidad, y no todo nivel de realidad social sería discursivo, con lo que queda relativamente empobrecida la idea hermeneuta de ver toda práctica como significativa, no distinguiendo entre prácticas discursivas de aquellas que no lo son (Potter, 1998). La posición hermeneuta, si bien ha generado reduccionismos diversos, pues lo social queda restringido a las significaciones, como bien señala Giddens, puede asimilarse a la propuesta de la nueva sociología económica acerca

de lo *embebido*, en tanto toda práctica social no se reduce, sino que está embebida de significación, aunque a la vez, no todo nivel de las prácticas es captada significativamente por los sujetos; estos pueden estar o no conscientes de esos niveles, y sin embargo, sufrir su efectos (Bourdieu, 1992). Otro tanto se podría decir del efecto *caleidoscópico* de la relación social, es decir, una relación social no está simplemente *embebida*, porque lo embebido será — de cualquier manera— algo externo que se junta, pero que no es parte consubstancial de la relación, además de que el concepto de *embebido* remite a la imagen de relación social que no es cultural o social en sí misma, puesto que lo cultural o lo social solamente impregnarían a la parte esencial, que es otra. En cambio, decir que la relación social es *caleidoscópica*, es señalar que esta puede verse, según el problema, como económica, pero también como política y cultural. La relación social es una totalidad (Zemelman, 1992), y aunque es significativa, no se reduce a lo significativo: este es una dimensión de su totalidad.

En la actualidad, el problema del significado pareciera que queda resumido —discursivamente— en la semiótica, como investigación del sentido o estudio de la producción, circulación e interpretación del sentido en contextos enunciativos determinados (Van Dijk, 1997). Sin embargo, bajo la influencia de la hermenéutica, la semiótica vuelve a dividirse en dos grandes perspectivas: aquella que retoma el tema de la interpretación del sentido y que tampoco se concreta, como en algunas teorías de la comunicación, en la relación emisor-medio-receptor, sino que introduce el problema de la intersubjetividad, clásico tema fenomenológico, y la de la intertextualidad de las teorías cognoscitivas que utilizan el modelo computacional, una de cuyas formas particulares puede ser la de las redes neuronales de interpretación a través de códigos (Eyerman, 1991), aunque no hubiese un solo código compartido, y no existieran transgresiones, sino transcodificaciones y suspensión provisional de reglas. Otros, por su parte, han planteado que no hay proceso propiamente de decodificación, sino que se proponen hipótesis e inferencias contextuales, porque no se reciben mensajes sino conjuntos textuales. Estos son también los problemas

del análisis conversacional (Hamel, 1986), que analiza las conversaciones con sus giros, gestos y entonaciones, como parte de lo que da significado, las secuencias conversacionales. Es decir, en el análisis conversacional se abandona la idea de comprensión de la subjetividad, y se le reduce al análisis de lo observable en la conversación; el supuesto pareciera de corte positivista, al atenerse a lo observable. Otro tanto se puede decir del análisis de la retórica (Perelman y Olbretchs, 1989), que no pone el énfasis en imágenes mentales ni en la subjetividad, sino en los recursos discursivos para convencer, quedándose en la forma de estos recursos, sin preguntarse por qué en ciertas condiciones ciertos recursos son más eficientes que otros. Obviamente, no podemos despreciar el descubrimiento de las formas del lenguaje que sirven para argumentar, como el uso de la metáfora, de la *iconocidad*, de la analogía, y en general, la idea de que se argumenta en forma semejante a las inferencias de la lógica formal, aunque falten premisas o estén supuestas, o bien, aunque algunas premisas no sean de carácter cognitivo sino valorativo.

Hasta aquí cabe distinguir entre aquellos que igualan discurso a subjetividad, de los que distinguen —a la manera de Schutz— entre la vivencia y su expresión significativa; por otro lado, se distinguen los que reducen el análisis del discurso al discurso “objetivo”, observable y verificable, de aquellos que introducen el aspecto de la interpretación; o entre aquellos que igualan discurso con práctica, de los que consideran al discurso como una práctica entre otras, o bien, entre esos para los que toda práctica porta un *texto*, en el sentido de texto como conglomerado de signos, que es más que lo verbal o escrito. Práctica significativa que omite el análisis de la subjetividad, o bien, práctica *embebida* de significados en relación con la subjetividad, sin reducirse esta a su expresión discursiva o textual; es decir el viejo problema de la hermenéutica de la relación entre mundo interno y sus expresiones observables. Este mundo interno, reducido por algunos a la psicología, y por otros, a la neurología, abría la posibilidad de una concepción social de la subjetividad, a través de la noción de construcción social de significados.

Pero el problema más general no es la simple posibilidad de la exploración de la subjetividad (Sasy y Lerner, 1992) y de los significados, sino las relaciones entre estructuras, subjetividades y acciones sociales (De la Garza, 1992). En las ciencias sociales, el concepto de estructura ha sido muy utilizado, muchas veces ambiguamente definido (Viet, 1968), y a veces, confundido con sistema. Por ejemplo, para Parsons, una estructura es la forma de organización de un sistema constante; para otros, que la confunden con sistema, serían elementos interconectados en un sistema. De cualquier manera, en el período anterior a los ochenta, el concepto de estructura estuvo relacionado con el holismo, la idea de que la estructura se impone al individuo, de que la subjetividad es un hipfenómeno de la estructura, de que el cambio social se da por desajuste de estructuras (Habermas, 1981). La hermenéutica, como reacción al estructuralismo y al positivismo, despreció el concepto de estructura, pero han sido las nuevas teorías, especialmente las de la *agency*, las que la han recuperado, sin reducir subjetividad a estructura. En Bourdieu (1987), el concepto de estructura remite al de *habitus*, entendido como estructuras mentales o cognitivas para manejar el mundo social, y al de *campo* como redes de relaciones entre posiciones objetivas; sin embargo, tanto el *habitus* como el *campo* pueden ser entendidos a partir de prácticas regulares, actualizadas permanentemente. El tema de estructuras dependientes de las prácticas, a través del concepto de actualización, ha sido acogido en las teorías de la agencia. En Giddens (Cohen, 1996), las estructuras son las reglas que guían las prácticas ordenadas recurrentes, las prácticas conllevan reglas, y las reglas existen en las prácticas; es decir, no existen en sí, al margen de la práctica, de tal forma que la continuidad de la estructura necesita del concepto de estructuración como reproducción de relaciones sociales negociadas a lo largo del tiempo. De esta manera Giddens trata de resolver la dualidad entre estructura y acción; las estructuras acondicionan la acción, y a la vez, son resultados o se actualizan por las prácticas; el centro es por tanto la praxis, no la conciencia ni la estructura (Shaft, 1974). No obstante, tendríamos que preguntarnos —así como lo hicimos con la subjetividad y la cultura, en tanto la cultura

aparecía como acumulación social de significados y no cualquier producción aleatoria de signos— si los significados pueden ser objetivaciones de prácticas del pasado, entendiendo que estos se actualizan, y que los significados acumulados tienen una persistencia mayor y una autonomía relativa de las prácticas, por lo que no toda la realidad social son prácticas de manera inmediata. El problema no es empírico, sino que se pregunta cómo la realidad social puede ser pensada en diferentes niveles de abstracción. Por ejemplo, en el caso de la economía, en el fondo están las prácticas económicas significativas y con resultados prácticos significativos para los actores; pero en otro nivel de abstracción, están las variables macroeconómicas como resultados cristalizados de esas prácticas, de cuyo significado los actores pueden o no estar conscientes. De la misma forma, las estructuras pueden ser pensadas en muchos diversos niveles de abstracción, pues dependen de las prácticas moleculares, que pueden cristalizar y ser pensadas en niveles más macro, que no corresponden a la simple sumatoria de los micro (Piaget, 1968). En otras palabras, las estructuras no pueden existir sin prácticas, pero tampoco reducirse a estas. Tal vez opere con las estructuras lo que Marx denominaba el fetichismo; siendo productos humanos de las prácticas humanas, llegan a independizarse —relativamente— de sus creadores y a dominarlos, aunque este dominio nunca es absoluto y siempre hay un espacio para la acción viable y la subjetividad viable en la coyuntura (Heller, 1977). La solución fácil de reducir las estructuras a las prácticas, induce a un voluntarismo de modificación de las estructuras, al desactualizarse por cambio en las prácticas; sin embargo, el problema de fondo es que tanto las estructuras como cristalizaciones que escapan coyunturalmente a la voluntad acotan la acción viable, imaginar una reactualización del todo por la acción consciente es importante, pero no es imaginable la praxis pura sin acotamiento estructural, como tampoco lo es como praxis humana sin relación con la subjetividad (Heller, 1985). En esta medida, puede distinguirse —entre niveles de realidad relacionadas con las praxis inmediatas de los sujetos— de aquel resultado de cristalizaciones mediatas, sobre las cuales la acción inmediata tiene menor eficacia que en las primeras.

2. Estructura, subjetividad y prácticas

Trataremos de puntualizar algunas consideraciones importantes acerca de las relaciones entre estructura, subjetividad y práctica. Si bien las estructuras pueden ser derivadas de las prácticas, su eficacia analítica tiene que ser resultado de un proceso de abstracción de las múltiples prácticas, una estilización de las mismas, y su conceptualización en términos de grandes entramados. Sin embargo, las estructuras no pueden remitir a una sola estructura social —concepto más que abstracto, ambiguo— por su pretensión de eficiencia para toda práctica, sino a las estructuras pertinentes para cada situación y coyuntura; esta vía evita pensar la sociedad como portadora de una gran estructura, puesto que las estructuras pueden o no estar conectadas formando configuraciones (en todo caso, se trata de probar su pertinencia para el problema). Por otro lado, las estructuras pueden remitir efectivamente a prácticas, aunque también alejarse de ellas a través de procesos de objetivación que presionan a dichas prácticas, y por tanto, no son simples resultados inmediatos de estas. Pero otras estructuras pueden ser subjetivas, como formas de conciencia o no conciencia, y relacionadas con ellas, haber estructuras culturales como significados acumulados socialmente, con estructuraciones parciales, formando también configuraciones. Sin embargo, las posturas anteriores no resuelven el problema de si la significación solo está en la práctica o si está, y a la vez remite, al campo de la conciencia. Actualmente, la solución no puede darse a través de presupuestos positivistas ya superados, de solo considerar real lo observable directamente. Las realidades no directamente observables han sido aceptadas desde la etapa superior del neopositivismo, a través de la teoría de los dos niveles del lenguaje científico de Carnap, de tal forma que si en las prácticas y en los discursos las significaciones remiten a signos, el problema no se reduce a su interpretación, sino a su posible conexión con el campo de la subjetividad. De tal manera que si bien todas las prácticas pueden ser significativas o textuales, lo anterior no evita analizar y conectar prácticas significativas con subjetividad, como proceso de dar sentido a las propias prácticas que no se agotan en el significado de la práctica misma como resultado,

porque el producto existe dos veces: uno como resultado, y otro en la subjetividad del actor (Heller, 1980). Así, práctica y subjetividad están conectadas desde el momento en que la subjetividad que da significado puede anteceder a la práctica, pero el significado la acompaña en su transcurrir y en los resultados. La repugnancia interaccionista simbólica de negarse a explorar el campo de la subjetividad, pareció más influida por un positivismo tipo Círculo de Viena, asimilado a destiempo en los Estados Unidos, que por la hermenéutica. Por otro lado, a diferencia de los fenomenólogos y etnometodólogos, y de las teorías del discurso que reducen las prácticas a su aspecto discursivo o significativo, diríamos que la praxis es principalmente práctica interactiva con otros hombres y con la naturaleza, que es asimismo significativa, pero que la significación no agota al contenido material de la práctica, sino que es una de sus dimensiones; no la *embebe*, sino que es parte constitutiva de la misma, le da un sentido humano, que a su vez es transformación material del mundo y de la sociedad. Los que ven este problema como *embebimiento* significativo de la práctica, tendrían que considerar que los embebimientos no se agotan en la significación; otra dimensión del caleidoscopio es el poder, es decir, se practica para convencer, para influir, para engañar, pero también para vencer, para ganar, para dominar, para accionar en forma reproductiva o productiva.

La subjetividad está relacionada con el discurso, pero no se reduce al mismo; los discursos expresan significados, pero no los agotan, desde el momento en que la vaguedad subjetiva también puede ser cierta y no puede descartarse la posibilidad de que haya estados de ánimo que no lograron expresarse en discursos (Vovelle, 1987). En esta medida, tendríamos que pensar los campos de la subjetividad no reducidos a los discursos manifiestos o contenidos en las prácticas de manera implícita. Además, cuando aludimos a la subjetividad, no nos interesa como proceso fisiológico ni como proceso psicológico, sino como proceso social (Piaget, 1968); es decir, como proceso de dar sentido que puede trascender lo individual, no se trata solo de los sentidos acumulados, sino del proceso mismo. En esta medida, es posible hablar de los campos de la subjetividad, espacios diversos que permiten dar sentido porque

contienen elementos acumulados para darlo socialmente, no a través de la identificación de códigos que reduciría la subjetividad a la cultura, sino como proceso que incorpora los códigos acumulados creando configuraciones subjetivas para la situación concreta. Campos como el del conocimiento, en tanto cognición y que incluye la información (su jerarquización), el de las normas y valores a la manera de las teorías tradicionales de la cultura, el del sentido estético, el del sentimiento como fenómeno social, y el del razonamiento cotidiano (Di Giacomo, 1984). El discurso podría sintetizar lo antes dicho, expresarlo como producto subjetivo, pero toda síntesis es simplificación, y con ello, pérdida de significado (Heller, 1987).

Además, las prácticas son significativas, pero su densidad significativa puede ser variable, muy diferente al concepto de *descripción densa* de Geertz, que no diferencia entre intensidades de la significación ni entre *sincretismos significativos*, ni mucho menos abre la posibilidad de que la densidad sea tal, que vuelva poco claro el análisis. Es decir, no todo puede dilucidarse a partir del análisis de lo *embebido* de significaciones en las prácticas, tiene que complementarse con el análisis de la conciencia y de lo que no lo es en la propia subjetividad (Bourdieu, 1987). Las ciencias sociales, en sus diversas disciplinas y enfoques, son ricas no solo en análisis del discurso, sino en la exploración de las ideologías, sentimientos, valores, razonamientos de los sujetos que actúan (Aronowitz, 1992). Una manera de escapar a la concepción computacional del sentido, como veremos, es a través de la noción de *configuración*, que se contrapone a la de sistema y a la de programa computacional.

¿Cómo es el proceso de dar sentido? El punto de partida es la relación con el mundo externo al sujeto, con otros sujetos, con la naturaleza. Se puede recuperar la idea de Berger de que la conciencia siempre es de algo, entonces el sentido siempre es de algo, es concreto, de tal forma que las presiones del mundo en cuanto a darle sentido, respuestas prácticas y soluciones, movilizan el aparato de dar sentido llamado subjetividad, aparato que no es sistémico sino que heterogéneo (Luhmann, 1994), tiene partes

conectadas con relaciones duras, causales o blandas, de contigüidad, o bien discontinuidades, contradicciones, y la posibilidad de la polisemia del significado. Además, hay procesos rutinarios de dar sentido, la reproducción del sentido en lo cotidiano que accionan elementos normales de la subjetividad, mientras otros elementos permanecen sumergidos, aparentemente inactivados, pero que en situaciones extraordinarias pueden emerger y otorgar sentidos que eran poco imaginables en la simple reproducción social.

El proceso de dar sentido no es por identificación con códigos, sino que moviliza códigos en un proceso análogo al inferencial, o mejor dicho, a la argumentación; se trata de un proceso de autojustificación o autoexplicación del por qué, del cómo, del cuándo, de con quién. Este proceso pseudoinferencial se distingue de la deducción porque, en primer lugar, algunas premisas pueden estar ocultas u omitidas; en segundo lugar, porque conocimientos, valores, sentidos estéticos y sentimientos, pueden jugar el papel de premisas, y por lo tanto, tienen que ver con el sentido subjetivo más que con la epistemología; en tercer lugar, la forma de combinación de las premisas es —en parte— a partir de formas del razonamiento cotidiano, como serían el principio etcétera, la analogía, la metáfora (tan analizadas por las corrientes hermenéuticas), y la sociología de la vida cotidiana, así como las teorías de las representaciones sociales (Lawrence, 1994). Finalmente, está el problema de la intensidad de la premisa, es decir, la fuerza —en tanto convicción— de una sola premisa que puede opacar e incluso anular a otras que apunten en sentidos contrarios. Lo anterior remite también a la posibilidad de que en el razonamiento cotidiano esté presente, además de la discontinuidad y la incertidumbre, la contradicción (Lukács, 1980).

Los procesos de reproducción de relaciones sociales implican regularidades en las formas de dar sentido; sin embargo, con la posibilidad de la ruptura en la intersubjetividad, la desviación y la incompreensión no quedan anuladas. Pero esto ocurre en los procesos extraordinarios, que no pueden asimilarse más que como analogías muy libres a los reproductivos, en los que pueden emerger estratos fosilizados de la subjetividad, que pudieron formar parte de memo-

rias colectivas y trastocarse los sentidos cotidianos por otros aparentemente inusitados, abriéndose la posibilidad de rupturas entre códigos subjetivos, rearticulaciones, asimilaciones o creaciones (Foucault, 1977). Es decir, los códigos de los campos de la subjetividad no pueden ser pensados, no pueden ser concebidos formando un sistema, pero tampoco como totalmente atomizados; pueden tener estructuras parciales con sus respectivas contradicciones y discontinuidades, formando conglomerados con relaciones duras (causales o deductivas) o blandas (analogías, metáforas, etétera), de tal forma que la adjudicación de un significado que moviliza elementos de un campo no funciona como código atomizado, sino como conglomerado, y su función de contribuir al sentido es por agregados, más que por identificaciones de uno a uno (Foucault, 1983).

Estos elementos de los conglomerados de la subjetividad provienen de la cultura, entendida como acumulación de significados, o mejor dicho, como configuraciones de códigos para dar significado. Es decir, la capacidad de las configuraciones de dar significado no tiene necesariamente que ver con experiencias idénticas; se trata más de una función generativa de significados, a través de las configuraciones de códigos y del proceso pseudoinferencial. Los códigos y configuraciones de la cultura son interiorizados a través de la experiencia, no son neutrales, sino que llevan implícito el problema del poder (Monteforte, 1980). Las configuraciones culturales tampoco son sistémicas (a diferencia de Luhmann, 1993), son heterogéneas y presentan contradicciones, disfuncionalidades y discontinuidades; su origen es histórico social, con negociaciones de significados, imposiciones y consensos. Por lo tanto, los campos de la cultura rebasan los de la normativa, y se introducen en el sentimiento, la estética y el razonamiento cotidiano; nuevamente se cristalizan en los discursos, pero las prácticas rebasan los textos, y puede haber cogniciones, sentimientos y valores ambiguos, actuados no conscientemente. Los códigos de dar significado tienen que actualizarse a través de los procesos de subjetivación, de dar sentidos concretos, pero no desaparecen en el preciso momento en que una parte de los actores empieza a dar otros sentidos, porque

tampoco la sociedad es homogénea clasistamente, o por grupos sociales, y la lucha por la significación, en tanto lucha por las hegemonías como visiones del mundo, no necesariamente se resuelve por la negociación; de hecho, puede abrirse un período de crisis de las significaciones, sin que las viejas estructuras de codificación de significados desaparezcan inmediatamente; estas pueden ser sostenidas por una parte de la sociedad en contra de la otra. Solo en este sentido la cultura puede entenderse actualizada históricamente, y a la vez, con mayor permanencia que los procesos individuales de dar sentido (Elster, 1991).

Las estructuras también como cristalización de prácticas son significativas, pero las inmediatamente significativas, *embebidas* de significación, dirán algunos, con dimensión de sentido, diremos nosotros, son las prácticas cotidianas; sin embargo, al subir el nivel de abstracción sobre las estructuras, el *embebimiento* de significados, o bien la visualización de la dimensión subjetiva, se va distanciando de las prácticas cotidianas y apareciendo como algo ajeno a la vida común, como un poder ajeno que constriñe la acción cotidiana, aunque sean ellas mismas resultado último de las prácticas. Es decir, las resultantes de la infinidad de interacciones tienen resultados, muchas veces, no planeados, ni anticipados por los hombres; es así como la sociedad aparece como holista, sin ser sistémica, como si hubiera entes por encima de las interacciones cotidianas; pero no se trata de la simple apariencia, sino de otro nivel de realidad, producto también de los hombres, y sobre el cual estos pierden control o su significación; aparece solo en el momento del resultado como producto, no como proceso de las prácticas inmediatas con significado. La abstracción se vuelve existente; como fetiche aparece con vida y significado propio, como ente suprahumano que llega a dominar a los hombres. Es el fetichismo de la significación. Estas estructuras supraindividuales constriñen en la realidad la acción de los sujetos y sus significaciones, aunque no actúan como una gran estructura; su pertinencia tiene que ser descubierta para la situación concreta.

Las restricciones estructurales y subjetivas llevan al concepto de espacio de posibilidades para la creación de configuraciones

subjetivas, para dar sentido a la situación concreta. Es decir, no es solo lo pseudoinferencial, las eficiencias de códigos en conglomerados, sino el no determinismo en la significación, aspecto más profundo de la actualización, que rompe el límite entre producción y reproducción de significados. En otras palabras, no hay determinismo en cuanto a que a una situación le correspondiera un solo significado por un sujeto; sin embargo, los significados posibles en la coyuntura se mueven en un espacio finito, con límites definidos por las estructuras transubjetivas, y las de la propia cultura y la subjetividad; luego, estos significados —traducidos y formando parte de las praxis— tendrán que enfrentarse a su prueba, aunque en este aspecto, las pruebas nunca son definitivas, a lo sumo satisfactorias, material y/o subjetivamente. Porque no se trata de una epistemología de la correspondencia entre pensamiento y realidad externa, sino de la significación como dimensión de las praxis y sus resultados, que tienen también significado subjetivo.

3. Configuraciones

Dentro de las nociones que remiten a intentos de apertura en las formas de pensamiento frente a la rigidez lógica positivista, está la de *configuración*. Esta noción ha sido utilizada de diversas formas: en teoría de sistemas significa diversidad de enfoques (aproximaciones) sobre un objeto, diversas representaciones y proyecciones de él. El sistema de representaciones de este sería su configuración. Una manera diferente de concebir la configuración es como contorno del objeto (límite entre sistema y no sistema); así, no denota una forma de relación, sino un conjunto de relaciones que definen a un objeto como en Suppe (1967). Zemelman adopta una definición semejante, es decir, la de configuración como contorno, aunque se trataría de trascender sus límites; de este modo acuña la idea de configuración problemática (Zemelman, 1992). En síntesis, con la noción de configuración se concibe el objeto como dado o como dándose, ha sido entendido como conjunto, racimo o contorno de representaciones de un objeto; para unos se trata de sistematizar, para otros de despara-

metralizar, pero esto solo apunta vagamente a la forma interna de las relaciones de y con el objeto.

Es posible llevar la noción de configuración en otra dirección, hacia un concepto alternativo de teoría, en cuanto a sus relaciones internas, y para el tema que ahora nos interesa, como sustituto del concepto de sistema. Para ubicarlo dentro de los fundamentos de la *reconstrucción del objeto* (Zemelman, 1992), tendríamos que partir de que la posibilidad de desarticulación de conceptos de sus relaciones originales, está relacionada con lo fuerte o débil de estas relaciones en la teoría original. Es decir, así como Bachelard (1975) pensó en perfiles de maduración de conceptos y sus relaciones, así como Stangmüller habló de teorías presistemáticas como variables libres, es posible hablar —en forma más general— de relaciones fuertes o débiles entre conceptos en una teoría; fuertes como las relaciones causales o deductivas; débiles como aquellas que vienen de formas de razonamiento cotidiano. En realidad, no se trataría de una dualidad de fortaleza-debilidad, sino de un continuum entre niveles intermedios. En segundo término, el reconocimiento de que en una teoría pueden articularse conceptos propiamente teóricos con términos del lenguaje común. Tercero, cuando predominan las formas débiles de relación en las teorías, se trata más bien de una configuración. Es decir, una configuración es un arreglo o una red de características, o de propiedades del objeto, que pueden estar en relaciones fuertes o débiles. Un concepto puede ser concebido de forma semejante, como configuración de dimensiones con diversos grados de fortaleza en sus relaciones. En esta medida, la posibilidad de desarticulación entre conceptos puede extenderse a la desarticulación del propio concepto, y por lo tanto, la rearticulación ser de las dimensiones de un concepto, que en la desarticulación puede llegar a transformarse, no solo por su relación con otros. En un primer momento, la rearticulación puede implicar la definición de configuraciones débiles, como arreglo de dimensiones conceptuales de diversos orígenes. Asimismo, la capacidad de una teoría de ser desarticulada, depende de la dureza de las relaciones en sus configuraciones. En última instancia, el concepto puede ser visto como una confi-

guración más o menos dura, y la teoría, como configuración de configuraciones.

Las formas duras o débiles de las relaciones se relacionan con lógicas diversas, las que pueden entrar en funcionamiento en los momentos de las rearticulaciones. Las más teorizadas y reconocidas corresponden a la lógica formal, específicamente a las relaciones causales Si A entonces B o a la deducción; pero habría que pensar que formas del razonamiento cotidiano (débiles en cuanto a su univocidad y formalización) pueden tener un papel en las relaciones conceptuales en las teorías, y en especial, en momentos de rearticulaciones novedosas: operaciones como la analogía, el uso de recetas, esquematizaciones, el principio etcétera, el papel de los sentimientos, creencias, valores, estética. Y operando entre la lógica formal y el razonamiento cotidiano, las funciones de resemantización, rejerarquización entre conceptos, reenganches, asimilaciones, mimetismos, y sobre todo, el papel de la argumentación como vinculante conceptual.

Se puede preguntar qué grado de coherencia puede tener una noción de configuración tan abierta, y precisamente tendríamos que reconocer que los conceptos en las teorías también pueden ser contradictorios (no todos), presentar discontinuidades u oscuridades. No se trataría de la contradicción lógico formal, sino de algo cercano a lo que Gramsci llamó la contradicción substantiva no lógica, sino de contenido. El uso creativo de la contradicción substantiva en la formación de configuraciones, puede llevar al descubrimiento de formas no teorizadas. Si hemos planteado que el concepto ampliado de teoría puede pensarse como configuración de configuraciones, mirando hacia la definición de espacios de lo posible, sus límites pueden ser pensados como articulación de espacios desde los más abstractos hasta los más concretos, delimitados por opciones polares en cada nivel de abstracción.

Así como podemos hablar de un concepto de configuración teórica, que apunta en un sentido diferente al del concepto estándar de teoría, también podemos hablar de *configuraciones subjetivas*, en cuanto a la formación de conglomerados o redes específicas de códigos de diferentes espacios subjetivos para dar sentido a la si-

tuación concreta. Es decir, la configuración subjetiva sería el arreglo o red específica de códigos provenientes de los campos de la cognición, valorativos, sentimentales, expresados —o no— discursivamente, y combinados en parte en forma pseudoinferencial, a través de categorías del razonamiento cotidiano. La configuración subjetiva da sentido a la situación concreta (en tanto explicar, decidir) relacionada con las prácticas. La formación de configuraciones subjetivas para dar sentido, no es un proceso sistémico deductivo, sino de construcción; estas construcciones pueden darse a través de procesos rutinarios de formación de configuraciones, pero también a través de procesos que inicien una reconfiguración de la subjetividad misma. Sin embargo, las capacidades de creación de configuraciones en la coyuntura, aunque no son determinísticas, tampoco son completamente voluntarias; los significados y códigos acumulados presionan para dar determinados sentidos; las estructuras del mundo externo también constriñen, de forma de hablarse de espacios de posibilidades en la coyuntura concreta de construcción de configuraciones subjetivas. La premisa de que no todo puede ser pensado en cualquier coyuntura, adquiere ahora una dimensión no voluntarista, pero tampoco determinista. Las praxis se pueden volver sobre las subjetividades y las estructuras, presionando hacia su reconfiguración. Estas reconfiguraciones pueden implicar asimilación de nuevos códigos, emergencia de otros que estaban sumergidos, rejeraquizaciones, polisemias y cambios de intensidad significativa. En fin, el concepto de configuración puede ser alternativo al de teoría como sistema de proposiciones vinculadas entre sí en forma deductiva (y también para pensar el campo de la subjetividad), pero también, como configuración de relaciones sociales —e incluso de estructuras—, configuración de las relaciones entre estructuras, subjetividades y acciones.

Bibliografía

Alexander, Jeffrey (1995) *Fin de Siecle*. London, Verso.

- _____(1989) *Las teorías Sociológicas después de la Segunda Guerra Mundial*. Barcelona, Editorial Gedisa.
- Archer, Margaret (1997) *Cultura y Teoría Social*. Buenos Aires, Nueva Visión.
- Aronowitz, Stanley (1992) *The Politics of Identity*. New York, Routledge.
- Bachelard, Gastón (1975) *La Formación del Espíritu Científico*. México, Siglo XXI Editores.
- Barthes, Roland (1985) *Introducción al análisis estructural del relato*. Puebla, La Red de Jonás.
- Berger, Peter; Luckmann, Thomas (1968) *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires, Amorrortu Editores.
- Bizberg, Ilan (1989) "Individuo, Identidad y Sujeto". *Estudios Sociológicos*, El Colegio de México, vol. 7, No. 21, pp. 485-518.
- Bourdieu, Pierre (1992) *The logics of practice*. London, Polity Press.
- _____(1987) *A Economia das Trocas Simbólicas*. Sao Paulo, Perspectiva.
- _____(1984) *Distinction*. London, Routledge.
- Cicourel, Aaron (1974) *Cognitive Sociology*. New York, The Free Press.
- Cohen, Ira (1996) *Teoría de la Estructuración*. México, McGraw Hill.
- Cuche, Denys (1996) *La noción de cultura en las ciencias sociales*. Buenos Aires, Nueva Visión.
- De la Garza, Enrique (1992) *Crisis y sujetos sociales en México*. México, Editorial M.A. Porrúa.
- Delgado, Juan Manuel (1995) *Métodos y técnicas de investigación en ciencias sociales*. Madrid, Editorial Síntesis.
- Dennett, Daniel (1991) *La Actitud Intencional*. Barcelona, Editorial Gedisa.
- Di Giacomo, Jean Pierre (1984) *Rappresentazioni Sociali e Movimenti Collettivi*. Milano, Liguori Editori.
- Dubet, François (1989) "De la Sociología de la Identidad a la Sociología del Sujeto". *Estudios Sociológicos*, El Colegio de México, vol. 7, No. 21, pp. 519-545.
- Elster, Jon (1991) *El cemento de la sociedad*. Barcelona, Editorial Gedisa.
- Eyerman, Ron (1991) *Social Movements, a cognitive approach*. Pennsylvania, The Pennsylvania State University Press.

- Foucault, Michel (1983) *Arqueología del Saber*. México, Siglo XXI Editores.
- _____ (1977) *Historia de la Sexualidad*. México, Siglo XXI Editores.
- _____ (1976) *Vigilar y Castigar*. México, Siglo XXI Editores.
- _____ (1968) *Las palabras y las cosas*. México, Siglo XXI Editores.
- Fromm, Erich (1972) *Sociopsicoanálisis del campesino mexicano*. México, Fondo de Cultura Económica.
- Gadamer, Hans-Georg (1993) *Philosophical Hermeneutics*. Berkeley, Universidad de California Press.
- Garfinkel, Harold (1967) *Studies in Ethnomethodology*. New York, Prentice Hall.
- Geertz, Clifford; Clifford, James (1991) *El surgimiento de la antropología postmoderna*. Barcelona, Editorial Gedisa.
- Giddens, Anthony (1987) *Las nuevas reglas del método sociológico*. Buenos Aires, Amorrortu Editores.
- Goff, Tom (1980) *Marx and Mead*. London, Routledge.
- Goffman, Erving (1981) *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Buenos Aires, Amorrortu Editores.
- Goldman, Lucien (1975) *Las nociones de estructura y génesis*. Buenos Aires, Nueva Visión.
- Greimas, Algirdas, J. (1973) *Semántica Estructural*. Madrid, Editorial Gredos.
- Gurwitsch, Aron (1979) *El campo de la conciencia*. Madrid, Alianza Editorial.
- Habermas, Jürgen (1988) *La lógica de las ciencias sociales*. Madrid, Editorial Tecnos.
- _____ (1985) *Conciencia moral y acción comunicativa*. Barcelona, Ediciones Península.
- _____ (1981) *La reconstrucción del materialismo histórico*. Madrid, Editorial Taurus.
- _____ (1980) *Teoría y Praxis*. Buenos Aires, Amorrortu Editores
- _____ (1979) *Communication and Evolution of Society*. London, Heinemann.
- Hamel, Rainer (1986) *Análisis conversacional*. México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social.
- Heller, Agnes (1987) *Teoría de los sentimientos*. Madrid, Fontanera.

- _____ (1980) *El Hombre del Renacimiento*. Barcelona, Ediciones Península.
- _____ (1977) *Historia y vida cotidiana*. México, Editorial Grijalbo.
- _____ (1977) *Sociología de la vida cotidiana*. Barcelona, Ediciones Península.
- Husserl, Edmund (1984) *Crisis de las ciencias europeas y la fenomenología trascendental*. México, Folio.
- Lawrence, J. (1994) *Common Sense*. New York, Addison Wesley.
- Luhmann, Niklas (1994) *Sistemas Sociales*. México, Alianza Editorial.
- _____ (1993) *Teoría de la Sociedad*. Guadalajara, Universidad de Guadalajara.
- Lukács, György (1980) *Ética, Estética y Ontología*. México, Editorial Grijalbo.
- Liotard, Jean-François (1989) *La Fenomenología*. Buenos Aires, Editorial Paidós.
- Monteforte Toledo, Mario (1980) *El discurso político*. México, Nueva Imagen.
- Moscovici, Serge (1984) *Psicología Social*. Buenos Aires, Editorial Paidós.
- Perelman, Chaïm; Olbrechts, Lucie (1989) *Tratado de la Argumentación*. Madrid, Editorial Gredos.
- Piaget, Jean (1968) *El Estructuralismo*. Buenos Aires, Proteo.
- Potter, Jonathan (1998) *La representación de la realidad*. Barcelona, Editorial Paidós.
- Ritzer, George (1992) *Teoría sociológica contemporánea*. México, McGraw Hill.
- Rose, Gillian (1984) *Dialéctica del nihilismo*. México, Fondo de Cultura Económica.
- Sasy, Ivonne; Lerner, Susana (1992) *Para comprender la subjetividad*. México, El Colegio de México.
- Saussure, Ferdinand de (1985) *Curso de Lingüística General*. México, Editorial Planeta.
- Shaft, A. (1974) *Estructuralismo y marxismo*. México, Editorial Grijalbo.
- Schutz, Alfred (1966) *Fenomenología del mundo social*. Buenos Aires, Períodos.
- Suppe, A. (1967) "What is Scientific Theory". *Philosophy of Science Today*, Basic Books.
- Van Dijk, Teun (1997) *El discurso como estructura y proceso*. Barcelona, Editorial Gedisa.

- Viet, Jean (1968) *Problemas del estructuralismo*. México, Siglo XXI Editores.
- Vovelle, Michel (1987) *Ideologías e Mentalidades*. Sao Paulo, Editora Brasiliense.
- Zemelman, Hugo (1987) *Los horizontes de la razón*. Barcelona, Anthropos Editorial.



Apéndice 4

El método en la formación de la clase obrera en Inglaterra (la configuración entre niveles de la realidad social)

Una obra historiográfica marxista que causó gran impacto en su época, y sobre la cual no se ha reflexionado suficientemente en lo metodológico, es *La formación histórica de la clase obrera*, de E. P. Thompson (1977), texto que se inscribe en la última oleada renovadora del marxismo de finales de los cincuenta y principios de los sesenta.

La ruptura de Thompson con la ortodoxia estalinista fue semejante a la de Panzieri, de Mallet, de Castoriadis. Desde el punto de vista político, se trató de la ruptura con el reformismo de los partidos comunistas de Europa occidental, y a la vez, la crítica al después llamado socialismo real. Desde el punto de vista teórico, se rompió con el marxismo naturalista, economicista y positivizante del estalinismo, y la reivindicación de la olvidada categoría de totalidad como concepto metodológico central del marxismo, y de la lucha de clases como centro del cambio histórico.

La crítica de Thompson al marxismo positivista y estructuralista, así como su acento en la lucha de clases, lo llevó a reflexionar acerca del contenido del concepto de *clase obrera*. Para este autor, la clase social —en general— no es una simple estructura, “en contraposición a ciertas versiones marxistas que piensan la distinción entre clase en sí y clase para sí, como la de estructura o situación material con respecto a estructura-superestructura”, sino que en todo momento la clase social se define por determinadas condiciones materiales de existencia, además de determinada experiencia social y determinadas formas de conciencia. Y aunque la clase social está fundamentalmente determinada por las relaciones productivas en las que se nace o vive, y la conciencia de clase resulta la traducción de las experiencias de la clase en términos culturales, no puede establecerse una relación mecánica de la estructura y la conciencia con la experiencia.

Las consecuencias metodológicas para el análisis de la clase obrera, en particular, se derivan del uso que Thompson hace de la categoría de *totalidad*: La existencia de la clase, “la relación entre base y superestructura al nivel de la clase obrera”, es una totalidad en movimiento, totalidad entendida como niveles diversos de realidad de la clase, con determinaciones complejas y recíprocas entre los diversos niveles. Por ello, el análisis de la clase obrera solo puede realizarse reconociéndola en movimiento, no por simples cortes transversales en el tiempo, sino en largos períodos. Es decir, la clase solo puede definirse en el tiempo y en procesos de formación y reformación, en procesos de acción y reacción, y de identificación de sus intereses y sus enemigos.

De esta forma, en Thompson aparece como categoría teórico-metodológica central la de “proceso de formación de clase”, en donde la formación de una clase social no solo es producto de condiciones objetivas cambiantes, sino que la propia clase en formación es también creadora de sí misma y de las condiciones objetivas de su acción.

En *La formación histórica de la clase obrera*, Thompson rastrea el proceso de formación de la clase obrera en Inglaterra, a través de la reconstrucción del período 1780-1832, “hasta antes

del surgimiento del cartismo”, proceso entendido —principalmente— como de identificación de los obreros ingleses entre sí, y de la oposición a otra clase social.

La reconstrucción del proceso de formación de la clase obrera en Inglaterra pone en juego las nociones de totalidad en rearticulación y de la clase como síntesis entre base y superestructura. Es particularmente notoria la importancia que Thompson otorga al concepto de cultura, *cultura obrera*, como mediación entre base y acción. En este sentido, Thompson considera tres grandes niveles de la realidad de la clase que desde su punto de vista, determinaron la constitución de la clase obrera como clase: 1) las *tradiciones populares* de antes del período y cómo se transforman en dicho periodo, 2) la *Revolución Industrial* y la formación del mercado capitalista de trabajo, y 3) el *radicalismo plebeyo*, sobre todo en términos de organizaciones radicales de la época y sus acciones y programas.

1. *Las tradiciones populares que influyeron en las acciones jacobinas de finales del siglo XVIII.* Esta línea de investigación es abordada por Thompson de varias maneras. En primer término, con la constatación del significado nuevo de la llamada “sociedad de correspondencia”, organización nacida en Inglaterra a fines del siglo XVIII, que marca una novedad en las formas organizativas de las clases subalternas en Inglaterra, así como por su ideología. La sociedad de correspondencia era una sociedad dirigida por obreros, de acceso ilimitado a la misma (negando la relación burguesa de la época entre propiedad y derecho político), y en búsqueda de la acción organizada que contrasta con el *motín popular* de los años anteriores.

Por otra parte, Thompson analiza cómo las protestas en contra de las consecuencias de la Revolución Industrial se asentaron en viejas tradiciones: *las tradiciones ambiguas* acerca del ciudadano inglés y sus derechos, que partían de la Revolución inglesa del siglo XVII, e incluso, de viejas tradiciones populares que reivindicaban un supuesto igualitarismo sajón, prenormando y prerromano; la tradición del *motín popular*, como forma de protesta salvaje de

los oprimidos en contra de la opresión, y *la tradición inconformista* y su modificación por el resurgimiento del *metodismo* como religión racional (en la ideología metodista, anota Thompson, se presentaba una contradicción: por un lado impulsaba la fidelidad a la corona y el conformismo, justificando el derecho divino del rey, y por el otro, al presentarse como una *religión racional* daba pie a las ideas de igualdad y al cuestionamiento del despotismo).

Finalmente, en el análisis de las tradiciones populares, específicamente de la moral popular, Thompson introduce un planteamiento metodológico inusitado en su tiempo: la necesidad del análisis de las *minorías diferenciadas* (prostitutas y ladrones), para captar la moral popular ante la evidencia de identificación entre moral de estas minorías y moral del pueblo, porque —señala el autor— “en las minorías diferenciadas cristalizan actitudes y valores que en la mayoría permanecen ambiguos”. Además, testimonios de la época tendían a mostrar cómo la diferencia real entre los “buenos” y los “malos”, concentrados en estas minorías, no era tan nítida; al respecto, resultaban numerosas las quejas acerca de la “baja moral del pueblo”, que movía a las autoridades civiles y eclesiásticas a imponer todo un sistema de vigilancias y castigos a los infractores morales. Por ello Thompson da importancia al análisis en la vida y moral de los criminales, los soldados y los marinos, la vida en las tabernas, las posadas y las ferias, grupos y lugares en donde en forma más clara se expresa lo que en otros aparecería distorsionado, además de ser lugares y grupos que jugaron un papel importante como focos de rebeldía, por estar menos mediatizados por la moral oficial; en síntesis, fueron parte de las tradiciones populares que la revuelta de los obreros supo incorporar sus luchas.

Desde el punto de vista de las fuentes de información y del significado del dato empírico para el estudio de las tradiciones populares, anotamos que Thompson utiliza en esta parte principalmente documentos de la época, programas de grupos e iglesias, panfletos agitadores y libros doctrinarios, eclesiásticos o civiles. El dato cultural, que es el que preocupa a Thompson, es siempre reinterpretado. El lenguaje, afirma el autor, traduce los valores a lo inmediato, porque “la imaginación es siempre la forma como los hombres se

representan deseos internos”. Por otro lado, resulta notable que se busca articular procesos históricos con biografías personales, dentro de la idea de que de alguna manera, en la biografía individual “entremezclada con otros elementos”, se expresa también la historia social.

Otro tema dentro de la línea de las tradiciones populares es lo que el autor denomina “las tradiciones subpolíticas”, entre las cuales considera el “disturbio” y el “motín provocado con fines ajenos”. Detrás de esta tradición estaba la presencia —en el pueblo— de un *código moral* diferente al código moral legal, por lo que resulta importante analizar cómo en un proceso de formación de clase ambos códigos se alejan o se acercan. Tradiciones subpolíticas basadas en la ignorancia y la superstición, pero que a finales del siglo XVIII ya no estaban al servicio del rey.

Finalmente, la función de intelectuales como *Paine*, que atacando el despotismo de la corona y proclamado los derechos universales del hombre encontró fundamento en las viejas tradiciones libertarias, fundiendo igualitarismo con una propuesta de legislación social protectora del pueblo.

En esta medida, entre 1792 y 1796, cundió en Inglaterra una gran agitación que alteró actitudes subpolíticas e inició nuevas tradiciones; la Revolución francesa influyó sobre estos acontecimientos, pero la agitación en Inglaterra tenía raíces más hondas.

2. *La Revolución Industrial*. Esta revolución cambió profundamente las relaciones sociales, instituciones y modos culturales, aunque el ajuste entre estos niveles no fuera automático. La formación de una clase, dice Thompson, no es un fenómeno puramente económico, sino que además, político y cultural. En este sentido, en Inglaterra, entre 1790 y 1830, se formó una nueva clase obrera, con una conciencia de clase y determinadas formas de organización política y laboral.

El cambio en la forma de explotación económica que trajo aparejada la Revolución Industrial, se tradujo en una mayor transparencia de la explotación, en una nueva disciplina de la clase obrera y en una nueva cohesión social y cultural.

El cambio de las relaciones sociales en el taller implicó, por un lado, la existencia del patrón que ante los ojos de los obreros aparecía despojado de la autoridad del maestro artesano y de las obligaciones tradicionales de los maestros hacia los aprendices, obligaciones que iban más allá del salario. Lo anterior conllevó la pérdida del estatus social del obrero, de su independencia económica, la ruptura de la economía familiar, la pérdida del tiempo libre y de las diversiones tradicionales, en aras de una nueva disciplina laboral que se presentaba asociada a la monotonía y la intensidad del trabajo. Es decir, las relaciones de producción, en Thompson, además de economía y explotación, son agravios y antagonismos que pasan también por el tamiz de la visión del mundo del obrero. Detrás del propio ciclo económico, lo que existen son estructuras de relaciones sociales legítimas e ilegítimas. Una consecuencia del industrialismo en el plano de la *personalidad obrera*, señala Thompson, “fue crear un obrero infeliz”; y esto se analiza a través de sus experiencias vitales, su modo de vida en las nuevas comunidades obreras.

Así, la Revolución Industrial profundizó el despojo del oficio del obrero, con todos sus efectos morales, convirtiéndolo en un desadaptado con sobre-trabajo, subsalario y un cúmulo de agravios reales e ideales, que conformaron en la clase obrera de la época “una gran amargura”: la aspiración por la tierra de los exjornaleros y la de independencia del exartesano, tiñeron el radicalismo de esta primera clase obrera.

Desde el punto de vista de este proceso de proletarización, a Thompson le interesan —sobre todo— tres destacamentos: los artesanos, los trabajadores agrícolas y el lumpen urbano. En el análisis de los efectos morales del industrialismo sobre estos destacamentos, aparece como concepto ordenador básico el de “modo de vida”, en el que incluyen las pautas de consumo, el prestigio social, las características de la vivienda, la salud, la infancia, el ocio y las diversiones.

Al cambio material en el nivel del trabajo y sus secuelas en el modo de vida, se asoció la ideología del metodismo, que exaltaba la disciplina en el trabajo junto a la disciplina en el modo de vida, en

el tiempo libre, en las relaciones personales y en las costumbres en general. Las relaciones personales también fueron impactadas por esta Revolución Industrial y por la ideología asociada a la misma. Desde el punto de vista institucional, se establecieron toda una serie de reglamentos y leyes referidas a la vigilancia y al castigo en las relaciones personales; se transformó el uso del tiempo libre, el significado cultural y de las relaciones personales en las ferias, y la incorporación del trabajo femenino a la fábrica, también impactó las relaciones entre los sexos. El resultado para la clase obrera fue una nueva personalidad: se forjó un obrero disciplinado, reservado, metódico, menos violento, menos espontáneo, más sometido al ritmo del trabajo, en su modo de vida y en sus relaciones personales.

3. *Las organizaciones.* En la formación de la clase obrera en Inglaterra, también influyeron los intelectuales y las organizaciones, y entre ellas, el mutualismo (que tuvo funciones no solo organizativas sino también morales y de formación de códigos de conducta), las organizaciones populares radicales, el ludismo,¹ los demagogos y mártires, la prensa y la educación formal, los editorialistas de periódicos y el owenismo. Estas organizaciones e intelectuales dotaron a la clase obrera de instituciones de disciplina organizativa y de valores, de sistematizaciones diversas de pensamientos políticos, así como de cierto ceremonial y retórica moral. A Thompson también le interesa el surgimiento de fantasías quiliásticas y profecías, con sus posibles implicaciones en el campo del inconsciente político y la necesidad de su interpretación.

En el estudio de las organizaciones, el autor destaca los siguientes puntos: composición social de la organización, temas de su discurso ideológico, análisis de actas y estatutos, psicología de los dirigentes y miembros (en este sentido, un acta de asamblea no solo refiere hechos, sino que refleja actitudes y valores), el número de miembros, la forma de funcionamiento de las asambleas y los

¹ Movimiento social surgido entre los obreros británicos, que por la destrucción física de las máquinas, buscaba impedir su introducción en las fábricas.

intelectuales que influían en ellas. En este último caso, cuando contrasta el discurso con hechos históricos, importan la personalidad del autor, su impacto social y las polémicas entabladas con otros intelectuales.

En este trabajo, Thompson define —con mucha claridad— lo que podríamos considerar como el *ángulo de análisis* de la investigación: la formación de la clase obrera en Inglaterra. En este sentido, contribuyen a explicar cómo la clase obrera llegó a constituirse como tal: 1) la situación productiva cambiante en torno a la Revolución Industrial, 2) la formación de un mercado de trabajo, 3) la influencia y la participación en organizaciones, 4) las transformaciones en el modo de vida y las relaciones interpersonales, 5) la participación en acciones colectivas, y 6) las tradiciones a que nos referimos anteriormente. Lo interesante es que si Thompson ha puesto el acento en el proceso de formación de la clase, este no ha quedado reducido a la vida material, sino que implica —para el autor— la propia transformación de la conciencia y la cultura, entre otras cosas.

Entre el nivel de la vida material y el de la conciencia, Thompson encuentra el extenso ámbito de la cultura y la personalidad, con el agregado de que cultura y personalidad no son dos nuevos ámbitos de la existencia obrera, sino más bien, una forma de analizar los espacios de la existencia material de la clase dentro y fuera de trabajo. Es decir, toda relación social, “incluso las de producción”, son a su vez culturales y psicológicas, y la forma de analizar cultura y personalidad no es destacarlas de las otras áreas para buscar *a posteriori* sus relaciones, sino analizarlas en las propias relaciones vitales. Thompson hace suya la premisa marxista de que los hombres se representan en el terreno de las ideologías los conflictos de la estructura, pero con formas de representación que no escogieron, añadiríamos nosotros. El mismo problema del surgimiento de una voluntad colectiva relacionada con la formación de una clase, puede ser visto en parte como un problema cultural, es decir, bajo qué condiciones materiales y culturales la clase obrera puede emerger con un proyecto propio. En este mismo sentido se analiza la influencia de las organiza-

ciones, como organizaciones político-culturales, aunque nunca el terreno de la conformación de una nueva *visión del mundo* queda adjudicado solo a la acción de las organizaciones, las que al igual que la clase obrera, aparecen como educandos-educadores, ni son simples instrumentos de las fuerzas de la economía, ni sujetos cuya voluntad posee una *viabilidad absoluta*.

En cuanto al problema del dato historiográfico, Thompson utiliza tres tipos de datos: los *datos de hechos individuales y colectivos observables*, los cuales en algunos casos pueden ser cuantificados; los *datos de opiniones* de actores, y las *teorías y doctrinas de la época*, que no son utilizados por su valor epistemológico, sino como discursos que reflejan valores culturales. Es decir, para Thompson, en ningún caso el dato vale en sí mismo; es siempre un dato a interpretar:

- 1) Desde el ángulo problemático que interesa destacar.
- 2) A partir de su relación con otros datos.
- 3) Al reconocer que el dato mismo puede poseer contenidos contradictorios, desde el momento en que un discurso no expresa un solo significado.
- 4) Puesto que el dato individual solo adquiere sentido como expresión de relaciones sociales, abstrayendo lo general en el dato individual, más por un proceso cualitativo de abstracción que de muestreo en su sentido estadístico.
- 5) Porque no hay propiamente un dato que verifica en forma única, sino que la verificación aparece como proceso múltiple, parcial y válido solo en la coherencia totalizante de la reconstrucción histórica. Además, las fuentes de datos son múltiples, permiten expresar niveles diversos de la realidad y *todas sirven* siempre y cuando no se les absolutice, reconociéndose la mediación inevitable entre dato y relación social.
- 6) Finalmente, la interpretación de los discursos no implica la utilización de un solo código, sino una interpretación *flexible*, en donde el dato de discurso puede tener diversos significados, dependiendo del contexto concreto y del nivel de realidad en que se expresa.

Bibliografía

Thompson Edward P. (1977) *La formación histórica de la clase obrera*. Barcelona, Laia Ediciones.

Capítulo VI

El concepto de configuración

Hace tiempo los investigadores sociales se interesaban por dar fundamentación epistemológica a sus metodologías y teorías, y es cierto que nunca llegaron a construir sistemas completamente integrados, siendo lo más probable que no fuese posible hacer de un estilo de investigación un sistema (Moles, 1995). Sin embargo, había interés por entender las polémicas y fundamentos más íntimos del conocer, en particular, las corrientes críticas de la teoría social intentaban ser epistemológicamente críticas también. Pero la gran transformación que parte de inicios de los ochenta cambió muchas de las sensibilidades de la intelectualidad. Por un lado, la debacle de los grandes discursos críticos, especialmente del marxismo; por otro, la hegemonía neoliberal en cuanto a tipo de sociedad y en áreas determinantes de la teoría como el de la economía, influyeron a las otras ciencias sociales. Finalmente, la creación de un nuevo sentido común individualista, que poco apuntó hacia nuevos proyectos transformadores. Aunque las predicciones postmodernas fueron —en este sentido— una caricatura de diagnóstico, el derrumbe de los grandes discursos

lo fue, pero solo de los que predominaron en la etapa del Estado interventor y del socialismo real, nuevos discursos grandes los substituyeron, desde los paradigmas de la elección racional, hasta las nuevas teorías de sistemas y de la *agency*. Es decir, no se trata de la ausencia de grandes discursos, sino de la escasa sensibilidad de la academia, en parte porque la academia crítica se ha reducido, siendo substituida por la actividad meramente profesional, para la cual las legitimidades se construyen localmente, sin necesidad de referir a estos nuevos grandes discursos. Es un hecho la fragmentación disciplinaria de las academias, cuestión que ha repercutido en un menor interés por discutir los fundamentos. Será también porque en estas academias la idea de utopía ha desaparecido, y es en ellas donde el diagnóstico postmoderno se cumple: fragmentación, no grandes discursos (no en el sentido de no existir, sino de interesar poco en aras de la especialización), individualismo, falta de utopías. Por ahora la receptividad de los investigadores sociales concretos, en cuanto a los problemas abstractos del conocimiento, es escasa. Sin embargo, el viejo y nuevo topo siguen cavando; el neoliberalismo no ha conducido a la prosperidad generalizada, ni siquiera en lo material, pero especialmente, ha entrado en contradicción con redes sociales, campos de la subjetividad despreciados y mundos de vida que se resisten a ser solo mercado. La pobreza cultural del neoliberalismo (ver a la cultura como simple recurso para mejorar el juego) lo llevó a profundas tensiones con la propia existencia de los habitantes de este planeta. Sobre estos terrenos contradictorios y en disputa (los de las vivencias, de la igualdad y la democracia) se están acuñando los nuevos movimientos y sujetos sociales, que por ahora no portan un proyecto claro de sociedad alternativa, pero que en la acumulación de fuerzas pudieran necesitar el concurso de niveles más abstractos del pensar, para generar opciones viables de sociedad y de vida. En esta tesitura hay que ubicar las siguientes reflexiones acerca de la posibilidad de una metodología alternativa a la del positivismo, que no vuelva a un realismo ingenuo, pero que tampoco caiga en relativismos extremos.

1. La epistemología crítica

Las posiciones de Hugo Zemelman (1992) no son —por supuesto— las primeras ni las únicas que se pueden considerar como epistemología crítica; habría que seguir la línea genética que viene de Marx, pasa por Gramsci, Adorno, Benjamin, Thompson. Nos parece que sin hacer la interesante historia de las perspectivas críticas en este ámbito, la epistemología crítica pudiera definirse a través de la fórmula que Adorno acuñó hace tiempo: el problema de la dialéctica no es si un objeto puede ser y no ser al mismo tiempo, sino como siendo A puede transformarse en B. Es decir, interesa a la epistemología crítica la transformación de la realidad, pero no cualquiera o como simple observación del cambio, sino aquella que siendo deseable, sea viable para constituir un mundo mejor para todos. Epistemológicamente, el problema es cómo captar la realidad en transformación, impulsada por factores estructurales y a la vez subjetivos, tanto en cuanto acción como en cuanto a subjetividad. Con ello se problematizan las nociones de explicación y predicción tradicionales en la filosofía de la ciencia. En particular, la epistemología crítica se interesa por la constitución de sujetos sociales transformadores, porque sin entender estos procesos tampoco se comprendería el cambio social.

La relación entre la preocupación por el sujeto y su constitución, con el cambio social y los problemas más abstractos de la epistemología, transcurren a través del concepto de realidad social y de ley social. Si la realidad se entendiera sujeta a leyes universales, y las leyes como actuando al margen de la voluntad de los sujetos (por ejemplo, la homeóstasis que conduce a nuevos equilibrios del sistema), el papel de la ciencia sería dar cuenta de estas legalidades y mostrarlas a los hombres para que, como dijera Comte, actuaran acorde con las mismas. En cambio, si la realidad social reconoce tendencias que pueden o no volverse reales en función de los sujetos y sus acciones, el problema no es predecir lo que la sociedad será en determinado tiempo futuro, sino definir —en la coyuntura del tiempo presente— el espacio de posibilidades para la acción viable. Este espacio puede ser pensado a través de factores estructurales, que no

serán sino regularidades para determinados niveles de abstracción, y sin cuya inclusión el pensamiento sería rebasado en su capacidad de entendimiento por las particularidades; regularidades que se actualizan cotidianamente a través de interacciones, pero que pueden también desactualizarse. Sin embargo, estas regularidades, desde el momento en que no son simplemente transubjetivas (lo son solo como objetivaciones en determinados niveles de abstracción), aunque están presentes en la realidad de las interacciones a niveles micro, meso o macro, como resultado de objetivaciones, tampoco son simples entes supraindividuales que se imponen a los sujetos (por ejemplo, la conciencia colectiva de Durkheim o el sistema cultural de Parsons), sino actualizaciones que pueden ser subvertidas o creadas otras con nuevas legitimidades. No obstante, esta creación en la coyuntura tiene límites, que a veces pueden ser traspuestos, porque los sujetos en interacción tienen comúnmente relaciones asimétricas de poder, y por tanto, de imposición o convencimiento desiguales, y porque la acción inmediata de un sujeto particular no siempre abarca todos los niveles de lo real. Por tanto, en la coyuntura los sujetos no están totalmente asidos, pero tampoco son absolutamente libres para tomar decisiones y actuar, pues sus maneras de percibir la realidad no son sistémicas, ni la sociedad tampoco lo es. En su subjetividad, como aparato de dar sentido, hay espacios sistémicos junto a otros con contradicciones, heterogeneidades, discontinuidades. No todo el aparato se pone en juego al mismo tiempo para dar sentido a la situación y decidir la acción, y en circunstancias extraordinarias, puede haber rejerarquizaciones y asimilaciones que trastocan las formas comunes de comprender. Esta capacidad polisémica de la subjetividad dificulta la conformación de una epistemología de la constitución de sujetos, que se complica todavía más cuando añadimos las interacciones prácticas entre estos o su actuación en movimientos sociales (De la Garza, 1992).

La captación del movimiento es de la potencialidad, de las articulaciones parciales entre sujeto y objeto, de las incertidumbres en las relaciones reales, e incluso, de la oscuridad. Por esto las epistemologías críticas no pueden partir de las ciencias naturales y de ahí extrapolar hacia las ciencias sociales, porque el problema principal

no es dar cuenta de lo dado, sino de lo dado-dándose, no como simple devenir, sino como articulación de la voluntad con condiciones dadas-dándose. Una epistemología crítica no puede plantearse resolver o fundar cualquier tipo de conocimiento, aunque analogías pudieran ser válidas. Por ejemplo, el interés por la constitución de sujetos y la transformación de la realidad no obedece a los mismos supuestos de realidad —y solo parcialmente a los de conocimiento— que la resolución de un problema clásico de física o de química. Así, la comparación entre transformación de lo sociohistórico con los cambios en los paradigmas de las ciencias naturales son analogías libres, desde el momento en que hay procesos naturales más o menos alejados de la determinación por los sujetos, y en esta medida, la polémica acerca de leyes universales tiene un significado diferente que en los fenómenos sociales. En las ciencias naturales se trata de la historización de la profundización del conocimiento, y en este sentido, el conocimiento ha cambiado. En las ciencias sociales, además de este problema, con sus componentes de sociología del conocimiento, está el cuestionamiento de si puede hablarse de leyes universales (aunque fueran para un período histórico) para la sociedad, independientemente de que el conocimiento de estas cambie históricamente. La respuesta desde la epistemología crítica no puede ser sino negativa a la universalidad de las leyes sociales. La razón principal para negarlas radica en la concepción de la objetividad y la subjetividad como articulaciones de diversas formas que pueden producir el cambio social. *A posteriori* es posible trazar líneas aparentemente evolutivas de la sociedad, pero no es posible *a priori* —como predicción— deducirlas de alguna legalidad del cambio social.

Las dos concepciones actuales y polares acerca de la realidad, son la que viene de las ciencias naturales convencionales —dejando fuera teorías del caos, de los hoyos negros, de la relatividad, la teoría cuántica—, que sirvió de fundamento a la filosofía de la ciencia positivista de este siglo, y la proveniente de las ciencias de lo social, como ciencias de la historia —que en un extremo toman la forma de lo irrepetible, y en el otro, periodos con sus propias legalidades—, que en este siglo reconocen dos matrices principales: el marxismo no estructuralista y las filosofías hermenéuticas (incluimos todas las

corrientes que parten de la comprensión del sentido, y que de manera sistemática se presentaron por primera vez, en forma moderna, con el historicismo filosófico).

La reflexión que tomó como materia prima la investigación clásica en ciencias naturales, especialmente la imbricación entre logicismo de las matemáticas con física newtoniana, pretendió establecer los criterios de demarcación entre conocimiento científico y ordinario (Stegmuller, 1976). La respuesta la encontró en el “método científico” y en la verificación de las hipótesis. Su versión más acabada, la del empirismo lógico, resultó de la conjunción entre el programa del positivismo lógico —en tanto reducir el conocimiento científico a lo observacional— y la escuela logicista de las matemáticas que redujo la matemática a la lógica (Rolleri, 1986). Esta gran epistemología heredó de las matemáticas su concepto de teoría como conjunto de enunciados lógicamente estructurados y semánticamente interpretados. La forma más acabada de la teoría sería la del sistema axiomático deductivo, que para ser interpretado empíricamente, que se sintetizó, a diferencia del Círculo de Viena, en la teoría de los dos niveles del lenguaje científico de Carnap. Habría un nivel del lenguaje teórico o no observacional, diferenciado del empírico u observacional, y entre estos mediarían reglas de correspondencia (Stichome, 1970). Además, se añadía la condición de cierre semántico, es decir, que los supuestos de una teoría están en los axiomas y definiciones, y no es válido introducir otros; es decir, queda prohibida la exportación de conceptos entre teorías (Cohen y Nagel, 1962). Sin embargo, en la densa discusión neopositivista se aceptaba que una teoría factual no puede ser totalmente axiomatizada, que sus premisas constan de axiomas, hipótesis subsidiarias (hipótesis especiales y datos), y que las premisas subsidiarias no forman parte de los supuestos, sino que se añaden a medida que se necesitan. No obstante, esta imperfección en la estructura de la teoría se aceptaba en tanto no se lograba su axiomatización plena (Olivé y Pérez, 1989). Finalmente, el principio de contradicción estaba excluido de la estructura de la teoría.

Pero el positivismo lógico, que sirvió de inspiración a las principales metodologías de la ciencia en el siglo XX, encontró dos tipos de dificultades para proporcionar criterios unívocos de demarcación:

1) Internos: las críticas tempranas de Popper al concepto de verificación, como parte substancial de la demarcación; la dificultad de que las teorías factuales reales fueran sistemas hipotético deductivos, especialmente el no cumplimiento del cierre semántico; la ausencia de reglas de correspondencia entre niveles teórico y observacional; la ausencia en el positivismo de una teoría de la observación; la falta de introducción de aspectos históricos y sociológicos como los de Khun, en cuanto a lo que permite sostener un paradigma (Arenas, 1996); 2) falta de una discusión de las relaciones entre metodología y técnicas de investigación. A pesar de los intentos de traducción lógica rigurosa, a través de la deducción, el paso de conceptos teóricos a los empíricos, al implicar cambios de abstracción, se resistieron a operar en forma simplemente deductiva, y por tanto, el transporte de conceptos y mediaciones era frecuente. En general, la metodología hipotético deductiva en la que encarnó el positivismo lógico al momento de las prácticas de investigación, daba origen a diversos métodos y tradiciones de investigación, determinados por comunidades y estructuras diversas de la teoría (Maturana, 1995); el paso a las técnicas de investigación estaba muy influenciado por el carácter del dato empírico, no homogeneizable en todas las disciplinas, y por tanto, sujeto a nuevas mediaciones. En otras palabras, el positivismo en epistemología no encarnó en un solo estilo de investigación, sino en muchos, dependiendo del recorte de realidad disciplinario, pero también de tradiciones teóricas y disciplinarias que no era posible homogeneizar (Potter, 1996).

Pero las críticas más contemporáneas al positivismo lógico siguieron tres caminos diferentes: por un lado, las del posestructuralismo epistemológico (Sneed, 1976; Putnam, 1962; Moullines, 1986; Suppes, 1967) que rompe, y a la vez continúa el proyecto positivista con un nuevo formalismo ahora conjuntista, que substituye al proposicional. Esta escuela plantea que no hay una demarcación precisa entre teoría y observación; que entre estos niveles hay un continuum, desde el momento en el que los términos observacionales son a la vez abstracciones, siendo válido el principio pragmático del significado, es decir, que un enunciado observacional está determinado por su uso, y por tanto, no puede haber una base empírica universal independiente

de las teorías. Con esto se cuestiona la idea de Carnap de considerar a lo empírico como supuesto dado, y en cierta medida se reconoce con Feyerabend que el dato empírico está determinado por los conceptos utilizados. Hanson, sin embargo, fue más allá de estas consideraciones al incluir a lo empírico dentro del concepto de experiencia, y con ello implicar interacción sujeto-objeto y posiblemente, subjetividad. El cuestionamiento del edificio positivista ha sido tan incisivo, que no pudo resolver la relación entre conocimiento científico y realidad, pues si la base empírica depende de las teorías utilizadas y el mismo dato empírico es considerado problemático en cuanto admitir muchas mediaciones, se cuestiona entonces la propia capacidad de verificar. En particular, en las nuevas epistemologías formalistas queda sin resolver (y es difícil que a partir del formalismo conjuntista se pueda solucionar) el significado de qué es ser observable, cuando al mismo tiempo se reconoce que las teorías pueden contener términos observables e inobservables.

La debilidad de la lógica de primer orden (la igualdad entre proposiciones), llevó a la propuesta de una lógica conjuntista de la teoría (Suppe, 1989). Una transición fue el modelo reticular de Hempel: una teoría implica una red sobrepuesta entre nivel teórico y observacional, con conexiones a través de ciertos nodos que suponen “cuerdas”. Este modelo reticular no rompía todavía con los dos niveles del lenguaje científico, pero al menos dejó de considerar reglas de correspondencia de uno a uno entre los dos niveles, y de plantear que solo hay conexiones en ciertos puntos de la teoría con lo observacional. También para los postestructuralistas, la estructura de la teoría, que en lugar de sistema habría que pensarla como red, con elementos teóricos básicos vinculados en red, en donde cada red sería una especialización de aplicaciones de la teoría. Además, la teoría implicaría ciertos métodos y aplicaciones exitosas. Las teorías poseerían entidades T-teóricas, cuya extensión no podría determinarse sin suponer la validez de los supuestos de la teoría y términos T-no teóricos que provienen de otras teorías, y que no suponen la validez de esta. Por otra parte, como ya hemos especificado, se rechazó la igualdad entre teórico e inobservable, y entre observable con no teórico; en cambio, se habló de niveles de observación, y que entre observables e

inobservables no habría segmentación, sino intercambios y transformaciones.

De la concepción conjuntista de la teoría podemos extraer —provisionalmente— conclusiones problematizadoras:

- 1) La no distinción entre concepto teórico y observacional, en tanto ambos son abstracciones, deja sin resolver dos problemas importantes: primero, la distinción entre una abstracción observacional y otra que no lo es puede apuntar a que términos con estas características formen parte de las teorías, considerando que lo más común es que los conceptos observacionales provengan del lenguaje ordinario, y segundo, de cualquier forma, es la diferencia entre términos teóricos no observacionales con aquellos del lenguaje ordinario. Por lo visto, la respuesta no era como la pensaron los positivistas (Sjoberg, 1968) (Nagel, 1970); todos los conceptos son abstracciones, y siendo la observación problemática y con muchas mediaciones, es difícil responder estas preguntas sin introducir el problema del consenso en los significados del lenguaje, no como propiedades intrínsecas de los términos, sino como resultado de negociaciones o imposiciones implícitas de carácter social. El lenguaje ordinario guía a los sujetos en sus necesidades de dar significado en la vida cotidiana, pudiendo haber traslado de términos científicos hacia el ámbito cotidiano, con sus transformaciones en significado. Por ejemplo, el concepto *neurótico* del psicoanálisis se utiliza comúnmente en el lenguaje ordinario. La cientifización moderna del mundo ordinario, que no es equivalente a la conversión de todas las prácticas cotidianas en científicas, ha acelerado el traslado de términos.
- 2) En otras palabras, no puede haber teorías solo teóricas, en el sentido en que lo entendían los positivistas (Denzin, 1970), y el continuum no solo se da entre términos inobservables y observables, sino que entre términos teóricos y del lenguaje ordinario.
- 3) Como la observación es compleja y tiene muchas mediaciones, no puede comprenderse simplemente formalizándola,

sino introduciendo las diversas mediaciones que influyen sobre ella. En otras palabras, en la observación ciertamente influye el tipo de concepto teórico utilizado, pero también la subjetividad del investigador; y cuando se trata de sujetos investigados, sus respuestas están influenciadas —a la vez— por biografías, formas de razonamiento, cultura, estética, clase social, nación, etcétera.

- 4) El problema de la exportación conceptual entre teorías ha sido abierto por el postestructuralismo, que cuando introduce la noción de restricción (es decir, no todo es exportable), abre más problemas que los que resuelve. ¿Cuándo un concepto es exportable?, ¿qué sucede en la exportación entre teorías antagónicas en sus supuestos?, ¿la importación vale también para términos del sentido común?, ¿hay un nuevo concepto de coherencia conceptual, aunque no se reduzca al de sistema hipotético deductivo?

El segundo es el camino hermenéutico. Específicamente, el cuestionamiento de la idea de dato como dado, y la introducción del problema del significado del dato, tanto del lado del que investiga como del investigado. Pero este problema no puede ser asimilado al principio de incertidumbre de Heisenberg, puesto que este principio no depende de la subjetividad del sujeto, sino que tiene componentes físicos objetivos que impiden que se pueda observar al objeto “tal cual es”. En todo caso se trata solo de una analogía, considerando que el fundamento de las indeterminaciones es diferente. En el caso hermenéutico, el problema fue planteado por primera vez y sistemáticamente por Dilthey, al considerar la *comprensión* como forma de dar cuenta del mundo interno inobservable del sujeto; así, el dato de sujeto y la observación misma tendrían que ser interpretados. En su extremo, estas perspectivas llevan al relativismo subjetivo: lo real es tal cual lo define el sujeto. En su engarce actual con las teorías del discurso, la relación entre significado y significante no puede ser simplemente entre lo real y su símbolo, puesto que el significado sería fijado socialmente e implicaría consensos, imposiciones y poder. De cualquier forma, son estas las perspectivas que más han profundizado

en el campo de la subjetividad, y cobran especial importancia —no solo en lo general con relación a la problematización del dato empírico (de tal forma que este no solo depende de la teoría, sino específicamente de los sujetos investigados en el sentido subjetivo)— para la epistemología crítica, porque sujeto y subjetividad van de la mano, y sus mediaciones pueden ser profundizadas, sin necesariamente caer en el relativismo, a través de consideraciones hermenéuticas de la constitución de la subjetividad.

El tercer camino es el reconstructivista, que analizaremos en el siguiente apartado.

2. El Reconstructivismo

Hay muchas orientaciones críticas y otras reconstructivistas; sin embargo, la que nos interesa parte de una realidad en movimiento, pensable a través de procesos articulados, de diversas temporalidades y determinadas direccionalidades. Esta epistemología crítica no solo concibe la realidad en transformación, sino que esta se da a través de la articulación entre estructuras y sujetos. Es una epistemología de la constitución de los sujetos y la transformación de la realidad social. En esta medida, ver la realidad transformándose no ocurre solo por el juego entre estructuras; particularmente ocurre por la acción de los sujetos. Es decir, el problema del futuro —en esta epistemología— no puede abordarse como una predicción de las ciencias naturales, ni tan siquiera como probabilidad del suceso, sino como determinación —en la coyuntura del tiempo presente— del espacio de acción viable para la acción. Es decir, el énfasis de esta determinación sería la definición y posible transgresión de parámetros para la acción. Por otro lado, la concepción de realidad por niveles de realidad, y en particular, concebir la historia como articulación de procesos de distintas temporalidades, tendría que alejarse de una visión estructuralista tipo Escuela de los Annales, puesto que para esta epistemología crítica los ritmos temporales de procesos particulares podrían alterarse en función de los sujetos. No obstante, habría que evitar reducir la realidad a solo aquella de existencia inmediata a los sujetos, a sus

mundos de vida, reconociendo que esta puede ser pensada no solo en diferentes parámetros de tiempo y espacio, sino que también por niveles de abstracción, y que el proceso de abstracción permite evitar el individualismo metodológico, pero también, conocer lo múltiple sin necesidad de dar cuenta de todos los microdinamismos a la vez. Es decir, la definición del objeto de estudio lleva aparejado determinar sus niveles de abstracción, evitando el reduccionismo hacia lo micro. Desde el punto de vista de los mundos de vida de los sujetos, esta diversidad de niveles implica que dependiendo del problema y de la definición del objeto de estudio, podrán ser pertinentes todos o ninguno de dichos mundos, o bien, la posibilidad de definir sujetos a niveles diversos de abstracción —no equivalentes a simples agregados estadísticos—, con sus implicaciones respecto al concepto de mundo de *existencia inmediata*, de subjetividad y de la importancia de esta en el desarrollo del proceso. Por su parte, la direccionalidad en la coyuntura no puede implicar simples tendencias objetivas sin considerar los sujetos. Esta afirmación, nuevamente, debe matizarse dependiendo del nivel de abstracción. Si bien en la base de todos los procesos sociales hay sujetos sociales, con interacciones y subjetividades, no todos los procesos sufren igualmente la influencia directa de los sujetos colectivos; algunos, por ejemplo, resultan de movimientos moleculares sin voluntades claramente identificables. O sea, las direccionalidades pueden ser el resultado de relaciones de fuerza y voluntades, e incluso, proyectos claramente identificables como la guerra, aunque también pueden ser resultado de las actualizaciones estructurales cotidianas e interacciones moleculares de infinidad de sujetos individuales cuya resultante no implique —metodológicamente— la reconstrucción molecular de sus subjetividades e interacciones, y que ante este tipo de fenómeno se siga una estrategia de abstracción de sujetos-estratos y de subjetividades-estratos en un nivel muy diferente a cuando se analiza un movimiento social. De una forma o de otra, la epistemología de la constitución de sujetos tendrá más que decir de procesos con actores colectivos identificables, que de aquellos de carácter subjetivamente difuso. En todos los casos cabe hablar del espacio de posibilidades, pero este será más claramente identificable en el primero. Lo mismo sucede en cuanto

a la inclusión del nivel de la realidad como ámbito de sentido, que toca a la influencia y constitución de las subjetividades de los sujetos, cuya importancia dependerá del nivel de realidad a analizar: no será la misma cuando se trate de un sujeto colectivo (tipo movimiento social), que cuando sea un proceso molecular muy difuso macro temporal o macro espacial.

Si la epistemología crítica pone el acento en los sujetos y pretende construir conocimiento que funja como una determinante más de su acción en una relación dialéctica entre conocer, sentir y accionar, los polos epistemológicos y metodológicos de esta perspectiva estarán, por un lado, en la estructura y funciones de la teoría, y por otro, en su relación con el sujeto en constitución. En cuanto al primer polo, aparecen problemas como los siguientes: cómo dar cuenta de lo dándose en términos conceptuales, cuál es la influencia de la subjetividad del que construye teoría, qué significan —teóricamente— espacios de incertidumbre dentro de las relaciones reales, cómo dar cuenta de lo potencial, qué significaría la ley social, cuál categoría sustituiría la de verificación y qué forma teórica adoptaría. Por el lado del sujeto en constitución, cuál es su relación con el conocimiento teórico, cómo resolver el problema del cambio de significado de lo teórico a lo común, cómo el sujeto influye en la propia construcción teórica a través de su práctica. Lo anterior lleva a problemas más generales: cuál es el papel de la ciencia social en la transformación de lo real, y qué relación tiene el conocimiento social concreto con la *conciencia histórica*.

Hugo Zemelman ha hecho propuestas metodológicas para resolver algunos de los problemas mencionados: por un lado, la de un uso no deductivo de la teoría (es decir, no a través de hipótesis), sino uno reconstructivo en función de la propia realidad. Queda por profundizar la forma de esta reconstrucción, porque no simplemente la realidad cambia, sino que se está dando lo dado en relación con la constitución de sujetos. Creemos que el problema metodológico cristaliza en cuál sería la estructura teórica de un espacio de posibilidades para la acción, que es diferente de la construcción de una nueva teoría para un objeto que cambia. Zemelman propone iniciar con el problema problematizándolo, y abordarlo a través de la desarticula-

ción de conceptos; luego seguir hacia una descripción desarticulada, y posteriormente, hacia otra articulada (que sería la nueva teoría). Es decir, el método aparece como reconstrucción de teoría.

¿Cuál es la especificidad de este “reconstructivismo” con respecto de otros? En un extremo estarían las perspectivas de construcción de teoría, que aunque fueron negadas por Popper, las metodologías convencionales no pudieron dejar a la simple intuición e imaginación (Thagard, 1992), de modo que incluso dentro del positivismo pragmático aparecieron propuestas respecto a cómo construir teoría. Se trata de aquellas como las del *Theory Building* de Zetterberg, Dubin, Kalan, Bunge, Blalock. Dubin, por ejemplo, propone como método de construcción teórica la extensión de unidades de una teoría, la subdivisión de estas, el uso de la hipótesis nula, el análisis factorial, el análisis de escalas, el de la variable interviniente, etcétera. Es decir, los métodos de construcción de teoría tienden a verse —en esta perspectiva— como técnicas estadísticas de agregación de datos, y los sujetos son reducidos a variables estructurales. Tampoco se trata del concepto de especificidad que en las corrientes hermenéuticas viene del historicismo, pues, comúnmente, estas desprecian los factores estructurales y tienden a subsumir lo real en lo subjetivo. En cambio, la epistemología crítica opera con el ángulo de construcción de teoría, enfocada hacia la constitución de sujetos sociales transformadores, bajo los supuestos de realidad en movimiento, como articulación entre estructuras, subjetividades y acciones. En esta medida sus problemas particulares son: ¿cuál debe ser la estructura de una teoría que represente un espacio de posibilidades para la acción viable en la coyuntura?, ¿cómo una teoría puede representar —a la vez— lo dado, en tanto relaciones precisas verificables en la realidad, y lo dándose, en tanto relaciones ambiguas u oscuras que se especifican en el proceso o bien las fuertes que se rompen?, ¿cómo una estructura en su actualización puede tener un componente de un sujeto subjetivo específico?, ¿cómo articular diversos niveles de realidad junto a los de mundos de vida de los sujetos?, en particular, ¿cómo articular los de movimientos sociales con los productivos y reproductivos?

Es claro que un sistema hipotético deductivo como estructura de la teoría no resuelve estos complejos problemas, porque esta estruc-

tura supone relaciones claras entre conceptos en proposiciones, y un sistema conceptual con capacidad de predicción y explicación. La concepción conjuntista de la teoría, si bien vuelve legítimos el transporte de conceptos de una teoría a otra —cuestión planteada por Zemelman en cuanto a la desarticulación de conceptos— y la posibilidad de combinar términos teóricos con otros del lenguaje común, no dice mucho de la estructura de la teoría, más allá de la idea ambigua de red, que no anula la idea proposicional, sino que la subsume en una red (como en Moullines) con elementos teóricos con un aspecto formal semántico, otro pragmático (aplicaciones), otro sociológico (apoyado en cierta comunidad) y otro histórico (con cierta validez temporal). De hecho, el carácter conjuntista lo es en cuanto a pensar en conjuntos de modelos y de aplicaciones, insistiendo más en las conexiones entre estos conjuntos en tanto red, que en la estructura interna de cada modelo que pareciera ser enunciativa.

Pero es posible ir más allá en cuanto a la estructura de la teoría, sobre todo en la crítica al carácter puramente enunciativo de la misma. Un antecedente clásico es la opción implícita de estructura de la teoría en Marx (no podía ser explícita porque en el siglo pasado esto no era un problema; apareció como tal a partir del positivismo lógico y su orientación lingüística de la epistemología). En el método de la economía política aparecen muchas categorías metodológicas que no corresponden a las que posteriormente legitimaría el positivismo lógico: la diferencia entre método de investigación y de exposición; el problema del punto de partida en la exposición; el de los caminos lógico e histórico en la construcción de categorías; el de los niveles de abstracción entre categorías; el de reconstrucción de la totalidad en el pensamiento; el de la contradicción al interior de las propias categorías (De la Garza, 1984). En otras palabras, aunque con un lenguaje hegeliano, en Marx aparece un planteamiento metodológico cercano al reconstructivismo teórico, e implícitamente, una noción de estructura de la teoría que no se asemeja a un sistema hipotético deductivo. El paso de una categoría de un nivel de abstracción a otro implica la introducción de más determinantes, y por tanto, el concepto más complejo no puede deducirse del más simple (problema actual de la introducción de supuestos adicionales durante el proceso

de reconstrucción teórica), así como la relación teórica (génesis lógica, uso de las categorías formales y cotidianos del razonamiento) e histórica (ejemplos históricos no reconstruidos, génesis histórica de los conceptos y verificaciones parciales) entre los conceptos.

En la tradición hermenéutica también es posible encontrar estructuras diversas del hipotético deductivo. Una probable forma es la de extensas descripciones particulares con algunos momentos de abstracción de categorías que no pretenden ser parte de un sistema, como por ejemplo, la descripción densa de Geertz. Otro extremo está en los linderos con la retórica literaria y el impresionismo, que apunta más hacia el sentimiento y los estados de ánimo, como en Baudrillard, que hacia el razonamiento.

3. El concepto de configuración como estructura abierta de la teoría

Trataremos de sintetizar la línea genética de la epistemología crítica del configuracionismo, que incorpora ideas de Marx acerca del concreto-abstracto-concreto. También integra otras ideas de Gramsci, sobre la heterogeneidad de la cultura. De igual forma se apropia de retazos del pensamiento de Benjamin sobre el conocimiento y otros elementos de la obra de Adorno. Sin embargo, buscaremos poner este concepto en diálogo con las teorías actuales acerca de la subjetividad, y con las relativistas y antifundacionistas.

Actualmente, la noción de configuración es usada con cierta frecuencia por los teóricos sociales, pero su significado no es aclarado ni contrastado con el de sistema o red de relaciones sociales. Su génesis no ha sido reconstruida —se le atribuye a Walter Benjamin, como veremos adelante—, en parte, porque los autores como Adorno y Benjamin, que serían los que más han profundizado en este aspecto, nunca escribieron un tratado de las configuraciones, y estas se encuentran marginalmente referidas a otros problemas teóricos o epistemológicos, o están implícitas en investigaciones concretas.

En este inciso no pretendemos hacer un relato pormenorizado de dicha génesis, pero sí dar cuenta de claves acerca de ella en autores

centrales como Norbert Elias, los cognoscitivistas soviéticos, Adorno y Benjamin, recuperando retazos de los mismos y situándoles dentro de nuestra perspectiva.¹

a) La configuración en Norbert Elias

Este es el contenido más utilizado actualmente por los científicos sociales, al grado de que hay una escuela de pensamiento configuraciónista —a la manera de Elias— que cuenta con un Instituto de Investigaciones en Holanda (Kilmister, 2007) (Gordon, 2002). Elias, explícitamente plantea que no puede haber una teoría general de la sociedad, aunque pareciera haberla para el proceso civilizatorio (Elias, 1987) (Elias, 1970). Este autor en algunos momentos parece evolucionista, aunque reconoce las involuciones (Elias, 1999). Aunque critica a Parsons por su universalismo, pareciera adoptar su teoría del cambio social explicado por la diferenciación del sistema para la mejor integración del mismo (Elias, 1990). Es decir, no puede ocultar su estructuralismo al pensar los procesos sociales independientes de la voluntad de los sujetos, aunque busque relacionar macroestructuras (v.gr.), el monopolio de la violencia legítima por el Estado —con microestructuras—, el control de comportamientos y sentimientos. De hecho, en el proceso civilizatorio habría relaciones causales estructurales que lo explicarían: en el Medioevo, la centralización de la fuerza por parte del Estado, debida al control imperial de la tierra y los impuestos, más el desarrollo de la economía monetaria, llevarían al control de la nobleza por el Estado, y con esto, a la imposición de comportamientos y lenguaje durante el absolutismo, proceso semejante al de la coerción social de Durkheim (Elias, 1982) (Elias, 1997). Es decir, no hay en Elias un concepto de agencia, ni de hermenéutica, ni se acepta el de subjetividad (Elias, 1991).

Epistemológicamente, este autor conoce bien a los clásicos, especialmente a Kant, pero no demuestra lo mismo en cuanto al positivismo lógico o la hermenéutica moderna, o al relativismo (postempirismo,

¹ Se usará indistintamente configuración, figuración o constelación.

hermenéutica, pragmatismo). Tampoco se trata de un postmodernista ni un relativista, sino de una versión de estructuralismo.

Muchas otras críticas se han formulado en contra de Elias y su obra:

- En su explicación del disciplinamiento social en Europa no tomó en cuenta el advenimiento del protestantismo, ni de la revolución industrial.
- Su visión del proceso civilizatorio es unilineal y eurocéntrico.
- Su perspectiva epistemológica no es actualizada.

En cuanto a su concepto de configuración, esta es básicamente una red de relaciones sociales entre hombres y/o con unidades supraindividuales, así como su organización. De tal forma que los individuos —como los grupos— serían interdependientes, aunque con tensiones y conflictos causados por la diferenciación social. A veces las configuraciones aparecen en Elias como estados de cosas, y en otras, como procesos, de modo tal que sería posible descubrir la trayectoria de transformación de una configuración. Para llegar a ser redes, las configuraciones deben objetivar sus reglas de funcionamiento.

Es decir, en esta versión de configuración de Elias, que es la que tiene mayor difusión, encontramos poca inspiración; fuera de ser redes, no hay claridad en cuanto al carácter de las relaciones en la red, excepto que implican relaciones de poder asimétrico, y que las configuraciones se transforman. Este concepto de configuración no es el camino de entrada al actor dotado de subjetividad que acciona en un entramado llamado configuración, porque la tentación sistémica siempre está presente en esta concepción, o sea, el pensar una transformación configuracional sin sujetos.

b) La Configuración en T. Adorno

Más cerca de nuestras concepciones están la de Adorno, quien se plantea —en sus escritos de juventud— la necesidad de deconstruir los objetos cosificados o reificados (Adorno, 2011). Para Adorno, una configuración es un racimo de conceptos en continuas combina-

ciones (Buck-Morss, 1981); es decir, hay en ciernes un concepto de teoría diferente del hipotético deductivo: teoría es configuraciones específicas. La configuración comprendería tanto lo conceptual como lo empírico, y no es armoniosa, sino contradictoria, aunque en conexión (Adorno, 1986). El método materialista de reconstrucción de la totalidad concreta, sería de reconstrucción de configuraciones que incluyen la interpretación. Una totalidad no se verifica en su totalidad, dice Adorno, sino que en parte se argumenta interpretando (Adorno, 2011c). Es decir, reconstruir la totalidad concreta y la configuración se igualan, pero esta reconstrucción no es puramente fáctica, sino también hermenéutica (Adorno, 2010).

Para Adorno habría dos momentos de construcción de la configuración: el analítico conceptual y su síntesis en la representación de la configuración. Esta dialéctica implica al sujeto, y puesto que no habría un devenir, supone una apertura de los conceptos frente a sujetos relativamente libres (Adorno, 2011a, 2011c). Además, la adopción de un concepto —como en el hipotético deductivo— implicaría la cosificación de la observación (Adorno, 2001).

Sin embargo, no queda claro el concepto de racimo o de las conexiones que no son sistémicas, de forma que no prive la absoluta fragmentación. No se avanza más allá de la idea de contradicción con conexiones. No obstante, y a pesar de su oscuridad, retomamos de Adorno:

- La idea de teoría como configuración que implica conexiones y contradicciones, aunque usaremos algunas de las concepciones sobre las formas de razonamiento cotidiano que van más allá del reconocimiento de las contradicciones.
- Pensar que el método marxista de reconstrucción de la totalidad es reconstrucción de las configuraciones, donde se dan la explicación y la comprensión de significados, para lo cual tenemos que entrar en diálogo crítico con las actuales doctrinas hermenéuticas, y no solo con las que conoció Adorno.
- Que la construcción de configuraciones implica al sujeto; que habría que conectar con un concepto alternativo de verdad, diferente de la simple correspondencia.

- Que la totalidad solo parcialmente se verifica y se combina con argumentación-comprensión.

c) La configuración en la corriente soviética cognitiva (Vygostky y Bajtin)

Hace no muchos años, esta interesante corriente soviética de teoría social y psicología cognitiva ha sido reivindicada en Occidente (Silvestri y Blanck, 1993). Su concepto de configuración se relaciona con la forma de construcción del objeto a través de las diferentes miradas disciplinarias del mismo. Es decir, diferentes perspectivas teóricas tendrían imágenes diferentes del objeto; por ejemplo, ver las relaciones en la familia desde los puntos de vista económico, social o cultural. La configuración sería la recuperación articulada de estas visiones (Wertsch, 1988). El aporte principal de esta perspectiva no es su análisis en términos abstractos, sino la idea de que se pueden desarticular conceptos de diferentes enfoques teóricos, para volver a articularlos —con los de otros enfoques— en la construcción del objeto (Vigotsky, 2004). Esta propuesta tiene semejanza con la de Zemelman, que propone desarticular conceptos de sus *corpus* teóricos. Sin embargo, la evolución de esta perspectiva (Shchedrovitskii, 1972) se acerca a la perspectiva sistémica, quedándose a un tercio del camino de Adorno, de la reconstrucción de la configuración.

Este concepto de configuración ha sido utilizado, sobre todo, en la actual teoría de sistemas, que pone el acento en el problema de los límites entre sistema y entorno, como diversos enfoques o representaciones del objeto, para —a través de ellas— tener un sistema de imágenes.

Preferimos el concepto de Gramsci de concepción caleidoscópica de las relaciones sociales, a la vez económicas, políticas y culturales, por ejemplo, antes que el de las imágenes disciplinarias que no logran señalar cómo lograr la rearticulación de conceptos en una nueva totalidad.

d) Walter Benjamin

Para introducir su noción de configuración, el punto de partida de Benjamin es la propuesta de “pensar en imágenes” (Weigel, 1999), que no sería resultado de un puro impresionismo, puesto que el objetivo es desfeticchizar los objetos. La imagen dialéctica debe decodificarse, poniéndola —como en Marx— sobre sus pies (Löwy, 2003). Para Benjamin, pensar en imágenes formando configuraciones, es la forma de penetrar en lo enigmático y quitar rigidez al pensamiento (Vedda, comp., 2008). Estas imágenes no serían todas representacionales, aunque una parte sí podría convertirse en conceptos (McCole, 1985), lo cual sería necesario, porque toda experiencia se basa en una conciencia teórico-cognitiva y en una empírica. La experiencia requiere también voliciones y mesianismo (Benjamin, 2007d).

Para Benjamin, la verdad no es solo ciencia: incluye aforismos no sistémicos. Finalmente, este conocimiento verdadero es la relación sujeto-objeto y nunca es reducible a una conciencia empírica (Benjamin, 2007b). Estas configuraciones son un mosaico de retazos de conocimiento (Benjamin, 2007b), (Benjamin, 2009), (Benjamin, 1986), historia, experiencias y voliciones, además de que habría que diferenciar entre saber interno y su expresión.

El concepto de configuración de Benjamin, añade matices muy importantes al de Adorno:

- El papel de las imágenes, que no todas pueden ser convertidas en conceptos, ni pueden traducirse en palabras (Benjamin, 2007d). Habría que extender esta concepción y comprender no solo a las imágenes, sino a las formas de razonamiento cotidiano, y a la conexión entre no expresividad lingüística con no consciente.
- Que la traducción de una parte de las imágenes en conceptos, requiere de códigos de interpretación (Benjamin, 2007a), aunque falta reflexionar acerca del dato empírico, para no reducirlo a los signos.

- Que las configuraciones tienen que abrirse a lo enigmático, a lo inesperado, que hay que quitar rigideces al pensamiento (Engleton, 2009), (Jamson, 2014).
- Que la verdad no es solo ciencia, sino imágenes, historia, experiencia, aforismos, voliciones; que no es sistémica (Catanzaro, 2009). Entonces, si no es sistémica la configuración, ¿cómo es? La lista de componentes anteriores de una configuración es incompleta y poco ordenada.
- Que el conocimiento es una forma de relación sujeto-objeto.
- Que una configuración es un mosaico de retazos de conocimientos, historia, experiencias, aforismos, voliciones. Los retazos necesitan conexiones, aunque no sean totales. Falta reflexionar en el carácter de dichas conexiones, pues entenderlas como solos retazos, sería cercano a la fragmentación postmoderna.

Nuestra siguiente tarea es dar mayor analicidad al concepto de configuración, retomando —sobre todo— la tradición de Marx, Gramsci, la escuela de Frankfurt y de E.P. Thompson. Para esto partiremos primero de la discusión acerca de la estructura de una teoría, para pasar a las configuraciones de relaciones sociales, de subjetividades y en multiniveles.

De cualquier forma, las nociones mencionadas de configuración no remiten de manera clara hacia la estructura de la teoría. Si quisiéramos revisar el término de configuración con miras a su apertura frente a lo real, tendríamos que especificarlo de la siguiente manera:

- 1) Recuperando la idea del continuum entre inobservables y observables en la teoría, y extendiéndolo al continuum entre términos teóricos (sean observables o inobservables) y del lenguaje común. Una configuración puede aceptar un rango de términos en su continuum. Es decir, puede haber teorías con más densidad de inobservables que otras, pero también, con mayor densidad de términos teóricos que otras.
- 2) En cuanto a las relaciones entre conceptos, estas pueden ser más precisas o más ambiguas por niveles de claridad, de las

más claras a las más oscuras. La claridad extrema puede asimilarse a la deducción, o bien a la causalidad o funcionalidad; la ambigüedad puede implicar polivalencia, contradicción, disfuncionalidad, discontinuidad e incluso indefinición (oscuridad) en la relación. Bachelard había hablado de niveles de maduración entre los conceptos de una teoría y de las relaciones entre estos. Sin embargo, la noción de maduración da la idea de aceptación de significados y relaciones no claras, que en el futuro madurarían o aclararían, lo cual no corresponde con nuestra idea de configuración abierta. No necesariamente la oscuridad conceptual o de relación es un defecto; puede ser una característica de la propia realidad.

- 3) El concepto de red conceptual puede ser útil, siempre que se especifiquen sus propiedades. Si una red no es un sistema, puede flexibilizarse a través de grados de claridad en la relación, no excluyendo ni la oscuridad ni la posibilidad de la contradicción, la disfuncionalidad o la discontinuidad. En el fondo está la concepción de que en el lenguaje (como en la realidad translingüística) no todo tiene que ser coherente (pues la incoherencia no significa la muerte súbita del organismo), que la ontología del todo articulado y funcional no puede sostenerse, que una imagen más adecuada es la del descubrimiento de lo que está conectado y lo que no, y de sus contradicciones. En cuanto a lo no conectado, puede asimilarse al concepto de incertidumbre en la conexión; sin embargo, una visión reconstructiva —no solo en el pensamiento, sino en la realidad— tiene que contemplar que dentro de las restricciones que hay que investigar, lo incierto puede ser conectado a través de prácticas, así como lo conectado puede ser desarticulado. El concepto de configuración con articulaciones de claras a oscuras, permite captar mejor ese dinamismo y analizar las potencialidades de especificación de lo ambiguo a través de prácticas. Es decir, el espacio de posibilidades para la acción no puede ser visto como una jaula de hierro para esta, de una dureza estructural que impida la creación. Por el contrario, las articulaciones precisas, frente a las ambiguas u oscuras, podrían ser más

difíciles de alterar por las prácticas; en cambio, las prácticas pueden encontrar en los espacios de incertidumbre mejores alternativas de reconstrucción de la realidad. Al mismo tiempo, la introducción de este concepto flexible y abierto de teoría a través de la noción de configuración, permite pensar de mejor manera en posibilidades mayores de desarticulación conceptual en aquellas configuraciones más ambiguas. Finalmente, la contradicción no puede ser asimilada al ser y no ser del objeto, sino a aspectos contradictorios en la configuración, en relación con las teorías de origen de los conceptos desarticulados o transportados. De acuerdo con determinada teoría, el aspecto A y el B no deberían de presentarse al mismo tiempo en el objeto, y sin embargo esto se encuentra en la realidad empírica; sus tensiones pueden marcar los límites del espacio de posibilidades de transformación, es decir, enmarcar las soluciones polares dentro de las cuales los sujetos pueden moverse con viabilidad, y escoger —de acuerdo con sus intereses— valores y sentimientos. El concepto de Gramsci de contradicción substantiva implica la necesidad de descubrir, y no simplemente deducir, los términos de la contradicción en la realidad.

Profundizando acerca de las relaciones entre conceptos en las configuraciones, estas pueden ser lógico formal o bien de causalidad y funcionalidad, pero no pueden descartarse relaciones menos precisas, vinculadas con el sentido común o las formas cotidianas de razonamiento. Por ejemplo, el uso de analogías, de esquematizaciones (simplificaciones abusivas), de recetas (basadas en la experiencia práctica inmediata), del principio etcétera (implicación por inducción), o bien, la indexicalidad (el significado depende del contexto), la reflexividad (interactiva), el método documental de interpretación (basado en ideas nuevas), la utilización del principio de la razón mundana (supuesto de que todos tenemos acceso a la misma información), el uso de relatos, la intertextualidad (uso de pastiche de realidades anteriores), y los recursos retóricos como la acreditación de categorías, el discurso empirista, el uso de la metáfora de la metonimia y del antropomorfismo.

Dichas categorías, que han sido reflexionadas para el pensamiento cotidiano y no para la investigación científica, que implican dosis importantes de interpretación subjetiva, es probable que también tengan un papel en los discursos científicos, y que formen parte de la estructura de las teorías de manera vergonzante, sobre todo de las ciencias de lo humano

Recapitulando, una noción abierta de configuración, en el sentido de admitir conceptos teóricos y otros del lenguaje común, pero también en cuanto a niveles de claridad en los significados y en las relaciones en la red, yendo de las más precisas —como la deducción— hasta la oscuridad, pasando por vínculos conceptuales propios del razonamiento cotidiano con componentes interpretativas y de argumentación, nos permitiría dar cuenta más cabal de una realidad dada-dándose y de las articulaciones con sujetos en formación.

Aunque haya realidad sin sujetos (por ejemplo, una parte de los fenómenos de la naturaleza), la que interesa a la epistemología crítica es la sociohistórica, en particular aquella que más directamente depende de sujetos voluntarios, porque también puede depender de individuos atomizados que se comportan más como estrato que como movimiento social. El concepto de configuración teórica abierta con niveles diversos de precisión, permite además, dar cuenta de una realidad en estructuración, entendida como actualización cotidiana de las estructuras, así como de campos con estructuraciones ambiguas o con incertidumbres, de las rupturas en la continuidad estructural y el advenimiento de otras estructuras. En este nivel, el uso del concepto de configuración se puede acoplar con la propuesta de Zemelman de desarticulación de conceptos, es decir, la desarticulación será menos problemática cuando configuraciones previas tengan relaciones ambiguas o poco precisas; en cambio, resultará menos probable frente a relaciones de causalidad entre conceptos. En este camino, la desarticulación de conceptos puede ser inicialmente de sus dimensiones, a las que se podrían aplicar las mismas propiedades que a una configuración, de modo que la forma más elemental de la desarticulación —e inicio de nueva articulación— fuese el arreglo de variables libres. O sea, una configuración elemental entendida como conjunto de variables libres, provenientes de dimensiones de

diversos conceptos, que se presentan en la realidad empírica en forma descriptiva. Estas configuraciones elementales, que podríamos simplemente denominar *perfil* de dimensiones, pueden contener elementos contradictorios en su seno, dependiendo de las teorías de las que provienen, o bien, postulados considerados como contradictorios por sus teorías madre, y sin embargo estar presentes —al mismo tiempo— en la realidad empírica que se analice. En un momento posterior, el perfil o configuración elemental de variables libres tendría que ser analizado en sus compatibilidades e incompatibilidades internas, sus funcionalidades, discontinuidades y oscuridades. Por este camino, una configuración puede empezar a mostrar coherencias y partes sistémicas, sin llegar a serlo totalmente; la sola presencia de contradicciones no autoriza eliminar los elementos opuestos o a uno de los opuestos, pues estos pueden convivir en la propia realidad durante períodos cortos o largos. En un tercer momento pudieran analizarse las tensiones entre elementos contradictorios; estas tensiones pueden ser de intensidades diversas, siendo las fuertes las que pueden enmarcar las posibilidades de existencia de la nueva configuración en la realidad. Por otro lado, las oscuridades, ambigüedades y relaciones poco precisas, pueden analizarse en relación con el hecho de que los sujetos existentes pudieran llenarlas o no con su acción, y cuáles serían las condiciones subjetivas que tendrían que cumplirse para realizar estas especificaciones-transformaciones. En este punto cabe abordar el problema de la relación de una reconstrucción —en términos de configuraciones— que muestre lo claro y lo ambiguo, lo preciso y lo oscuro, la incertidumbre y la contradicción en la realidad dándose, y los sujetos involucrados. Este problema tiene dos formas. La primera es la incorporación del sujeto, su subjetividad y su acción en la propia construcción de conocimiento. La otra es la relación entre construcción de conocimiento y transformación del sujeto. El primero resulta capital dentro de la concepción sujeto-objeto, de actualización y subversión de estructuras, de articulación entre objetividad y subjetividad. Es decir, el análisis de las configuraciones dándose no puede reducirse a sus aspectos estructurales (configuraciones estructurales); estas tienen que articularse con otras configuraciones prácticas de los sujetos (configuraciones de relacio-

nes sociales) y tener la capacidad de dar sentido (configuraciones subjetivas). En esta línea, las transformaciones o actualizaciones de la estructura tendrían que ubicarse dentro del triángulo estructuras-subjetividades-acciones, identificando a los sujetos pertinentes, pero analizando-articulando sus acciones y subjetividades, vistas también como configuraciones con las propiedades ya enunciadas. Las interacciones pueden estudiarse con más propiedad como periodización de interacciones (conflictos, alianzas, negociaciones entre sujetos, procesos de formación o deconstrucción de sujetos), en donde cada período estaría enmarcado por un viraje en la constitución del sujeto. Dependiendo del problema y de sus dimensiones temporales y espaciales, estos períodos pueden ser de mayor o menor duración. Aquí es donde aparece con mayor propiedad la idea de proceso de transformación como articulación de procesos de diversas temporalidades y espacialidades, no todos estructurales, pues una parte de ellos es directamente subjetiva y de interacción. Si la subjetividad puede verse como aparato de dar sentido y de decidir la acción, puede estudiarse a partir de grandes campos no sistémicos o de sistematicidad limitada entre aquellos cognitivos, valorativos, estéticos, sentimentales, con formas de razonamiento cotidianos o bien lógico deductivos (De la Garza, 1992). En cada campo es posible identificar conceptos ordenadores, inicialmente como variables libres, posteriormente mostrando sus funcionalidades, contradicciones y discontinuidades, sin llegar nunca a formar un gran sistema. Campos parcialmente coherentes, con polisemia, capacidad de rejarquización, niveles de conciencia, estratos fosilizados junto a elementos particulares superficiales o ideológicos, de tal manera que las transformaciones de las estructuras, entendidas como configuraciones, puedan dinámicamente articularse con configuraciones subjetivas en diversos momentos de interacción entre sujetos, conformando un período dinámico de configuración de configuraciones en rearticulación, que en sus espacios de incertidumbre, contradicciones polares y fuerza subjetiva de los actores, encuentra una definición el espacio de posibilidades para la acción viable.

El otro nivel del problema de la relación entre conocimiento y sujeto es el de las influencias recíprocas en la construcción de este tipo

de conocimiento con la constitución del sujeto. El proceso anterior aparecía como un dar cuenta compleja de un proceso externo a la construcción del conocimiento; simplemente como una forma nueva de construir, pero sin esclarecer las relaciones entre este conocimiento y la propia constitución de los sujetos.

Es bien conocida la propuesta leninista de la conciencia que llega desde afuera, conciencia basada en la ciencia que substituiría la falsa conciencia de los sujetos. Esta concepción no solo tuvo consecuencias políticas autoritarias, el partido como intelectual colectivo fue substituido por el Estado socialista real, depositario del saber hacer que condenó al *gulag* toda disidencia, y finalmente esterilizó el conocimiento y la creatividad. El defecto epistemológico de esta concepción estriba en que tiene detrás una concepción positivista de demarcación entre ciencia y no ciencia (esta última sería llamada falsa conciencia). Pero escolásticamente —y con ello en desventaja con el positivismo que adjudicaba el juicio final al dato empírico — la verdad se encontraba en la interpretación, y ya estaba contendida en el discurso clásico. Como hemos afirmado en este ensayo, la distinción tajante entre ciencia y metafísica, no es posible en términos positivistas, y se puede esbozar un concepto de ciencia no cientificista que recupere aspectos del sentido común como parte de la misma ciencia. Por otro lado, no es posible llenar los campos complejos de la subjetividad solo con ciencia, en el viejo sentido, pues dentro de esta se encuentran los valores morales, el sentimiento, la estética cotidiana, entre otros, que no son reducibles a lo cognitivo científicamente, pues aún lo cognitivo tiene una parte cotidiana basada en la experiencia. Para complicar esta visión de la subjetividad, es cierto que en el mundo moderno la influencia de la ciencia en la subjetividad —en forma molecular— es cada vez mayor; que el transporte de términos no solo se da en lo que hemos analizado del lenguaje común al científico, sino crecientemente, a la inversa. Pero este transporte (por ejemplo, términos como electrón, neurosis, estrato social, etcétera) tiene diversos grados de correspondencia entre lo científico y lo ordinario: puede haber transportes rigurosos, como es el caso del conocimiento técnico especializado de los obreros que trabajan con equipo complejo, pero también puede haber una transformación

fuerte del significado del concepto en su conversión en término común. Por ejemplo, la expresión “eres un neurótico”, remotamente remite al concepto psicoanalítico de neurosis. Es frecuente que esta cientifización del lenguaje común en el mundo actual (uso frecuente de términos acuñados por la ciencia en el lenguaje común) se presente atomizada, o sea, sin las relaciones que pueden tener los conceptos en teorías; son utilizados en forma descriptiva o bien en relaciones “causales” cotidianas. De cualquier modo, no habría que despreciar una primera forma de relación entre conocimiento científico (con todo y sus continuidades) y lenguaje común, que no los iguala, y que se difunde a través de la educación y los medios de comunicación. Esta comunicación se facilita sin convertir a todos en científicos por los nodos del lenguaje común que son comunes a las dos formas de conocimiento. Esta sería la forma molecular de las asimilaciones conceptuales científicas, conformando un lenguaje común cientifizado. Estas difusiones, aunque aparecen como asimilativas dentro del binomio emisor-receptor, con hegemonía del científico sobre el común, implican la interpretación del no científico. Esta vía puede contribuir a transformar estratos sociales en períodos más o menos largos de tiempo, y constituir campos de la subjetividad con potencialidades para la constitución de sujetos, aunque resulta insuficiente —por ella misma— para diferenciar y aglutinar. Se trata más bien de un potencial difuso de cambio social por la educación, que entraña también los peligros de la no neutralidad de las enseñanzas, de los poderes sociales que imponen orientaciones y maneras de ver a través de los aparatos educativos, y sobre todo hoy, de los medios masivos de comunicación. Tampoco en esto hay sistema completo ni control total, pero existe una asimetría en los poderes, que genera resistencias. Así, no se podría apostar a cambiar el mundo simplemente por la educación, entre otras cosas, porque la constitución de sujetos no es un producto solamente cognitivo.

La otra vía es la de los traductores-difusores solo de cierto conocimiento, que de manera directa, supuestamente contribuyen a la constitución de sujetos. Esta vía es semejante —aparentemente— a la leninista. Se inscribe dentro de un conflicto, pone el acento en este, trata de explicarlo y de señalar el qué hacer político, acompañado

de una visión del mundo. Pero este paquete resulta en extremo complejo por sí mismo, sobre todo en relación con subjetividades preconstituidas. En el primer aspecto, solo una concepción positivista podría plantear que una teoría tendría la capacidad de decirle a los sujetos qué hacer en la coyuntura, por deducción de la teoría, porque tendría detrás la idea de que esa teoría da cuenta de leyes objetivas que se cumplen a la manera de Comte, lo quieran o no los sujetos, y por tanto, llevar la conciencia desde afuera equivale a decirles el rumbo del devenir para que no emprendan acciones inviables. Esta concepción no es compatible con la que hemos expuesto a partir de la epistemología crítica, porque el futuro está relativamente abierto, y porque aparecen las nociones de incertidumbre, ambigüedad, llenado por prácticas, papel de la subjetividad, etcétera. Por otro lado, esta concepción nunca profundizó en las relaciones entre doctrina sistemática y subjetividad. Sin duda, la primera puede tener un papel en la subjetividad, se base o no en la ciencia; basta recordar la propaganda nazi acerca del superhombre y su papel en la subjetividad del pueblo alemán. Pero sería difícil afirmar que las doctrinas sistemáticas, como las ideologías, llenan todo el extenso campo de la subjetividad. Pueden ser asimiladas, pero estas asimilaciones implican resemantizaciones populares en función de la subjetividad anterior como primera mediación; además, al no llenar todo el campo subjetivo, la ideología se vuelve a articular con elementos antiguos de dar sentido, de tal manera que sus configuraciones transformadas no son idénticas a las que pudieran deducirse de la simple ideología sistemática; finalmente, sería difícil demostrar que estas doctrinas sistemáticas se reducen al campo cognitivo de la ciencia, sino que impactan también los valores, la estética y el sentimiento (por ejemplo, los odios de clase o raciales como parte de lo que aparecía como pura ciencia en el socialismo científico y el nazismo). De cualquier forma, la vía de la traducción-difusión implica una subordinación del común al traductor, a sus capacidades de ser intérprete, teniendo en su seno una relación autoritaria y de potencial represión ante las posible polisemias resultados no solo de significados alternativos del concepto, sino principalmente, de carácter intertextual e indexical del discurso, dependiendo del contexto discursivo, y de manera más profunda, de

las diversas articulaciones para la interpretación concreta entre los diversos campos subjetivos.

Hay una tercera vía, problemática, difícil de abordar, no aplicable a todo nivel del conocimiento científico, más relacionado con la constitución del sujeto en mundos de vida micro o meso. Se trata de las propuestas de *coinvestigación*, sobre todo aplicables en torno del movimiento social. Es un proceso diferente del molecular de difusión; es más intenso, y aparece en torno de un conflicto social concreto que permite un nuevo tipo de relación entre intelectuales y sujetos sociales. A estos dos no habría que confundirlos sino articularlos, de tal modo que la generación conjunta de conocimiento entre intelectuales y sujetos prácticos, convirtiera dicho conocimiento no en la simple explicación de porqué aquellos actúan, sino en una determinante más de su acción, en el proceso de descubrir y no simplemente de señalar (el que supuestamente sabe) el *qué hacer* en la coyuntura, identificando amigos y enemigos, intereses dispares, maneras de ver el mundo, junto a soluciones de enigmas concretos de las prácticas, transformación de la propia subjetividad y reconocimiento de parámetros que sí se pueden transponer en la coyuntura, junto a otros que no puede hacerlo, sin lo cual lo viable puede caer en el voluntarismo. Es de suponerse que esta construcción de conocimiento en *coinvestigación* no solo transforma al investigador-actor, sino también, al propio intelectual. La construcción de conocimiento concreto para la acción no puede ignorar, pero tampoco reducirse a una *conciencia histórica* como visión del mundo; sería correr el peligro de reducir la ciencia a una valorativa ampliada de la sociedad, porque además de contener elementos de valores, sentimientos o estéticos, el conocimiento científico concreto para la acción pone el acento en la construcción cognitiva-valorativa-sentimental para la acción concreta, a través de una exploración de las estructuras, acciones y subjetividades en transformación, que apuntan a la idea de configuraciones que muestren las opciones viables a los sujetos, en donde su propia transformación es causa efecto en este proceso. Esta relación de *coinvestigación* supone un vínculo más modesto entre el intelectual y los sujetos, una función más de carácter epistemológica que teórica, en el sentido tradicional, pero que no se queda en la enseñanza de

una nueva forma de razonamiento, pues implica intervenir la propia construcción concreta de estas configuraciones cognitivo-valorativo-emotivas. No siempre es posible llevar a la práctica esta estrecha relación entre los intelectuales y los sujetos, porque la mayoría de los intelectuales no se interesarían por esta. Sin embargo, encuentra su terreno más favorable en los movimientos sociales, aunque tampoco queda restringida a esta forma de intervención. Tampoco habría que suponer que todo conocimiento científico implica, necesariamente, este tipo de relación estrecha. Hay niveles de lo real que no permiten articulaciones tan finas, y habría que conformarse con las otras vías señaladas de relación entre conocimiento y sujeto.

Nos falta un problema por esclarecer: ¿Cómo se valida esta forma configuracional del conocimiento?, ¿cuál es el sentido del conocimiento objetivo frente a tanta intervención de la subjetividad? No estamos asimilando completamente el conocimiento científico al ordinario, pero atendiendo a algunas de las discusiones más actuales de la filosofía de la ciencia, tampoco creemos en un criterio rígido de demarcación; la idea de continuum puede ser adoptada con el añadido de uno que implica a su vez, un perfil cognoscitivo de términos teóricos y del lenguaje común dentro de la estructura de una teoría. Las antinomias supuestas entre abstracto y concreto en el pensamiento, sistemático y asistemático, deducción e intuición o imagen, dato y argumentación, generalidad y particularidad, observable e inobservable, prueba y especulación, hemos mostrado que son más bien polos de un continuum y que el llamado conocimiento científico implica un perfil concreto, disciplinario, histórico y social entre estas antinomias. El perfil dependerá del tipo de objeto; en esta medida, la distinción entre ciencia natural y social tampoco sería de dos naturalezas diferentes, pero sí de objetos de menor a mayor subjetivación. Las formas —dentro de las disciplinas— que tradicionalmente recortan la realidad y sus supuestos (por ejemplo, la economía neoclásica con su supuesto de actor racional), influyen también en el perfil particular de las antinomias. Pero no son simplemente las características del objeto a estudiar y los recortes tradicionales de lo real, puesto que estos pueden tener componentes valorativos, representar intereses (implícita o explícitamente), instituciones que legitiman saberes y

comunidades que aceptan o rechazan y que pueden cambiar histórica y socialmente. En otras palabras, el perfil cognoscitivo de una ciencia, en términos de las antinomias que señalamos, no puede desentenderse de fenómenos de poder, que no se reducen solamente a juegos lingüísticos. En otras palabras, aunque el perfil cognoscitivo de cada ciencia o conjunto de ciencias se define histórica y socialmente, no es que esté ausente su relación con lo real no reducido a la subjetividad (lo real es también un ámbito de sentido, pero no reducido a este), o a los textos que pretende representar. Las ciencias representan e influyen sobre lo real, pero de maneras diversas, histórica y socialmente; lo pueden hacer como dar cuenta de lo dado, tan común en las ciencias naturales, como particularidades históricas en el historicismo, como de entes suprasubjetivos en el estructuralismo, como de la subjetividad en la hermenéutica o como construcción del espacio de lo posible para cambiar los mundos de vida en la epistemología crítica. Cada perspectiva, desde sus propios supuestos, tiene sus formas de validar: la prueba de las hipótesis, la explicación del caso singular, las estructuras, la comprensión del sentido o la práctica; esta última, en la epistemología crítica, comprendida como experiencia que transforma estructuras y sujetos, tendría que ser entendida como un complejo de configuraciones estructurales, subjetivas y de acciones, de tal forma que la construcción teórica de un espacio de posibilidades se validaría en tanto éxito o fracaso del sujeto en constitución y su papel transformador. Así se probarían principalmente, totalidades en transformación (configuraciones de configuraciones) y no hipótesis particulares al interior de las mismas, en las que tendrían un papel los datos empírico-históricos, como también las interpretaciones que vienen de las teorías y del sentido común. En este tenor de prueba de totalidades históricas, y a pesar de recortar en forma diversa la realidad y partir de supuestos de realidad y conocimiento diferentes, es como teorías y metodologías pueden compararse en su potencia explicativa, o para definir espacios para la acción.

Finalmente, las configuraciones estructurales, de relaciones sociales o subjetivas no sustituyen al sujeto, sino que son las plataformas en las cuales estos articulan su acción, en un marco de estructuras-subjetividades y acciones.

Bibliografía

- Adorno, Theodor (2011a) *Dialéctica negativa. La jerga de la autenticidad. Obra Completa*, 6. Madrid, Akal.
- _____ (2011b) *Escritos Sociológicos I. Obra Completa*, 8. Madrid, Ediciones Akal.
- _____ (2011c) *Mínima Morali. Obra Completa*, 4. Madrid, Ediciones Akal.
- _____ (2001) *Epistemología y Ciencias Sociales*. Valencia, Cátedra Universitat de Valencia, Frónesis.
- _____ (1986) *Sobre la metacrítica de la teoría del conocimiento*. México, Editorial Planeta.
- Arenas, Luis. *et al.* (coords.) (1996) *El desafío del relativismo*. Madrid, Editorial Trotta.
- Benjamin, Walter (2009) “Sobre el Programa de la Filosofía Verdadera”. *Para una crítica de la violencia y otros ensayos: iluminaciones, iv*. Madrid, Editorial Taurus.
- _____ (2007a) *El concepto de crítica de arte en el Romanticismo alemán*. Madrid, Abada Editores.
- _____ (2007b) “Sobre el Concepto de Historia”. *Obras*. Madrid, Abada Editores, libro I, vol. 2.
- _____ (2007c) “El Libro de los Pasajes”. *Obras*. Madrid, Abada Editores, libro V.
- _____ (2007d) “Sistema y Conceptos”. *Obras*. Madrid, Abada Editores, libro I, vol. I.
- _____ (2007d) “Los orígenes del Trauerspiel alemán”. *Obras*. Madrid, Abada Editores, libro I, vol. I.
- _____ (1986) *París, Capital del Siglo XIX*. México, Editorial Planeta.
- Buck-Morss, Susan (1981) *Orígenes de la dialéctica negativa*. México, Siglo XXI Editores.
- Catanzaro, Gisela (2009) “Materialismo y Teología en el pensamiento de Walter Benjamin”. *Utopía y Praxis Latinoamericanas*, Universidad de Zulia, año 11, No. 4, pp. 79-92.
- Cohen, Morris R.; Nagel, Ernest (1962) *An Introduction to Logic*. New York, A Harbinger Book.

- De la Garza, Enrique (1992) *Crisis y sujetos sociales en México*. México, Editorial M. A. Porrúa.
- _____(1984) *El método del Concreto Abstracto Concreto*. México, Universidad Autónoma Metropolitana.
- Denzin, Norman (1970) *The Research Act: A Theoretical Introduction to Sociological Methods*. Chicago, Aldine Publishing Company.
- Eagleton, Terry (2009) *Walter Benjamin or Towards a Revolutionary Criticism*. London, Verso.
- Elias, Norbert (1999) *Los alemanes*. Ciudad de México, Instituto Mora.
- _____(1997) *La Civilización de los Padres*. Bogotá, Editorial Norma.
- _____(1991) *The Symbolic Theory*. London, Sage Publications.
- _____(1990) *La sociedad de los individuos*. Madrid, Ediciones Península.
- _____(1987) *El proceso de civilización*. México, Fondo de Cultura Económica.
- _____(1982) *La sociedad cortesana*. México, Fondo de Cultura Económica.
- _____(1970) *Sociología Fundamental*. Barcelona, Editorial Gedisa.
- Gordon, Daniel (2002) "The Canonization of Norbert Elias in French Politics: A critical perspective". *Culture and Society*, vol. 20, num. 1, pp. 68-94.
- Jameson, Frederic (2014) *Las ideologías de la teoría*. Buenos Aires, Eterna Cadencia.
- Kilmister, R; Elias, Norbert (2007) New York, Routledge.
- Löwy, Michael (2003) *Aviso de Incendio*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Martin, Gustavo (2010) "T. Adorno y W. Benjamin, apuntes para una filosofía de lo ficcional". *Episteme*, vol. 30, No. 2, pp. 73-100.
- Maturana, Humberto (1995) *La realidad: ¿objetiva o construida?. II: Fundamentos biológicos del conocimiento*. Madrid, Anthropos Editorial.
- McCole, John (1985) "Bexnjamin's Passagen-Werk". *Theory and Society*, vol. 14, No. 4, pp. 497-509.
- Moles, Abraham (1995) *Las ciencias de lo impreciso*. México, M. A. Porrúa.
- Moullines, Carlos U. (1986) *Estructura y desarrollo de las teorías científicas*. México, Universidad Nacional Autónoma México.
- Nagel, Ernest (1970) *The Structure of the Science*. London, Routledge y Kegan Paul.

- Olivé, León; Pérez, Ana Rosa (1989) *Filosofía de la Ciencia: teoría y observación*. México, Siglo XXI Editores.
- Potter, Jonathan (1996) *La representación de la realidad*. Barcelona, Editorial Paidós.
- Putnam, Hilary (1962) "What Theories are Not". *Methodology and Philosophy of Science*, Stanford University Press.
- Rolleri, José Luis, et al. (1986) *Estructura de las Teorías Científicas*. México, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Shechedrovitsky (1972) Configurations as a Method of Structuring Complex Knowledge". *Systematics*.
- Silvestri, Adriana; Blank, Guillermo (1993) *Bajtín y Vigotski: la organización semiótica de la conciencia*. Barcelona, Anthropos Editorial.
- Sjoberg, Gideon (1968) *Methodology for Social Research*. New York, Harper&Row Publishing.
- Sneed, Joseph (1976) "Philosophical Problems in the Empirical Science of Science". *Erkenntnis*, vol. 10, No. 2.
- Stegmuller, Wolfgang (1976) *The Structure and Dynamics of Theories*. New York, Springer-Verlag.
- Stinchcombe, Arthur (1970) *La construcción de teorías sociales*. Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión.
- Suppe, Frederick (1989) *The Semantic Conception of Theories and Scientific Realism*. Chicago, University of Illinois Press.
- Suppes, Patrick (1967) "What is Scientific Theory?". *Philosophy of Science Today*, Basic Books.
- Thagard, Paul (1992) *Conceptual Revolutions*. New Jersey, Princeton University Press.
- Vedda, Miguel (comp.) (2008) *Constelaciones Dialécticas*. Buenos Aires, Ediciones Herramientas.
- Vigotsky, Lev (2004) *Teoría de las emociones*. Madrid, Ediciones Akal.
- Wertsch, James (1988) *Vigotsky y la formación social de la mente*. Buenos Aires, Editorial Paidós.
- Weigel, Sigrid (1999) *Cuerpo, imagen y espacio en Walter Benjamin*. Buenos Aires, Editorial Paidós.
- Zemelman, Hugo (1987) *Horizontes de la razón*. Madrid, Anthropos Editorial.

Apéndice 5

Las configuraciones subjetivas y culturales en la toma decisiones empresariales

Marcela Hernández¹

1. Enfoque analítico y planteamiento de la investigación (problema-problematizado)

El ensayo siguiente es una lectura metodológica y una reflexión acerca de cómo reconstruir, desde el configuracionismo, las configuraciones subjetivas y culturales en una investigación específica; así, se parte de los principios y postulados que sostiene el configuracionismo (ver capítulos anteriores). La investigación² que sirve de base para esta reflexión, es resultado de un estudio de mayor alcance, que reconstruyó el proceso subjetivo de la acción en la toma de de-

¹ Profesora-investigadora del Departamento de Sociología de la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa.

² Hernández Romo, Marcela, *Subjetividad y cultura en la toma de decisiones empresariales. Tres estudios de caso en Aguascalientes*, Universidad Autónoma de Aguas Calientes-Plaza y Valdés Editores, Aguascalientes, 2003.

cisiones empresariales —en grandes empresas— ante el cambio modernizador (reestructuración productiva); es decir, cómo se construye el sentido de la toma de decisiones y cómo influyen esos sentidos en ellas cuando se implementa una estrategia empresarial. El debate teórico lo centramos en la acción de los empresarios respecto a las estrategias que acuñan, y los factores que influyen en sus decisiones. No se partió de una hipótesis, sino que se pusieron en juego los nuevos planteamientos configuracionistas acerca de cómo hacer investigación social. Así, el interés por estudiar a los empresarios como sujetos sociales, surge de la propuesta configuracionista, y de la pertinencia de este enfoque teórico-metodológico para explicar la acción de los sujetos (en este caso empresariales), cuando los estudios más comunes sobre ellos los analizaban como hombres racionales (las decisiones se hacen en razón de la utilidad, búsqueda de la máxima ganancia), determinados por las estructuras, que son las que determinarían las acciones de los sujetos (estructuralismo), o como un sujeto subsumido en la organización y en las instituciones, donde su acción se limitaría a seguir reglas; el empresario sería un hombre institucional (neo-institucionalismo).³ Es decir, se habría una ventana para investigar de otra manera a los empresarios y sus empresas. Por otro lado, resultados empíricos de investigaciones anteriores⁴ nos mostraban que los empresarios concebían diferentes estrategias para paliar las crisis y ser más competitivos frente a las mismas condiciones de mercado. Por consiguiente, el problema que se nos presentaba era explicar la existencia de diferentes estrategias ante presiones semejantes del mercado, y cómo ante estrategias tan diferentes las empresas —de cualquier manera— podían lograr el éxito, cuestión que nos introducía a una problemática de otro nivel de abstracción y reflexión, donde los actores adquirirían relevancia. Los diseños de las estrategias en las empresas dependen principalmente de los empresarios o *top managers*, aunque en condiciones que muchas veces escapan a su

³ Estamos hablando de finales de los años noventa y principios del dos mil.

⁴ Investigación nacional coordinada por Enrique De la Garza (coord.), *Modelos Productivos y Estrategias Empresariales y Laborales en México*. Fundación Ebert, México, D.F., 1998.

voluntad. Así, el empresario cobraba importancia para entender la generación de estrategias, al depender de ellos —en parte— las decisiones sobre la configuración productiva que seguiría la empresa. Sin embargo, las empresas se transforman en el tiempo y son permeadas por las diversas culturas y subjetividades, de modo que el estudio del empresariado en las decisiones estratégicas que incluyeran la subjetividad, se podía constituir en un medio que, en cierta medida, permitiera explicar el éxito o fracaso de las gestiones, donde las diferentes subjetividades de los dirigentes de empresas podían configurar distintos enfoques productivos que dieran como resultado el éxito o la quiebra. Pero también nos mostraba que las estrategias no podían ser explicadas solo en cuanto a sus resultados, sino como procesos en los cuales participan diferentes actores que responden ante presiones estructurales, ya fueran de crisis o para mantenerse en el mercado, conforme a cómo dan significado a esas condiciones, y cómo lo hacen respecto a sus relaciones con otros sujetos (otras empresas, el Estado y los sindicatos, entre otros). Esto fue lo que nos llevó a preguntarnos ¿Qué factores influyen en los empresarios en la toma de decisiones para la implementación de nuevos esquemas productivos y laborales, además de presiones estructurales e interacciones con otros sujetos? La introducción de los sujetos con sus subjetividades como un eje de las acciones, nos permitió reflexionar sobre la posibilidad de estudiar la acción económica como una acción social. Ver a los actores económicos como actores sociales, situados en determinadas estructuras, presionados, pero no determinados por estas, que emprenden acciones que tiene ciertos significados, sujetos con posibilidad de incidir con su acción, permeados por su subjetividad y su cultura. En otras palabras, planteamos que en las decisiones que toman los empresarios intervienen factores estructurales (mercado, costos, precios, sistemas de relaciones industriales, etcétera), pero también la subjetividad del empresario mediada por factores culturales y de poder, así como por sus intereses. Es decir, estábamos en condiciones de cristalizar y materializar el enfoque configuracionista en la investigación (en lo teórico-metodológico): el sentido de la acción se configura, en parte, con relación a los contenidos de varios campos subjetivos (lo cognitivo, del razonamiento cotidiano, de la moral, de los sentimien-

tos, de lo estético). El concepto de actor (empresarial) que proponíamos y asumíamos, implicaba verlo como sujeto social que genera significados no solo económicos; un sujeto ubicado en estructuras/instituciones, mediado por su subjetividad (proceso de dar sentido, de interpretar una situación específica) y por la cultura, e inmerso en relaciones de poder. En concreto, buscamos establecer cómo se configuran las estrategias empresariales en relación con estructuras-subjetividades-interacciones-acciones en diferentes temporalidades, niveles de lo real y abstracciones, donde se combina lo socio-técnico (configuración productiva con sus actores), lo subjetivo, lo cultural, las relaciones de poder en las estrategias de modernización, así como el contexto extraempresa. Bajo esta posición de darle agencia a los sujetos, el empresario se sumaba al interés de la investigación, como consecuencia de la reflexión sobre los resultados obtenidos en investigaciones anteriores, y en discusiones teórico metodológicas. La fundamentación teórica inicial implicó un uso crítico de la teoría en diversos niveles de abstracción, y a partir de diferentes disciplinas; la recapitulación abarcó, entre otras, teorías de la acción social, teorías de la cultura, de la subjetividad, del poder, teorías intermedias sobre teorías del trabajo y de la organización, no para conformar un marco teórico, sino poder extraer conceptos ordenadores y buscar —posteriormente— su rearticulación.

2. Estrategia metodológica configuracionista: el punto de vista teórico- metodológico reconstructivista

La forma de analizar la realidad,⁵ en este caso la acción de los empresarios, implicó entender y analizar la acción de los sujetos como una construcción de configuraciones (estructurales, subjetivas, culturales y relacionales) situadas en un espacio y tiempo, y en diferentes niveles de abstracción. Lo que sigue estará centrado en reconstruir

⁵ El análisis se complementó con el análisis del discurso desde las teorías de la retórica.

el sentido subjetivo de la acción (proceso de subjetivación): cómo viven (significan en lo particular-general) las presiones estructurales los empresarios permeados por la cultura y las relaciones de poder, que se traducen en determinadas acciones.

El método consistió en reconstruir el significado de emprender una estrategia para los empresarios, analizando la subjetividad como una configuración de campos subjetivos (cognitivo, valorativo, sentimental, estético), vinculados por formas de razonamiento cotidiano. La decisión (acción) se da en la interacción en la actividad diaria (vida cotidiana) en la empresa, y con otros actores empresariales, directivos, gerentes, coordinadores, mandos medios, trabajadores (en diferentes niveles organizacionales) y con otros sujetos fuera de la compañía.

a) Esquema general de determinantes para el análisis de la práctica empresarial

i) Para el análisis se hizo una periodización del desarrollo de la empresa: una primera etapa de dirección por el fundador (1965-1990) (mito y realidad), y una segunda de dirección, que le corresponde al sucesor (1990-2003). Cada etapa implicó un proceso (un periodo de tiempo), y en cada momento se definieron e identificaron las estrategias, los factores estructurales y los códigos culturales y subjetivos presentes en las acciones (decisiones). ii) La reconstrucción de la decisión que llevó al cambio en la configuración socio-técnica del proceso productivo (estructuras), los cambios tecnológicos, Nuevas Formas de Organización del Trabajo (NFOT), perfil de la mano de obra, relaciones laborales y sindicales, cultura laboral, gerencial y empresarial. iii) Los sujetos que en la práctica implementaron la estrategias y quiénes intervinieron en el proceso de decisión.⁶ iv) Diferentes temporalidades (crisis-estabilidad o auge, períodos históricos del surgimiento de la empresa, de la conformación de la clase empre-

⁶ Empresario-director general, directores o gerentes de producción, supervisores, trabajadores, asesores y familiares que intervinieron en el proceso, y personal de gobierno que participó en negociaciones con la empresa.

sarial). v) Los diferentes espacios que intervienen en las decisiones (empresa, familia, lo social). vi) Poder y reconstrucción de los procesos de negociación, enfrentamiento, contradicciones y luchas con sus propias subjetividades

b) Fundamentación empírica de la investigación

La selección de casos tuvo que ver con el tipo de empresa y con las características de los dirigentes. La investigación empírica se basó en un amplio trabajo de campo en grandes empresas manufactureras (más de quinientos trabajadores) en Aguascalientes.⁷ Interesaba que fueran empresas nacionales y de capital extranjero, poniéndose especial énfasis en su historia (por períodos), que fueran empresas exitosas, y que las estrategias emprendidas las hubiera hecho más competitivas, abarcando más mercado. Las características de los dirigentes tuvieron que ver con que fueran los decisores de la modernización (antes/ahora), profesionistas o dirigentes que debieran su formación a la capacitación interna o externa, o que fueran dueños de la empresa o delegados para cumplir la función de directores. A partir de esta perspectiva interdisciplinaria, nuestra información para la construcción de la práctica social del empresario procedió de múltiples fuentes,⁸ temporalidades, niveles (organizacionales) y espacios (empresa, familia, gobierno). Una información nos llevaba a la búsqueda de otra para poder configurar el dato que daba cuenta de la práctica empresarial. La investigación reconstruyó el antes y el después de la reestructuración y sus impactos en lo productivo y laboral. Al pretender este trabajo ser solo un ejemplo para mostrar y reflexio-

⁷ Aguascalientes es la ciudad capital del Estado del mismo nombre, que se encuentra ubicado en el centro occidente de México. En los ochenta pasó de ser una economía eminentemente agrícola a una industrial.

⁸ Las fuentes fueron: 1) El discurso, para esto se analizaron diferentes tipos de documentos, el discurso institucional y los documentos que contenían los planes y proyectos de modernización. 2) Se asistió a juntas de directivos, lo que permitió observar e interpretar la interacción entre estos y estar presente en la generación del discurso. 3) Se hizo la historia de vida de los empresarios; en un segundo momento de la investigación, se hizo a personas claves que pertenecie-

nar acerca de la forma en cómo se dan los procesos de significación (subjetivación) en los directores y su objetivación en una estrategia específica, solo nos limitaremos en la reconstrucción del proceso de toma de decisión en una de las empresas, en este caso la de JMRomo.

3. Descripción de la Empresa

JMRomo contaba con 1,300 trabajadores en el momento de la investigación. Se dedica a la metal-mecánica, y exportaba —y exporta— a Centroamérica. El director general es licenciado en administración, y es uno de los tres dueños de la empresa (un hermano y la abuela son los otros dos). Asume la dirección heredada en tercera generación a la edad de 24 años, como resultado de la muerte del fundador que había llevado al negocio, que partió como un taller con tres trabajadores, a ser una gran empresa, con “esfuerzo, compromiso, responsabilidad y sobre todo lealtad”, bajo una dirección paternalista-autoritaria, basada en un control material y simbólico. La gran innovación, y que formaba parte de la ideología impuesta por el fundador, era el sistema televisivo como una forma de capacitar al trabajador, vender sus productos, y controlar el proceso productivo. Este estaba conformado por un estudio de televisión, cámaras de vigilancia en producción y en los pasillos, cinco salas audiovisuales, videos de capacitación productiva y motivacionales. El establecimiento del “sistema panóptico” formaba parte del reforzamiento de una forma de control que cumplía también la función de una pedagogía motivacional. En los videos que les transmitían a los trabajadores, se usaban imágenes de

ron a la primera generación de empresarios, ya fuera como empleado o familiar. 4) Entrevistas a profundidad a los directivos o dueños de las empresas, así como a informantes clave, incluyendo la familia. La entrevista se dirigió en dos sentidos; a la biografía de decisiones profesionales, y referida a aquellos aspectos que tuvieron influencia, ya fuera de manera positiva o negativa, en sus decisiones. 5) Se analizaron videos generados y revistas editadas por las empresas. 6) Se visitaron los museos personales de los dirigentes. 7) Se consultaron los periódicos de la localidad y los informes de gobierno en diferentes periodos históricos.

gente buscando trabajo bajo condiciones de vida y pobreza extrema; se trataba de imágenes con una alta agresividad simbólica, lo que provocaba —consciente o inconscientemente— inseguridad en los trabajadores, “sujetándolos” (les daba seguridad) a continuar en la empresa y agradecer por el trabajo que se tenía.⁹ Así, trabajar en esta empresa operaba bajo la consigna de que en ningún lado se iba a reconocer su trabajo y a tratarlo mejor que en esta familia. Lo paternal tenía su correlato en lo autoritario y el castigo: quien no operaba bajo esta ideología convertida en una cultura empresarial,¹⁰ gerencial y del trabajo, no permanecía, pues era despedido. De este modo, se generó una cultura introyectada del trabajo, no solo basada en la lealtad y el compromiso mutuo entre trabajadores y patriarca, sino también en el miedo. A la muerte del fundador, este se convirtió en un mito en la compañía que había creado, y también en la sociedad hidrocálida. La configuración productiva era tradicional; si bien en lo tecnológico se había modernizado, la tecnología no era de punta; la organización del trabajo era tradicional (un trabajador un puesto, no manuales, no NFOT); la producción se realizaba por lotes y pedidos: se trabajaba por prototipos, construían maquinaria en sus talleres y fabricaban troqueles, dados moldes, refacciones, lo que mostraba que una parte de los trabajadores tenían alta calificación y se identificaban con su trabajo. No había *staff*, pero sí carrera interna de operativos a gerentes (no eran profesionistas), lo cual les daba una antigüedad a los

⁹ El engarzamiento de los trabajadores con esta forma de control pedagógico y motivacional no se podría explicar sin la propia historia de los empleados. Estos eran la primera generación de campesinos que llegaban a la ciudad, no solo con necesidades y en búsqueda de mejores condiciones de vida y de trabajo, sino poseedores de una cultura patrimonialista de trabajo configurada en el campo, en la relación con el patrón, que es trasladada a la fábrica; así, lo que dijera el patrón se hacía y se convertía en verdad. La sumisión, obediencia y lealtad no eran valores nuevos; solo cambiaron su referente de patrón de campo a patrón de fábrica

¹⁰ Lo estético ligado a la limpieza y pulcritud era un aspecto en el que ponía especial interés el fundador. Se elaboró un video en el que enseñaba a los trabajadores a usar los baños, y estableció un reglamento específico sobre cómo usarlos. El mal uso de los sanitarios podía significar el despido.

directores y mandos medios de 30 años. La autoridad recaía en los dueños, que decidían desde las grandes estrategias hasta lo cotidiano; la comunicación era de puertas abiertas, y la estructura organizativa no estaba burocratizada, sino regida por usos y costumbres; las relaciones laborales se establecían de forma personal, es decir, no había sindicato. Este era el legado que se había instituido doctrinariamente respecto a cómo dirigir la empresa, que dejaba el fundador al nuevo director. La nueva dirección inició procesos de modernización, principalmente en el nivel gerencial, buscando profesionalizarlo y dotar a la empresa de una estructura organizacional donde hubiera direcciones, no recayendo la responsabilidad y decisiones productivas en los coordinadores (recuperación del control del proceso productivo); sin embargo, no había una estrategia que llevara un cambio modernizador más integral.

4. Nuevas problematizaciones: muerte-legado- herencia- sucesión

En un primer momento, la pregunta inicial y central de nuestra investigación fue ¿cuáles eran las presiones estructurales y los arreglos subjetivos y culturales que daban sentido a las decisiones del director actual? Empero, se nos presentaban nuevas situaciones que llevaban a nuevas preguntas y a nuevas problematizaciones, por ejemplo, la muerte del fundador y la incertidumbre que esto conllevó en los diferentes niveles y espacios: la constante referencia a él por parte de los gerentes, coordinadores, trabajadores, la permanencia de espacios intactos desde su muerte (diez años después), fotos por toda la empresa, prácticas del trabajo que permanecían. Esta situación nos introdujo a un nuevo eje de análisis, la muerte y su significado en la herencia, vista no solo como un bien económico y social, sino como una cultura de dirección y del trabajo creada por el fundador. Esto nos llevó a dividir el análisis en dos momentos, el antes con el fundador, y a reconstruir a) el proceso de constitución del mito del fundador —pese a que el análisis fundamental de la empresa fuera sobre el desarrollo actual de la empresa— y su influencia en la estructura

organizativa, en los principios para regir la empresa (que permanecía, que se reconfiguraba, que era lo nuevo); b) la reconstrucción de la conformación de la clase trabajadora (obreros y coordinadores) y la cultura del trabajo de los mandos medios, gerentes, parte esencial para entender las decisiones del presente, y un segundo momento con la dirección del nuevo director. Así, el momento de sucesión y la herencia, aspectos no contemplados al inicio de la investigación, se volvían en conceptos ordenadores y referentes para entender lo que sucedía en las decisiones de la empresa en sus diferentes niveles. La posición de los herederos ante la herencia cobraba relevancia; si bien ellos la asumían como tal, quién de los tres era el que decidía, qué impulsaba a conservar la herencia cultural, incrementarla o deshacerse de esta. En la abuela recaía la decisión de definir quién heredaba la dirección de la empresa, lo que tenía repercusiones en lo simbólico, e influía en la toma de decisiones. Por una parte, ella se volvía en el referente simbólico de poder, y al que se le debía obediencia, pues había criado y educado —bajo sus principios y moralidad— a los nietos, ante la falta del padre muerto tempranamente, los que habían vivido junto al abuelo, aprendiendo su doctrina. Por otra parte, se heredaba por designación el poder a uno de los nietos, un heredero sin historia en la empresa. La herencia está revestida de poder, que se puede heredar entre generaciones; entonces, ¿el heredado se puede apropiar del patrimonio cultural, social simbólico que dejó el abuelo?, ¿cómo vivir y crecer con un mito? ¿qué de ese patrimonio se pone en juego por el nuevo heredero para las decisiones?¹¹

5. Las decisiones en situaciones límite (crisis): la disyuntiva entre perecer o transformarse

El momento de decisión que vamos a reconstruir, tiene que ver con el reto del director para decidir transformar la empresa a través de

¹¹ Nota metodológica: las fuentes de información para la reconstrucción de este proceso fueron: entrevistas (director, gerentes, coordinadores, historia de vida,

un nuevo proyecto, o perecer. La empresa estaba en crisis: las ventas habían disminuido a la mitad, la presión del mercado demandaba nuevos diseños, lo que a su vez implicaba nueva tecnología, pues la actual no respondía a la demanda en producción; se requería de tecnología flexible, y capacitar a la mano de obra en esta. Además, se enfrentaba un mercado cada vez más competido de empresas extranjeras; o sea, la competencia ya no era nacional sino internacional. Frente a estos factores estructurales que presionaban y ponían al límite la toma de una decisión, planteando retos a la nueva dirección sobre su viabilidad, existieron otros que presionaron y permitieron visualizar un espectro de posibles soluciones que marcarían el nuevo rumbo de la empresa.

a) Actores, espacios y niveles, y su articulación en la decisión

La muerte del abuelo dejaba un legado material y simbólico; el nuevo director se enfrentaba a la situación de heredar una empresa con sus tradiciones, costumbres y espacios de poder fuertemente arraigados. Es decir, heredar se convertía en una presión que se manifestaba también en el terreno de la subjetividad. Estamos hablando de nuevos sujetos, y por lo tanto, de nuevas subjetividades. ¿Qué significaba para este director heredar una empresa?, ¿mantenerla o hacerla crecer?, ¿que relaciones de poder se trastocaban y cuáles permanecían? En este sentido, los retos que enfrentaba el director se pueden definir en aquellos que tenían que ver con la estrategia misma, y que de por sí implicaban una valorización de los aspectos estructurales, y los que tenían que ver con la decisión personal sobre qué acciones tomar, que implicaban también un proceso subjetivo: cómo enfrentar una situación nueva, sin el abuelo; cómo se veía e identificaba así mismo en

documentos de la empresa, panfletos, videos), articulación de la biografía del fundador (personal-empresarial) y su objetivación en las prácticas empresariales, en las relaciones laborales (relación con los trabajadores) y en la cultura del trabajo. Utilizamos el análisis del discurso, en específico la retórica, que nos permitió re-interpretar el discurso (argumentos) y establecer los códigos que le daban sentido (padre-benefactor).

la empresa, pero además, cómo lo veían los otros actores. Al mismo tiempo, los trabajadores se preguntaban qué pasaría con ellos, cómo se iban a dar las relaciones laborales, si los despedirían o venderían la empresa, si la cerrarían, o cómo dirigiría la empresa el nuevo director; pero también la pregunta que permeaba al ambiente era respecto a cuál era la actitud a asumir ante el nuevo director que apenas conocían. Ellos estaban acostumbrados a una forma particular de convivir en el trabajo, y de recibir órdenes por parte del fundador; imaginariamente, todos eran una gran familia, de modo que cómo actuaría el extraño nuevo director. Además había nuevos actores, los gerentes, que asumían una autoridad basada en el puesto y no el “saber hacer”.

Otras preguntas flotaban en el ambiente; la sociedad hidrocálida (empresarios, gobierno, la población) se preguntaba si los herederos tendrían la capacidad de mantener el ritmo de la empresa (eran jóvenes sin experiencia). Así, lo social-cultural se volvía una presión más para legitimar o no a los herederos. En otras palabras, hablamos de diferentes procesos y espacios que podían ser sincrónicos y antagónicos a la vez, donde nuevas decisiones podían generar una resistencia, oposición o adhesión, tanto en el director como en los gerentes y trabajadores. Pasemos a analizar el significado de emprender una estrategia y asumirse como sujeto con voluntad de decisión, en particular, en la situación específica de heredado en crisis, bajo fuertes presiones estructurales, que en síntesis se manifestaban en la pérdida de clientes, y que se extendía a una configuración productiva obsoleta, en la falta de competitividad ante una competencia de mercado internacional, presión social para que definiera su actuar respecto a la empresa, y su permanencia de manera exitosa.

b) Un nuevo proyecto productivo

El momento de decisión en se vio presionado no solo por los factores ya mencionados, sino por la propuesta de un cliente que le ofrecía a la empresa un nuevo proyecto. Este consistía en amueblar y diseñar una tienda bajo un nuevo concepto, el “Mega Mercado”. El proyecto debía de realizarse en un tiempo récord, pues se trataba de competir —al mismo tiempo— contra la instalación de otro Mega Mercado

(doble presión y doble situación al límite). El riesgo en la decisión no estaba en vender el producto (era por pedido), sino en la responsabilidad de hacer el producto que demandaba y que tenía en mente el cliente, y lograr jalar a trabajadores, coordinadores y gerentes a este nuevo proyecto, que desde la óptica del propio director, el fundador hubiera podido rechazar. Esto situaba la decisión no solo en el nivel de lo estructural, sino en el ámbito de las rupturas, reconfiguración y amalgamamiento de significados y de relaciones junto a otros nuevos.

c) Espacios, niveles productivos y procesos de subjetivación en la decisión

Las presiones estructurales a las que se enfrentaba el nuevo director, implicaban la valoración en concreto de producir nuevos productos (no se tenía experiencia en estos nuevos productos), lo que requería nueva tecnología (flexible), pues la actual había quedado obsoleta, e implicaba la reorganización del área de producción (nuevo *layout*), computarizar y crear el área de diseño, capacitar y contratar nuevo personal con este *expertise*, (inversión en otro tipo de tecnología, un nuevo tipo de personal, no tenían experiencia en esta área), y capacitar a los obreros. Esto significaba una gran inversión, y a la vez, sobrevivir en un nuevo mercado que exigía nuevos productos (valorar costo/beneficio). En lo empresarial significaba el replanteamiento del rumbo de la empresa hacia un nuevo proyecto y su futuro (valorar su posición como director y el futuro de la empresa). En el fondo, el sujeto empresario estaba en la disyuntiva de cómo enfrentar y decidir una estrategia, en la necesidad de valorar los aspectos estructurales, y en la reapropiación de arreglos subjetivos, lo que conllevó un proceso que se dio en varias etapas, que ponían al límite el dilema de solo asumir la herencia como tal (capital), o construir sus propias decisiones y convertirse en un sujeto con voluntad de acción y plantearse un espacio de posibilidades (proyecto del futuro) donde podía crear un ámbito de libertad (distanciarse del abuelo), para definir y concebir límites estructurales y subjetivos propios. Se trataba de ubicarse frente a la empresa y valorar su posición como

sujeto que tiene que decidir, y que podría entrar en contraposición con lo que pensaba el abuelo y con los otros de la empresa, de lo que esperaban de él y de lo que él pensaba de sí mismo; era pues, romper con el pasado, asumir posiciones antagónicas entre lo nuevo y lo viejo, el mito y lo extraño cercano (no conocía la empresa, tenía 24 años cuando la heredó), combatir resistencias internas, romper con cotos de poder, con una vieja forma de trabajar; conservar la herencia como tal o construir un nuevo proyecto y con ello construirse también él como sujeto con voluntad propia de decisión. Es decir, configurar una identidad y convertirse en sujeto implicó una reapropiación y reconfiguración de significados, donde el interés personal de realizar sus propios proyectos y planes, construir su propio destino, lo lleva al distanciamiento con lo establecido, y con ello, al enfrentamiento con la tradición y costumbres, y a la toma de decisiones bajo una nueva subjetividad.

6. Configuración de códigos culturales y su subjetivación en la decisión

- 1) Deseo de un tiempo personal: decidir por él y tener su propia autobiografía, historia de decisiones, construir una identidad junto a la rentabilidad de la empresa (concepto ordenador, sujeto social).
- 2) El ser el heredero y la confianza que da serlo, y el contar con profesión, ya que muy pocos colaboradores tenían una licenciatura. Concepto ordenador y síntesis de la configuración de códigos, es decir, sentido de pertenencia que se refuerza con la seguridad en la familia: la abuela lo apoyaba, y esto le daba el sentido de pertenencia a la empresa, ya no solo por ser el heredero, sino por ser el elegido —por la abuela— para decidir. La socialización familiar, por su parte, implicaba que el director había sido criado en una cultura familiar y empresarial con valores fuertemente arraigados en la responsabilidad y el cumplimiento, lo que se manifestaba en el código del orgullo y honor de hacer bien las cosas, y que desde la idiosincrasia del

abuelo, llevada a la familia y trabajadores, era lo que permitiría lograr el éxito personal y de la empresa; concepto ordenador y síntesis de estos códigos: códigos vitales (en el sentido de E. Fromm).

- 3) La seguridad en los trabajadores. Condiciones materiales objetivadas en trabajadores capacitados y leales. Cultura del trabajo heredada y cimentada en códigos como la lealtad, compromiso mutuo para con el empresario y la empresa, que se traducen en los códigos de confianza en el saber hacer de ellos (conocimiento y experiencia), y en la lealtad (amor a la camiseta). Estos códigos se engarzan con el sentimiento de pertenencia a la empresa, basado también en lo simbólico, “por el espíritu de don Jesús” (fundador).
- 4) Presión social que se traducía —en la subjetividad del director— en la necesidad de un reconocimiento y legitimación del “qué dirán”. La sociedad de Aguascalientes, el gobierno, exigía y demandaba una responsabilidad de los nietos; ellos no podían cerrar la empresa, y mucho menos, despedir trabajadores.
- 5) Articulación de los diferentes espacios, niveles, actores y subjetividades en la decisión. Los factores estructurales, la valoración de los límites objetivos y subjetivos dan sentido a la construcción de la decisión de un proyecto de futuro, y a la constitución de un sujeto con voluntad. Hay un fin individual marcado por el deseo de un éxito personal, pero también un fin empresarial, ser rentable, y un fin social, reconocimiento y legitimidad ante la sociedad empresarial, gubernamental y de la población. En otras palabras, lo que estaba en juego en ese momento no era la decisión misma del proyecto (la decisión había sido tomada), sino cómo lograr el apoyo de todos los que estarían involucrados en hacerlo operativo, y que por primera vez dependían de él.

La decisión es una configuración de decisiones, no es un momento, sino un proceso en el cual corren —paralelos— otros procesos, de tal forma que ella está conformada por una red de decisiones que conforman configuraciones, donde cada red tiene su propia configu-

ración subjetiva, cultural y estructural, constituida en tiempos, espacios y niveles, donde concurren diferentes temporalidades. Así, en un momento de la decisión entró en juego el origen familiar, la educación, el ser heredero, que son resignificados por el nuevo director, en el sentido de pertenencia a la empresa, pues ser parte de ella lo da el hecho de ser heredado, y el que esta herencia esté enraizada en la familia; además, que él tenga un título profesional, lo resignifica en los códigos de seguridad-confianza-responsabilidad. Pero, además, el compromiso y responsabilidad, códigos familiares (valores socializados en la familia), le dan un sentimiento de orgullo y honor que busca traducir en éxito personal y de la empresa. El director se refiere al proyecto como compromiso, de modo que el significado que tiene el reto de aceptar el proyecto es de responsabilidad y compromiso de cumplir; en otras palabras, reproduce una tradición cultural heredada del abuelo, donde el sentido de responsabilidad vale más (en un primer momento) que la propia rentabilidad, aunque es la puerta para posicionarse con el cliente y tener ganancias. Así, la familia-herencia-educación se vuelven los códigos culturales que pasan por el proceso de subjetivación, a través de la valoración de la posibilidad de poder liderar un nuevo proyecto, configuración de códigos manifiestos en la pertenencia-confianza-seguridad-confianza-compromiso-orgullo (configuración de códigos vitales). Pero al mismo tiempo, el dirigente valora los otros factores, de modo que los anteriores códigos encuentran un engarzamiento en una cultura del trabajo (heredada y creada por el abuelo), con códigos como la lealtad y compromiso mutuo (sincronía de procesos bajo una nueva subjetividad), que conllevó un nuevo arreglo subjetivo: la seguridad en los trabajadores. Ellos habían sido formados dentro de la ética del fundador; eran trabajadores de campo que aprendieron todo con él; poseían el saber hacer, eran leales (tenían la camiseta puesta), con un fuerte sentimiento de pertenencia a la empresa y al mito, el espíritu del fundador, que estaba presente simbólicamente siempre. Estas condiciones materiales eran objetivadas en trabajadores capacitados y leales; códigos que fueron generados en la práctica de trabajo con el abuelo, son reinterpretados por el director (proceso de subjetivación) y reapropiados por él, para lanzarse a un proyecto

con el compromiso mutuo entre los trabajadores y el nuevo director. En este proceso subjetivo, el campo emotivo y el del razonamiento cotidiano, adquieren relevancia; por un lado, la recuperación del mito y ser el nieto elegido, y por otro, la experiencia de cómo trabajaban y resolvían los problemas los coordinadores, y el gusto por hacer bien su trabajo (cultura artesanal de trabajar). Pero también va a jugar el hecho de que la empresa sea familiar y que fuera vista como taller, con una estructura organizativa del siglo XIX.

7. Los otros procesos y espacios que conforman la decisión: la guerra de guerrillas y los espacios de legitimación de las decisiones y el líder¹²

La estructura organizativa no estaba burocratizada, y no contaba con estructuras formales que centralizaran el poder; las decisiones importantes las tomaba el director, consultando a su hombre de confianza, comportamiento heredado del abuelo. Sin embargo, los mandos medios (coordinadores de producción) decidían sobre la producción. Ellos poseían el “saber hacer”, pues fueron entrenados por el fundador, y trabajaban como artesanos (diseñaban, definían el material, calculaban, definían tiempos de producción y si la empresa podía o no realizar el producto; el trabajador conocía todo el proceso). Los gerentes solo consultaban y presionaban para que el producto estuviera en tiempo y con la calidad requerida. Esta forma de trabajar les daba a los coordinadores y trabajadores una superioridad cualitativa, y les generaba orgullo y una identidad; se reconocían como clase trabajadora, pero al mismo tiempo, leales al patrón, quien trabajaba de la mano con ellos y con la empresa. Con el nuevo director, la

¹² Para la realización de este apartado se analizó una junta de producción en la que estaban presentes coordinadores y gerentes, y analizaban los compromisos y metas a cumplir con los clientes. Se utilizó la retórica para establecer los argumentos discursivos de cada actor a través de los diferentes campos subjetivos definidos en este trabajo.

organización descansaba en dos poderes, el externo, donde el dueño-director se ocupaba de las grandes decisiones (financieras, inversiones, nuevos proyectos), y e interno, en el piso de la fábrica, donde había una guerra de guerrillas. La responsabilidad de hacer cumplir la producción recaía en los gerentes (direcciones de nueva creación), pero se negociaba con los coordinadores, quienes eran los que tenían el “saber hacer”. Se daba, entonces, una disputa entre los coordinadores y la nueva estructura de autoridad (representada por los nuevos directores de producción), entre la legitimidad de las decisiones basadas en el conocimiento, y las tomadas en la estructura formal, en lo que se refiere a producción.¹³ Pero también entra en la disputa por la legitimidad el campo de los sentimientos, lo estético, lo valorativo, lo moral, el razonamiento cotidiano; los argumentos son dados con base al merecimiento que da la antigüedad, la experiencia y el conocimiento (campo cognitivo), lo que genera un sentimiento de orgullo de haber trabajado con el fundador, frente a una nueva gerencia que es designada por el dueño de la empresa, cuyo razonamiento en las decisiones se basaba en la relación costo/beneficio, y no en el “saber hacer”.

8. La conformación de una identidad de líder-un nuevo estilo de dirección a un tipo de dirección y mando

Ruptura con el pasado y una nueva articulación con una estructura organizativa que se constituye en el proceso de construcción de legitimidades; legitimación de una herencia moral (por parte del líder); es decir, es el momento del paso de una herencia solo de posesión, a la legitimación moral de ser el nuevo líder.

El nuevo director se reapropia de esta guerra de guerrillas, aprovechándose del sentimiento de los trabajadores para seguir adelante. La confianza y lealtad se vuelven —de nuevo— el centro, lo que

¹³ Para este análisis, ver el de la junta de producción y la disputa por la legitimidad en las decisiones entre coordinadores y gerentes, en Hernández (2003).

permite el buen desarrollo de la empresa. Para los trabajadores es la empresa que vieron nacer, no sin contradicción entre su quehacer actual y el mito del fundador, mito que se perpetúa. Así, en una nueva temporalidad en un nuevo momento de crisis, con un nuevo director y un nuevo proyecto, se reapropia una tradición de forma espontánea, por tratarse del nieto de “don Jesús”, por ser el heredado, no por ser el nuevo director; y ante el miedo (la crisis, y el cierre de la empresa), el nieto pasa a ser parte de la gran familia. Los coordinadores se vuelven los protectores del nieto, del cercano/extraño, equilibrio paternalista entre coordinadores, gerentes y el nuevo director. Se da una adhesión afectiva a las decisiones de la nueva dirección, y con esto, al nuevo proyecto; pero también se da una adhesión por solidaridad a una autoridad simbólica, para con la empresa y con el nuevo director. Gerentes y coordinadores desarrollan una actitud protectora y productiva —ante el peligro y la incertidumbre— para salir adelante. El resultado es el proceso de reconfiguración de una identidad que lleva al nuevo director a asumir una posición de líder, con un nuevo estilo de dirección y mando “Dejar hacer/para poder hacer”, convivencia que permite un espacio de posibilidad de lucha por el poder a los demás actores, y una “adhesión por coincidencia de intereses”; los gerentes luchan por el poder y el prestigio; los coordinadores, por dejar plasmados sus conocimientos y experiencia en la mejor manera de producir. El líder garantiza la producción con óptimos resultados, controlando sin controlar; en otras palabras, es un liderazgo que consiste en consentir esa lucha por el poder, que a su vez, autocontrola la propia lucha. Así, el concepto de poder adquirió una nueva dimensión dentro de un espacio nuevo de posibilidades, al llenarse de la subjetividad del empresario, concibiendo el dejar hacer/para poder hacer, como una nueva relación que articula otros elementos que no solo conllevan el poder como control o dominación, sino la participación y la mediación de los diferentes campos subjetivos, el reconocimiento social. En ese sentido, el poder se va reconstituyendo con nuevos contenidos, al igual que el concepto mismo de sujeto-empresario se va reconstituyendo con nuevas formas, hasta conformarse en sujeto con identidad y voluntad de decisión, y no en un heredado sin historia.

9. Reconfiguración de visión empresarial

Pero cómo operan en la subjetividad los códigos subjetivos vividos e inculcados en la vida cotidiana y en la familia. ¿Por qué algunos aceptan, y otros no, qué códigos culturales se rechazan? Una primera respuesta podría ser, porque no somos lineales, que hay una reconfiguración y rejerarquización de códigos; así, para el nuevo líder, que vivió lo estético (manifiesto en la limpieza de los baños, en lo estricto de la calidad, no solo del producto, sino en lo visual del mismo) y el autoritarismo del abuelo en el trabajo cotidiano y en la vida diaria. El director actual asumió la limpieza, la eficiencia, respeto a las tradiciones y a las obligaciones, pero rechazó el autoritarismo; por eso el dejar hacer/para poder hacer. La dirección que sustenta es en parte tradicional, por la autoridad transferida simbólicamente por los coordinadores, de abajo hacia arriba. La legitimidad del nuevo director siguió descansando en los lazos de sangre/obediencia de sus empleados, y no en la relación laboral. El poder es inherente a su posición de “dueño”, como parte de una cultura tradicional. Así, la organización sigue operando bajo una racionalidad sentimental-tradicional, donde las decisiones siguen permeadas por la idiosincrasia del fundador, y por otro lado, por la construcción de la autonomía en la sucesión, que lo lleva a establecer una nueva forma de dirigir la empresa, bajo un nuevo liderazgo (dejar hacer para poder hacer), y un alejamiento del fundador. El resultado fue de ruptura, configurándose nuevos sentidos ante una nueva realidad. Se busca establecer una nueva cultura inducida (nueva cultura laboral) —basada en nuevos valores empresariales—, nuevas estrategias ante la apertura del mercado y la inserción de la empresa en la globalización. Los trabajadores y la relación paternalista de lealtad, obediencia, sumisión y resignación se reconfiguran; por una parte, ya no es la generación que se inició con el fundador; lo que quedaba de esa vieja generación, con su sentido de pertenencia a la empresa y al empresario, se había diluido; en la nueva generación no había ese sentido (entrega) de pertenencia. La relación cara-cara entre directores y trabajadores desapareció, asumiéndola el supervisor: ahora se negocian las cuestiones laborales y del trabajo con este; se da la rotación voluntaria de los trabajadores,

el sabotaje a la producción aparece, y un nuevo código se configura, el de la complicidad entre los trabajadores como forma de resistencia a la explotación. Una nueva forma de dirigir la empresa, una nueva visión del mundo empresarial, basada en la competitividad, calidad, eficiencia y costos.

El objetivo de esta investigación fue reconstruir el proceso de toma de decisiones en la relación estructuras/subjetividades-sujetos/interacciones-acciones como articulación de la totalidad pertinente, respecto a la construcción de datos (cuantitativos, de documentos, de discurso) en temporalidades y espacios que coexisten; pero también en la contradicción, y como parte de la situación específica (sujeto social con voluntad/romper con un mito). El dato individual solo adquirió sentido para expresar situaciones sociales (JMRomo-empresarios); la forma de abordarlo fue abstrayendo lo general en lo individual, pero matizándolo en su contradicción y reconociendo su especificidad, con el ángulo que interesa, y en relación con otros datos, aceptando lo contradictorio de estos, como la realidad en la que se construye. En otras palabras, el dato no fue un hecho aislado, sino relacionado con el todo, de manera articulada, en una estilización de lo pertinente; el sujeto con sus presiones, sus relaciones (interacciones), en los diferentes espacios, niveles, temporalidades. El discurso no expresaba un solo significado, sino que la interpretación le reviste de varios; algunos contradictorios (por ejemplo, el análisis de la junta de producción objetivó la lucha por el poder/costo/beneficio/saber-hacer/desconocimiento). La investigación de principio a fin fue un proceso de construcción con acercamientos sucesivos a los datos para continuar problematizando con conclusiones parciales que se fueron complementando conforme se avanzaba. Así, las fuentes son múltiples, expresan niveles diversos de realidad, espacios y temporalidades, donde no hubo un código único de interpretación del discurso, sino un uso flexible del mismo, dependiendo del contexto y del nivel de realidad que expresa. Así, la historia, la cultura (s) forman parte de los sujetos, creando una raigambre que en ciertas condiciones, puede adquirir sentidos nuevos. De esta manera se puede decir que en la relación estructuras-sujetos y acción, el sujeto es activo (agencia) y es parte sustantiva de la acción, de modo que esta surge de presiones

estructurales, pero también, del proceso de darles sentido. Por tanto, cada momento de decisión es un proceso de reconfiguración en espiral, donde el círculo perfecto nunca se llega a cerrar.

Bibliografía

Hernández R., Marcela (2003) *Subjetividad y cultura en la toma de decisiones empresariales. Tres estudios de caso en Aguascalientes*. México, Universidad Autónoma de Aguas Calientes-Plaza y Valdés Editores.

El texto puede ser consultado, en su totalidad, en la siguiente página: <http://sqpwe.izt.uam.mx/pages/mahr/>

Apéndice 6

La construcción de configuraciones subjetivas en un movimiento obrero

Inés Montarcé¹

En este apéndice reflexionamos acerca de la metodología utilizada para estudiar la acción colectiva y las subjetividades políticas en operadores de empresas de *Call centers* ubicadas en la Ciudad de México (Montarcé, 2015). Dicha investigación tuvo como objetivo analizar cuáles fueron los desencadenantes de la acción colectiva, la dinámica de la organización sindical, y el papel e impactos a nivel subjetivo en cada uno de los casos tratados. En este texto presentamos la estrategia desarrollada y los resultados encontrados, centrándonos en el método que se empleó para abordar la subjetividad, explicitando el proceso de elaboración de los códigos involucrados y la forma en que se articularon entre sí. El objetivo es exponer las herramientas

¹ Doctora en Estudios Laborales por la Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, postdoctorante de la Universidad Nacional Autónoma de México.

que nos permitieron aprehender las reconfiguraciones subjetivas que se dieron al calor de las experiencias organizativas analizadas.

1. El abordaje de la subjetividad

La mayoría de *Call centers* en México cuenta con condiciones de trabajo muy precarias: bajos salarios, alta rotación, amplia flexibilidad, unilateralidad empresarial y sindicatos de protección patronal, por mencionar algunos de los rasgos típicos de este tipo de empleo. En este contexto adverso, la investigación se propuso estudiar dos experiencias organizativas por parte de los trabajadores, las que tuvieron como objetivo transformar las condiciones en las que se ejercía la actividad.² En ambos casos nos interesó analizar el entramado de relaciones que detonó la acción colectiva, la dinámica de los procesos organizativos, y las transformaciones subjetivas que se dieron al calor de los mismos, entendiendo por subjetividades políticas “los procesos colectivos de asignación de sentido (anclados en prácticas transformadoras) en los que se logra romper con estructuras de significación orientadas a la conservación de lo dado y se crean referentes simbólicos que rechazan los sentidos previamente consolidados y afirman potencialidades disruptivas” (Montarcé, 2015, p. 47). Para abordar dicha problemática, adoptamos la perspectiva configuracionista (De la Garza, 2012), desde la cual entendimos que el problema referido no podía explicarse desde un enfoque determinista ni voluntarista, sino que era necesario reconstruir las múltiples determinaciones objetivas y subjetivas que podían influir en el problema.

En términos metodológicos, dicho desafío se tradujo en la implementación de una estrategia con la suficiente flexibilidad para captar

² Nuestro universo de análisis fueron dos empresas de *Call centers* de la Ciudad de México, con amplias diferencias entre sí, pero con la particularidad de que en ambas se dieron procesos de organización sindical auténticos. Sin pretensión de obtener representatividad estadística respecto a dicho sector en el país, nos propusimos encontrar relaciones conceptuales que tuvieran validez empírica más allá de los casos estudiados (Montarcé, 2015).

los acontecimientos sucedidos en su dinamismo y complejidad. Para acercarnos al objeto, se propusieron categorías con función más re-constructora de la teoría que verificadora de la misma. Estas se crearon a partir de la revisión de teorías acumuladas, como de la propia exploración de campo, y se fueron modificando a lo largo de la investigación, ya sea por el surgimiento de nuevas preguntas, la necesidad de emprender ajustes de diseño o porque la realidad las invalidaba. Si bien, se recuperó el cúmulo de conocimientos teóricos y empíricos acerca de *Call centers* en México y en el mundo, estos fueron retomados, en la medida en que aportaron a pensar la especificidad de los casos tratados. Así, las categorías adoptadas nunca fueron absolutas ni acabadas: se utilizaron y desecharon en función de su capacidad para interrogar esa realidad, y generar nuevas problematizaciones. Es decir, la acción y organización colectiva —en los casos tratados— no fue supuesta de antemano por las condiciones objetivas en el sector, sino que se reconstruyó a partir de las experiencias de los trabajadores y de su capacidad de acción y significación.

El tratamiento que se le dio a la subjetividad siguió un criterio similar. Los procesos de asignación de sentido por parte de los trabajadores, no se concibieron ni como un reflejo de determinaciones sociales, ni como un producto puro de su voluntad. Aunque las matrices culturales condicionan el modo de significar la realidad, no hay determinación entre ambas. Quienes comparten condiciones de existencia y creencias similares, pueden otorgar sentidos diferentes, porque en la cotidianeidad los significados se negocian y disputan, existiendo siempre posibilidades de transformación y ruptura de los sentidos hegemónicos. Sin embargo, que la producción subjetiva sea diversa y múltiple, no implica que sea azarosa. Esta no se desarrolla enteramente en la conciencia ni compete estrictamente a la individualidad de las personas, sino que tiene un carácter eminentemente social: los modos de significación dependen de las condiciones materiales de existencia y de las interacciones cotidianas que los reinventan y recrean, así como de las culturas preexistentes, pero siempre en contextos estructurales más amplios.

La naturaleza simbólica del objeto obligó a afrontar el problema de la doble hermenéutica: ¿cómo estudiar los procesos de subjetivación

desde una perspectiva que no cayera en un relativismo interpretativo, y que al mismo tiempo sostuviera la posibilidad de crear un conocimiento objetivamente válido? Para ello se requería de un enfoque que captara las subjetividades emergentes en las prácticas concretas en las que estas iban cristalizando, reconociendo que los significados existen en la profundidad de la conciencia (la que sería impenetrable desde una mirada positivista), pero que se definen en la medida en que se materializan en experiencias concretas, susceptibles de ser comprendidas y validadas por otros sujetos. Fueron dichas prácticas las que nos permitieron, a lo largo de la investigación, ir estableciendo la veracidad o no de los hallazgos encontrados.

El acercamiento profundo a las mismas fue posible por la adopción de una estrategia de coinvestigación,³ que supuso un involucramiento personal con las experiencias organizativas estudiadas, lo cual permitió una comprensión más íntegra del sentido de las acciones emprendidas. Para evitar el riesgo de quedar inmersos en la experiencia vivida, la relacionamos con teorías e investigaciones empíricas análogas, necesarias para no pensar que lo real se reduce al punto de vista del sujeto, y no perder criticidad ante dichas concepciones. En ese sentido, el haber participado activamente en los procesos analizados, no solo no fue un obstáculo para la construcción de conocimiento objetivo, sino que la intimidad de los vínculos forjados en dichas experiencias, nos permitió acceder a expresiones “subterráneas” del problema analizado, que ampliaron —de manera significativa— la información e interpretaciones obtenidas a través de otros tipos de técnicas.⁴

Para captar las subjetividades asumimos diversos criterios teórico-metodológicos, entre los cuales destacamos los siguientes:

³ De octubre de 2012 a agosto de 2014 colaboré, periódicamente, como investigadora en la experiencia sindical que se toma como referencia en este artículo.

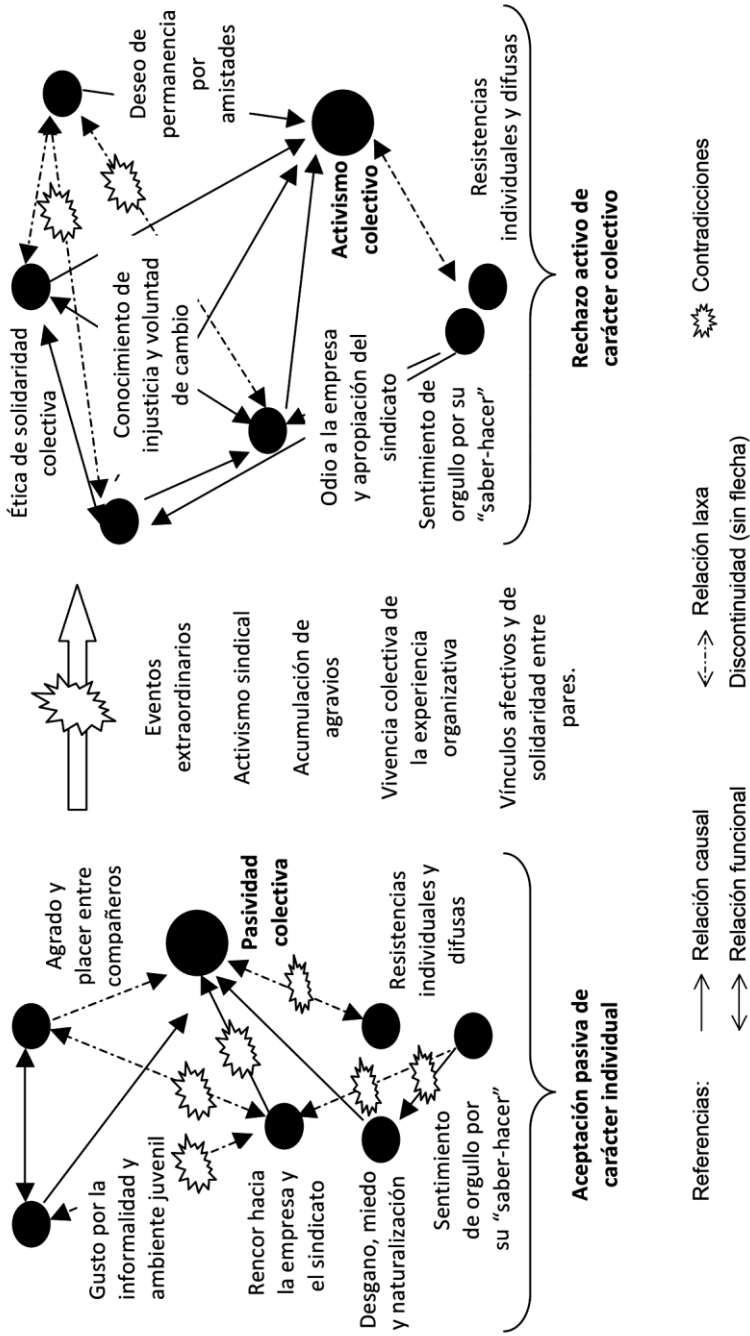
⁴ La investigación de campo se llevó a cabo desde septiembre de 2009 hasta abril de 2013, período en cual se realizaron 66 entrevistas (59 individuales y 7 colectivas) a diferentes actores involucrados en *Call centers*, y se registraron 110 instancias de observación directa y participante en ámbitos del trabajo y de la vida sindical.

- a) Los significados no se reducen a motivos, gustos, preferencias o expectativas, ya que en la asignación de sentido, tales voliciones —sistemáticamente— se articulan con cogniciones, afectos, sentidos morales y estéticos, relacionados por formas de razonamiento formales y cotidianas, que no necesariamente se expresan en los actores de forma transparente, ni son del todo conscientes, y que sin embargo, pueden estructurar su pensamiento y configurar sus estados de ánimo sin poder siempre expresarse en palabras.
- b) El dato subjetivo tiene un carácter social e histórico que obliga a adoptar una postura no psicologista: no estudiamos las tramas simbólicas como formas individuales de conciencia, sino como significaciones colectivas enmarcadas en condiciones sociales específicas. Es decir, no nos interesó explorar el impacto que tuvo la experiencia organizativa en tal o cual trabajador, sino analizar sus efectos en el ámbito de las prácticas colectivas (y a nivel micropolítico), dentro del universo seleccionado, sin pretensión de representatividad estadística hacia el interior de la empresa.
- c) No nos propusimos verificar significados subjetivos ya definidos, sino cómo los actores los iban reconstruyendo en la propia práctica (Zemelman, 1987). Reconocer la naturaleza dinámica y procesual de la asignación de sentidos no solo implicó asumir que el dato empírico no estaba dado, sino que su producción requería un ejercicio interpretativo capaz de captar las resignificaciones que los trabajadores iban haciendo de sus propias vivencias cotidianas, en la medida en que transitaban por ellas; con la posibilidad de que hubieran alteraciones en las mismas (y por lo tanto nuevas sensibilidades y enunciaciones), como resultado de acontecimientos específicos, eventos extraordinarios, o de situaciones flagrantemente ilegítimas (De la Garza, 1992).
- d) El carácter impredecible de los hechos subjetivos nos llevó a plantear la inutilidad de un planteamiento hipotético deductivo. No se trataba de comprobar la existencia o no de ciertos códigos como resultado de condiciones objetivas dadas, sino más

- bien de dejar abierta la posibilidad a la emergencia de formas múltiples de significación que pudieran rebasar lo ya teorizado.
- e) Los datos subjetivos se manifiestan de manera compleja, pudiendo enunciarse en discursos o prácticas que no siempre son del todo visibles para los propios actores ni para los investigadores. En nuestro caso adoptamos ambas fuentes, retomando no solo las valoraciones manifestadas en forma discursiva por los trabajadores, sino —fundamentalmente— las prácticas en las que estos se encarnaron, incluso aquellas aparentemente imperceptibles y poco relevantes. Así, no se trató de captar únicamente lo registrado por los actores, sino de entrelazar el tejido simbólico en sus diferentes niveles (manifiesto, latente y oculto), situándolo en el contexto de las experiencias organizativas en curso, y teniendo en cuenta que los significados pueden estar influidos por patrones culturales que rebasan las prácticas cotidianas, así como por estructuras e interacciones.
 - f) Las subjetividades colectivas no necesariamente son uniformes ni homogéneas; se nutren de códigos diversos que pueden no tener una estabilidad definida, y entrar en tensión entre sí, dando como resultado configuraciones contingentes y no siempre coherentes (De la Garza, 2003). En ellas pueden convivir fuerzas que pugnen por la continuidad o el cambio, la pasividad o el activismo, la reacción o invención de nuevas alternativas de existencia. La comprensión y visibilización de las contradicciones existentes es necesaria no solo para poder definir la especificidad de las mismas, sino también, para problematizar su alcance y posibilidades de mutación y transformación.

2. La captación del movimiento: de la aceptación pasiva al activismo colectivo

Una de las inquietudes centrales que guió la investigación fue explorar cómo y por qué el consentimiento pasivo a las condiciones de empleo, por parte de los trabajadores (que no significaba ausencia de inconformidades), se convirtió —en un momento dado— en



Esquema 1. Configuraciones subjetivas antes y después del proceso organizativo.

rechazo y movilización colectiva. En los casos estudiados hallamos que dicha transformación fue resultado de procesos complejos, que no tuvieron un desarrollo lineal, sino contradictorio y tenso.⁵

El Esquema 1 refleja en forma gráfica los hechos analizados, destacando que se trató de procesos dinámicos que “estaban siendo” (Zemelman, 1987) en el momento de la investigación. La información que se presenta corresponde a acontecimientos que se dieron en el período que va de marzo de 2012 a agosto de 2014; sin embargo, dada la naturaleza simbólica del objeto analizado, y la fluidez con la que se llevaron a cabo dichos sucesos, nos es imposible considerarlos dentro de una temporalidad lineal. En ese sentido, cabe aclarar que si planteamos un “antes” y un “después” del proceso organizativo, es con un fin estrictamente expositivo y analítico.

El primer punto a explicitar es por qué afirmamos que lo que predominaba en los trabajadores de *Call centers* era una aceptación pasiva manifestada individualmente; es decir, cómo llegamos a dicho hallazgo y cuál ha sido su fundamentación empírica y teórica. Tanto en las entrevistas como en las observaciones realizadas, encontramos inconformidades explícitas (manifestadas tanto a través de sus relatos orales, como de sus actitudes y expresiones gestuales) con las condiciones en que se ejercía la actividad, no solo por los bajos salarios percibidos y la fuerte presión que exigía la operación cotidiana, sino también por el maltrato recibido por parte de sus superiores. La arbitrariedad con que la gerencia modificaba sus horarios de trabajo y obligaba a “pagar” los minutos de retraso asignados para la comida y el baño, así como el nepotismo con el que se decidían la mayoría de las reglas de operación (incluidos los ascensos de personal), provocaba un rechazo inmediato que se traducía en un sentimiento de rencor hacia sus superiores y hacia quienes actuaban como facilitadores del sindicato de protección patronal. Dicha afectación se constituyó en un dato al analizar las condiciones de trabajo —en sentido estruc-

⁵ La información que se presenta en este apartado ha sido recuperada de la investigación citada (Montarcé, 2015). Por razones de espacio, aquí retomamos solo una de las experiencias analizadas (la que fue impulsada por los trabajadores de la empresa Atento S.A. de C.V. en la Ciudad de México).

tural— y la dinámica de interrelaciones prácticas durante la jornada laboral; aun en aquellas personas que mostraron estar involucradas emocionalmente con la empresa, identificamos indicios de descontento que en ocasiones se manifestaron explícitamente, y en otras, de modo latente. Aunque este primer hallazgo fue clave para el curso que siguió la investigación, no lo asumimos como un dato irrefutable; es decir, no lo planteamos como verdad absoluta, ni tampoco como hipótesis a verificar en cada uno de los casos que se iban tratando.

Ahora bien, esta inconformidad no necesariamente se tradujo en la decisión inmediata de hacer algo para modificar la situación, y ello se debió —principalmente— a dos razones. Por un lado, la tendencia a naturalizar su hastío como parte de los sacrificios que deben asumirse en todos los empleos, lo cual forma parte de un razonamiento cotidiano arraigado en la cultura popular urbana de esta ciudad, como resultado de la precariedad estructural de los mercados de trabajo. Por otro, el agrado por la informalidad paralela a las relaciones formalizadas en la empresa, los vínculos afectivos generados, y un sentimiento de orgullo por su saber-hacer, subsanaron las valoraciones negativas del empleo. Con estos hallazgos se puso en evidencia la pertinencia de un enfoque flexible que no planteara a la subjetividad como reflejo mecánico de condiciones objetivas dadas (las situaciones vividas no necesariamente llevaban a la indignación, aunque tampoco eran independientes de estas), ni tampoco como un conjunto coherente de significaciones reconocidas por los trabajadores. La manifestación oral recurrente de una creencia colectiva surgida del sentido común (la idea de que “así son los empleos y no queda de otra”), así como la ligereza con la que los entrevistados argumentaron su falta de expectativas frente a otros empleos, fueron un indicio de la existencia de un proceso de “naturalización” de la dominación. Aunque no hayan sido del todo conscientes de ello, este tuvo efectos híbridos en la práctica, manifestándose en una “permanencia precaria” que llevaba, a veces, a la renuncia voluntaria al trabajo: el consentimiento pasivo (sustentado en el desgano y en el miedo antes que en la aprobación legítima de un mandato dado) ante una situación con la que estaban inconformes, pero de la que no veían alternativa alguna. Lo interesante a destacar es que más allá de si era o no registrada por

los trabajadores, la naturalización —como código subjetivo— tuvo una impronta disciplinante que dificultaba la acción.

Algo similar sucedió con lo que conceptualizamos como “sentimiento de orgullo por su saber-hacer”: a pesar de que la actividad productiva era relativamente sencilla, la alta rotación, junto a la segmentación organizacional del proceso de trabajo, se tornaban un obstáculo para lograr mayor calidad en el servicio, lo que finalmente impactaba en la moral de los operadores que tenían mayor antigüedad, quienes sentían que ellos eran capaces por sí mismos de darles respuestas acordes a los clientes, a diferencia no solo de sus pares de recién ingreso, sino también, de sus supervisores que no tenían la experiencia de piso. Además de satisfacerlos, dicho sentimiento compensaba el fastidio mencionado, y generaba cierta pertenencia con la actividad, aunque esta estuviera permeada por cierta inconformidad al sentir que sus conocimientos no estaban siendo valorados. Así, si bien identificamos el orgullo como uno de los códigos subjetivos que reforzó la aprobación del orden productivo, su consistencia era contradictoria, existiendo en su seno elementos que asumieron otra direccionalidad cuando las circunstancias presionaron.

La articulación de estos elementos nos permitió definir, en un primer momento, un tipo de configuración subjetiva caracterizada por la aceptación pasiva de las condiciones de trabajo, y la incapacidad de vislumbrar una respuesta colectiva a la situación vivida, aunque ello no negaba la emergencia de prácticas de resistencia individuales como el ausentismo, el boicot en las llamadas y actitudes contestatarias —contra sus superiores— manifestadas con humor e ironía. Que predominara el consentimiento tampoco quería decir que este fuera absoluto, y mucho menos, incondicional; por el contrario, el rechazo a la empresa se mantenía en estado latente, con posibilidad de tornarse en indignación en cuanto hubiera un acontecimiento que lo activara.

Efectivamente eso fue lo que sucedió cuando la empresa perpetró despidos masivos: el miedo a ser cesados del cargo, junto a la rabia que existía por la acumulación de agravios, impulsó un sentimiento de solidaridad colectivo que devino en rechazo a la empresa y en la disposición a emprender acciones para transformar la situación

que se vivía. Sin embargo, no se trató de una sucesión mecánica de hechos, sino de procesos dinámicos en los que tuvo mucha influencia la mediación de activistas sindicales que facilitaron la reflexión colectiva y el contagio entre compañeros. En ese sentido, lo que impulsó la movilización no fue simplemente una deliberación consciente y racional en la que se fue adquiriendo mayor conciencia ideológica, sino la vivencia compartida de situaciones conflictivas, y en particular, de la experiencia organizativa. Es decir, las subjetividades se fueron reconfigurando al calor de tales acontecimientos, sin existir una determinación única de la experiencia por la conciencia, ni viceversa. De ese modo, lo que logró contrarrestar el patrón de individualidad arraigado en la cultura laboral juvenil urbana, fue la combinación de diversos elementos que no pocas veces entraron en tensión, y que a pesar de ello confluyeron en la creación de sentidos y prácticas de sociabilidad alternas. Aunque sus relaciones eran de naturaleza diferente (causales, funcionales, laxas o discontinuas), finalmente predominó una voluntad de cambio que se tradujo en acciones concretas de disputa con la empresa y de solidaridad entre trabajadores.

Como consecuencia, la solidaridad construida logró afianzarse en una ética específica, caracterizada por la reflexión crítica ante las injusticias cometidas por la empresa, el fortalecimiento de una intencionalidad orientada al bien común, y el robustecimiento del rencor por el maltrato recibido por parte de sus superiores. La combinación de estos elementos no se tradujo en el deseo de abandonar el empleo, sino de permanecer con la creencia de que la organización colectiva podía contrarrestar sus políticas; en ese sentido, se trató de un código afectivo cuyo contenido sufrió variaciones como resultado de las prácticas emprendidas. En este contexto, la apropiación del sindicato como herramienta de lucha legítima para hacer frente a las adversidades vividas, así como las amistades construidas en el transcurso de la experiencia organizativa, fueron soportes materiales y simbólicos claves del activismo incipiente. La articulación de las relaciones de fuerzas descritas permitió el surgimiento de una forma específica de subjetividad política, que en su momento logró construir nuevas sensibilidades colectivas, independientemente de

su alcance y capacidad, para lograr los objetivos deseados y la continuación de aquello en el tiempo.

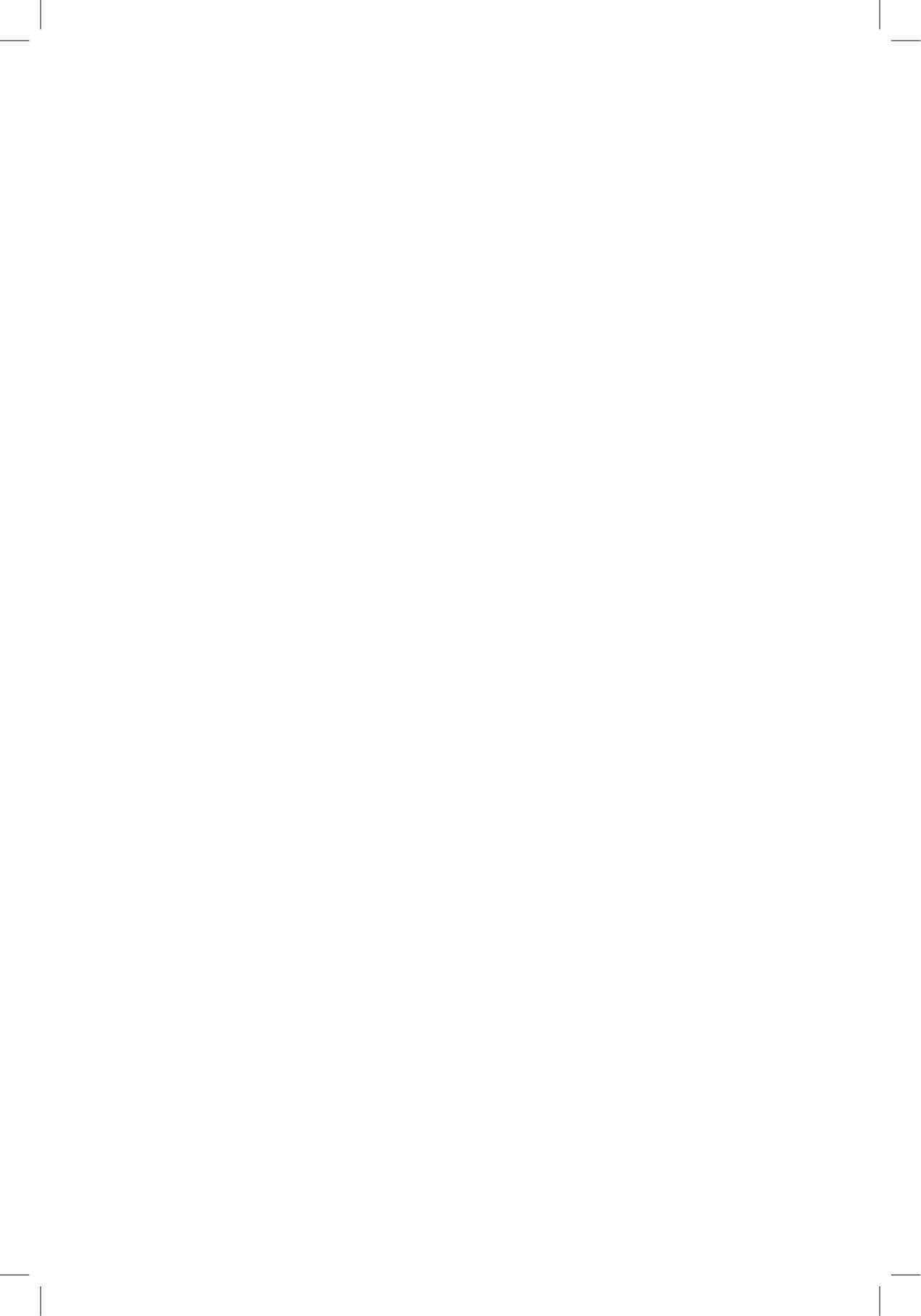
La captación de los procesos de movilización subjetiva fue posible no solo por el modo en que los trabajadores relataron el sentido que había adquirido la organización colectiva en sus vidas, sino principalmente, por haber observado en forma participante las interacciones cotidianas entre los mismos. Fueron estas intervenciones, con la paradoja que supone haber sido parte de un proceso y asumir una distancia crítica relativa del mismo, las que nos permitieron interpretar y definir los elementos decisivos que posibilitaron dichas transformaciones. Asimismo, constatamos que la consolidación de dichas afecciones no se dio de un día para otro, sino que fue tomando forma y decantando en el transcurso de las prácticas organizativas, sin adquirir —en ningún momento— un carácter ni definitivo ni uniforme.

En sintonía con ello, y considerando el carácter dinámico de los procesos simbólicos estudiados, cabría preguntarse (lo que ameritaría otra pesquisa diferente) qué tipo de mutaciones han sufrido tales configuraciones después de más dos años de haberse consumado la investigación. Ahora bien, independientemente de la direccionalidad que puedan haber asumido estos procesos (ya sea que actualmente predominen fuerzas activas que promuevan devenires transformadores o se trate de energías reactivas al cambio que hayan cerrado la puerta a procesos de experimentación política), lo que nos parece importante destacar es que las metamorfosis constantes que sufren los acontecimientos subjetivados no impiden la posibilidad de producir conocimiento científico al respecto, sino más bien, reafirman la necesidad de crear teorías situadas y específicas para cada realidad concreta en su temporalidad y espacialidad dada.

Bibliografía

De la Garza, Enrique (2012) “Metodología marxista y su herencia en el configuracionismo”. *Tratado de Metodología de las Ciencias Sociales*, Fondo de Cultura Económica.

- _____ (2003) “La Configuración como Alternativa al Concepto Estándar de la Teoría”. *Determinismo y alternativas en las Ciencias Sociales de América Latina*, Nueva Sociedad.
- _____ (1992) “Los Sujetos Sociales en el Debate Teórico”. *Crisis y Sujetos Sociales en México*, Editorial Porrúa.
- Montarcé, Inés (2015) *Trabajo y acción colectiva en la maquila informacional de los Call centers*. México, Universidad Autónoma Metropolitana-Ediciones del Lirio.
- Zemelman, Hugo (1987) *Uso Crítico de la Teoría: en torno a las funciones analíticas de la totalidad I*. México, Centro de Estudios Sociológicos-El Colegio de México-Universidad de las Naciones Unidas.



Capítulo VII

Empiria y dato

1. El problema de la base empírica

Dentro de la discusión positivista acerca del criterio de demarcación, se concluyó que los enunciados científicos pueden ser de dos tipos: 1) aquellos cuyo valor veritativo puede determinarse por un análisis de significado (enunciados determinados analíticamente), y 2) los enunciados sintéticos (apoyados en la experiencia). No entraremos a detallar la disputa positivista acerca de la dicotomía analítico-sintético o su posible unificación, puesto que nuestra intención es discutir el significado de los enunciados empíricos.

En esta perspectiva, los enunciados con sentido empírico son una subclase de los enunciados sintácticamente admisibles. Wittgenstein llegaría al extremo de proponer que un lenguaje formal ideal igualaría sintáctica con semántica, y en esta tensión se desenvolvería el positivismo.

Por otro lado, para que un enunciado sintético se considere con sentido empírico, el positivismo le fijaría la condición de que existan *enunciados observacionales* con los cuales el enunciado en cuestión se halle en *relación deductiva*. De aquí se desprenden dos problemas

clave para la metodología positivista: 1) si es posible que todo enunciado sea reducible a enunciados observacionales por la vía de la deducción, y 2) cuál sería el significado del enunciado observacional, si una cosa es un enunciado como forma de pensamiento, y otra, la realidad.

Respecto al primer problema, se reconocería —finalmente— en el positivismo, que la condición de deducibilidad entre un enunciado sintético y otro observacional resultaba demasiado “fuerte” para la ciencia, y que por tanto, habría que formular la condición anterior en forma menos rigurosa: *un enunciado sintético tiene sentido empírico, sí y solo si, es traducible a un lenguaje empírico*. En el fondo se estaba reconociendo que la ciencia trabaja con conceptos solo parcial e indirectamente interpretados.

La teoría de los dos niveles del lenguaje de la ciencia de Carnap, iba también en el sentido de proporcionar criterios unívocos de cientificidad de los enunciados sintéticos. Así, se hablaba de un primer nivel de lenguaje científico (Lt) o lenguaje teórico, y un segundo nivel (L0) o lenguaje observacional. Entre uno y otro nivel debería haber reglas de correspondencia (C) que en forma deductiva comunicaran lo teórico con lo observacional. Sin embargo, tuvo que reconocerse que C es parcial e incompleta en la ciencia real.

En cuanto al problema del significado de lo observacional, y específicamente, del “enunciado observacional”: como enunciado se trata de una forma de pensamiento, y por tanto, los enunciados solo pueden inferirse —lógicamente— unos de otros y no de realidades que no son enunciados. El positivismo concluirá que no hay una teoría aceptable de la observación en términos lógicos. Carnap, añadirá que la observación es un concepto lógico no definido, ni tampoco unívoco, puesto que va de la percepción directa a la indirecta por medio de instrumentos.

Popper por su parte, cuando se refiere al problema de la base empírica, y en su crítica a los neopositivistas, señala que la ciencia no puede reducirse a lo perceptual sensorial (experiencia para Popper), y que habría dos posiciones en contra: 1) la convencionalista que considera que los enunciados solo pueden justificarse mediante enunciados, y 2) el psicologismo que plantea que los enunciados se justifican

por la experiencia perceptiva. Para Popper, los positivistas habrían llegado a la conclusión de que no pueden compararse enunciados con hechos, sino solamente enunciados con enunciados. Es decir, el problema de la verificación sería el de la lógica del lenguaje, el cómo traducir universales a *cláusulas protocolares* o *enunciados básicos* (enunciados de un hecho singular que pueden servir de premisas a una verificación o a una falsación). Para Carnap, estos enunciados básicos no requieren explicación, son lo dado; sin embargo, cabe profundizar acerca de su significado.

Para el positivismo, los enunciados básicos tienen la forma de enunciados existenciales singulares; además son observables (en el sentido de contrastables intersubjetivamente por observación), y sirven para corroborar o falsear. Salta a la vista la pobreza positivista del problema de la observación, lo que no podría ser de otra manera mientras se trate de abordar el problema de la percepción solo como un problema lógico y no como una forma de la relación entre el sujeto y el objeto. Lo anterior nos conduce a la necesidad de discutir el significado de lo empírico.

2. El concepto de lo empírico

El problema de si pueden compararse enunciados con realidades por observación, fue planteado por el empirismo clásico. La respuesta más rigurosa a la que se llegó la formuló Berkeley: la percepción es ya reflexión, y por tanto, el mundo exterior y el de la percepción no coinciden. El positivismo no logró trascender a Berkeley, porque fue incapaz de concebir la realidad y el pensamiento fuera de la lógica formal, como realidad histórica y como práctica. En esta medida, la paradoja del empirismo de Berkeley quedó sin resolver por el positivismo.

Autores de perspectivas diferentes como Piaget, y desde una perspectiva diferente al logicismo metodológico, plantearán que no hay sensación pura, ni que tampoco la percepción es innata; habría que contraponer a la concepción de percepción observacional la de percepción activa. En esta última, la acción es el punto de partida, y en

tanto proceso de *asimilación* del mundo por el sujeto, se construye el sujeto cognoscente y el propio objeto de conocimiento.

Las anteriores concepciones tienen alguna semejanza formal con las de la *fenomenología*. En una presentación psicológica de dicha fenomenología, se parte de un principio básico: que el fenómeno es tal cual lo vive el sujeto y no lo objetivo en sí. Es decir, no interesa el objeto tal cual es, sino como aparece al sujeto que lo experimenta. De esta manera James, y la teoría del Gestalt, aparecen como antecesores de la fenomenología o como parientes psicológicos de esta.

Para James los datos se encuentran siempre en un campo, pero en un campo subjetivo, seleccionado y ordenado por el sujeto. Piaget, por su parte, considera la relación sujeto perceptual y mundo, en relación a los procesos de *asimilación* de los datos a esquemas de pensamiento, y la posible *acomodación* de los esquemas a las nuevas experiencias. El *esquema* aparece en Piaget como el mediador entre el yo y el mundo externo, y por tanto, solo puede haber experiencias interpretadas (dar sentido para Piaget es insertar los datos en un esquema). Por otra parte, la posibilidad de reorganización del esquema interpretativo no solo implica cambio en el pensamiento, sino reorganización del propio objeto, desde el momento en que los datos no serían simplemente lo dado externo, sino una relación entre el yo y el mundo que cambia al cambiar el esquema de interpretación que en última instancia, es también de observación. En otras palabras, lo que está proponiendo es que el objeto no existe sin el sujeto, específicamente como objeto de observación, ni que el objeto existiría al margen de la conciencia en forma de esquemas.

En la teoría de la forma, la organización de los datos en totalidades empíricas situadas en un campo no estaría dado por la inteligencia, como en Piaget, sino que sería inmanente a la acción, explicación que recuerda la vieja filosofía de la vida y el historicismo filosófico.

En Husserl también la percepción solo puede concebirse como pluralidades organizadas y nunca como suma de percepciones individuales. Kholer da un paso más en esta concepción de lo empírico y de la percepción, al descartar la hipótesis de la constancia, es decir, que los datos sensibles dependen exclusivamente de los estímulos físicos (o bien, que a estímulos iguales deben de corresponder per-

cepciones iguales). Por el contrario, propone que la percepción no solo es función de lo interno y de lo externo (percepción= f_1 (interno) + f_2 (externo) sino F (interno, externo), como totalidad de interno-externo en relación recíproca. De esta manera, el objeto sensible no es simplemente lo dado y externo como en el positivismo, sino que es siempre un objeto construido por el sujeto en base a su experiencia pasada, lo que significa datos percibidos y organizados de diferentes formas, de acuerdo a dichas experiencias.

Por ello, la fenomenología dice ocuparse solo de objetos en tanto actos de la conciencia, donde la investigación fenomenológica debe ser eminentemente descriptiva (aunque utilice juicios teóricos). Esta misma concepción lleva a definir el objeto de la ciencia en tanto describir los actos intencionales y mentados, tal y como son mentados, porque esta es la única realidad de la que se puede hablar. Es decir, la objetividad se pone en función de la subjetividad (el “noema” perceptivo de Husserl es la cosa en sí percibida subjetivamente). De esta misma manera, la diferencia entre esencia y apariencia es la de la parte con el todo, y la “cosa en sí” es la totalidad de los *noemas*. A todo objeto corresponde una pluralidad de percepciones, y como la percepción es siempre particular y unilateral, el proceso perceptivo es infinito. Ciertamente que la noema perceptiva no se concibe — como ocurre en el empirismo positivista— como lo externo, sino que abarca a la experiencia sensible y las ideas implícitas en dicha percepción; además, en esta no solo juegan concepciones acumuladas en el sujeto, sino también lo *noético* (intencionalidad). Por ello, la confirmación de la percepción de la cosa en sí se da por correlación, pero no correlación entre hechos existentes en sí mismos, sino correlación y unidad estructural de las noemas parciales.

En síntesis, nos encontramos ante dos grandes concepciones referidas al significado de la percepción y de lo empírico en el campo de la ciencia:

- 1) El dato empírico es lo dado, no requiere de explicación, idea que conduce —finalmente— al problema del dualismo entre pensamiento y realidad, y a la incapacidad de justificar lógicamente la posibilidad de conocer (desde el momento en que lo

empírico es irreducible a la lógica). El problema de la verdad se convierte en una lógica ahistórica del lenguaje.

- 2) El dato empírico depende de conciencia y de la realidad que aparecen siempre en forma indiferenciada (el objeto no existe sin el sujeto). Lo anterior conduce o bien a un idealismo (el campo de la ciencia es y solo puede ser el campo de la conciencia y es imposible diferenciar entre estados de conciencia y realidad), o a un empirismo subjetivo que en lugar de reconocer simplemente las componentes subjetivas del dato, lo subordina totalmente a lo subjetivo, y convierte la determinación subjetiva no en histórica sino en abstracta, con lo que se cae también en el idealismo. Esta perspectiva, habría que añadir, tampoco resuelve el problema de la relación entre teoría y dato, ni mucho menos, el de la correspondencia.

En una concepción reconstructiva de la realidad; lo empírico tendría que considerarse como una forma de la relación entre el sujeto y el objeto, relación determinada históricamente, sobre todo en términos culturales y lingüísticos; pero a la vez, se tendría que reconocer que el dato empírico posee un componente de realidad extradiscursiva. En el proceso científico de investigación habría que considerar que sobre el dato empírico hay una triple tensión: por un lado, de la teoría en abstracto, que pide determinados datos; por el otro, la de la subjetividad del investigador (subjetividad no abstracta como en la fenomenología, sino histórica, cultural y lingüísticamente determinada), y la de la propia realidad que escapa a la voluntad de los sujetos que investigan. De esta forma, lo empírico no aparece simplemente como lo dado, ni tampoco como lo determinado exclusivamente por el campo de la conciencia.

Para ser consecuentes con los principios materialistas marxistas de realidad y conocimiento, tendríamos que agregar que a una concepción de realidad, como articulación entre objeto y sujeto en el movimiento, tendría que añadirse una concepción del mundo empírico en transformación, transformación que proviene de la doble determinación de lo empírico: por un lado, transformación de la realidad material de la cual lo empírico es uno de sus niveles en relación con

el sujeto, y por otro, transformación por cambio del propio ambiente histórico, cultural y lingüístico. Lo anterior lleva al concepto de lo *empírico históricamente determinado*.

Por otra parte, una concepción de realidad por niveles y en articulación-rearticulación, conduce al problema de la relación entre *empiria* y *nivel de realidad*. A diferencia del positivísimo, esta relación no puede ser únicamente lógica, sino mediada en el sentido amplio, que hemos empleado anteriormente, como relación lógica-histórica especificante. De esta forma, el concepto de mediación aparece como central para referirnos a la relación entre un nivel de realidad y lo empírico. También, habría que considerar que el concebir la realidad por niveles de realidad conduce a referirnos a *planos de empiricidad* diversos, dependiendo del nivel de realidad en cuestión. Nivel de empiricidad no es sino forma de recorte del mundo empírico, dependiendo de la triple tensión a que nos hemos referido con anterioridad. Si el avance de lo abstracto a lo concreto en el pensamiento puede ser pensado como articulación de niveles de los más generales a los más específicos al objeto, así también la empiricidad ligada a estos niveles tendría que ser pensada no solo por niveles de empiricidad alternativos, sino por niveles de los más generales a los más específicos al objeto.

Finalmente, la idea de un sujeto activo debe conducir al concepto de sujeto creador de empirias no solo en su pensamiento, sino en la propia realidad externa. El sujeto-objeto no solo como sujeto perceptor, sino como sujeto creador y constructor de empirias en su pensamiento, al reconstruirlo, y en la propia realidad externa, al transformarla.

3. Teoría y dato desde la teoría

El principio del empirismo establecía que un enunciado sintético tiene sentido empírico, sí y solo si, puede ser inferido lógicamente de una clase finita de enunciados observacionales. Sin embargo, la crítica insalvable desde el punto de vista lógico, consistía en que si la ciencia pretendía establecer leyes universales, estas no pueden in-

ferirse de enunciados observacionales. La propuesta de Carnap como alternativa al principio clásico del empirismo, fue en el sentido de que un enunciado tiene sentido empírico si es traducible a un lenguaje empírico. Pero la crítica de Scheffler fue imposible de refutar: si la traducción a un lenguaje empírico es para verificar, en el momento de la verificación, ¿qué es lo que se verifica?, el enunciado o su traducibilidad.

Nuevamente se presentaban los dos problemas básicos que el neopositivismo no pudo resolver desde su propio proyecto: el del establecimiento de reglas de correspondencia entre lenguaje teórico y observacional, y el de la reducción de la observación a la lógica. En cuanto al primer problema, Bridgman proporcionó una solución denominada el *operacionalismo*. Este autor propondría que la ciencia solo trabajase con definiciones operacionales, es decir, la vieja pretensión positivista de reducir toda la ciencia a lo observable, que en Bridgman estaba aparejada con la necesidad de concebir lo observable como lo medible.

Sin embargo, la pretensión de Bridgman tuvo que esperar mejores épocas, porque la realidad de la ciencia mostraba que las traducciones entre lenguajes teóricos y observaciones son parciales. Cuando se hablaba de *lenguaje observacional*, con ello se significaban tres tipos de enunciados: constantes individuales, que designan objetos individuales; predicados referidos a propiedades y relaciones entre objetos, y conceptos métricos. En cuanto a las reglas de correspondencia entre Lt y Lo, se tendría que aceptar que: a) deben poseer términos mezclados de Lt y Lo, b) la conexión entre Lt y Lo debe ser deductiva, c) solo algunos términos de Lt tienen traducción en Lo, y d) las reglas de correspondencia pueden ampliarse constantemente.

Es decir, la situación de la correspondencia rigurosa —desde el punto de vista positivista— se volvía tan ambigua que haría expresar a Hempel que “las reglas de correspondencia solo se cumplen bajo ciertas condiciones de observación”: el experimento que fija sus condiciones de verdad. Hempel, padre del neopositivismo moderno, junto a Carnap, llegaría finalmente a la pesimista conclusión de que “hay que resignarse a no poder encontrar una distinción tajante entre ciencia y metafísica”. ¡El positivismo había llegado a su límite inter-

no! Por su parte, Stegmuller, brillante exponente del positivismo moderno, señalará que “el dilema del empirismo (la demarcación lógica) es insoluble” (Stegmuller, 1978).

4. Indicador y dato desde la reconstrucción de la realidad

Desde una perspectiva reconstructiva materialista, el proceso que relaciona conceptos teóricos con indicadores y datos, debe entenderse como un proceso mediado. *Mediación* debe entenderse, en primer lugar, en su sentido metodológico, como reconstrucción lógico-histórica del indicador y del dato. Lo anterior significa que la relación entre estos tres niveles no puede ser puramente deductiva ni general, sino producto de un proceso: 1) que sea capaz de establecer los conceptos de mediación entre concepto teórico e indicador, y después entre indicador y dato, y 2) en el que estas mediaciones tienen que ser producto de una reconstrucción, donde juega un papel lo histórico (metodológicamente considerado), como contextualización del indicador y sus mediaciones en el terreno concreto de la correspondencia entre teoría y realidad.

El dato empírico en la concepción materialista dialéctica se ve sujeto a una doble tensión: por un lado, la tensión lógico-histórica de la reconstrucción que va de la teoría al dato. Por la vía de esta tensión, el indicador buscará el plano de empiricidad que corresponda al nivel de realidad y al contexto concreto de la correspondencia. La definición del campo de lo empírico significa que este campo buscará ser recortado en una coherencia empírica y en articulación con lo conceptual. Pero la tensión lógico-histórica en el sentido metodológico, sobre el dato, tendrá que confrontarse con lo que denominaremos la *tensión real del dato*.

Un primer problema dentro de la tensión real es la contradicción —en el mundo empírico— entre general y específico, entre estándar e inconmensurable. En última instancia, los sujetos podrían ser considerados como totalmente específicos, lo que impediría la concepción de ley y de ciencia social en general. Sin embargo, el problema de la generalidad no solo como proceso del pensamiento, sino como

realidad, puede verse relacionado con lo que Gramsci denomina el surgimiento en el capitalismo del *hombre general*, del *hombre masa*. Este hombre unidimensional no es sino el hombre estandarizado en algunos de sus comportamientos básicos por la producción capitalista y por el Estado moderno. Es el hombre estereotipado por la industria cultural y por el Estado corporativo. Es un hombre estándar no solo en la ideología, sino en la realidad de sus prácticas. Para este hombre, producto del capitalismo, la ciencia social que estandariza no es sino una expresión de una estandarización de las relaciones sociales. Pero el hombre no es nunca estandarización total, a pesar de los medios de comunicación y demás instituciones estandarizantes.

El anterior problema engarza con el del significado subjetivo de la acción para los sujetos (en relación con el problema de los datos de los sujetos). No necesariamente el dato subjetivo tiene que corresponderse con las causas latentes, o incluso con los motivos latentes, porque: a) no toda causa de los procesos sociales hay que buscarla en la mente de los sujetos, y b) no todo motivo subjetivo tendría que ser considerado como consciente. Si no se quiere reducir lo objetivo a lo subjetivo, tendría que reconocerse que el dato subjetivo no vale en sí mismo, sino solo en articulación con otros niveles de realidad, no todos ellos subjetivos; es decir, el dato subjetivo —más que un dato externo— es un componente más de la *totalidad de totalidades*, que implica articular diversos niveles de realidad, entre ellos, los planos pertinentes de empiricidad. Además, el problema del significado subjetivo del dato de acción, tendría que abandonar su carácter abstracto mistificado, para reconocer cuáles son las determinantes de dicha subjetividad en un sentido histórico-cultural: *cultura nacional-regional-local* en articulación con *carácter nacional-regional-local*, y todo ello cruzado *por la situación de clase*. Es decir, sobre el significado subjetivo del dato, desde el punto de vista del actor, es posible que influyan la biografía del sujeto (que puede presentar aspectos generales dentro de cierto grupo social); la cultura y el carácter en varios niveles; la memoria histórica relacionada con determinadas prácticas de grupos, y la visión del mundo-racionalidad integrada en una configuración de dominación con sus respectivas contradicciones internas y externas.

Bibliografía

Stegmuller, Wolfgang (1978) *Teoría y Experiencia*. Barcelona, Ariel.



Capítulo VIII

Medición, cuantificación y reconstrucción de la realidad

En el capítulo anterior hemos visto cómo una visión puramente subjetivada del dato implicaría el negarle exterioridad absoluta del sujeto que conoce; en una visión dinámica de la realidad que presuponga la articulación entre objetivo y subjetivo, los sujetos no solo aparecen como posibles creadores de objetividad, sino específicamente, de empiria, y por tanto, de nuevos datos producto también de su voluntad.

En una perspectiva de reconstrucción del conocimiento activa de los sujetos, lo empírico no asume tareas solo en la verificación, sino también en la reconstrucción, ni la experiencia se reduce al dato empírico externo al sujeto. Esta problematización se relaciona con la *función mediadora que los indicadores tienen en la perspectiva de verificación de las hipótesis. Los indicadores aparecen, en primer término, como conceptos de un nivel de abstracción menor que los conceptos teóricos que pretenden expresar, y por lo tanto, síntesis de más determinaciones que aquellos conceptos teóricos.* La traducción de conceptos en indicadores ha tratado de ser resuelto de muy diferentes formas por el positivismo: una de ellas es la de Lazarsfeld

(1966), que propone un método de traducción de conceptos teóricos en indicadores. Para ello, Lazarsfeld plantea tres etapas de generación de indicadores: la primera sería la de descomponer el concepto de una manera analítica en sus “dimensiones”, dimensiones que resultan del análisis lógico-deductivo del contenido del concepto; la segunda etapa consistiría en encontrar los indicadores para cada dimensión, y la tercera, el tratar de reunir todos los indicadores en un indicador global llamado “índice”. La primera etapa no parece ser particularmente problemática, y las dimensiones aparecen también como conceptos derivados del concepto a dimensionalizar; sin embargo, con respecto a la segunda etapa, que presupone un cambio importante en nivel conceptual de abstracción, Lazarsfeld dirá que no hay una teoría de la traducción de conceptos teóricos en empíricos, dejándose la traducción, por tanto, a la imaginación y a operaciones no racionales. La tercera etapa ha tratado de ser resuelta con técnicas matemáticas (por ejemplo, análisis factorial), técnicas que en su complejidad no hacen sino ocultar la incapacidad de resolver el problema de la causalidad únicamente a partir de manipulación de información empírica. *En pocas palabras, el problema de la traducción de conceptos teóricos en indicadores está lejos de ser resuelto por la perspectiva positivista.*

El no reconocimiento de niveles de abstracción conceptuales (v. gr. entre concepto teórico e indicador), y las respectivas mediaciones entre estos, imposibilita, en un primer momento, la deducción de un indicador a partir del concepto teórico. Al respecto, la noción de *cierre semántico* (Bunge, 1970) utilizada por el positivismo, presupone teorías homogéneas con relaciones entre proposiciones meramente deductivas. En cambio, la noción de *perfil epistemológico* de Bachelard (1972), nos habla de teorías con niveles conceptuales de grados diversos de maduración.

Entre concepto teórico y empiria, los indicadores aparecen como conceptos de mediación. La relación indicador y dato puede recibir diversas formulaciones. Si se tiene una posición empirista extrema, los datos aparecen como “datos dados en la realidad”, que se convierten en ideas a través de los sentidos. Sin embargo, todo dato tiene una serie de “contaminaciones” que lo impurifican: 1) El dato, para

el indicador, está influenciado por el concepto que se quiere medir; 2) la forma del dato dependerá de la técnica de “recolección” más que de bienes de generación, y 3) dependerá del objeto externo, es decir, todo dato sufre una triple influencia que evita concebirlo como simple producto del objeto o del sujeto. Por otra parte, desde el momento en que las relaciones entre dato y concepto, técnica y objeto, no son mecánicas, ni hay una lógica estricta de traducción, el dato será siempre un dato cuestionable. En esta medida, “los recortes de lo empírico”, si bien tienen un componente objetivo, siempre son históricamente determinados. Lo empírico, como dato empírico, no es solo lo externo, sino una forma de la relación sujeto-objeto, en donde lo observable tiene un papel importante, pero a la vez, el dato no es pura observación, sino observación-concepto siempre.

De esta manera, lo empírico implica espacios empíricos “n-dimensionales”, en donde cada dimensión o recorte implica un universo de observaciones, una totalidad empírica, en donde lo externo y la forma del recorte no pueden ser disociados.

Es decir, se reconoce que el dato es siempre un dato construido, a partir de conceptos científicos o del lenguaje común, y en esta medida, la conversión de la “experiencia” en dato estará también sujeta a mediaciones teóricas, prácticas y culturales. Sin embargo, es construido a partir de realidades que rebasan al sujeto que conoce.

En una concepción de realidad por niveles, en la que la subjetividad sería uno de esos niveles, el problema de la mediación entre teoría y empiria no aparece en saltos espectaculares. En primer lugar, la relación entre concepto teórico e indicador debe entenderse como un proceso de “reconstrucción vertical”, con todas las consideraciones que antes hemos expresado acerca del camino de lo abstracto a lo concreto.¹ En otras palabras, la “transformación” de conceptos en indicadores, tiene que *sufrir la mediación reconstructiva de otros conceptos en un proceso lógico-histórico*, tal como lo hemos entendido para el método concreto-abstracto-concreto. Esta concepción de la relación teoría-empiria, lleva a la *negación de la univocidad*

¹ En este último sentido, véase una explicación más amplia en De la Garza (1983).

verificativa a través del dato empírico, a la imposibilidad de la correspondencia absoluta, pero sobre todo, a *asignar como función principal al indicador una tarea reconstructiva más que verificativa en el sentido tradicional del término*. Si hemos hablado de dos momentos en el concreto-abstracto-concreto, el de la investigación y el de la exposición, en los que *investigación y exposición solo aparecen como énfasis diferentes y no mutuamente excluyentes, luego las funciones preferentes de lo empírico en estos dos momentos serán, en el primero, la reconstructiva, y en el segundo, la de apoyar la reconstrucción*.

A diferencia del positivismo, donde no se plantea como problema la cuestión de la realidad en movimiento (como articulación entre objeto y sujeto), en la perspectiva reconstructiva, el pretender dar cuenta del movimiento plantea nuevos retos en el plano de lo empírico. Específicamente, la *captación del tiempo presente* puede implicar la construcción de un objeto virtual para el cual no en todos sus momentos hay referentes empíricos al mismo nivel de concreción. De tal forma, que *el papel de lo empírico en la construcción del objeto virtual se acentúa en las primeras etapas y se relativiza en las últimas*. Sin embargo, en todas ellas el indicador tiene que dar cuenta de objetividad y subjetividad como potencialidad de cambio. En el primer aspecto, el indicador aparece como un *indicador* más de *proceso* que de resultado, o sea, un indicador que en el plano de lo empírico pueda dar cuenta de posibles transformaciones. Habría dos maneras de abordar el problema *del cambio* como propiedad del indicador: uno, como indicadores que delimiten el espacio de acción empírica de los sujetos, y otra, el tratamiento de los conceptos teóricos contradictorios, tratadas dichas contradicciones —relativamente por separado— en el momento de los indicadores, buscando posteriormente sintetizarlos en otro concepto de mediación que dé cuenta del carácter contradictorio de la relación real.

Cuando pasamos del problema de la construcción de los indicadores a la de los datos entramos propiamente al campo de la *intervención de lo perceptual*. Es decir, los indicadores tienen que ser “llenados” con datos obtenidos de la experiencia, a través de cierta actividad práctica del sujeto. Sin embargo, en una visión empirista

extrema, el dato preexiste al sujeto, no es construido, y el sujeto en búsqueda de datos “objetivos”, simplemente tiene que recolectarlos de ese mundo externo. *En una visión reconstructiva y activa del sujeto, el dato es siempre construido, sea de una manera sistemática y científica, o generado por los sujetos históricos de acuerdo a condiciones culturales particulares, a partir del lenguaje común y de sus prácticas cotidianas.* El intento de “proyección”² del indicador sobre la realidad, para hacer un recorte de la misma en la observación científica, sufre una serie de mediaciones que hay que tener en consideración: primero, la mediación de la técnica de recolección; segundo, la mediación del lenguaje común que siempre estará presente en todo recorte perceptivo de la realidad; tercero, la insalvable contaminación de la sensación por los pensamientos del sujeto; cuarta, la posibilidad de que la relación del conocimiento entre sujeto y empiria sea una relación propiamente de transformación y no puramente receptiva.

De esta manera, el dato empírico aparece no como dato absoluto, sino como *dato empírico-histórico*, como dato en transformación. Lo empírico aparece como uno de los posibles recortes de la experiencia (en la que sensoriedad y pensamiento están siempre presentes); es decir, *el indicador contribuye junto con los demás factores a definir un universo de observación sin pretensión de objetividad absoluta*, un universo empírico a observar-actuar, dentro de una infinitud de universos posibles empíricos.

1. La cantidad y la calidad

El problema de la cantidad y la calidad ha sido tratado, tradicionalmente, como un subproblema de lo empírico. Un primer problema que se presenta con respecto de la cuantificación es si esta es una propiedad de los objetos, al igual que sus cualidades. Para Hegel, todo lo que existe tiene medida; la magnitud es algo intrínseco al ser, algo

² La idea de “proyección”, en este sentido, se acerca más al “mapping” de la matemática y la geometría.

que lo define (Hegel, 1968); además, establece que la cantidad es a la vez ruptura y unidad de la continuidad, y en esta medida, el *quantum* sería a la vez cuantitativo y cualitativo. Además, lo cuantitativo y lo cualitativo estarían ligado a niveles de abstracción, siendo lo cuantitativo lo más abstracto. Al darse en Hegel la dialéctica entre cantidad y calidad como una dialéctica del pensamiento, engarza con actuales concepciones que negando que la cantidad sea una propiedad de la materia en sí, la adjudican exclusivamente a una forma de construcción de conocimiento.

Carnap (1966), por ejemplo, distingue tres clases de conceptos en la ciencia: clasificatorios, comparativos y cuantitativos. Los primeros identifican a un objeto dentro de una clase, y los comparativos establecen relaciones de mayor o menor entre objetos. En cuanto a los conceptos cuantitativos, estos se derivan de asignar números a fenómenos, y no son dados por la naturaleza como una propiedad de esta, sino que las cantidades son parte del lenguaje y no una propiedad intrínseca de los objetos.

Bunge (1975), por su parte, considera que la medición no es una propiedad esencial, y añade que no todo concepto puede ser cuantificado; por ejemplo, al concepto “Russell” se le pueden atribuir cifras, pero no números. Hempel habla de conceptos comparativos y cuantitativos; los primeros aluden a propiedades intensivas, y los segundos, a las extensivas; sin embargo, coincide con los positivistas en cuanto a que comparación o cuantificación son relativos a la teoría disponible, y que no hay una línea esencial de separación entre ellos. Para Kaplan (1964) un fenómeno no es cuantitativo ni cualitativo en sí, y en su aplicación hay una decisión operacional.

De Hegel al positivismo se presenta cierta continuidad y ruptura en cuanto al problema de si la cuantificación es una propiedad esencial; en el caso de Hegel, la respuesta es positiva, pero solo porque la esencia es la idea, lo infinito; en los positivistas hay una desconfianza en cuanto al problema de la esencia, y los problemas de las ciencias se reducen a los del lenguaje; en esta medida, entonces, la cuantificación no es propiedad esencial, sino del lenguaje.

Antes de profundizar sobre el tema, cabría analizar algunas definiciones de cantidad y medida. Para algunos autores, medición es

la asignación de números para representar propiedades de los objetos; para otros, no se representan propiedades sino objetos. Algunos plantean que tendría que hablarse de dos tipos de mediciones: las cualitativas (que dan origen a las escalas nominales), por ejemplo, “Russell” = 1 y las mediciones cuantitativas. Para otros solo la cantidad está ligada a magnitud y a medida (Torgerson, 1958).

La definición que da Russell de la medición es la de cualquier método para establecer una correspondencia única y recíproca entre magnitudes de una clase y números (Russell, 1955).

La medición está relacionada con las llamadas escalas de medición: nominales (por ejemplo, masculino, femenino), ordinales (soldado y sargento) y de intervalo-razón (que aceptan valores intermedios de cualquier magnitud). De las escalas nominales se ha dicho que son mediciones cualitativas, porque no establecen orden entre sus cualidades; sin embargo, la medición nominal, aunque no permite la noción de suma de cualidades o de orden entre ellas, al nivel de una cualidad, presenta los problemas comunes de la cuantificación, es decir, es una cuantificación de objetos. Cabe reservar la cualificación para lo específico empíricamente, por lo tanto, no cuantificable; asimismo la comparación, que es el problema común de las escalas, es posible establecerla en esta escala a cierto nivel; por ejemplo, que haya más sujetos de un sexo que otro. Las escalas ordinales no aceptan valores intermedios entre las cualidades, aunque a diferencia de las nominales, sí un orden de jerarquía. Por ejemplo, en la escala jerárquica del ejército la diferencia entre soldado y sargento, en donde cada una de estas categorías es susceptible de cuantificar. En las de intervalo-razón es posible establecer la distancia entre un nivel y otro.

De una forma o de otra, si la función de las escalas es la de la comparación de las propiedades de los objetos o sujetos, esta comparación siempre se puede establecer en términos cuantitativos, al asignar números a las propiedades de un conjunto de objetos, no obstante que la forma de la comparación sea diferente, dependiendo de si la medición es nominal, ordinal o de razón. Esta consideración lleva a la pregunta inicial de si todo es cuantificable, desglosada en dos: si la cuantificación es una propiedad de la realidad, y si los niveles de

medición también. Por lo que respecta a la primera pregunta, la respuesta positivista es que la cuantificación —y por tanto el tipo de medición— es una propiedad del lenguaje. Sin embargo, esto es olvidar el problema de cuál es la relación entre lenguaje científico y realidad. Una respuesta no idealista del problema del conocimiento, ni tampoco empirista ingenua, tendría que considerar que el conocimiento es ciertamente una construcción, pero una construcción que expresa —a cierto nivel— propiedades reales. En cuanto a la cuantificación y al nivel de medición, si bien entraña una decisión (como todo conocimiento), en una versión materialista trataría de ser una decisión que buscarse expresar relaciones reales. Lo anterior lleva a la noción de cuantificación como el nivel más abstracto del pensamiento sobre el objeto, desde el momento en que cuantificar es asignar números, haciendo abstracción de todo lo específico que tiene el objeto. Es decir, la decisión de la cuantificación se enfrenta, como forma de abstracción, a las mismas consideraciones que la abstracción históricamente determinada. Una abstracción es históricamente determinada no por su nivel de abstracción, sino por si resulta este nivel pertinente a la reconstrucción. En otras palabras, la cuantificación como abstracción puede ser históricamente determinada si es pertinente a la reconstrucción; por lo tanto, no se puede responder *a priori* qué cuantificar y qué no, y la pregunta de si todo es cuantificable se torna sin sentido, en cuanto a que todo podría ser cuantificado, pero no resultar de ello *cuantificaciones históricamente determinadas*.

La cuantificación, como asignación de números y operaciones con números, está en el fondo de la medición, y en esta medida, la decisión de la medición se encuentra sujeta a las mismas consideraciones que la cuantificación, con el añadido de que la decisión del tipo de medición no depende fundamentalmente del concepto a medir, sino del nivel de abstracción conveniente.

Si se pregunta si todo puede ser medible en abstracto, la respuesta sería positiva; pero si la cuestión es si una determinada propiedad de un objeto definido debe cuantificarse, entonces la respuesta no necesariamente es positiva. Kaplan, (1964) llama a precaverse de la mística de la cuantificación, consistente en buscar cuantificarlo todo; asimismo, diferencia entre objetividad y exactitud.

La mística de la cuantificación ha envuelto a las ciencias naturales como ciencia moderna. Galileo ya señalaba que la tarea de la ciencia es “medir lo que es medible y tratar de hacer medible lo que todavía no lo es”. Kepler añadiría más tarde que “el nivel de nuestro conocimiento se encuentra en su aproximación a la cantidad” (Weyl, 1965). Carnap aduce argumentos históricos, en el sentido que el avance de la ciencia natural está asociado a su capacidad de medir. Pero la ciencia natural no está desligada de su tiempo; primero como ciencia que reivindica la experiencia en contra de la verdad escolástica, y luego como ciencia que se convierte en tecnología, en ciencia aplicada a la producción, y que como tal, la producción le exige una capacidad de predicción necesaria para calcular la ganancia por anticipado. La ciencia natural se convierte en tecnología, y con ello, en cabal ciencia de las cantidades; en ciencia cada vez menos natural, en ciencia de los procesos artificiales, que teniendo como sustrato los materiales de la naturaleza, se desliga cada vez más de los procesos espontáneos, en búsqueda de procesos y mercancías que hagan más rentable al capital. Nunca como ahora es posible decir que la ciencia natural moderna es cada vez más ciencia del hombre, con una determinación social estricta, y no simple contemplación cognoscitiva del movimiento espontáneo del universo natural.

Si lo cuantitativo corresponde a cierto nivel de abstracción, también es posible hablar de niveles de cuantificación o de niveles de abstracción de la cantidad. Por ejemplo, cuando Marx habla del valor de una mercancía como cantidad de trabajo incorporado a la mercancía, se está refiriendo a una cantidad abstracta y no directamente a sus medidas empíricas. De esta forma, la cantidad puede ser un elemento abstracto que especifique al concepto. En las ciencias naturales, cuando se utilizan definiciones operacionales, las relaciones entre el concepto abstracto y las medidas no son —rigurosamente hablando— entre concepto y empiria, sino entre dos o más conceptos abstractos; sin embargo, la posibilidad del experimento posibilita la minimización del efecto de otras determinaciones sobre las medidas, de tal forma que lo abstracto se vuelve medida concreta, solo por el control de variables.

2. La lógica de la cuantificación

Los problemas básicos relacionados con la cuantificación podemos sintetizarlos, por lo pronto, en dos:

- 1) La cuantificación implica la abstracción de todo lo específico al objeto, y su homogeneización en cualidades equiparables con las de otros objetos, para así ser reducida la propiedad a números, o sea, ser contadas las propiedades.
- 2) El segundo gran problema es cuando hemos reducido propiedades a números, pues con los números operamos de acuerdo a una lógica matemática. Por ejemplo, si tengo dos respuestas afirmativas a la misma pregunta de un cuestionario, y las sumo, estoy —primero— reduciendo las respuestas a números, lo que significa hacer abstracción de todo el significado específico que para cada “respondente” tiene su respuesta, y segundo, al sumarlas presupongo que las reglas de la suma en aritmética de los números naturales se corresponden con las de la “realidad” del conjunto de las respuestas del universo encuestado. Este último problema ha sido designado como el del isomorfismo entre sistema matemático y relaciones reales. Cicourel (1964) desglosa el problema del isomorfismo en tres: primero, si los axiomas matemáticos (de los cuales parten los sistemas matemáticos) pueden encontrar correspondencia con los sistemas teóricos diferentes a los matemáticos (o bien, diríamos nosotros, si los axiomas matemáticos tienen correspondencia con la realidad a la que la lógica de los números trata de ser aplicada); segundo, si hay una correspondencia de uno a uno entre los términos del sistema matemático y del sistema teórico que habla de la realidad que se quiere estudiar, y tercero, si las conexiones lógicas entre términos de sistemas matemáticos y teóricos son comunes. Trasladado a las ciencias sociales, podríamos preguntarnos —con Cicourel— si hay isomorfismo entre matemáticas y teorías sociológicas. La primera respuesta que se antoja, siguiendo al mismo autor, es que no hay teorías del isomorfismo entre teorías sociales y sistemas matemáticos,

porque las teorías sociales, en general, no han sido axiomatizadas, ni todas sus conexiones lógicas están explicitadas. Pero el problema, planteado de esta manera, podría hacer pensar que la dificultad está en el escaso desarrollo lógico de las teorías sociales; además, tendríamos que preguntarnos cuál es la situación en las ciencias naturales: el operacionalismo a la manera de Bridgman ha establecido un criterio de demarcación entre lo científico y lo no científico, en el sentido de definir todos los conceptos científicos en términos medibles, y ciertamente, casi todos los términos que en física se aprecian de tal, han sido medidos en forma directa o indirecta. Sin embargo, el proceso de operacionalización implica —en la traducción de concepto a medibles— una teoría acerca de esta relación en la forma de modelo matemático.

Además, como señalábamos antes, la traducción se hace posible gracias al experimento que permite controlar otras determinantes que influyen sobre los medibles. Tratando de profundizar acerca de la relación entre medible y sistemas matemáticos en la ciencia natural, en primer término, la relación abstracta ya ha sido establecida en forma matemática, la cual implica sus propias condicionantes de existencia. Es decir, al dejar la ciencia natural de ser la ciencia de lo espontáneo y convertirse en la ciencia de lo artificial, del experimento controlado, ha fijado sus propias reglas de existencia, coincidentes con las de los sistemas matemáticos en esas relaciones operacionales entre conceptos medibles y otros no observacionales. Asimismo, muchas de las relaciones operacionales han sido establecidas en función de los instrumentos de medición disponibles o pensando en su futuro diseño. Finalmente, habría que agregar que si bien las matemáticas no siempre se han desarrollado de acuerdo a la necesidad de lógicas aplicadas, sus impulsos más espectaculares han coincidido en la aplicación de determinadas lógicas matemáticas a sistemas reales. Por ejemplo, el álgebra de Boole que solo considera ceros y unos, fue desarrollada en forma abstracta, pero adquirió un impulso inusitado cuando encontró aplicación al funcionamiento de las computadoras digitales. Este último caso muestra cómo en las ciencias físicas

el isomorfismo no es simplemente supuesto, sino que es obligado a cumplirse en el experimento, a través del establecimiento de un modelo matemático que implique la transformación entre conceptos básicos y mesurables; además, no se trata solo de un modelo forzado a cumplirse, sino una tensión entre acoplamiento del modelo físico al matemático, y la necesidad de explicar o resolver determinados problemas que las lógicas tradicionales y los conceptos antiguos no son capaces de dar cuenta.

Trataremos ahora de profundizar en lo que hemos llamado la lógica de los sistemas numéricos. Uno de los conceptos de número más aceptados por los matemáticos es el de Russell: el número de una clase (por ejemplo, el 3) es la clase de todas las clases que le son coordinables (es la clase de todos los tres). Por conjunto coordinable se entiende cuando con otro hay una relación de uno a uno. Es decir, en esta definición de número no se está afirmando quién es coordinable con quien (problema de la semántica que en general no preocupa a la matemática), pues es válida para los conjuntos coordinables. Además, esta definición será válida cuando sea posible definir clases (por ejemplo, la de los gatos o de los estudiantes). En síntesis, un número será aplicable a un conjunto, cuando estos formen un conjunto homogéneo con respecto a lo que se quiere cuantificar.

Según Campell (1964), el número tiene dos denotaciones: por un lado, es un símbolo, y por el otro, designa una propiedad de un objeto. Es decir, si medir es representar propiedades con números, luego el número puede representar algo real. De esta manera el autor distingue entre numeral (el símbolo) y número (su significado). Para ser una propiedad representada por un numeral, número y numeral, deben tener las mismas cualidades. Sin embargo, haciendo abstracción de cualquier tipo de objeto o de propiedad, es posible establecer reglas abstractas de conteo:

- 1) Si dos objetos son iguales a un tercero, luego son iguales entre sí: ($A=B$, $B=C$, luego $A=B$).
- 2) Empezando con un objeto y agregándole otro continuamente, se puede formar una colección de objetos, y utilizando solo el último numeral, comparar con otras colecciones. Por ejemplo,

al contar 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7 días a la semana, podemos quedarnos con el último numeral para designar a todo el conjunto.

- 3) El principio de la adición de numerales. Si tenemos dos colecciones medibles 1, 2,3, y 1,2, como todos los elementos son equiparables, es lo mismo que tener 1, 2, 3, 4,5, y el último numeral representa a los dos conjuntos siendo su suma.

Es decir, los aspectos básicos de la medición —en cuanto a su lógica— son los de *igualdad* (cuándo decidir que dos objetos son iguales y por tanto intercambiables) y *adición*. Cuando se ha decidido que dos objetos son idénticos y pueden sumarse, entonces se puede operar con la lógica de los numerales para definir propiedades de los números. Por ejemplo, si tenemos un objeto con propiedad 2 y otro con propiedad 3, estas propiedades son equivalentes en relación de 2 a 3, luego su suma será la de un conjunto u objeto con propiedad igual a 5. Pero nuevamente tenemos el problema de fondo: esto solo es válido si hay isomorfismo entre número y numeral.

Veamos ahora cuál es el origen de las tres leyes de la medición que hemos enunciado como leyes de los numerales. En este problema, como en muchos otros, los matemáticos no están de acuerdo. Según los intuicionistas, las leyes de la medición son establecidas por el experimento; para los formalistas, son meras convenciones, y para los logicistas, las leyes de la matemática pueden reducirse a las de la lógica.

Según Campbell, la verdad de las leyes de la medición debe ser verificada por el experimento; sin embargo, un experimento es —en primera instancia— para establecer relaciones entre variables, aunque con el propio experimento hay un supuesto de relación lógica entre conceptos y dato, con una mediación del instrumento de medición, y por tanto, con una lógica de la medición que hace indiscernible lo que el experimento prueba, si es la relación entre las variables, o si es la correspondencia entre matemática y teoría. Por ejemplo, ¿cómo verificar que las respuestas positivas de un cuestionario son idénticas y adicionables? En la formulación del cuestionario y de las valoraciones de las respuestas, estamos presuponiendo isomorfismo, pero —como diría Poppe— no hay métodos para verificar lógicas.

El punto de vista de Campbell, coincidente con la corriente llamada intuicionista, considera privilegiado el problema de la correspondencia entre lógica matemática y “lógica” de la realidad. Además, de las tres leyes de la medición enunciadas, y a partir de ellas, se definen otros problemas como el de “orden”, o sea, que los numerales representan números en cierto orden, en una secuencia definida; por ejemplo, el 2 sigue al 1. Sin embargo, siendo el orden una característica de los numerales, no siempre se corresponde con el orden de los números. Así como con el problema del “orden”, pasa lo mismo con la adición, la multiplicación o la división. Aunque referidas a números, pueden llegar a definirse reglas de los numerales que hagan abstracción de dichos números, despegándose de su significado realista, y por lo tanto, no necesariamente las leyes de los numerales ser las de los números. Hay que aclarar que cuando nos hemos referido a los supuestos básicos de la medición, *la igualdad* y *la adición*, no significa con ello que las matemáticas se reduzcan a las leyes específicas de los números naturales (1, 2, 3, etcétera), sino que partiendo de la igualdad, que no es sino la expresión del viejo problema de la identidad, la adición entre dos o más iguales puede definirse no de una sola forma. Por ejemplo, en el álgebra de Boole (Fong, 1963), que solo reconoce dos numerales, 0 y 1, las reglas de adición se definen de la siguiente manera: $1 + 1 = 1$, $1 + 0 = 1$, $0 + 0 = 0$; así, podemos establecer el símil con circuitos en serie en donde 1 signifique circuito abierto y 0 circuito cerrado, de tal forma que al conectar los circuitos en serie, y haber uno cerrado, todo estará cerrado.

Es decir; hay sistemas matemáticos que se derivan de los números naturales, pero otros no. De los números naturales podemos pensar series infinitas, primero positivas, luego negativas, después números racionales o fraccionarios, luego números imaginarios, y así sucesivamente. Pero a partir de otro sistema, como los números binarios (donde solo se aceptan ceros o unos), se pueden construir otros sistemas matemáticos. En todos los sistemas matemáticos el fundamento de la medición es la identidad; luego, el problema de cómo se suma y se hacen otras operaciones, e incluso, si son operaciones permisibles, podrá admitir definiciones diversas.

Para la corriente formalista de las matemáticas, estas serían sistemas formales, juego de signos y reglas de combinación de estos. La posibilidad de medir estaría dada por la existencia de isomorfismo entre las propiedades formales de los numerales y de los números. Esta necesidad del isomorfismo habrá provocado que las reglas de los numerales hayan sido ajustadas a las de los números, no obstante que una parte de las matemáticas no es isomórfica, con nada empírico. Según esta perspectiva, el lenguaje matemático tendría tres campos: la sintáctica (relaciones entre signos), la semántica (relación entre signos y objetos) y la pragmática (relación entre signos y usuarios de la matemática). Así, el problema de la relación entre sintáctica y semántica sería un problema de verificación.

Sin embargo, en esta relación empírica se presentan problemas como los siguientes: existen muchos términos matemáticos para los cuales no hay reglas semánticas (por ejemplo, en el teorema de Pitágoras, la fórmula de la hipotenusa del triángulo $H = \mp \sqrt{a^2 + b^2}$, el valor negativo no tiene interpretación semántica). Otro problema sería, por ejemplo, que la matemática clásica implica divisibilidad infinita en tanto que la materia no.

Aunque se reconoce el problema de la relación entre sintáctica y semántica por parte de los formalistas, ello no significa que las reglas matemáticas se deriven de la experiencia, sino que se consideran simples convenciones arbitrarias: la inducción no sería la base de la matemática.

Habíamos dicho que si un punto de partida en la reflexión sobre los números pueden ser los números naturales (1, 2, 3, etcétera), estos no son el único sistema numérico posible. Se tendrían otros sistemas numéricos que implican la obediencia a las reglas de los sistemas de donde se derivan, y la inclusión de nuevas reglas. Ejemplos de estos sistemas numéricos extendidos a partir de los números naturales serían:

- 1) Los números racionales positivos, que pueden ser expresados como el cociente entre dos enteros $2/3$, $5/6$, etcétera.
- 2) Los números negativos (-8, -585, etcétera).

- 3) Los números irracionales, que no se pueden expresar como el cociente entre dos enteros (por ejemplo, la solución a la ecuación $x^2 - 2 = 0$, $x = \mp\sqrt{2}$).
- 4) Los números trascendentales.

Hasta aquí se trataría de números reales, pero también hay números imaginarios y complejos. Además, habría que agregar sistemas numéricos en más de una dimensión, como el álgebra de matrices o de tensores. Cada sistema numérico tiene sus propias reglas, las cuales pueden o no coincidir con la “lógica de la realidad”. Por ejemplo, el álgebra de matrices no acepta la operación de división. Tendríamos que preguntarnos cuáles son los supuestos de realidad que se introducen cuando la econometría, por ejemplo, hace uso de matrices para representar comportamientos económicos.

Para ilustrar la lógica implícita en sistemas numéricos, tomemos el caso del sistema de los números naturales y el de los números racionales, considerando que en ciencias sociales son de los sistemas numéricos más utilizados para representar relaciones sociales.

Desde el siglo antepasado, el matemático italiano Piano, estableció que los números naturales deben satisfacer determinadas propiedades:

AXIOMA 1: 1 es un número natural.

AXIOMA 2: A cualquier número natural está asociado otro número natural llamado sucesor (por ejemplo, el sucesor de 2 sería 3).

AXIOMA 3: El número 1 no es sucesor de ningún otro número natural (al cero no se le considera como natural).

AXIOMA 4: Si dos números naturales tienen el mismo sucesor, estos números son iguales.

AXIOMA 5: Suponga que M es un conjunto de números naturales con las siguientes propiedades: i) 1 es parte de M y ii) cualquier sucesor está en M cuando su antecesor está en M; en estas condiciones se dice que M es el conjunto de todos los números naturales.

A partir de estos axiomas se pueden establecer reglas de conteo como las siguientes: dos números naturales que son iguales a un tercero, son iguales entre sí; empezando por un número natural y agregándole el sucesivo, se puede formar una colección de números que pueden ser representados por el último número natural; dos conjuntos de números naturales sucesivos se pueden sumar sustituyendo los números del segundo conjunto por los numerales sucesivos del primero (por ejemplo la suma de los conjuntos $1, 2, 3 + 1, 2 = 1, 2, 3, 1, 2 = 1, 2, 3, 4, 5 = 5$).

Tratemos de pensar si las respuestas de un cuestionario siguen la lógica de los números naturales como en algunas investigaciones se plantea. En una conocida investigación entre obreros regiomontanos, se trató de captar su nivel de conciencia en términos de radicalidad por medio de preguntas cerradas de un cuestionario. Una de las preguntas decía:

“Está usted de acuerdo con el régimen de Fidel Castro en Cuba”

no

si

Al que contestaba “sí” se le calificaba con 2, y al que contestaba “no”, con 1, con la finalidad de sumar las respuestas de varias preguntas y tener un índice de radicalismo para cada individuo. Al parecer se estaba dentro de la lógica de los números naturales: se partía no del cero, sino del 1; solo había 1 y 2, es decir, solo números naturales. Además, las respuestas con unos o con dos eran exactamente iguales, y por otro lado, las respuestas podrían ser sumadas de acuerdo a los números naturales (por ejemplo 4 veces la respuesta “no” sería el número 4). Todo parece muy lógico y muy exacto, pero —ya lo decía Kaplan— no hay que confundir exactitud con objetividad, ni presuponer siempre una capacidad de los números de expresar la realidad. Al respecto, podríamos hacer los siguientes cuestionamientos: 1) al asignar 2 a la respuesta positiva y 1 a la negativa se presupone, dentro de la lógica de los números naturales, que 2 es el doble de 1, pero ¿así es en la realidad?; 2) cuando solo se consideran 1 o 2 como respuestas, independientemente del individuo que responde,

se está considerando que todos los unos o los dos son exactamente iguales, pero hasta qué grado el sí de Juan Pérez significa exactamente lo mismo que un sí de Pedro López, tomando en cuenta las biografías particulares de cada uno, las diferencias culturales, lingüísticas, etcétera; 3) se asignan números naturales a las respuestas para luego sumarlas de acuerdo a las reglas de números naturales. Por ejemplo, dos doses valdrán 4, pero sí dos doses provienen de diferentes individuos y valen 4, quiere decir que la respuesta de uno tiene exactamente el mismo significado que la del otro. En pocas palabras, al aplicar los números naturales a los problemas sociales, se está suponiendo una homogeneidad y un isomorfismo problemáticos, isomorfismo que como tal no es verificado, y por tanto, las conclusiones numéricas finales estarán en la incertidumbre. A lo anterior habría que agregar que la consideración de que las respuestas de los individuos siguen la lógica de los números naturales, tiene detrás una visión atomizada de la relación social, y no en interacción. Así, las respuestas —seguramente— serán diferentes si se toman de manera aislada o en interacción. Sin embargo, la lógica natural no puede reflejar interacción, lo cual podría significar no solo que $1 + 2 \neq 3$, sino que la suma dependería de la propia interacción entre 1 y 2, situación que la atomización de los números naturales no contempla.

Veamos ahora la lógica de los números racionales.

a) Propiedades de orden

1. Para un par de números racionales a , b , una de las siguientes proposiciones es cierta $a > b$, $a = b$, o $a < b$. Aquí podríamos hacer la misma objeción que en el caso anterior. Podría ser que los posibles números sociales no tuvieran valores absolutos en sí, sino en su relación con otros, y en esta medida este postulado no podría ser sostenido como tal.
2. Si $a > b$ y $b > e$ luego $a > e$, lo mismo que en el caso anterior.

b) Propiedades aritméticas

- 1) Para cada par de números racionales a y b hay una sola suma racional: $c = a + b$

- 2) La adición es conmutativa: $a + b = b + a$
- 3) La adición es asociativa: $(a + b) + c = a + (b + c)$
- 4) $a > b$, implica que $a + c > b + c$
- 5) Hay un solo número llamado cero, tal que $a + 0 = a$
- 6) Sustracción: para cada par de números racionales hay un solo número racional para el cual $a + d = b$. Este número d es la llamada diferencia de a y b y se denota como $a - b = d$.
- 7) Multiplicación.
 - a) Por cada par de números racionales a y b , hay un solo número racional p llamado el producto de a y b , y se escribe como $a \cdot b = p$
 - b) La multiplicación es conmutativa: $a \cdot b = b \cdot a$
 - c) La multiplicación es asociativa:
 $a \cdot (b \cdot c) = (a \cdot b) \cdot c$
 - d) La multiplicación es distributiva con respecto a la adición:
 $a \cdot (b + c) = a \cdot b + a \cdot c$
 - e) $a > b$ y $c > 0$, implica que $a \cdot c > b \cdot c$
 - f) $a \cdot 1 = a$, para toda a
- 8) División.
Para cada par de números racionales a y b , hay un solo número q para el cual $b \cdot q = a$. Este número q se llama el cociente de a y b , y se escribe como $q = a / b$.

En general, con los números racionales se presentan los mismos problemas isomórficos con lo social, que con los naturales: primero, ¿cómo funciona la identidad? (podemos tener respuestas idénticas u observaciones idénticas con contenidos diferentes); segundo, los números naturales también presuponen isomorfismo con realidades atomizadas, es decir, realidades donde sus cantidades no están en función de la interacción. Esto relativiza todos los postulados de este sistema numérico en cuanto a su correspondencia estricta con la realidad social.

Hay que recordar que los sistemas numéricos son muchos, y que no todos parten de los números naturales por extensión (por ejemplo, el sistema binario o el álgebra de matrices, en los cuales las reglas aritméticas, tal como hasta ahora las hemos enunciado, no siempre se

cumplen). Al haber muchos sistemas numéricos, podríamos preguntarnos si alguno podría ajustarse a una supuesta lógica de la realidad social. Este problema podríamos desglosarlo en dos: primero, qué entender por la “lógica de lo social”, y segundo, si todos los sistemas numéricos están sujetos a una metalógica, con la cual podríamos decidir si puede haber un sistema numérico para lo social.

La primera pregunta recibe una respuesta simplista en la historia del positivismo: no hay forma de verificar si hay una lógica de la realidad; sin embargo, la matemática funciona en la física, y en esta medida no se verifica; pero si se toma como convención el isomorfismo entre sistemas matemáticos y realidad física, la matemática puede ser aplicada al estudio de la sociedad, porque los criterios de científicidad de las teorías son los mismos que para la naturaleza. Este problema lo discutiremos en el siguiente apartado, con mayor detalle desde una perspectiva diversa a la positivista. La segunda pregunta recibe una respuesta interesante por parte de la corriente logicista de las matemáticas. Para dicha corriente, las matemáticas serían una rama de la lógica, y en esta medida, se trata de desentrañar primero las propiedades más generales de la lógica de las relaciones, y de ahí, las de los sistemas numéricos.

En su *Principia Mathematica*, B. Russell trató de establecer los fundamentos lógicos de las matemáticas, proponiendo primero las propiedades de las relaciones lógicas, y luego, los postulados del álgebra compleja y ordinaria.

Respecto a las relaciones lógicas, Russell establece las siguientes propiedades: los atributos de las relaciones pueden ser clasificados en cuatro grupos de tres atributos cada uno, de tal forma que cualquier relación que nos interesase, entre ellas, las relaciones matemáticas, se caracterizarían por la combinación de cuatro atributos, cada uno de los cuales provendría de esos cuatro grupos.

Los cuatro grupos de atributos se refieren a la *reflexividad* (se trata de establecer la semejanza entre dos elementos o clases, por ejemplo, $x = z$, para todo z), *simetría* (se refiere a si los términos de la relación son o no intercambiables, por ejemplo, la relación marido y mujer no son simétricos, pero la relación entre cónyuges sí lo es), *transitividad* (si la relación entre dos o más predicados se transmite o no a la re-

lación con otro predicado, por ejemplo, si $x = y$ y $y = z$ luego $x = z$), *conexión* (si hay una clase de objetos o relaciones, y cada elemento guarda o no una relación definida con los otros; por ejemplo, en la serie de los números naturales si se seleccionan dos elementos, uno de ellos es mayor que el otro) .

Las relaciones matemáticas podrían definirse a través de la combinación de los atributos señalados anteriormente. Por ejemplo, la relación de *identidad* sería una combinación de atributos de reflexión, simetría y transitividad, y no de conexión. Por niveles de abstracción, según la corriente logicista, primero estarían los postulados de las relaciones, y luego los del álgebra compleja (no habría un álgebra sino varias, pero por niveles; una estaría dentro del campo de las más abstractas).

De una forma o de otra, independientemente de si la matemática se deriva de la lógica o no, parece plausible afirmar que no hay una sola álgebra, y que incluso nuevos sistemas algebraicos podrían ser desarrollados estableciendo las reglas pertinentes. Si todos los sistemas algebraicos obedecen a la lógica de las relaciones, esto implica dos problemas. Primero probar que solo puede haber una lógica. En el primer sentido, el problema de la lógica tendría que explorar las mismas estructuras mentales; es decir, si hay una estructura del pensamiento invariable y natural. Este es el punto de vista de la racionalidad clásica: hay una estructura invariable dada por Dios o por la naturaleza, y el mundo es isomórfico con dicha estructura. Una estructura invariante como la señalada, implica postulados que establezcan las relaciones entre símbolos y objetos, en términos de semejanzas y relaciones basadas en dichas semejanzas; el principio filosófico de identidad es básico en esta estructura lógica, así como el principio matemático de identidad lo es para los sistemas algebraicos. Aquí parece encontrarse uno ante un juego tramposo: se presupone una lógica, primero como lógica de los símbolos extraída de la historia de las matemáticas, y luego se le adjudica al mundo esta misma lógica, como algo trascendental que abarca todas las alternativas de la propia realidad. Pero el problema puede ser más complejo: aunque se aceptase que la lógica de las matemáticas es primero una lógica del lenguaje, el lenguaje —con sus lógicas— es un producto histórico, y

en esta medida, la lógica es también histórica. Si el lenguaje refleja estructuras mentales, formas de razonamiento basada en estructuras cerebrales, tendríamos que pensar que estas también se han fijado históricamente.

A pesar de que la perspectiva de subsumir a la matemática en la lógica abre la posibilidad de nuevos sistemas matemáticos “cuya lógica restrictiva no sea la del álgebra común”, mete en una nueva camisa de fuerza a la matemática, obligándola a transitar dentro de los cánones de una lógica invariable y natural. Pero los senderos del conocimiento y de la realidad pueden ser más ricos que esa lógica metafísica que pareciera abarcar todas las posibilidades de la realidad, y en esta medida, las formas de racionalidad, y por tanto, de las propias matemáticas, permanecen como un gran campo abierto en tanto proyecto de investigación de largo plazo para una perspectiva reconstructiva.

3. Medición, empiria y reconstrucción de la realidad

El problema de la medición es un subproblema de la observación. El empirismo radical toma la medición y la observación como jueces supremos de la verdad. Sin embargo, como dice (Bachelard, 1975), no todo lo empírico es observable directamente, sino que el diseño del instrumento de observación impone una mediación más a la relación entre concepto y realidad. Las propias concepciones sobre la realidad hacen cambiar las observaciones. Si la observación es parte de la experiencia, en cuanto a relación sujeto-objeto, no hay una sola experiencia, sino muchas, dependiendo de la forma de concebir lo real, lo cual resulta consecuente con la idea de que el dato es siempre construido. Bunge (1982), por su parte, afirma que las observaciones están siempre manchadas de teoría. Popper (1982) añadirá que “todos nuestros sentidos están impregnados de teoría”, y por tanto, no puede haber datos u observaciones puras. Para Adorno los hechos no son el límite último e impenetrable de la cosa; en ellos aparece algo que no son ellos mismos, y en esta medida —dirá Adorno—, la dialéctica no renuncia a distinguir entre esencia y apariencia, sin

olvidar que los datos son fenómenos de una esencia y no simples fenómenos.

El cientificismo positivista se mueve, en lo general, buscando explicaciones a través de leyes universales. Detrás de esta pretensión de universalidad está la intención de borrar la cualidad, lo específico; y convirtiendo lo específico en determinaciones mesurables, se realiza la abstracción empírica que luego se traduce en la universalización teórica. Correspondientemente, afirma Adorno (1973), “el cognoscente se reduce a un universal carente de cualidades, puramente lógico”. La cosificación del sujeto y su reducción a pura lógica, que realiza el positivismo, se traduce en la separación del sujeto con respecto del objeto, y esta separación, a su vez, se traduce en una forma de razonamiento de la contemplación de lo que el objeto es, de su identidad. Esta racionalidad tiene su traducción lógica y metodológica en el principio de identidad, como base de la razón contemplativa, y la explicación, como proceso lógico de lograr la identidad, es aceptación de lo dado, es pasividad. Pero la preeminencia de la identidad sobre el cambio no tiene fundamentos puramente epistemológicos, sino raíces histórico-materiales: la dominancia del intercambio mercantil se traduce en la necesidad material y lógica de identificar y de medir con precisión. La precisión cuantitativa se vuelve así, necesidad de una racionalidad que define sus criterios de razón científica en consonancia con el cálculo productivo y la previsión de la ganancia.

Pero el objeto no es puro, sino en parte, sujeto. Una concepción de realidad social como articulación entre sujeto y objeto, y una jerarquización del problema de la transformación sobre el de la correspondencia, lleva a una subordinación de la identidad sobre el movimiento: “no se trata de manera principal de descubrir que $A=A$, sino cómo A puede llegar a ser B , y en este proceso el pensamiento no necesita atenerse exclusivamente a su propia legalidad, sino que puede pensar contra sí mismo” (Adorno, 1975).

Por otro lado, en una perspectiva positivista, la captación de lo específico es solo medio para establecer la ley general, y la explicación de lo concreto se consigue subsumiendo el caso particular en la ley general. En otras palabras, la explicación siempre se dará en base a lo

universal, que desprecia los momentos particulares. En una perspectiva reconstructiva, que presupone una concepción de realidad por niveles de realidad, Implicando en esta al propio sujeto, *el camino de la reconstrucción es, a su vez, de especificación*, y en esta medida, el proceso de generación de indicadores será el de indicadores cada vez más específicos al objeto (en esta línea va también la importancia de lo empírico en la reconstrucción y la finura de la construcción del dato). De hecho, se trata de un doble proceso reconstructivo: uno horizontal de avance teórico-histórico de los conceptos de mayor abstracción a los de menor, y otro vertical de construcción de indicadores y datos; en el plano de lo empírico, un proceso de mayor *generalidad* a mayor *particularidad*. Lo que entre niveles de abstracción sería la relación abstracto-concreto y avance a lo concreto, en el plano de lo empírico sería la relación generalidad-particularidad, en tanto que lo específico resultaría de la articulación entre esos dos procesos de avance hacia lo concreto y hacia lo particular.

Lo anterior tiene profundas consecuencias para los posibles recortes de lo empírico que permitan generar los datos. En primer término, el camino de lo abstracto a lo concreto conceptual, en cuanto a los datos, será el del paso de los datos generales a los particulares; en segundo lugar, la importancia de la intervención de lo empírico y la finura en la construcción del dato, será menor en los niveles más abstractos y mayor en los más concretos. En otras palabras, el avance en la reconstitución será, en el plano del dato, de aquellos menos específicos a los más específicos.

Todo lo anterior tiene consecuencias muy importantes en cuanto al posible papel de la medición y la cuantificación en una perspectiva de reconstrucción conceptual de la realidad.

Una primera observación general que cabría hacer en este momento, es que no habría porqué identificar medición con objetividad, ni mucho menos el criterio de la objetividad tendría que ser la medición. Son tantas las mediaciones que se interponen entre el concepto teórico y su medida, que obligan a establecer —mínimamente— una vigilancia y desconfianza permanentes, en cuanto a las conclusiones de las mediciones en ciencias sociales (precaerse del “misticismo de la cuantificación”, dirá Kaplan). Ni todo para ser

científico tiene que ser medido, ni el criterio último de verificación tiene que ser la medición. El misticismo de la medición tiene detrás la estrategia verificativa, el privilegio de las hipótesis como única mediación científica entre pensamiento y realidad, la neutralidad del dato empírico, y el supuesto del isomorfismo entre lógica de las matemáticas y de la realidad. Tantas mediaciones impulsan a relativizar la capacidad de la cuantificación, para proporcionar leyes sobre la realidad social.

La realidad es a la vez homogénea y heterogénea, dependiendo del nivel de abstracción en que nos movamos. Destacar lo homogéneo en el plano empírico, implica abstraer, recortar de determinada manera esa realidad empírica, homogeneización que si no logra establecer, implicará que las respectivas mediaciones entre concepto y dato quedarían en la oscuridad. Así, la impotencia de la pertinencia de la homogeneización, desde el momento en que lo empírico puede ser homogeneizado-deshomogeneizado desde muy diversas perspectivas. Es decir, la decisión de la homogeneización empírica no puede ser presupuesta, sino será resultado de la reconstrucción, tanto vertical como horizontal; debe ser *resultado del nivel de especificidad definido en cada momento de la reconstrucción. En esta medida, no todo concepto, ni en todo momento de la reconstrucción, los conceptos deben ser cuantificables (es decir, los referentes empíricos homogeneizables)*. El concepto clave que permite distinguir entre un momento de cuantificación o no es el de la especificación requerida del concepto.

El problema de cuándo homogeneizar los referentes empíricos, es susceptible de guías genéricas, dependiendo del momento de la reconstrucción. *En la fase de la investigación, en la que se privilegian las funciones reconstructivas de los datos sobre las verificativas, y que es a la vez una etapa menos sistemática que la de la exposición, la cuantificación puede cumplir un papel que podrá ser más importante en los momentos de arribo a la categoría más simple, dentro de la idea de que el avance en lo empírico de lo concreto a lo abstracto, se traduce en otro de lo específico a lo general. Es en los momentos de mayor abstracción, en aquellos en los que las determinantes del concepto son menores, cuando es posible un mayor acercamiento*

a la homogeneidad de lo empírico, siempre y cuando sean reconstruidas las mediaciones entre concepto y dato, y definido lo que es lo homogeneizable en ese momento. La heterogeneidad teórica del punto de partida en la investigación, el concreto real, aunque admite cuantificaciones, habla de la desconfianza hacia ellas, en cuanto a contribuir —de inmediato— a establecer legalidades más profundas que las simples asociaciones entre datos.

En la fase de la *exposición*, como avance de lo abstracto a lo concreto en el pensamiento, *la cuantificación será más segura de aportar a su función verificativa en los momentos más abstractos, en aquellos donde los conceptos dependen de menos determinaciones—menos mediaciones, y por tanto, en los que son más claramente definibles los aspectos empíricos homogeneizables, que en las etapas donde los conceptos se vuelven más complejos.*

Lo dicho hasta aquí es considerando el avance conceptual, el sentido horizontal. Sin embargo, como el proceso reconstructivo aparece en dos planos, la traducción de conceptos en indicadores, y el recorte de los datos es también un proceso de reconstrucción de mediaciones, aunque los niveles más abstractos de la línea horizontal dependan de menos determinantes, su traducción vertical en indicadores puede implicar más mediaciones que en las fases más concretas del concepto. En otras palabras, aunque horizontalmente la tendencia a aceptar la cuantificación con mayor seguridad sería hacia los momentos más abstractos, verticalmente lo sería en el sentido de los conceptos más concretos. En todo caso, el problema y su solución general permanecen: *es posible cuantificar cuando el nivel de especificidad requerido en cada fase de la reconstrucción permita la homogeneización en el plano empírico, siempre y cuando queden claras las mediaciones entre concepto teórico y rasgos empíricos homogeneizados.*

El segundo gran problema de la cuantificación, una vez homogeneizado lo empírico, es que su contabilidad permite operar con la lógica de las matemáticas. En general, esta lógica presupone —fundamentalmente— un *principio de identidad* (cuando dos objetos o propiedades son iguales), uno de *conmutación* (cuando algo es igual a otra cosa, los términos de la igualdad pueden ser intercambiados),

uno *asociativo* (cuando los objetos se igualan, pueden ser reunidos en asociaciones diversas) y uno *incremental* (definida la homogeneidad, los objetos pueden sumarse). El problema fundamental de esta lógica matemática es si las relaciones sociales pueden analizarse de acuerdo con ella. El primer principio remite al de la posibilidad de identificar rasgos comunes y diferenciables cuantitativamente, en el mundo empírico, es decir, al de la homogeneización. Las otras propiedades de los sistemas matemáticos se reducen a si las propiedades homogeneizadas pueden ser reunidas en agregados mayores, y distinguirse por su magnitud. Aquí el problema no se presenta de fácil solución, porque son aceptables tanto la respuesta positiva como la negativa, más no en abstracto. En primer término, es posible pensar que no hay una sola “lógica de la sociedad”, tanto por su posible cambio histórico, como por la posibilidad de lógicas diversas, dependiendo del nivel de abstracción, como del momento en la reconstrucción conceptual, y sobre todo, por la intervención de los sujetos voluntarios. En esta medida, la uniformidad de la lógica matemática no asegura que la medición no esté violentando a la realidad misma, lo que podría relativizar las conclusiones obtenidas al cuantificar. En este problema tan complejo, como en general en todos los otros que se derivan de una perspectiva reconstructiva, no hay recetas. *El principio general de descubrir más que deducir, tendría que ser aplicado al uso de las matemáticas en la investigación. Es decir, la decisión de si una matemática y su lógica son pertinentes en un momento de la reconstrucción, debería implicar no suspender la reconstrucción hasta el momento de la generación del dato, sino continuarla hacia la propia reconstrucción de la lógica de la cuantificación, la lógica de la matemática.* Si después de esto se ve que esta reconstrucción de la lógica matemática coincide con la del sistema matemático a disposición, podrá utilizarse y sus conclusiones serán más fiables que en uso de las matemáticas sin aclarar las mediaciones y supuestos que subyacen a dicho uso.

Aunque los principios generales de *especificidad y medición*, principalmente conducen a una reconsideración del uso de la cuantificación en ciencia social, no por ello las soluciones específicas son ahora suficientemente claras. La puerta está abierta para reflexiones más

acabadas; por lo pronto se impone una *vigilancia* epistemológica,¹ en cuanto al uso de la *cuantificación*: vigilancia con respecto al misticismo de la cuantificación que identifica *objetividad con exactitud*; vigilancia en cuanto a lo *conclusivo* que pudiera parecer lo cuantificable, y a exigirlo como criterio de cientificidad; duda permanente en cuanto a los resultados numéricos que para algunos resuelven el problema de la correspondencia, pero que en muchos casos, no han hecho sino complicarlo.

Bibliografía

- Adorno, Theodor (1975) *Dialéctica negativa*. Madrid, Editorial Taurus.
- ____ (1973) *La disputa del positivismo en la sociología alemana*. México, Editorial Grijalbo.
- Bachelard, Gaston (1973) *Epistemología*. Madrid, Anagrama.
- ____ (1978) *Racionalismo aplicado*. Buenos Aires, Editorial Paidós.
- Bunge, Mario (1982) *Filosofía de la física*. Madrid, Editorial Ariel.
- ____ (1975) *La investigación científica*. Buenos Aires, Editorial Ariel.
- ____ (1970) *La investigación científica*. Barcelona, Editorial Ariel.
- Campbell, Norman (1964) *What is Science?* New York, Dover Pub.
- Carnap, Rudolf (1966) *Philosophical Foundations of Physics*. Nueva York, Basic Books.
- Cicourel, Aaron (1964) *Método y medida en sociología*. Madrid, Editora Nacional.
- De la Garza, Enrique (1983) "Capítulo 7". *El método de lo concreto-abstracto-concreto*, Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa.
- Fong, Joseph (1963) *Abstract Algebra*. New York, Schaums.
- Hegel, Friedrich (1968) *La ciencia de la lógica*. Buenos Aires, Hachette.

¹ Véase, por ejemplo, Bachelard, G. (1976) *La formación del espíritu científico*, México, Siglo XXI Editores.

- Kaplan, Abraham (1964) *The Conduct of the Inquiry*. New York, Chandler Publishing Co.
- Popper, Karl (1982) *Conocimiento objetivo*. Madrid, Editorial Tecnos.
- Boudon, Raymond; Lazarsfeld, Paul (1966) *Metodología de las ciencias sociales*. Barcelona, Laia Ediciones, tomo I.
- Russell, Bertrand (1955) *Introducción a la filosofía matemática*. Buenos Aires, Editorial Losada.
- Torgerson, Warren (1958) *Theory and Methods of Scaling*. New York, John Wiley&Sons.
- Weyl, Hermann (1965) *Filosofía de las matemáticas*. México, Universidad Nacional Autónoma de México.



Capítulo IX

La coinvestigación

Solo los trabajadores pueden describir con cabal
conocimiento las desgracias que soportan

C. Marx

La coinvestigación fue una propuesta acuñada por el grupo de Panzieri (1964), en Italia, a principios de los sesenta del siglo XX. Lo que parece una simple técnica de recolección de información, tiene tras de ella todo un profundo replanteamiento acerca de la función de la teoría en la transformación social, de la relación sujeto-objeto, así como del papel de los intelectuales en la formación de una alternativa de clase. La revista de Panzieri (1964), *Quaderni Rossi*, no llegó a profundizar en las consecuencias epistemológicas y políticas explícitas de la coinvestigación, aunque se convirtió —para ellos— en intervención política directa en los lugares de trabajo de la clase obrera. Sin embargo, la crítica a la concepción del partido-guía, la reflexión acerca de la relación entre pensamiento y acción y la idea de una clase obrera que no es simple objeto estructural, se sintetizan en la propuesta de la investigación.

Lo que sigue no debe interpretarse como que el configuracionismo solo puede operar a través de la coinvestigación, sino que esta puede ser una de las formas más consecuentes de operar empíricamente en esa perspectiva

1. Presupuestos epistemológicos de la coinvestigación

Uno de los aspectos fundamentales que distinguen al marxismo del positivismo, es el ver la realidad como una realidad en permanente transformación, como una realidad dada, y a la vez, dándose. Pero esta idea del movimiento, para ser específica, tiene que completarse con la concepción de historia como movimiento resultante de la articulación entre objetividad y subjetividad. Sin negar el componente objetivo de la realidad que puede ser captado por el pensamiento a través de legalidades potenciales, la sola objetividad no basta para explicar el movimiento. En esta medida, la ley marxista es siempre una *ley de tendencia*, en donde el resultado práctico depende siempre de otras mediaciones, entre ellas, las de la propia subjetividad de las clases sociales; subjetividad que aunque guarda relación con la objetividad, no es un reflejo pasivo de ella, sino un componente activo del curso histórico. Objetividad influye sobre la subjetividad, solo en el sentido de determinación mediada y no simple causalidad, en donde la subjetividad se revierte también sobre la objetividad, transformándola.

La idea del movimiento histórico, traducida al plano del conocimiento, tiene que ser especificada con la noción de realidad estructurada por niveles de realidad. Esta concepción se traduce en un planteamiento de conocimiento teórico, como articulación entre lo más abstracto y lo más concreto en el pensamiento.

Los problemas anteriores guardan relación con el de la conciencia y la práctica. En primer término, entre conciencia y realidad no puede existir una correspondencia unívoca; la realidad no se agota en la objetividad del conocimiento: subjetividad (incluyendo al conocimiento) y objetividad (que incluye a las estructuras) en el marxismo, se sintetizan en la práctica. La realidad tiene una dimensión de sentido y no es esta simple expresión de la primera.

Pero no toda la práctica se basa en el conocimiento científico, ni toda la realidad es únicamente objetividad. La correspondencia entre conocimiento y realidad externa al sujeto, que conocerá siempre relativa, en tanto posibilidad de profundizar infinitamente el objeto, así como ver la objetividad sujeta a legalidades de tendencia.

La estrategia de conocimiento que sintetiza la problematización de la relación entre realidad y pensamiento, la hemos denominado —inicialmente— la del *concreto-abstracto-concreto*. Sin embargo, el configuracionismo lo incluye y lo desborda al ser pertinente para objetos diversos de los eminentemente estructurales. Este problematiza la realidad porque tiene detrás la consideración de la posibilidad del cambio histórico a diferentes niveles de realidad. Problematiza la teoría porque impone su cuestionamiento permanente. Sin embargo, el concreto abstracto-concreto y el configuracionismo que lo incluye, puede llegar a convertirse en otro método contemplativo de la “realidad social objetiva”, y de la clase obrera vista como un simple objeto estructural sometido a las implacables leyes de cambio que van más allá de su voluntad. El configuracionismo, para evitar la *tentación científicista*, tiene que reivindicar —en forma articulada— dos cuestiones fundamentales: 1) las implicaciones de considerar las leyes objetivas como leyes de tendencia, y 2) la relatividad del conocimiento con respecto al curso histórico, desde el momento en que no es posible la correspondencia exacta entre pensamiento y realidad, y que el resultado histórico concreto depende también de la subjetividad. Estas consideraciones imponen nuevas tareas al pensar científico. Primero, el establecimiento de leyes de tendencia presupone como problema el de la transformación de la realidad, problema que adquiere su connotación precisa en la *determinación de espacios de lo posible para la acción de los sujetos*; segundo, las mediaciones entre pensamiento y realidad, y la preeminencia de la práctica sobre la teoría en la transformación de la realidad, así como la necesaria inclusión de la subjetividad y las influencias recíprocas entre objetividad y subjetividad, permiten plantear la posible *intervención de los sujetos en el proceso de conocimiento de sus potencialidades*.

La clase social no es simple objeto estructural. Es siempre un sujeto-objeto. En tanto objeto estructural, está presionado por legalidades

que rebasan su subjetividad, pero a la vez posee formas de conciencia y acción. Los aspectos estructurales y aspectos subjetivos de la clase se relacionan recíprocamente. Lo estructural influye mediadamente aspectos subjetivos, y la subjetividad se revierte sobre la objetividad. Estando lo objetivo y lo subjetivo siempre en relación recíproca, no en cualquier coyuntura esta relación es simétrica. Lo anterior nos habla de la posibilidad de hablar de estadios diversos de la subjetividad social, en tanto capacidad de enfrentarse a sus oponentes e incidir sobre el propio curso material de la sociedad y de ella misma. Es decir, no en toda coyuntura la subjetividad de la clase adquiere la forma de movimiento, ni mucho menos, de movimiento obrero autónomo.

El movimiento social autónomo, a su vez, no es resultado únicamente de la influencia de partidos o dirigentes, sino que se asienta sobre bases materiales que en forma mediada, también determinan las posibilidades históricas concretas de las clases de ofrecer una alternativa de reconstrucción de la sociedad sobre bases diferentes a las de la sociedad actual.

En esta medida, la coinvestigación, que en una primera instancia implica la *participación de los sujetos-objetos en el proceso de conocimiento de sus posibilidades transformadoras*, no es equivalente a simple *concientización*, como aparece en algunas versiones de la llamada investigación acción, ni mucho menos se asimila al grupo focal, ni menos a la observación participante. La coinvestigación no es pretexto para llevar la conciencia a aquellos “que no la tienen”, por parte de los depositarios de la conciencia. Y no lo es porque una concepción de la realidad en transformación implica el reconocimiento de la relatividad de la teoría acumulada para delimitar espacios para la acción. Además, la idea de historia como articulación entre objetividad y subjetividad a desentrañar en sus respectivas determinaciones, implica que la determinación del espacio de lo posible, en la coyuntura concreta, no puede ser captada únicamente por la labor de investigación de los intelectuales, por dos cuestiones principales: primero, porque el conocimiento objetivo implica lo subjetivo, en tanto que el movimiento histórico depende también de lo subjetivo; segundo, porque la propia objetividad depende de la subjetividad, y por tanto, no puede ser captada cabalmente sin la intervención de los

sujetos en el propio proceso de conocimiento. Además, al interpenetrarse objetividad y subjetividad, el proceso de coinvestigación llega a convertirse en parte del contexto de los sujetos-objetos, influyendo sus capacidades de acción.

2. Las tentaciones del cientificismo y del empirismo en la coinvestigación

Una concepción de la realidad simplemente sujeta a leyes objetivas, lleva a una propuesta de conciencia de clase que puede ser trasladada desde fuera a la clase obrera, a partir del momento en que esta depende únicamente de su situación estructural. La propuesta de investigación es síntesis marxista entre conocimiento y acción, presupone al concreto-abstracto-concreto, pero lo rebasa en el configuracionismo, así como la acción rebasa al conocimiento. Dicha coinvestigación se convierte en una respuesta articulada a la relación entre conocimiento y práctica, sin dejar de ser su relación un problema moral, convirtiéndose —fundamentalmente— en un presupuesto político-epistemológico.

La coinvestigación como intervención política y de conocimiento, se aleja del cientificismo como del empirismo. La tentación *empirista* en la coinvestigación sería presuponer que el espacio de lo posible y su conocimiento, están ya presentes en la conciencia de los sujetos-objetos como “sabiduría popular”, y que basta ordenarla y sistematizarla. Un empirismo de esta naturaleza desconoce aspectos epistemológicos y de determinación social del conocimiento planteados en el marxismo: primero, desconoce la idea de una realidad por niveles en donde no todos estos niveles aparecen de inmediato en la conciencia de los actores. Cuando esta conciencia se basa en la experiencia social, está configurada por una heterogeneidad de prácticas parciales, en las que no necesariamente la totalidad concreta, en tanto totalidad social, es equivalente a la totalidad empírica que el pensamiento cotidiano puede captar. Entre prácticas parciales y práctica social, así como entre totalidades empíricas y totalidades sociales, existen una serie de mediaciones que cabe investigar, mediaciones

que por otro lado, no son únicamente determinantes estructurales como hemos explicado. Relacionado con lo anterior está el planteamiento de la realidad estructurada por niveles de realidad, en donde el problema de las mediaciones aparece en toda su pertinencia.

El problema panzeriano de cómo el capital variable se puede convertir en movimiento obrero autónomo, tiene profundas implicaciones para la coinvestigación: 1) no presupone que la clase obrera pueda ser simple objeto estructural (capital variable), pero sí implica el reconocimiento de que la relación recíproca entre objetividad y subjetividad no tiene la misma forma y las mismas jerarquías en cualquier coyuntura. En esta idea están presentes los conceptos de poder y dominación, que se convierten en mediadores, como problema político, de la relación entre objetividad y subjetividad para la clase obrera. La capacidad de convertirse en movimiento obrero autónomo es un problema político, que descansa en una capacidad de alterar las jerarquías entre objetividad y subjetividad de la clase; 2) la capacidad de conversión de la clase obrera en movimiento obrero autónomo, es también capacidad de superar las prácticas parciales y formar parte de una práctica general de clase. Asimismo, es facultad de superar las visiones parciales de la realidad, reconstruir la totalidad en el pensamiento y transformar la realidad. Este proceso de reconstrucción de la totalidad en el pensamiento, no antecede a la práctica, sino que se desarrolla con ella, desde el momento en que la propia totalidad es articulación entre subjetividad y objetividad. Además, la mediación insalvable entre pensamiento y realidad, y la determinación social del conocimiento, impiden identificar totalmente subjetividad y ciencia.

La coinvestigación implica la investigación conjunta entre intelectuales y trabajadores. No se trata de una *investigación participativa*, la cual no es sino una variante cientificista de otras técnicas de recolección de información. La coinvestigación no desconoce la diferencia entre intelectuales y obreros. Sin embargo, la coinvestigación se deslinda de dos de las concepciones más comunes de la función de los intelectuales: primero, de la idea de intelectuales como depositarios de la conciencia, capaces con su ciencia de llevarla desde fuera al proletariado, y de trazar la táctica y la estrategia del movimiento

obrero; segundo, se deslinda de la idea de intelectuales como simples forjadores de una cultura, desde el momento en que se reivindica el conocimiento científico en su especificidad, con respecto a otras formas de conocimiento. El reto no es solo cómo se forja una nueva concepción del mundo, lo cual no necesariamente rompe con la concepción de la conciencia que llega desde fuera (a pesar de que la concepción del mundo no sea simple cientificismo); se trata ahora, por el contrario, de crear conocimiento que en su relación con la acción permita captar los espacios de lo posible con la intencionalidad de la transformación de la sociedad: se trata *de no hacer simple ideología para la cultura, sino pensamiento para la acción*. Se trata de construir una nueva ciencia, la ciencia *de la revolución*, ciencia que rompa con las versiones metafísicas del marxismo, las que asignan al proletariado una misión histórica simplemente derivada de su condición estructural, versiones que convierten en concretas y necesarias posibilidades abstractas. Se trata ahora de profundizar en la realidad en forma consecuente con la idea marxista de la historia.

En esta tarea práctica, *la función* de los intelectuales, más que teórica se vuelve epistemológica; más de método que de señalamiento de hipótesis. Las respuestas prácticas a la coyuntura no las poseen los intelectuales; es el proletariado activo el que en el proceso práctico y de coinvestigación puede llegar a definirlos. En esta medida, la función del intelectual cambia, deja de ser *guía del proletariado, para convertirse en instrumento de clase*, en tanto proporcionador *de los instrumentos epistemológicos y metodológicos para que la coinvestigación en su aspecto de conocimiento pueda llevarse a cabo*.

La coinvestigación no tiene como objetivo intelectualizar a los trabajadores, convertirlos en investigadores sociales tradicionales. La coinvestigación busca la acción en articulación con el conocimiento. Se aleja del cientificismo en el sentido de definir la táctica únicamente a partir del conocimiento de la estructura. Se aleja del empirismo en cuanto a que reconoce que uno de sus objetivos es la superación de las prácticas parciales de los trabajadores, y busca articular una práctica social total autónoma y orgánica, en contraposición a las prácticas inorgánicas. Este proceso de conformación de una práctica social total orgánica, es vista —precisamente— como

un proceso de superación de la parcialización, que a la vez, implica el reconocimiento de que la clase obrera de un solo golpe no puede construir una alternativa de clase. Como problema de conocimiento, la superación de la parcialidad y la organicidad presupone el reconocimiento paulatino por parte de la clase del ángulo del conflicto y de la lucha de clases, así como de que el problema fundamental debe ser el de la generación de una voluntad colectiva autónoma.

3. Definición del problema

El conflicto cotidiano entre el capital y el trabajo, abre la posibilidad de un punto de arranque en la coinvestigación, relacionado con problemas concretos del destacamento obrero en cuestión (por ejemplo, los problemas que acarrearán un cambio tecnológico, o en la organización del trabajo, o en el sistema de pagos, etcétera). Los problemas iniciales en la coinvestigación no pueden ser problemas teóricos, sino fundamentalmente, problemas prácticos de la clase concreta. Solo en el proceso de coinvestigación la propia problemática puede ser transformada, pero esta no puede ser presupuesta, salvo en el aspecto de búsqueda de totalidad y eliminación de parcialidad. Es decir, en la definición del problema de arranque tienen que jugar un papel predominante los trabajadores que participan en la coinvestigación en ese momento; nadie más que ellos conocen prácticamente los problemas más sentidos por los trabajadores de la empresa en cuestión.

4. El método

La coinvestigación subsume al concreto-abstracto-concreto a la descripción articulada y al configuracionismo. En la definición de la estrategia general de conocimiento, el investigador participante en la coinvestigación juega un papel central. Sin embargo, en una perspectiva abierta de conocimiento, la definición concreta de cada uno de los momentos metodológicos (por ejemplo, la definición de las áreas de relaciones sociales) no puede ser función únicamente del investi-

gador, sino también de los trabajadores. No se trata de tener el diseño de la investigación completa y luego investigar, ni tampoco la investigación completa y luego actuar, sino de empezar a actuar con la misma investigación; en esta medida, proceso de conocimiento y sus resultados, dependen también de la práctica. Esta relación recíproca implica comprometer cada vez a más trabajadores en la investigación, pero sobre todo, en la acción. Este mismo compromiso implica la generación de canales de comunicación entre base y equipo de investigación, así como de difusión de resultados parciales.

5. Trabajo de campo

Es en la generación de información de los propios sujetos en donde la interacción entre coinvestigación y acción puede empezar a ser más completa. En esta forma, la generación de información no es simple concientización, sino fundamentalmente, relación política, aprendizaje mutuo entre sujetos-objetos y equipo de investigación, así como en planteamiento de tareas prácticas, formas de organización, de lucha, de expresión, etcétera.

En estas tareas de recolección de la información y de relación más general entre equipo de investigación y base obrera, la participación de los trabajadores del equipo resulta indispensable, no en el sentido de “mano de obra de encuesta”, sino como activistas políticos capaces de aprender y enseñar al mismo tiempo.

6. Análisis de los resultados y redacción del informe final

La coinvestigación no tiene propiamente un punto final, desde el momento en que el problema de la conformación de un movimiento obrero autónomo es una tarea histórica que desde el punto de vista de la coinvestigación, implica una transformación del problema de estudio (con miras a su generalización), de los universos de observación, de las relaciones entre coinvestigación y acción. Sin embargo, evidentemente hay resultados parciales de la coinvestigación, en

donde el problema de la difusión de estos debe ser tratado como un problema particular, que atiende a las características culturales de la clase y sus especificidades lingüísticas.

Detrás de la coinvestigación es probable encontrar el germen de una nueva racionalidad, que Marx entrevió, pero que “la historia” impidió se desarrollase durante casi un siglo. ¿Seremos capaces de responder a los retos del inicio del milenio? Esto dependerá, en buena medida, de que seamos capaces de romper con el pasado y con lo legítimo, recuperando la confianza en que puede llegar a ser construido un mundo diferente al del capital.

Bibliografía

Panzieri, Raniero (1964) “Sull’uso Socialista dell’Inchiesta Operaia”. *Quaderni Rossi*, BFS Edizioni, (1994).

Apéndice 7

La investigación sobre reestructuración productiva, representatividad, legitimidad y democracia en el Sindicato de Trabajadores Telefonistas de la República Mexicana¹ (configuración de configuraciones)

Esta investigación fue importante en su momento, mediados de la década del 90 del siglo XX, porque estaban en auge las teorías de postfordismo en América Latina, las que a distancia podemos concluir, eran visiones amables de la gran reestructuración capitalista que se inició desde finales de la década de los setenta. Teorías que abrían la posibilidad de una reestructuración que superara la supuesta crisis capitalista de productividad de los años setenta, a través de un nuevo pacto obrero patronal, que tuviera uno de sus ejes más importantes en la producción —en los procesos productivos— de las formas toyotistas de organización del trabajo, que permitirían incrementar la productividad. Lo anterior, asociado a nuevas relaciones

¹ De la Garza, 1998. Se puede consultar el texto en la página <http://sgpwe.izt.uam.mx/pages/egt> (ventana de libros)

laborales flexibles, pero concertadas entre gerencias y sindicatos. Como resultado se tendría un nuevo pacto social que sustituiría al de taylorismo-fordismo, basado en el crecimiento de la productividad, en la flexibilidad concertada, en el reparto equitativo de las ganancias por productividad y en la amplia participación de los sindicatos y los trabajadores en las decisiones de la producción. Lo anterior es lo que llamaremos la utopía del postfordismo, que fue muy aceptada por académicos de América Latina, aunque otros fuimos críticos desde el inicio. Esta perspectiva, con modificaciones no secundarias, llegó a gerencias de empresas a través del concepto norteamericano² de *lean production*.

El caso del Sindicato de Telefonistas de la República Mexicana (STRM) fue en México el más acabado y exitoso de los sindicatos que adoptaron la perspectiva postfordista-toyotista, la más sofisticada, la que mejores resultados dio para el sindicato y los trabajadores, al grado de que el gobierno mexicano trató de convertirla en doctrina de Estado, el “nuevo sindicalismo”, aliado del Estado y de la empresa en aras de aumentar la productividad a cambio de bonos por desempeño. El ejemplo viviente, a inicios de los noventa del siglo XX, eran los pactos entre este sindicato y la gerencia de Telmex (monopolio de los servicios telefónicos en esos años). Esta experiencia se dio en un contexto de amplio dominio del sindicalismo corporativo de Estado en México, subordinado a las políticas de este desde los años 30 de dicho siglo. Un tipo de sindicalismo que nunca tuvo una política de fábrica, pues su centro era, en el mejor de los casos, la negociación de la compra venta de la fuerza de trabajo (salarios, prestaciones, en la contratación colectiva o a través de leyes laborales), con la mediación permanente del Estado y subordinado —finalmente— a este. Por el otro lado, había un polo pequeño de sindicalismo indepen-

² No es lo mismo postfordismo que *lean production*. Para empezar, habría tres formas del postfordismo clásico, la teoría de la regulación, la neoschumpeteriana y de la especialización flexible. Aunque hay muchas semejanzas formales entre postfordismo y *lean production*, este último fue manejado por las gerencias más como técnicas de manejo de personal que como ese nuevo pacto social que proclamaban los primeros.

diente, que venía de una gran insurgencia durante la década de los setenta, y que para los ochenta había sido derrotado, en su mayoría, y que proclamaba la lucha de clases, la no colaboración con el capital.

Nuestra investigación se propuso responder cómo, en un contexto tan desfavorable en el que ni sindicatos, ni empresarios, ni Estado, eran proclives a la intervención sindical propositiva, en los procesos productivos sí pudo darse esta experiencia exitosa. También, cómo se construyó una dirección del sindicato que se apartó de las estrategias tradicionales en México: aceptación pasiva de las reestructuraciones de las empresas o resistencia a ultranza. Cómo se conformó la representatividad, legitimidad de la dirección sindical en ese proceso, y finalmente, cuál fue la suerte de la democracia sindical, o mejor aún, qué significaron estos conceptos para los trabajadores de dicho sindicato.

Partimos de supuestos de realidad y de conocimiento ya enunciados en capítulos previos: que la dinámica de los procesos sociales hay que estudiarla, primero, como articulación de procesos de diferentes temporalidades, para descubrir cuáles son estos en cada caso; que de alguna manera intervienen estructuras a descubrir, subjetividades de los sujetos a develar e interacciones que formarán parte de lo investigado. Que para las áreas o procesos de relaciones sociales intervinientes es posible ir definiendo conceptos ordenadores tentativos, cuyas articulaciones, en general, no provendrán de las deducciones de marcos teóricos; que las formas de las articulaciones pueden ser débiles (metáforas, sentidos prácticos, etcétera) o duras (causalidades, deducciones, etcétera.); que a estos complejos articulados se les llamará configuraciones. Para nuestro caso, como se trata de un proceso histórico (1976-2000), el punto de partida será un hecho histórico que marcó un viraje en la direccionalidad del sindicato, iniciando un proceso de nuevo tipo. Todo el proceso implicará la definición de períodos, en los que el criterio principal para su delimitación será el cambio en las relaciones de fuerzas entre los actores involucrados. La explicación final de las preguntas centrales no será en primer lugar empírica, sino teórica con apoyo empírico, y solo se tendrán las respuestas más acabadas al final de la investigación, sin presuponer hipótesis.

1. Primer período (1976-1982)

Hasta 1976, el STRM estaba en manos de una dirigencia adicta al gobierno, que negociaba a espaldas de los trabajadores. En 1976, los trabajadores, empezando por las operadoras telefónicas, se informaron porque el líder firmó un contrato colectivo a sus espaldas, en términos desventajosos para ellos. Sin embargo, en el contexto mexicano, y en este sindicato, las prácticas no democráticas eran frecuentes en su historia, y el análisis del contrato firmado no muestra tales desventajas. Era probable que detrás de este pretexto para el levantamiento de los trabajadores, encabezado por las operadoras, hubiera otras causas, que en un primer momento no aparecían con claridad, ni siquiera para los participantes del movimiento. Del fondo de los proyectos políticos del PRI, apareció un líder desconocido, Francisco Hernández Juárez, encabezando a las operadoras, aunque él era un técnico de centrales telefónicas. No obstante que en el sindicato bullían muchos grupos de izquierda, infiltrados al calor de las grandes movilizaciones nacionales en contra de los líderes antidemocráticos vinculados al PRI y al gobierno, no lograron hegemonizar al sujeto más abundante y cabeza del mismo, las operadoras. El líder corporativista fue destituido, siendo elegido Hernández Juárez como secretario general de dicho sindicato. Se iniciaba así el primer período de nuestra historia, caracterizado por los enfrentamientos entre el nuevo liderazgo, con apoyo de las operadoras y los grupos de izquierda marxista concentrados en las centrales telefónicas. Esta conflictividad intrasindical se producía sin que hubiera —todavía— reestructuración productiva; por el contrario, las formas tayloristas se consolidaron en esos años, y fueron reguladas a través de un convenio departamental para las operadoras. Se iniciaba este período del STRM en lo más álgido de la oleada de insurgencia sindical, que cuestionó a los líderes sindicales corporativos de las más importantes empresas del país, aunque el final de este período coincidió también con la derrota de dicha insurgencia, y el retorno de las dirigencias progobierno que habían sido depuestas.

En este período estuvieron en juego enfrentados dos sujetos obreros, las operadoras y los técnicos de mantenimiento de centrales como

polos de la contradicción. Las operadoras fueron la base social del juarismo; se trataba de un sujeto que, visto como configuración, estructuralmente era de bajo nivel educativo y baja calificación, que realizaba tareas rutinarias, sobre todo de comunicación de larga distancia por operadora en formas individualizadas, estandarizadas, muy vigiladas por grabaciones y por supervisores, en lo que al calor de la investigación empezamos por llamar un *serviciotylorismo*. Pero la definición de un sujeto tendría que incluir su subjetividad, que en configuración con estructuras, permitiera entender mejor sus comportamientos, en este caso, de rebelión frente al líder corporativo en 1976, y luego, como apoyo al juarismo. La forma como la compañía organizaba el trabajo de las operadoras en 64 turnos, implicaba la plena disposición de la fuerza de trabajo en función a la demanda de llamadas. De esta forma, muchas veces la operadora tenía que tomar cortos descansos en dormitorios de la empresa, para continuar con el siguiente turno. Lo anterior implicaba una confusión vital entre mundo de trabajo y mundo de la vida. En el trabajo tampoco se compensaban las necesidades comunicativas, porque las operadoras no debían platicar con sus compañeras contiguas en las mesas de trabajo, además de que los 64 turnos implicaban que cambiaban frecuentemente de compañeras de mesa cercana. Había dos fracciones de operadoras, las más antiguas, que habían defendido a la dirección corporativa, y que eran, muchas de ellas, supervisoras, y las nuevas, jóvenes que odiaban a las primeras, que se sentían devalorizadas por todos en la empresa: por los jefes, las supervisoras, por los técnicos de centrales de mayor nivel educativo y salarios. Este sentimiento de marginación y soledad se tradujo en una gran amargura, en un rencor en contra de la empresa y de los técnicos que también las despreciaban. La identidad colectiva, a pesar de los obstáculos para la relación cara a cara entre ellas, parecía derivarse de la desgracia compartida en el trabajo y en la vida.

Es en estas condiciones cuando surge el movimiento en contra del líder corporativo, sin que hubiera al inicio un liderazgo alternativo; la figura de Hernández Juárez logró, durante el movimiento, un enganche subjetivo con las operadoras. Su estilo paternalista, su aspecto de macho con pelo en pecho y cadena de oro, llegó a representar al

hombre ausente en el imaginario de las operadoras, con connotaciones incluso de fantasías sexuales. En el plano material, las condiciones objetivas de trabajo se articularon con el impulso —por parte de la nueva dirección del sindicato— de estrategias de regulación de dichas condiciones para el departamento de operadoras, llegando a eliminar, a finales de los setenta, los 64 turnos.

Por otro lado, estaba el sujeto obrero de mantenimiento de centrales, menos numeroso que las operadoras, con alto nivel educativo (estudios de licenciatura), muchos eran o habían sido estudiantes politizados (a los que sus grupos de izquierda habían encomendado infiltrar el sindicato, como habían hecho en muchas otras empresas), fuertemente influenciados por las grandes movilizaciones prodemocratización sindical de los setenta. Su trabajo implicaba calificación, sobre todo adquirida en la práctica, sin posibilidades de estandarización; poseían una gran autonomía en el proceso de trabajo. Su trabajo era apreciado por la empresa y socialmente, puesto que la central telefónica era el cerebro de todo el sistema. El desprecio por las operadoras no era solo consecuencia de la disparidad en calificaciones, educación y tipo de trabajo, sino porque suponían que, estas últimas, por su ignorancia y por ser mujeres —en centrales prácticamente no había mujeres—, eran incapaces de tener explicaciones acabadas de la situación político sindical por la que atravesaba el país, y por lo tanto, de cómo dirigir un proceso de renovación del sindicato. En el período en cuestión, 1976-1982, la dirección sindical de Hernández Juárez se movió en un terreno de relaciones de poder poco estructuradas, al interior y exterior del sindicato; dentro de él, esto se expresaba en la gran pugna con la izquierda que trataba de dirigir el sindicato hacia la oposición abierta con el gobierno y la empresa, por la desconfianza ante una dirección que se encontraba a medio camino entre el corporativismo y la insurgencia sindical, en un contexto en el que el sindicato podría —potencialmente— dirigirse hacia la izquierda. En estas condiciones tan complejas de relaciones entre actores, con grandes contradicciones, frente a la inexperiencia de la dirección del sindicato, esta hizo un pacto con una corriente maoísta que fue muy importante en esos años, llamada Línea Proletaria, que tampoco planteaba romper con el gobierno. Esta corriente

tuvo militantes experimentados en las luchas sindicales en otras grandes empresas, y los rudimentos de una estrategia de cómo afianzar e institucionalizar la nueva dirección: dando importancia a la lucha político-ideológica (para ello había que acuñar una ideología alternativa a la de la izquierda radical que comúnmente era marxista leninista); la política de pretextos para movilizar controladamente a la masa de trabajadores; la de filtración de las demandas de la base, que podían expresarse libremente, aunque era la dirección la que decía que retomar de dichas propuestas; la de “asambleas chicas”, es decir, realizar asambleas encabezadas por la dirección en todos los niveles de la empresa, continuamente, para estar directamente al tanto del sentir de la masa y evitar se acumularan insatisfacciones peligrosas. Este período terminó en 1982, con el intento de la izquierda de deponer a la dirección del sindicato por la fuerza. El intento fue un fracaso, porque no contó con el apoyo de la mayoría, las operadoras, y por la intervención de la fuerza pública para desalojarlos del local del sindicato que habían tomado.

2. Segundo período (1982-1990): la vía “japonesa” de relaciones entre sindicato y empresa

Este período que va de 1982 a 1990, implicó un contexto muy diferente del anterior: la revolución tecnológica en telecomunicaciones se había iniciado con el cambio de la tecnología analógica a la digital, en transición hacia la fibra óptica. La empresa decidió unilateralmente engancharse con esta gran transformación tecnológica; asimismo, se avizoraba el cambio en el modelo económico hacia el neoliberalismo, con su secuela de privatizaciones; la insurgencia obrera nacional de los setenta había sido derrotada, y la mayoría de los liderazgos de los sindicatos habían retornado al control del gobierno; se iniciaba la oleada empresarial de flexibilización unilateral de los contratos colectivos de trabajo. En el caso de Telmex, la izquierda había sido también derrotada y reprimida en 1982, al intentar derrocar por la fuerza a Hernández Juárez. Como consecuencia de la derrota los líderes de izquierda, fueron despedidos o

despojados de sus derechos sindicales, se inició un largo reflujo de la izquierda radical en Telmex.

Un factor importante que influyó en la primera mitad de los ochenta para que el sindicato diera un viraje en su estrategia, de una convencional de protección de condiciones de trabajo y salarios, hacia la intervención en las decisiones del proceso productivo, fue la política de la dirección del sindicato, al inicio de la década de extrema protección de las condiciones de trabajo de las operadoras, su base social, que le garantizara su adhesión y golpear a la izquierda. La protección sindical a estas trabajadoras se expresaba no solo en que desde fines de la década anterior se había firmado el convenio departamental de tráfico que regulaba las relaciones laborales de las operadoras, sino que se había negociado con la empresa el incremento del número de dichas trabajadoras, más allá de las necesidades del servicio, cuando las llamadas de larga distancia por operadora tendían a disminuir al extenderse el servicio de LADA; asimismo, consiguiendo aumentos salariales por encima de la productividad, y apoyando la indisciplina en los lugares de trabajo con respecto de supervisores y jefes, al grado de hablarse de un reglamento informal de trabajo, que relajaba las horas de entrada y de salida, así como las cargas de trabajo. Es decir, la estrategia juarista podría ser definida como el logro del consenso entre estas trabajadoras, con complicidad en cuanto a afectar la productividad (el consenso cómplice).

Pero los procesos macro, así como la estrategia de la empresa, apuntaban en un sentido muy diferente al del consenso cómplice. En estas condiciones, la dirección del sindicato se instruyó acerca de los cambios productivos en el mundo, contrató asesores académicos de alto nivel, y decidió, no sin lucha en su interior, dar un viraje en su estrategia frente a la empresa, que iniciaba su reestructuración, influenciada la dirección del sindicato por las nuevas doctrinas toyotistas-regulacionistas que planteaban como vía segura de desarrollo el de la flexibilidad con bilateralidad para incrementar la productividad, apostando a las nuevas formas de organización del trabajo. Doctrinas que también habían encontrado eco, por vías diferentes, en parte de la gerencia de Telmex. El sindicato planteó a la empresa la adopción del “modelo de calidad de Telmex”, creación sindical, basado en aceptar

la flexibilidad, pero con fuerte intervención del sindicato en las decisiones del proceso productivo. La aceptación por parte de la gerencia del modelo de calidad propuesto por el sindicato, implicó una lucha en su interior. Una parte de la gerencia no confiaba en que el mejor camino fuera dar prerrogativas de intervención en decisiones productivas al sindicato, y planteaba seguir la línea dura que se estaba imponiendo en México, golpear al sindicato, para que la gerencia hiciera la reestructuración. La otra parte, que fue la que ganó, informada de las nuevas doctrinas de la gerencia que exaltaban al toyotismo, pensaba en un sindicato de la casa, que interviniera propositivamente en favor de la productividad. En esta medida, se inició un tipo de reestructuración productiva en Telmex, que sin dejar de lado la de tipo tecnológico, tenía un pie muy importante en lo organizacional. Para este cambio se aprobaron comisiones mixtas de tecnología, se añadió una cláusula al Contrato Colectivo de Trabajo para que interviniera el sindicato en todos los cambios, buscando no afectar a los trabajadores; se firmó un convenio de concertación con la empresa. Para avanzar en el “cambio de terreno sindical”, la dirección del sindicato afianzó su poder en su interior, creando instituciones como la estrategia de profundización, el gran viraje para involucrar a las bases y la creación de la “planilla de los trabajadores”, para competir en elecciones internas. Candidatos a la misma eran nombrados en cada departamento por toda la base trabajadores, pero como el número de carteras sindicales era limitada, el total de candidatos sufría un proceso de filtración por parte de la cúpula sindical; mientras que la formación del “comité ejecutivo paralelo” está fuera de los estatutos del sindicato. Es decir, había un comité formal electo por los trabajadores, que se dedicaba a la labor de tramitación de quejas y prestaciones; en cambio, la dirección seleccionaba a trabajadores excepcionales por su capacidad de dirección, liderazgo e interacción con la base, que es el que tomaba las decisiones en la política sindical.

Con el convenio de concertación y el acrecentado control sindical de la dirección del sindicato, la oposición fuertemente reprimida o expulsada, con un fuerte vínculo con la categoría todavía más importante, la de las operadoras de tráfico, en la base trabajadora se formó una imagen —respecto de la dirección— de omnipotencia; esta era

imparable y sabía lo que había que hacer. También de omnisciencia, pues lo sabía todo, en particular, lo que pasaba en la base obrera, sea a través del asambleísmo en todos los niveles, sea por una red muy tupida de informantes. En este período se sentaron las bases del cambio de estrategia sindical hacia la producción, y se crearon instituciones que afianzaron los dominios de la dirección del sindicato sobre los trabajadores.

3. El sindicalismo postcorporativo de la producción (1990-2000)

El tercer periodo se inició con la privatización de Telmex en 1990, y terminará, para nosotros, en el año 2000, cuando ya era evidente que la ilusión toyotista había terminado para esa parte del empresariado, y para el Estado mexicano que la había creído. En ese año ya estaba operando la nueva empresa del grupo Carso de Slim, Telcel, encargada de la comunicación por celular, que actualmente es más importante que Telmex, y aunque la dirección del STRM intentó incorporar a estos trabajadores a su sindicato y su contrato, la misma gerencia que pactó con Hernández Juárez en 1990, ahora se negó, y el resultado es una empresa, Telcel, con condiciones de trabajo y relaciones laborales, que contrastan con respecto a Telmex.

El tercer período se desarrolló en condiciones de un modelo neoliberal mexicano maduro; la inmensa mayoría de las empresas paraestatales se vendieron, se firmó el NAFTA, los sindicatos de izquierda radical casi no existían, el corporativismo sindical se adaptó al neoliberalismo. Sin embargo, la privatización de Telmex como monopolio inicial en manos del grupo empresarial dirigido por Carlos Slim, cuyo mercado posteriormente se abrió a otras empresas, sin dejar de ser Telmex, y actualmente con Telcel, los controladores principales de este mercado en México, implicó concesiones especiales para apuntalar el éxito de los negocios de la empresa privatizada por parte del gobierno: un gravamen a cargo de los usuarios que no existía, llamado servicio medido, y el arreglo —antes de la venta— de la distribución de las acciones, de tal manera que el grupo de Slim, con solo el 5% de estas, controló a la empresa. También, la estrategia postcor-

porativa o corporativista de empresa del grupo de Hernández Juárez, fue apoyado por la presidencia de la República.;formaba parte de otra más amplia de reforma del sindicalismo mexicano, que llamaron del “nuevo sindicalismo”. El ejemplo era el STRM: sindicato de la producción no opuesto a la empresa, que conseguía buenos repartos de las ganancias de la productividad, y que a la vez, no era antagónico con el Estado. Posiblemente el nombre más adecuado para este tipo de sindicato sería corporativo de empresa y de Estado.

En este tenor, con la empresa ya privatizada, se flexibilizaron las relaciones laborales (se compactó el tabulador, se permitió la movilidad interna, se flexibilizó el salario a través de un generoso sistema de bonos que podía significar 52% del salario del trabajador). Para esto se firmó un convenio de productividad que implicaba metas, montos, indicadores para cada categoría, medición y seguimiento; se establecieron los grupos de análisis, basados en la idea gerencial de círculos de calidad, con intervención directa sindical, encargados de detectar fallas en la calidad, sus causas, y proponer soluciones.

El sujeto obrero predominante siguió siendo la operadora, arrastrando también a los trabajadores de planta exterior. Pero la operadora ya no era la mujer despreciada y sobajada; para estos años, por intervención sindical, había podido elevar su nivel educativo a preparatoria, la mayoría ya no eran jóvenes, no habían tenido otro trabajo, y solo conocían un tipo de dirección sindical, aunque su número había disminuido sustancialmente. Tampoco había dejado de ser la mujer sola, pero con mucho mejor salario que en los setenta.

En estas condiciones, la vida laboral de esto trabajadores comenzó a girar en torno a la obtención del bono, que les había permitido, a la mayoría, tener automóvil, y que sus hijos fueran a escuelas privadas. De tal forma que a contrapelo de la teoría toyotista que apelaba a la identidad con la empresa, a la formación de una cultura en este sentido, lo que emergió fue una cultura instrumental del bono, que fomentó el individualismo y el conservadurismo, para no poner en peligro un nivel de vida que veían como de los mejores del país para obreros. En esta medida, aunque el sindicato hacia el exterior se decía defensor de la democracia en los sindicatos, y emprendía acciones para aumentar su esfera de influencia en otras empresas de telecomunica-

ciones, e internacionalmente dirigiendo el secretariado internacional respectivo, los trabajadores no intentaron huelga alguna, y su presencia en marchas se volvió meramente retórica, en un contexto en que el empresariado y el Estado ya no estaban interesados en experimentos tan costosos económicamente, ni en la pérdida de control sobre el trabajo, como el que se había emprendido en Telmex.

No obstante, en la subjetividad de estos trabajadores estaba presente una fascinación por trabajar en una empresa exitosa y de alta tecnología. El dominio del juarismo, apuntalado por el monopolio de la planilla de los trabajadores, al grado de que hubo elecciones sin planilla contrincante, y parte de los líderes de la oposición que quedaban se pasaron al juarismo, con un eficiente comité ejecutivo paralelo, cada vez más experto en la negociación con la empresa. Todo esto contribuía a la imagen —entre los trabajadores— de que el comité tenía el control total, con la posible emergencia de códigos fatalistas fosilizados, en el sentido de que no se puede hacer nada diferente, que venían de una arraigada cultura política nacional acuñada por tantos decenios de dominio del PRI.

Recapitulando, hemos visto que las macroestructuras, tales como la revolución tecnológica en telecomunicaciones, o las microestructuras, presionaron en este proceso a los sujetos, pero no los determinaron del todo; en el camino tomaron sus decisiones basados no solo en la ciencia, sino también en su subjetividad; sentidos como el de la derrota de la izquierda de 1982, tiñó las acciones que vinieron después; el significado de cambio de terreno sindical hacia la producción; el sentido de la dominación juarista; el del cambio tecnológico y la flexibilidad, y el del bono.

4. La configuración de dominación sindical postcorporativa de empresa y Estado

La construcción de esta configuración sindical ha implicado situarla en procesos macro, que van más allá de Telmex: 1) El ascenso, consolidación y crisis de la forma neoliberal en México, que recientemente ha significado para Telmex, la aprobación de regulaciones

que limitan su cuasimonopolio de los servicios de telecomunicaciones, afectando gravemente sus utilidades; 2) la revolución tecnológica permanente en telecomunicaciones, que se ha traducido —por el recambio entre los noventa del siglo anterior y los años que van del siglo XXI— en el paso del teléfono fijo al celular, del cuádruple play al sistema 4G, con menoscabo de la importancia de Telmex respecto de la otra empresa del mismo grupo, Telcel; el cambio en las estrategias empresariales de flexibilidad del trabajo, de la interna al *outsourcing*; la profunda crisis del sindicalismo en México, que se ha mostrado cada vez más impotente ante las estrategias empresariales de reestructuración; la gran debacle de los salarios durante el neoliberalismo en México (el salario mínimo cayó en términos reales, entre 1990 y 2014, un 72%; el salario contractual en 50%), que presionó a Telmex a la reducción del costo laboral.

Microestructuras al interior de Telmex también presionan a los sujetos: 1) Las de gobierno del sindicato, construidas a partir de los ochenta del siglo XX: la planilla de los trabajadores, monopolista absoluta de la representación obrera (democracia dirigida), monolitismo flexible que incorpora disidentes a conveniencia; el papel central en la definición de las estrategias por parte del comité ejecutivo paralelo, verdadera élite del poder sindical, dirección iluminista, supuestamente basada en la ciencia; cambio histórico de las estrategias del sindicato, según los períodos analizados, de la regulación de los convenios departamentales y dominación macha y caudillista, al consenso cómplice, a la democracia acotada —para la mayoría de los trabajadores no democrática—, y la dominación iluminista. 2) El cambio en la composición de la fuerza de trabajo de Telmex hacia un trabajador más educado, más estable en su trabajo, mejor pagado, no sujeto a las arbitrariedades de los jefes. 3) La consolidación de relaciones laborales y organización del trabajo bilaterales entre empresa y sindicato, y participación de este en importantes decisiones productivas. 4) Políticas gerenciales proclives a la negociación con el sindicato, frenadas hacia el año 2000, frente al nuevo contexto macro.

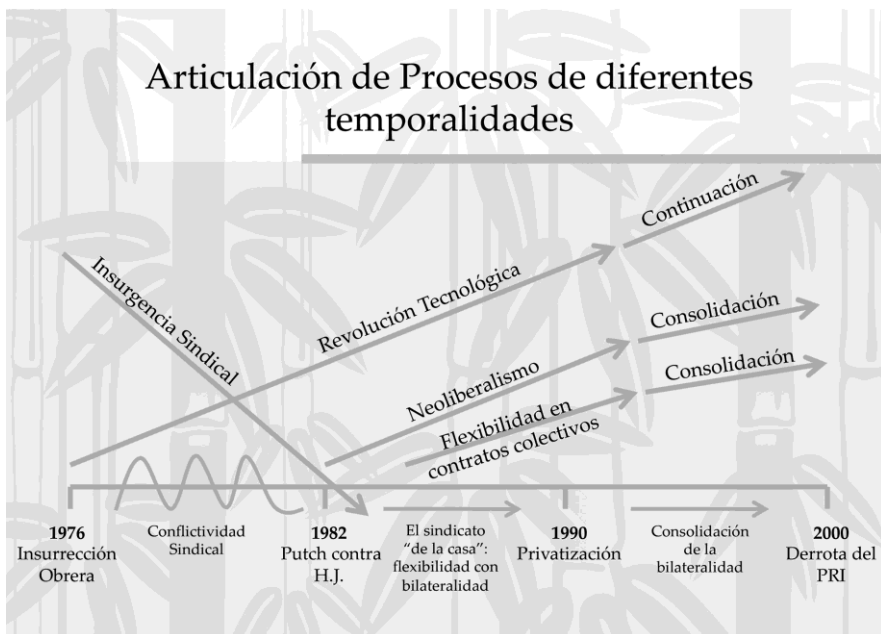
Pero las macros y microestructuras no determinan a los sujetos, sino que los presionan, los acondicionan, pasando por procesos de construcción de significados —de los actores— tales como: 1) El

significado de la gran derrota histórica de la izquierda en el sindicato de 1982, y su práctica disolución. 2) El significado para la base obrera del cambio de terreno en la estrategia sindical hacia la producción. 3) El haber logrado el juarismo negociaciones eficientes con amplias ganancias para los trabajadores, que apuntalan el imaginario de dirección iluminista. 4) El otro imaginario de la omnipresencia y omnisciencia de la dirección sindical, aunado al orgullo de estar en un sindicato que aunque no democrático, sería el que mejor ha librado las ofensivas neoliberales. 5) La contradicción entre una cultura instrumental del bono y el orgullo de trabajar en una empresa de alta tecnología y exitosa. 6) La importancia del bono en el nivel de vida de los trabajadores, y a la vez, la angustia de perderlo, que conduce a simulaciones de elevación de la productividad. Es decir, la legitimidad de la dirección sindical no se ha basado tanto en la democracia, sino en un proceso muy dirigido, acotado y filtrado, pero eficiente en ganancias para el sindicato (interlocutor de la empresa) y para los trabajadores (condiciones de trabajo y salario).

Todo este proceso culminó, metodológicamente, con la categoría de postcorporativismo de empresa y de Estado, tipo de relaciones entre sindicatos, empresas y Estado, caracterizadas porque la estrategia sindical tiene su eje principal en la intervención propositiva en el proceso de trabajo, con una dominación interna de la dirección del sindicato iluminista (una forma moderna de caudillismo basado en la ciencia), con movilización controlada de los trabajadores por la dirección del sindicato, y una cultura sindical proclive al caudillismo y al pesimismo acerca de otras alternativas, que los ha conducido al conservadurismo al sentirse privilegiados, y a la vez, vulnerables a las presiones estructurales externas, y a los cambios en las estrategias empresariales.

En la actualidad, esta configuración está inmersa en contradicciones que han marcado sus límites, que en el futuro no muy lejano, podrían traducirse en regresiones para los trabajadores: sindicalmente no se oscurecen los conflictos por parte de la dirección del sindicato, sino que se les administra iluministamente; lo anterior implica —para la dirección del sindicato— un gran activismo, con presencia personal en múltiples asambleas de trabajadores en todos los niveles de la

estructura organizacional, y la aceptación de la base del método de filtración de las demandas y de los representantes por los trabajadores; lo anterior presupone la necesidad de actualización permanente de la dominación de la élite gobernante del sindicato, y el sostener los intercambios materiales y simbólicos con la base trabajadora; mantener la imagen de dirección iluminada que sabe cómo y qué hacer. Pero en lo que va del siglo XXI, la situación de Telmex ha cambiado; ya no es la empresa estrella del grupo Carso, pues la gerencia demostró, con la apertura de Telcel, que ya no está dispuesta a experimentar con relaciones laborales participativas; por lo demás, el contexto de las doctrinas de la gerencia no es ahora proclive al toyotismo, sino a formas de gestión de la mano de obra más verticales y autoritarias, aunado a la pérdida del favor del Estado por parte de Telmex, y la aprobación de regulaciones que han impactado gravemente en sus ganancias. ¿Llegó la forma postcorporativa a su límite en las condiciones mexicanas e internacionales?





Capítulo X

La metodología configuracionista en su conjunto

La metodología configuracionista no es una receta, esta se debe adaptar al objeto, al desarrollo de la ciencia, al tiempo y al espacio. Es una guía, en parte metodológica, pero también ontológica, para construir conocimiento, que parte de una concepción marxista de realidad en constante transformación, de que sus legalidades no son de observancia necesaria, sino potencialidades en función de los sujetos, que esta realidad puede ser pensada por niveles de realidad, igualmente objetivados, que el camino de la construcción de conocimiento no sería el de la prueba de las hipótesis, sino la reconstrucción de la totalidad concreta al objeto, que traducimos como construcción de configuraciones de configuraciones. La línea genética de la propuesta configuracionista no es la que culmina en la obra de Norbert Elías, sino la que parte de Marx, especialmente el Marx del sujeto-objeto, y que se continuó con Gramsci, con Adorno y Edward Thompson, principalmente, todo esto a la luz de la crisis del positivismo lógico, del ascenso del relativismo, de los aportes actuales de las teorías de la agencia, de la cultura y la subjetividad.

En esta propuesta van de la mano lineamientos metodológicos (principios epistemo-metodológicos), con otros ontológico sociales, que no deben confundirse con hipótesis teóricas sustantivas acerca de cómo deberían comportarse los fenómenos sociales. En esta medida, se parte de que en los procesos sociales intervienen estructuras de diversos órdenes, económicas, políticas, culturales, discursivas, emocionales, cognitivas, etcéteras, y que no todas ellas influyen por igual en todo fenómeno social; que su eficacia explicativa habría que descubrirla más que suponerla. Es decir, que las estructuras no determinan formas de acción o de conciencia, sino que las presionan, y que para traducirse en acciones tienen que pasar por la subjetividad de los sujetos sociales.

Las estructuras pueden entenderse en dos sentidos; primero, como aquel resultado de las acciones humanas que se objetivan, independizándose relativamente de sus creadores y volviéndose sobre estos; segundo, las realidades naturales que no son resultado de la acción de los hombres sobre la naturaleza, que le preexisten (tormentas solares, meteoritos, etcétera), y que también pueden presionar a los hombres en sus acciones y concepciones. Las estructuras pueden pensarse y existir en diversos niveles de abstracción; son abstracciones existentes que dependen de las concepciones, pero también de realidades que van más allá de la subjetividad de los sujetos. Estas estructuras no se reducen a las económicas; se deben descubrir cuáles son los niveles de abstracción pertinentes para cada espacio de relaciones sociales pertinentes al objeto, lo que es parte de la tarea de investigación. En esta medida, se puede hablar de configuraciones estructurales como aquellas redes de relaciones entre diversos niveles estructurales de diversas áreas de relaciones sociales pertinentes al objeto de estudio.

Pero, como decíamos, no basta con descubrir los niveles estructurales, puesto que estos, al presionar a los sujetos, pasan por el aparato de construir significados o subjetividad para convertirse —o no— en acciones. Es cierto que habrá objetos definidos más o menos estructuralmente, y en esta medida, la construcción puede ir de una con énfasis en la configuración estructural a otra con énfasis en lo subjetivo, aunque siempre será posible ubicar al objeto en los cruces entre estructuras-subjetividades-acciones. Descubrir los procesos de cons-

trucción de significados y sus contenidos para el objeto concreto, implica la identificación de códigos subjetivos que estarían en juego en el proceso concreto de la relación entre estructuras-subjetividades-acciones. Los códigos sirven a los sujetos para descifrar o construir significados en la situación concreta, y pueden provenir de la cultura, y ser de orden cognitivo, emocional, estético, moral, y vincularse unos con otros a través de formas de razonamiento formales como la deducción, la causalidad o la funcionalidad, o bien, a través de aquellas propias del razonamiento cotidiano como la metáfora, la analogía, la metonimia, los recursos argumentativos, la hipergeneralización, el principio etcétera, la idexalidad, etcétera. Los códigos que en la situación concreta se reconfiguran para dar significados concretos, también deben descubrirse en la investigación, y no deducirse de ninguna teoría. Dichos códigos pueden formar configuraciones subjetivas para dar significados a la situación concreta, configuraciones que no son sistémicas, pues admiten la contradicción, la disfuncionalidad, la discontinuidad y la oscuridad. Las construcciones de configuraciones subjetivas por los sujetos sociales pueden admitir asimilaciones y creaciones a partir del sentido común. En esta medida no son simples combinatorias de otros códigos ya contenidos en los símbolos de la cultura.

Una resultante de las presiones de las estructuras, tanto de aquellas materiales como de las simbólicas, puede llevar al concepto marxista de ley de tendencia; sin embargo, estas tendencias requieren del concurso de los sujetos que pueden realizarlas, mediarlas u oponerse a las mismas. Es decir, las mediaciones subjetivas e interactivas pueden empujar o amortiguar aquellas tendencias, las cuales no tendrían que realizarse necesariamente. Es otra manera de exponer el concepto marxista de historia, como articulación entre objetividad y subjetividad (el sujeto/objeto), de tal manera que las presiones en las estructuras, más las traducciones de estas en la conciencia y en el inconsciente de los sujetos, tampoco se traducen en un cambio unilineal, sino que en uno mediado —nuevamente— por la decisión y la acción misma, que siempre es interacción con otros sujetos. En otras palabras, las tendencias del cambio histórico pueden traducirse metodológicamente en la definición en la coyuntura del espacio de

posibilidades para la acción viable de los sujetos. Los significados construidos por los sujetos para decidir o no la acción, no son un simple hipofenómeno de las estructuras, ni siquiera de la cultura; tienen su propia historia vinculada en totalidades, de tal forma que los sentidos acumulados socialmente, resultan ser una parte de lo real.

Concepción de la realidad en el sentido ontológico, y del conocimiento en el epistemológico, van de la mano; la epistemología propuesta no es una lógica ahistórica buena para ser aplicada a cualquier objeto, sino el resultado de la articulación entre los dos primeros. El pensar la realidad en constante transformación como metodología, se convierte en la negación de la ley universal, en la propuesta de leyes históricamente determinadas. Si se añade que el cambio histórico no puede pensarse sino como articulación entre estructuras, subjetividades y acciones, luego las leyes solo pueden ser de tendencia, entendida como presiones de las estructuras sobre los sujetos, que no los determinan unilinealmente, pero que las acciones viables de estos se mueven en un campo posible en cada coyuntura. El camino sería el de la reconstrucción de la totalidad concreta, o la configuración de configuraciones para el objeto concreto. Ni esta totalidad ni la configuración se identificarían con el todo, sino con lo pertinente al objeto concreto. Esta reconstrucción implicaría la asimilación de conceptos teóricos en reconstrucción, y también hechos históricos o datos empíricos, dependiendo del objeto. Lo empírico es importante como uno de los diversos niveles de la realidad a introducir, el nivel perceptible a través de los sentidos. Pero el dato empírico no es un absoluto, depende del concepto teórico o del término del sentido común usado para su captación, del instrumento de generación de datos, de la cultura y subjetividad de los sujetos investigados. Es decir, no hay dato puro, y resulta improcedente la tarea de purificarlos al extremo, sin las contaminaciones mencionadas. Por el contrario, el uso del dato empírico debe contemplar las mediaciones que intervienen en su construcción, para dar un significado más probable. Pero del medio perceptible pueden construirse datos en forma más o menos sistemática, para intentar explicaciones. Sin embargo, las explicaciones probadas con datos no dejan fuera las interpretaciones. En esta medida, de lo procedente del mundo observable cabe reser-

var un lugar a los signos, que no son sistemáticos, pero que pueden servir para interpretar significados en un proceso más complejo que una verificación, porque ponen en juego percepciones, conceptos, prejuicios del investigador, y también del investigado (el punto de vista del actor), que pueden implicar consensos entre los dos acerca de los significados. No habría que esperar que el investigado tuviera siempre conciencia plena de sus actos, aunque la interpretación parcial de los mismos pudiera ser útil. Esta no fiabilidad en la conciencia del investigado proviene que del hecho de que habría niveles de la realidad objetiva o interactiva, de la cual no tendrían noticia. Además de que las capacidades de interpretación podrían tener también limitaciones metodológicas. Sin embargo, si el objetivo final no fuera solo explicar e interpretar la realidad, sino transformarla, los sujetos investigados no podrían ser obviados en sus prácticas, de tal forma que la metodología tendría que transformarse en una pedagogía que no fuera simplemente enseñar al que no sabe, sino construir el conocimiento de las potencialidades de transformación de la realidad con los propios sujetos, como en la propuesta de la coinvestigación. Es decir, aunque pueda haber pruebas parciales explicativas o comprensivas, la prueba final sería la praxis transformadora de los objetos y de los propios sujetos.

Metodológicamente, hemos retomado la propuesta de Zemelman de proceder definiendo áreas de relaciones sociales que pudieran ser pertinentes al objeto, y para cada área seleccionar —de las teorías acumuladas que no fueran incompatibles o en niveles no incompatibles— conceptos ordenadores, para proceder a una descripción desarticulada. Añadiríamos descripción y comprensión relativamente desarticuladas: estas áreas (por ejemplo, la económica, política, social, urbana, rural, etcétera) en su punto de partida, solo podrían ser tentativas, apoyadas en teorías anteriores, en información histórica o empírica o el sentido común. Los conceptos ordenadores para cada área también serían tentativos, y podrían provenir de otras teorías, pero también del lenguaje común. Retomar conceptos de otras teorías o del lenguaje común, implica la desarticulación de sus corpus teóricos originales. Lo anterior es posible, sin arrastrar todos los supuestos de una teoría hacia otra concepción incompatible: 1) cuando

no se trate del núcleo central de conceptos de una teoría, lo que los positivistas asimilaban sin que fuera estrictamente cierto, como el sistema de axiomas de donde se deducía toda la teoría; 2) cuando fueran conceptos con articulaciones débiles con otros de su propia teoría —articulaciones fuertes serían las de causalidad o deducción; débiles las metafóricas o las analógicas, por ejemplo—. Lo anterior es posible porque las teorías realmente existentes no son sistemas hipotéticos deductivos, sino redes relativamente heterogéneas de conceptos con términos del lenguaje común, con relaciones entre los conceptos en las redes, de modo que no necesariamente al desgajar un concepto de su teoría, se arrastrarían todos sus supuestos de realidad y de conocimiento.

A través de una nueva descripción y comprensión, ahora con articulaciones, se podrían descubrir nuevas relaciones, modificar el contenido de conceptos, extenderlos o comprimirlos. Estas articulaciones no serían solamente conceptuales, sino con términos del lenguaje común, con datos empíricos, signos o imágenes que no pueden traducirse en palabras, como dice Walter Benjamin, que en una primera instancia operarían como mosaicos-fragmentos en espera de su argamasa, que siempre sería parcial. Las descripciones desarticulada y articulada implicarían acercamiento al mundo empírico, pero también al de la interpretación, a partir de signos e imágenes. Este mundo empírico nunca podría ser concebido como la total realidad, sino como una construcción de algunos de sus niveles, en el que participarían —en mayor medida— las percepciones a través de los sentidos. En este contexto, el dato duro no existe; siempre es un dato mediado, al que hay que interpretar. Pero tampoco el dato es simple imaginario, producto exclusivo del lenguaje o de la subjetividad, aunque estas intervengan inevitablemente, puesto que implica una forma de recorte del mundo externo al sujeto que conoce a través de los sentidos, en el que las estructuras, como objetivaciones más allá del sujeto o realidades no objetivadas de la naturaleza, están presentes mediadamente. Por su parte, la captación del ámbito de la subjetividad implica también la síntesis entre explicación y comprensión. Los datos observables también pueden intervenir, sea como datos sistemáticos o como señales perceptibles, aunque ambiguos,

cuya comprensión como significados, implicaría una forma particular de reconstrucción. De entrada, la reconstrucción del significado no puede transcurrir solo en el pensamiento o a partir de la cultura; el contenido subjetivo depende también del contexto estructural e interactivo en que se produce. Aquí es donde cabe la distinción entre cultura y subjetividad, la primera entendida como sentidos socialmente acumulados, que son históricos; la segunda, como configuración de códigos para dar sentido a la situación concreta. En este punto cabe también distinguir y relacionar motivos de significados probables y razones como argumentaciones de los sujetos del porqué emprendieron la acción. La captación de estas nociones implica la intervención de la percepción, pero con mucho, a partir de conceptos, lenguaje y sentido común, tomando en cuenta el punto de vista de los sujetos en interacción con el investigador, sin absolutizarlos. La interpretación no puede proceder de datos duros, sino operar como probabilidad sin certeza; cuando se logra articular lo estructural, con códigos para dar significados y resultados en acciones, esos códigos aparecen —en parte— como probables, y en otra forma, como argumentaciones que validan la interpretación, reconstruidos a partir del diálogo entre investigador e investigado, sin suponer que toda la interpretación existe previamente en la conciencia del actor, aunque esta puede ser reconstruida en la relación con el investigador para, sobre todo, dotarla de totalidad. Es decir, toda explicación pone en juego códigos subjetivos, pero también estructuras en varios niveles e interacciones.

Es decir, se trata de un nuevo, y a la vez antiguo, pero no legitimado concepto de método, que no es el que crítica el relativismo al positivismo. Este no es deductivo ni puramente inductivo, sino reconstructivo de configuraciones en el pensamiento. No podría ser una receta de pasos necesarios para conocer, sino principios ontológicos, epistemológicos y teóricos que podrían adoptar diversas formas. No se plantea ningún criterio tajante de demarcación entre ciencia y no ciencia, sino un continuum entre ambas, aunque tampoco su igualación.

Cabe, finalmente, el distanciamiento del configuracionismo del postpositivismo, que pone el saber en función del poder. Sin embargo, como este no se piensa en saberes neutrales, el poder es parte con-

sustancial de las relaciones sociales; sin embargo, el saber científico no es puramente instrumental para ganar poder, sino que tiene otro pie en realidades extrasubjetivas e incluso extradiscursivas, de las cuales no se puede dar cuenta solo como imposición de saberes. Este deslinde vale también con respecto del giro lingüístico que reduce el saber al lenguaje o al texto. El saber implica siempre la mediación del lenguaje, pero no solo es lenguaje, primero porque puede haber saberes ambiguos no expresables en palabras, y segundo, porque los saberes, para no ser pura ideología, deben tener un pie en realidades extralingüísticas, externas al sujeto que conoce. Otro tanto tendríamos que decir del deslinde con el pragmatismo. En él, la prueba en la práctica pareciera similar al configuracionismo. No obstante, habría diferencias de fondo. La primera es que el desprecio pragmático por el método no sería compartido por el configuracionismo. Habría principios metodológicos, y como hemos visto, fundamentos ontológicos y epistemológicos del mismo. La segunda es que el pragmatismo piensa la práctica a la manera de las ciencias naturales; en cambio el configuracionismo, ha sido pensado específicamente para las ciencias sociales, concebida no de forma pasiva la relación sujeto-objeto, sino pensando que la prueba de la praxis, como transformación de ambos, sujetos y objetos, presupone la asunción —por los sujetos— de conocimientos basados en principios epistemo-metodológicos, de tal manera que su acción se vuelve una acción en parte reflexiva, y el conocimiento, un parámetro para dicha acción. Un problema adicional en el pragmatismo es cuándo considerar que la práctica ha validado un conocimiento. La prueba empírica no sería suficiente, por la relatividad del dato que hemos explicado, de tal forma que la transformación de la realidad que implica la praxis, no sería simplemente por cambio en datos empíricos, sino por totalidades en las que el dato interviene, pero no sería suficientemente definitorio para decir que un conocimiento se ha probado en la praxis.

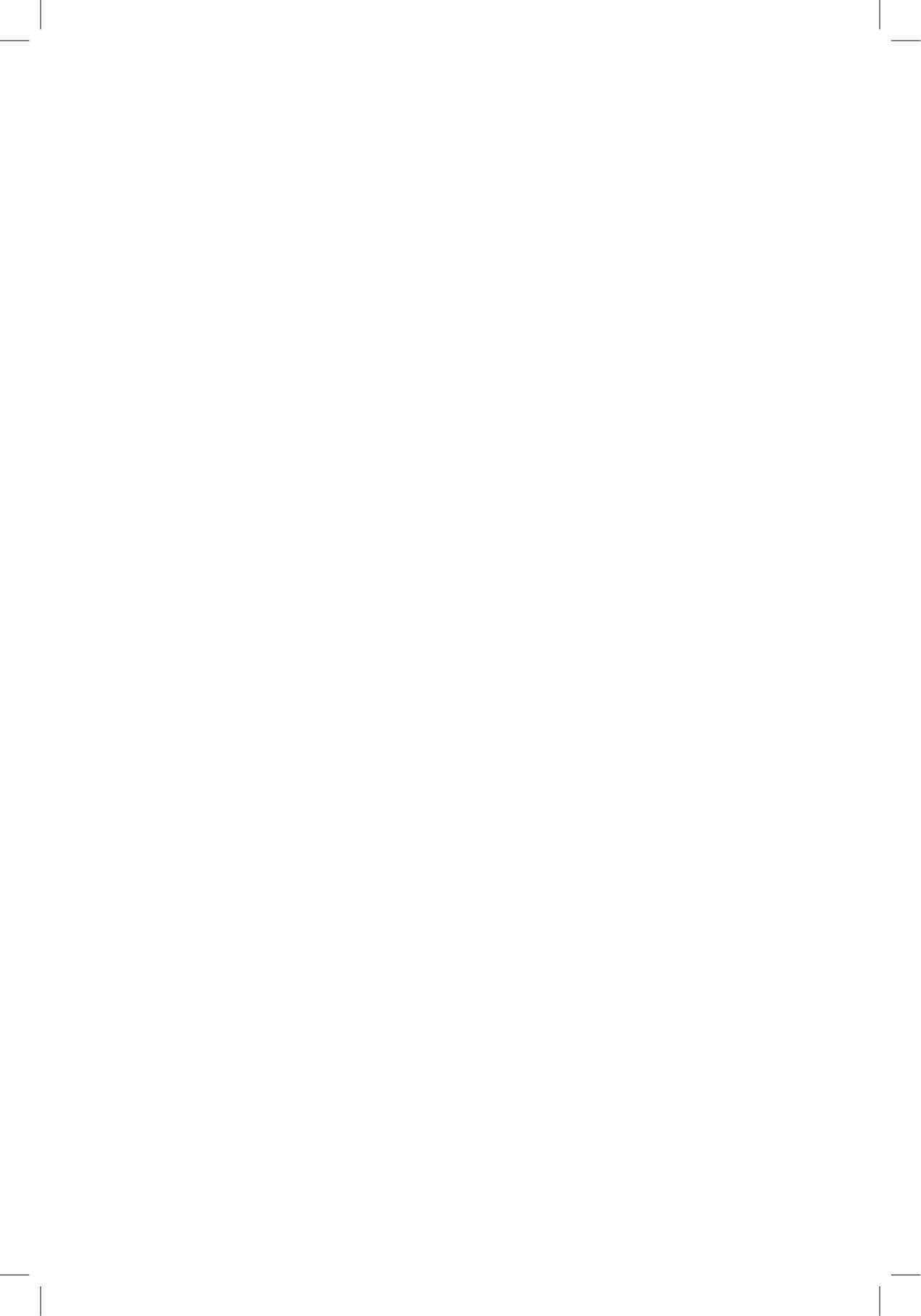
De acuerdo con los deslindes anteriores, si bien no podemos hablar desde el configuracionismo de una lógica infalible para conocer, sí podemos hacerlo de principios flexibles adaptables al objeto, onto-epistemológicos, que sirven de fundamento al conocer científico. No se trataría de verdades definitivas sino provisionales, que pueden ser

profundizadas o expandidas; tampoco serían simples verdades por consenso entre los actores, aunque por ser verdades sociales implican estos consensos, sin reducirse a los mismos, por las mismas razones que esgrimimos con respecto al postpositivismo. Puede haber “verdades” por consensos aberrantes, como el de la superioridad aria en la Alemania nazi, que la ciencia ha desmentido, no simplemente por haberse construido otro consenso. Es decir, habría que transitar hacia un concepto alternativo de objetividad, que no la redujera ni a la prueba empírica (aunque tampoco la ignorara) ni al consenso en una comunidad, que saliera al paso del relativismo extremo que la niega, en aras de la multiculturalidad, del giro lingüístico, o de la relación entre el saber y el poder. Un nuevo concepto de objetividad tendría que considerar la relación de estas verdades con la teoría, pero también con la capacidad argumentativa e interpretativa, con los datos y con los símbolos acuñados en diálogo con los sujetos estudiados (el punto de vista del sujeto), no derivados solamente de esta interacción, sino puesta la información en contexto de estructuras, subjetividades y acciones formando totalidades.

Es decir, el configuracionismo no es un relativismo, primero porque se plantea que la realidad no se reduce ni al lenguaje, ni a textos, ni al poder, aunque tampoco puede ignorarlos. También porque plantea que sí hay fundamentos para hacer ciencia, aunque no hay un punto preciso de demarcación entre ciencia y no ciencia, aunque de cualquier manera cabe la distinción abierta en ese continuum; que los fundamentos ontológicos y epistemológicos de la ciencia no pueden ser absolutos, ni seguros, así como un concepto de objetividad tendría que conducir hacia un objetivismo relativo, entendido como validación, probabilidad o aproximación al objeto, en donde nunca se deja de lado al sujeto. En esta perspectiva caben explicaciones con datos, pero junto a interpretaciones hermenéuticas de significados, en contextos estructurales, subjetivos y relacionales de diferentes niveles de abstracción, para construir configuraciones de configuraciones. En esta construcción la pertinencia de datos cuantitativos o cualitativos, así como de las imágenes que no pueden expresarse en palabras, de los signos que ayudan en las interpretaciones, depende del nivel de abstracción requerido en la reconstrucción de la totalidad, de modo

que la polémica metodológica actual entre “métodos cuantitativos y cualitativos” es parcial, y más que metodológica es de técnicas de construcción de datos, que por otro lado deja de lado imágenes o signos. Es decir, el mundo de las percepciones a través de los sentidos tampoco se agota en la dualidad cuanti-cuali, porque no es la disputa completa entre paradigmas onto-epistemológicos. La pertinencia de las técnicas, decíamos, depende del nivel de abstracción de lo empírico, necesario en la reconstrucción, de tal forma que ambas pueden ser utilizadas reflexivamente. Por ejemplo, lo general empírico captable en un promedio estadístico no es que no exista en aras de lo muy específico que capta cualidades, sino sería simplemente un nivel de realidad empírica. Para hablar de métodos alternativos al positivismo y a las objeciones relativistas, no bastaría con remitirnos a las diferencias entre lo cuantitativo y lo cualitativo, sino a la distancia entre paradigmas en sus fundamentos onto-epistemológicos, que implicarían la búsqueda de fundamentos alternativos para la ciencia. Todo esto en diálogo con la investigación social concreta, con las teorías, lo que implica el aspecto empírico, pero en donde este es solo un nivel muy parcial de la discusión. La parcialidad, especialmente de la alternativa cualitativa frente a la cuantitativa, se puede ver en autores que tratan de recuperar aspectos del relativismo para convertirlos en técnica cualitativa, sin reflexionar si parten de fundamentos que no solo niegan lo cuantitativo, sino posiblemente, todo el conocimiento científico, como distinto de otras formas de conocer.





Enrique De la Garza

La metodología configuracionista para la investigación

Esta obra plantea fundamentos ontológicos, epistemológicos y teóricos de lo que el autor a denominado *Metodología Configuracionista*, en el entendido que dicha metodología vincula estos tres niveles. La Metodología es indisociable de la concepción sobre la realidad, de la perspectiva acerca de cómo construir el conocimiento y cómo se relacione a las estructuras, las subjetividades y las acciones.

En esta medida, la obra discute con el positivismo, el relativismo, el estructuralismo y el subjetivismo, para plantear un método que sigue la línea genética del Concreto-Abstracto-Concreto (método de la economía política), la Descripción articulada (de Zemelman), para arribar así, a un concepto de configuración, entendido como una red, no sólo social, sino de códigos subjetivos y estructuras, con continuidades y discontinuidades, funcionalidades y contradicciones. Así, esta propuesta no coincide con la de Norbert Elías, en cambio, retoma aspectos que proceden de Adorno y Benjamin.

El texto avanza metodológicamente hacia conceptos alternativos de teoría, de dato empírico, de medición y cuantificación, así como de proceso de co-investigación con los sujetos investigados.

A cada capítulo le sigue un apéndice en el que se revisan investigaciones ya realizadas en las que se ha aplicado el concepto de configuraciones, explícitamente o no, como eje de la Metodología. En algunos autores clásicos se encontraban elementos de esta propuesta en un "estado práctico", aunque no explícitamente. El interés del autor es explicitar y continuar en la línea genética de pensamiento esbozada, poniéndolo a tono con las polémicas más actuales en las ciencias sociales.

CLADEMA
Sociología

gedisa


UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA
Unidad Iztapalapa
Consejo Editorial de Ciencias Sociales y Humanidades

IHC: JHB 302646
ISBN 978-84-16919-91-8


9 788416 919918
ISBN EAN 978-607-28-1160-7